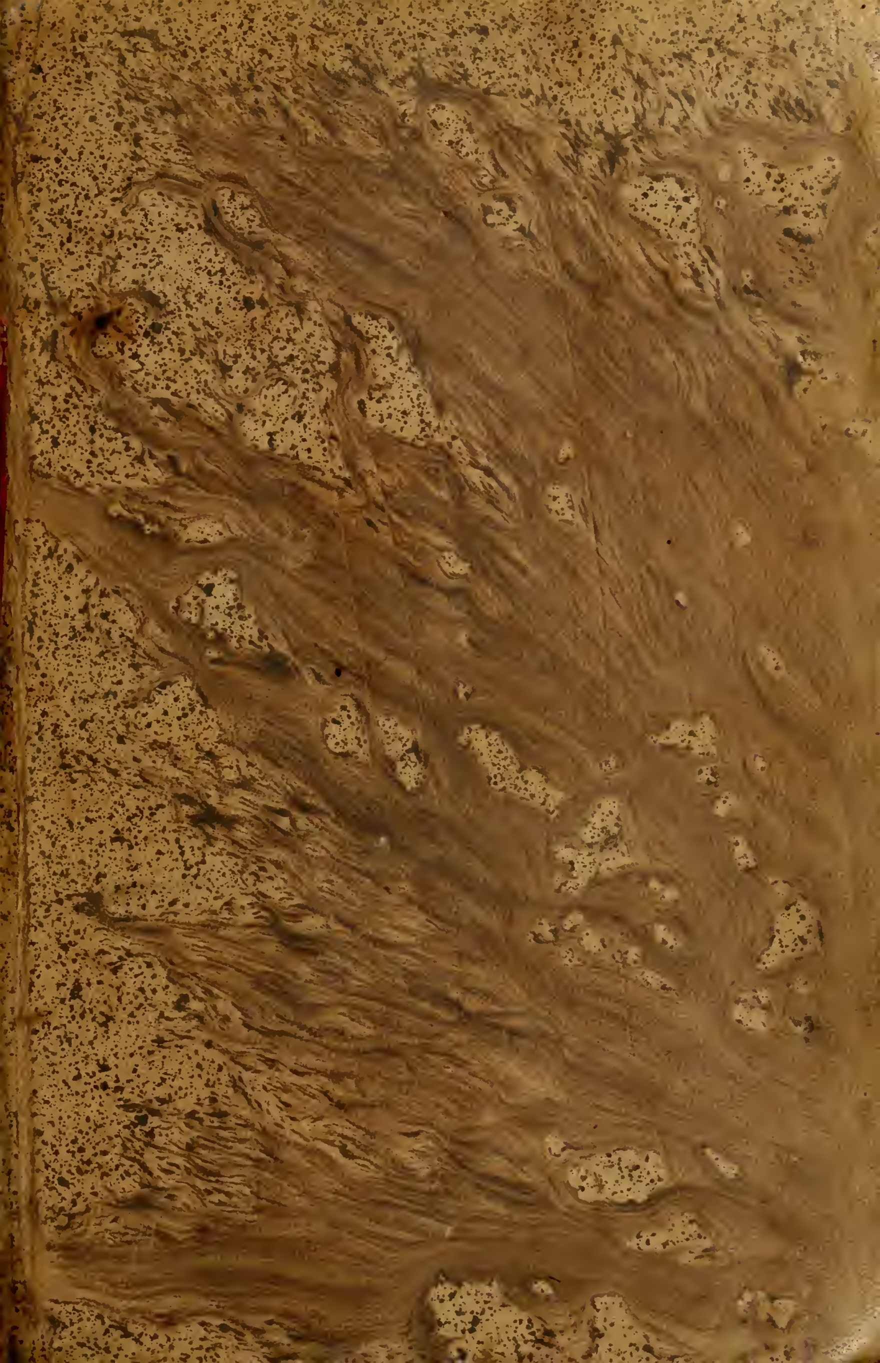
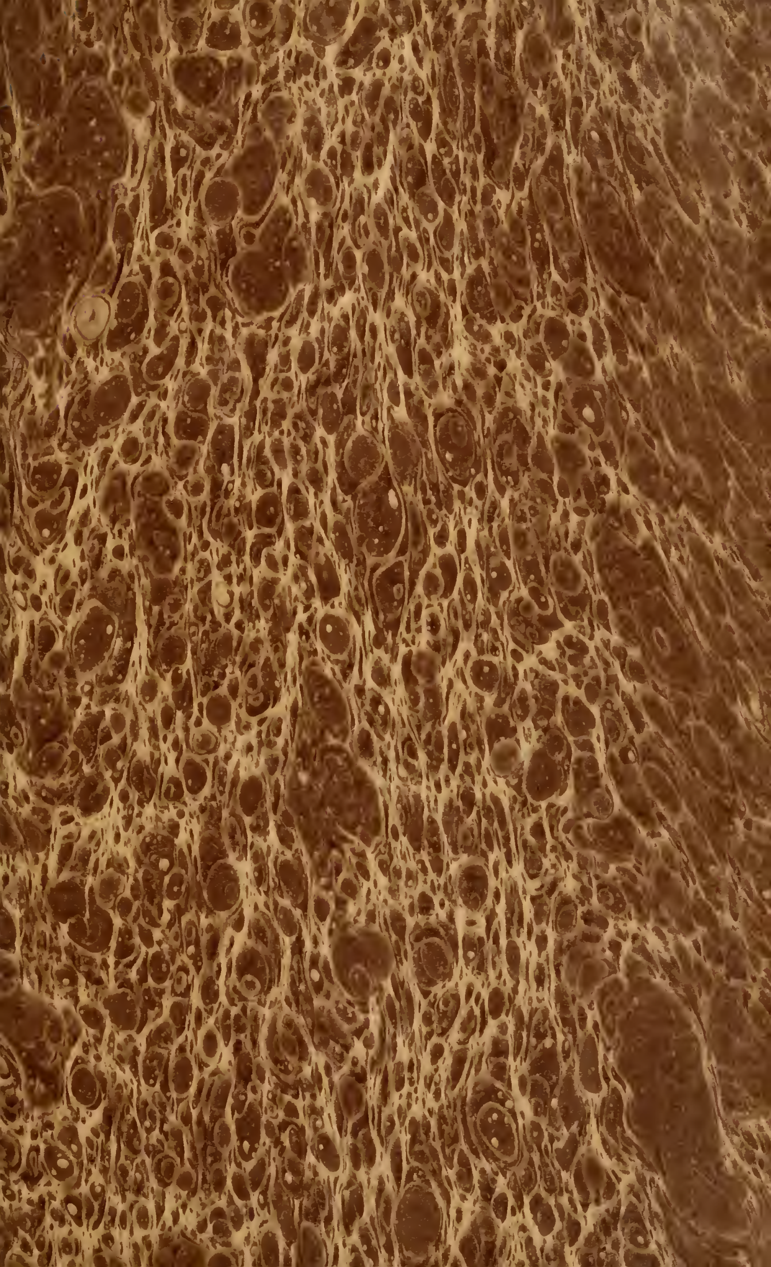



EX·LIBRIS
ROMERO & MARTINEZ



GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

IV

ANTONIO Y CLEOPATRA

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

POR

G. FERRERO

IV

Antonio y Cleopatra

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1908

2.122—Tipolit. de L. Faure, Alonso Cano, 15 y 17. Madrid.

Antonio y Cleopatra.

I

Hacia Oriente.

Muchos historiadores han censurado severamente la indiferencia con que Antonio se desentendió en Alejandría de la entrega de Perusa. Creen que si entonces hubiera vuelto á Italia para tomar el mando de su ejército, fácilmente hubiese podido dar cuenta de Octavio (1). Y todos, continuando la novela de amor entre Cleopatra y Antonio, que comenzaron en la entrevista de Tarsos, describen la estancia en Alejandría como una larga fiesta indolente, durante la cual, Antonio se entregó á los placeres y se olvidó de lo demás (2). Sin embargo, conviene observar que el sitio de Perusa comenzó á fines de otoño del año 41, época en que la

(1) Véase Seeck, *Kaiser Augustus*, Bielefeld und Leipzig, 1902, pág. 69.
(2) Véase Plutarco, *Ant.*, 28-29; Dión, XLVIII, 27; Appiano, *B. C.*, V, 11.

navegación del Mediterráneo estaba suspendida. Antonio, pues, no tuvo conocimiento de aquel suceso hasta la primavera del año 40, cuando el sitio había ya terminado. También conviene tener en cuenta que, si no podía abandonar á sus próximos parientes, tampoco podía aprobar la absurda política de su mujer y de su hermano, que parecían no darse cuenta de que el partido popular radicaba ahora en el ejército y que era el ejército mismo. En fin, si no es dudoso que Marco Antonio se entregó este invierno á los placeres en el inmenso y suntuoso palacio de los Ptolomeos, también es cierto que se ocupó en cosas serias, hasta en el problema más serio que podía ofrecerse entonces al jefe de la República, al más ilustre magistrado del imperio. Si Cleopatra le había invitado á ir á Alejandría, no era sólo para convertirle en su amante y para distraerle; era también para repetirle las ofertas que hizo probablemente á César cuatro años antes, cuando fué ex-profeso á Roma. Ofreciale ser rey de Egipto casándose con ella. Sin duda que para persuadirle, Cleopatra se servia de todos los medios que estaban en su poder; pero en este proyecto de matrimonio no hay que ver una mera tentativa de seducción femenina. En ese proyecto se encarnaba un plan político ingeniosísimo que honra la inteligencia de Cleopatra: con su casamiento quería salvar á Egipto de la suerte común de los otros pueblos mediterráneos, quiero decir, de la esclavitud romana. La riqueza de Egipto era harto grande para no suscitar la codicia de la arruinada Italia; y su gobierno demasiado débil y desorganizado para resistir mucho tiempo. Desde el punto de vista económico é intelectual, Egipto era el único país completo del mun-

do antiguo: poseía una agricultura floreciente, una industria próspera, un amplio comercio, escuelas célebres, intensa vida artística. Fertilísimo, admirablemente cultivado, cosechaba casi todo el lino con que se tejían las velas que se abrían en el Mediterráneo, producía más grano del que necesitaba para mantener á su densísima población, y así podía exportar. Su industria era la primera del mundo mediterráneo, gracias á los numerosos y hábiles artesanos de Alejandría, que fabricaban los tejidos más delicados, perfumes, vasos, papiro y otros mil objetos que los ricos mercaderes transportaban en seguida á todos los pueblos. Egipto era el país del lujo y de la elegancia; enviaba por todas partes, hasta á Italia, sus pintores, sus decoradores, sus estuquistas, sus modelos de objetos de lujo; famosísimo centro de estudio, veía acudir á los estudiantes de los más remotos países, hasta de Grecia, para frecuentar las escuelas de medicina, de astronomía y de literatura que el gobierno real sostenía en Alejandría. En fin, su comercio era muy amplio y lucrativo; pues no sólo exportaba á todas partes sus productos industriales á cambio de los metales preciosos que acumulaba; también monopolizaba la mayor parte del comercio con el Extremo Oriente, con la India y con el país fabuloso de los seros. Pero tan brillante cuando se considera á Egipto desde el punto de vista de la riqueza y de la cultura, el cuadro resulta sombrío cuando se estudia su estado político y social. La vieja y gloriosa monarquía de los Ptolomeos agonizaba. La división del trabajo, que es un verdadero resultado de la civilización, había alcanzado tal punto en Egipto, que llegó á ahogar todo espíritu de solidaridad social y nacional.

Los oficios, las profesiones, las familias, los individuos, sólo pensaban en sus intereses y placeres. Un egoísmo espantoso, una indiferencia invencible para todo lo que no les tocaba inmediatamente aislaba á los grupos sociales en todas las clases, desde los cultivadores de las grandes propiedades, de los bienes de mano muerta, de los dominios reales, que vivían en una sujeción vecina de la servidumbre; desde los colonos libres, laboriosos, pero que sólo se ocupaban en aumentar sus ahorros; desde la plebe obrera y cosmopolita, que trabajaba con inteligencia, pero que era díscola y sanguinaria, hasta la clase opulenta de los mercaderes que se habían establecido en Egipto por ser la mejor bifurcación de los grandes caminos del mundo; hasta los ricos propietarios que desplegaban un lujo maravilloso, que consideraban á la corte como el supremo modelo del fausto y de la elegancia, pero que no formaban una aristocracia política y militar y que, por indolencia y por orgullo, dejaban que les alejasen de los altos empleos los eunucos, los libertos, los aventureros, los extranjeros; hasta la casta sacerdotal, que sólo pensaba en aumentar su riqueza y su poder; hasta la burocracia, numerosa, bien disciplinada en teoría, pero corrompida, ávida de dinero y con escasa conciencia; y, en fin, hasta la corte, pulpo insaciable, que navegaba en las intrigas, en los crímenes, en las pequeñas revoluciones dinásticas, que las minúsculas facciones urdían entre la general indiferencia con infinita astucia y perversidad. Este reino en decadencia era así inerte y al mismo tiempo agitado. Con una administración grandiosa dejábalo todo en el abandono, hasta los canales del Nilo; con una monarquía en que los reyes eran divinizados

en vida, estaba constantemente desgarrado por las revoluciones palaciegas, que sólo hacían durar algunos años á sus reyes, é impedían remediar sus menores miserias políticas; rico como era, carecía de ejército, y para disponer de algunas tropas, veíase obligado á reclutar esclavos que huían de otros países; estaba lleno de hombres de alta cultura y de gran inteligencia, pero sólo sabía luchar contra Roma con intrigas inauditas y complicadas (1). Poco á poco la diplomacia llegó á ofrecer su reina como una prostituta á un procónsul romano. El Gobierno femenino de Cleopatra tenía numerosos adversarios, sobre todo en la clase alta, sin que sepamos la razón; quizás por la vergüenza de sus intrigas con César y con Antonio, por su avaricia insaciable, por su crueldad caprichosa, por el desorden de su gobierno compuesto de favoritos (2). Sintiéndose amenazada había pensado en salvarse y salvar á Egipto con ella mediante una alianza con Roma, é intentó concertarla casándose con César. Este proyecto fracasó, y quiso realizarlo con Antonio. Cuando éste fuese rey de Egipto, cuando el gobierno egipcio pudiese disponer de las legiones romanas, la independencia de Egipto y la monarquía de Cleopatra estarían al abrigo de cualquier peligro.

No es difícil advertir cuál era el punto débil de este proyecto. Por poco profundo que fuese el espíritu de

---

(1) Véase el hermoso trabajo de C. Barbagallo, *Le Relazioni politiche di Roma con l'Egitto*, Roma, 1901.

(2) Dión, LI, 5: πολλοὺς τῶν πρώτων, ἅτε καὶ ἀεὶ οἱ (Cleopatra) ἀχθομένων.—Este pasaje, aunque muy breve, es importante y explica toda la política de Cleopatra.

Antonio, tenía que descubrirlo. Si la crisis en que se debatía la República concentraba desde algunos años la dirección del imperio romano en manos de dos ó tres jefes militares, estos jefes representaban, pero no personificaban al Estado como reyes reinantes por derecho de familia. Luego no podían concertar alianzas por medio del casamiento. El enlace entre un procónsul y una reina de Oriente lo hubiese juzgado Italia y los soldados como un crimen de alta traición, ó como una extraña locura. Á pesar de esta dificultad, el proyecto de Cleopatra tenía alguna posibilidad de triunfar, en parte al menos, gracias á las dificultades de la situación en que se encontraba Antonio, y sobre todo, merced al proyecto que meditaba: la conquista de Persia. Antonio, mejor que Octavio, era el discípulo y el heredero de la política de César. Durante los seis últimos meses que vivió éste, mientras que Octavio estaba en Apolonia, Antonio fué en Roma el más íntimo confidente del dictador; conoció sus secretos pensamientos; después de morir se apoderó de todos sus papeles, entre ellos, de los planos de la guerra que César preparaba contra Persia. ¿No era natural que, terminada la guerra civil y encontrándose en una situación excepcional, se le ocurriese la idea de reanudar los grandes proyectos concebidos por el dictador en el crepúsculo tempestuoso de su vida, y cuyos detalles quizás conocía él sólo? Ahora bien, entre esos proyectos debía de parecerle como más importante la guerra de Persia. Si el mismo César, no obstante su genio y sus victorias, no había creído poder dominar la situación sin este sonoro triunfo en una guerra exterior, ¿podía Antonio forjarse la ilusión de que vencería en una situación mucho más desastrosa? El gobierno de los

triunviros carecía de todo: de dinero y de prestigio. Como César había dicho, sólo la conquista de Persia podía dar ambas cosas á su gobierno y hacer de él para siempre el jefe de la República. Sin duda era difícil la empresa: pero César, es decir, el general más grande de su época, habíale dejado un plan de campaña en que todos los detalles estaban estudiados, desde el número de las legiones hasta el camino que se había de seguir. Antonio sólo tenía que ejecutar el plan con inteligencia y energía. Las probabilidades de éxito, pues, tenían que parecerle con razón muy grandes. En suma, la mayor dificultad para esta empresa aún era la falta de dinero; y en esta dificultad fiaba Cleopatra para triunfar—al menos parcialmente—en sus proyectos. Egipto todavía era un país riquísimo; su familia real poseía el único gran tesoro de metales preciosos que Roma aún no hubiese saqueado en el mundo mediterráneo. La alianza con Egipto, propuesta por Cleopatra, podía poner á disposición de Antonio los medios materiales necesarios para realizar el gran plan de César.

Pero el proyecto de Cleopatra era tan audaz y extraño, que no es de sorprender si Antonio no se decidió á adoptarlo este invierno. Además, un suceso imprevisto vino á interrumpir en la primavera del año 40 las discusiones de Antonio y Cleopatra. Así como en el 41 hubo en Italia una parodia de guerra social, en el 40 se vió comenzar en Asia una parodia de guerra á lo Mitrídates. Los principillos de Siria, que Antonio había expulsado (1), y Antígono, el pretendiente al trono de

(1) Appiano, *B. C.*, V. 10.

Palestina, al que había negado su apoyo (1), se pusieron de acuerdo durante el invierno para inducir á los partos á invadir las provincias romanas, diciéndoles que Siria y Asia, asustadas de las enormes contribuciones con que Antonio las agobiaba, acogerían con gusto á los invasores. En la corte de Ctesifonte, el hijo de Labieno, que se había refugiado allí después de Filipos, se proponía dirigir una parte del ejército de los partos, imitando á los fugitivos italianos que, después de la guerra civil habían mandado el ejército de Mitrídates (2). Antonio estaba en Alejandría; en Siria, que se hallaba gobernada por Décimo Saxa, y en Asia, que estaba gobernada por Tito Munacio Planco (3), sólo quedaban las antiguas guarniciones de Casio, que habían reconocido al nuevo amo. Podía darse una sorpresa. En efecto, por la primavera, en el mes de Febrero, Antonio fué informado de que un ejército á las órdenes de Labieno y de Pacoro, hijo del rey de los partos, invadía á Siria por Ctesifonte y Apameya (4). Antonio, pues, tuvo que abandonar por un instante sus hermosos y vagos pro-

---

(1) Josefo, *A. J.*, XIV, XIII, 3.

(2) Dión, XLVIII, 24.

(3) El Planco, gobernador de Asia, de que habla Dión, XLVIII, 24, no puede ser Lucio, que pereció en la guerra de Perusa. Luego es Tito.

(4) Plutarco, *Ant.*, 30, dice que Antonio recibió al mismo tiempo las noticias de Siria y de Italia en Alejandría. Appiano, *B. C.*, V, 52, dice, al contrario, que recibió las noticias de Italia estando ya en Asia, en Éfeso probablemente. La versión de Appiano es la más verosímil. En efecto, Antonio podía recibir más pronto en Egipto las noticias de Siria que las de Italia. Por otra parte, la invasión de los partos se organizó durante el invierno: pudo, pues, informarse á tiempo, y tuvo que partir inmediatamente, pues el peligro era serio.

yectos de un imperio asiático, y alejarse de Cleopatra. Salió de Alejandría á principios del mes de Marzo con una flotilla y se hizo á la vela para Tiro, donde parece haberse dado cuenta de que, para rechazar la invasión, se necesitaba que llegasen considerables refuerzos de Macedonia y de Italia. Resignándose á abandonar momentáneamente Siria al enemigo, resolvió dirigirse por Chipre y Rodas al Asia, y de aquí á Grecia para reunir en ella un gran ejército y para volver en seguida á Oriente y rechazar á los partos. Cuando hubo partido, las pequeñas guarniciones de las ciudades, sorprendidas por fuerzas superiores, no tardaron en rendirse. Sólo Decidio intentó un momento resistir en Apameya; pero como Labieno trataba de corromper á sus soldados, que eran todos antiguos legionarios de Bruto y Casio, tuvo miedo de ser traicionado y no tardó en huir á Antioquía. Informado Labieno de su fuga, cogió y condenó á muerte casi toda la pequeña guarnición; la persiguió hasta Antioquía; puso sitio á la ciudad y la tomó, obligando á Decidio á huir otra vez á Cilicia. Siria y Fenicia ya estaban casi en poder de los partos, excepto Tiro, donde se habían refugiado los romanos de los alrededores, como en el 74 se habían refugiado en Calcedonia, cuando Mitrídates invadió á Bitinia. Entre tanto, Pacoro se dirigió á Palestina con parte de su ejército, mientras Labieno se dirigía con la otra á la conquista de Cilicia (1).

---

(1) Véase Dión, XLVIII, 24-26.—Dión indica (XLVIII, 25) la verdadera razón por qué Antonio no se detuvo en Tiro: en Siria sólo había antiguas guarniciones de Casio, débiles y poco numerosas. Las legiones de Antonio estaban en Italia, en la Galia y en Ma-

En Éfeso encontró Antonio los correos de Italia, que le informaron del sitio de Perusa y de la terrible confusión que había sobrevenido en su partido tras la entrega de esta ciudad. Eran noticias y dificultades gravísimas para el triunviro, que ya se encontraba empeñado en una guerra contra los partos. ¿Iba á derrumbarse súbitamente el edificio erigido con tanto trabajo en Filipos, y que algunos meses antes parecía desafiar á los siglos? La matanza de Perusa había aterrado á sus amigos y parientes, que habían huído. Fulvia, escoltada por 3.000 caballos que le habían enviado sus generales, fué á embarcar en Brindisi para dirigirse á Grecia y esperar á Antonio en Atenas (1); Planco abandonó el mando de sus tres legiones y huyó con Fulvia; su madre Julia fué en busca de Sexto Pompeyo, que la acogió con gran amabilidad (2); Asinio Polión se acogió con su ejército en el delta del Po, para mantenerse á la defensiva (3); Ventidio Baso, á lo que parece, se dirigió á Brindisi (4). Todos procuraron acercarse á la orilla para estar en comunicación con Antonio; gran número de partidarios de Fulvia y de Lucio huyeron, unos en

---

cedonia. Sin embargo, Dión, luego de haber dado la razón plausible, añade ridículas consideraciones, y se obstina en estimar á Antonio como un hombre en quien el amor á Cleopatra había hecho perder el buen sentido.

(1) Appiano, *B. C.*, V, 50. Esta fuga no podía ser muy rápida, y esto explica que Fulvia y Antonio se encontrasen en Atenas.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 52; Dión, XLVIII, 15.

(3) Veleyo, *C.*, II, 76. Por esta época se debió de imponer á los paduanos las contribuciones de que habla Macrobio, I, XI, 21. Sin embargo, me parece que Polión no podía disponer de las siete legiones que le atribuye Veleyo.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 50.

busca de Sexto Pompeyo, otros para buscar un refugio al lado del mismo Antonio. Entre estos figuraban el hijo de Servilia, Marco Junio Silano y Tiberio Claudio Nerón, que se embarcó furtivamente en Nápoles con su mujer, hija del Livio Druso muerto en Filipos, y con un niño de poco más de un año que—¡singular capricho de la fortuna!—tenía que ser algún día el emperador Tiberio (1). Octavio quedó como único amo de Italia, amo cruel y terrible, cuyo carácter parecía empeorar de día en día. En los procesos instruídos contra los plebeyos, los libertos y los extranjeros, dictaba con tanta facilidad sentencias de tormento, de muerte y de crucifixión, que el pueblo le había dado el nombre de verdugo (2); frecuentaba la peor sociedad y jugaba con frenesí (3); llenaba á Roma con el escándalo de sus desenfrenadas orgías, enviando á buscar las hermosas matronas que al pasar le habían gustado. Y ellas se veían obligadas á acudir inmediatamente á su invitación (4). Sombrío y celoso de todos, no obstante su poder, no se fiaba de ninguno de sus colaboradores. El mismo Agripa, cuya inteligencia comenzaba á conocer, y al que había hecho pretor este año, á pesar de ser muy joven, quejábase de esos celos y estaba alerta para no avivarlos (5). En realidad, la victoria y esta especie de disolución general subsiguiente, le habían infundido

---

(1) Veleyo, II, 75; Suetonio, *Tiberio*, 4.

(2) Suetonio, *Aug.*, 70; Séneca, *De clem.*, I, x, 4: *in adulescentia caluit, arsit ira.*

(3) Suetonio, *Aug.* 70.

(4) Dión, XLVI, 43; Zonaras, X, 38 (544).

(5) Véase Dión, XLIX.

gran terror, y el miedo le hacía cruel. Sabía que Fulvia—cuya influencia en el ánimo de su marido exageraba Octavio, como todo el mundo—induciría á éste á la venganza. Sabía que Antonio era más fuerte, que disponía de ejércitos poderosos y de fieles amigos. Sabía que Sexto Pompeyo prodigaba amabilidades á la madre y á los partidarios de Antonio, colmando así su inquietud y haciéndole entrever la posibilidad de una alianza entre Sexto y su colega. Y procuraba defenderse difundiendo en torno suyo el terror, atrayéndose á los soldados por cualquier medio y urdiendo pérfidas intrigas. Comenzó entregando Italia á los veteranos. Como si la horrible matanza de Perusa aún no hubiese calmado su crueldad, confiscó casi todo el territorio de Norcia, porque los ciudadanos habían erigido un monumento á las víctimas que defendieron la ciudad, con una inscripción atestiguando que *habían muerto por la libertad*, lo cual indicaba cuánto la burguesía bien acomodada echaba de menos la antigua república (1). Apresuró la creación de colonias, dió con largueza á todos los veteranos de César y reemplazó en la Cisalpina á Asinio Polión por Alfeno Varo. Ahora se esforzaba en corromper por todos los medios á las legiones de Antonio. Agripa logró incorporar á sus banderas dos de las legiones abandonadas por Planco; pero la caballería fué en busca de Sexto Pompeyo y la tercera legión se unió á Ventidio (2). Hubo un momento en que Octavio parece haber tratado de corromper á Caleno, á Ventidio y á Asinio, solapando la cosa mediante tenta-

(1) Dión, XLVIII, 13; Suetonio, *Aug.*, 12.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 50.

tivas para concertar la paz (1); pero no lo consiguió, porque nadie se fiaba ya de él, y Antonio gozaba de gran prestigio. Entre tanto, Antonio se acercaba rápidamente á Grecia y Fulvia iba á su encuentro. La llegada inminente de su colega le causaba tan graves inquietudes, que á fines de Mayo se dirigió —para que intercediese en su favor cerca de su hijo — á la madre de Sexto, á aquella Mucia que el gran Pompeyo había repudiado á su vuelta de Oriente por sospecharla de adulterio con César (2). ¿Concertaría, pues, una alianza con Pompeyo antes que humillarse ante Antonio y Fulvia? Monstruo verdadero, con todos los odiosos vicios de los tiranos — la violencia, el orgullo, la lujuria y la perfidia, — Octavio inspiraba horror á Italia. Sin embargo — ¡cosa rara en un tirano! — tenía algunos amigos verdaderos, y entre ellos á su maestro Ateno-

---

(1) Appiano, *Ibid.*, V. 50-51.

(2) La cronología de estas intrigas es muy obscura. He procurado restablecerla partiendo de la única fecha precisa que nos da Dión, XLVIII, 20, y es que Octavio marchó á la Galia en tal momento, que, sabiéndolo Sexto, pudo preparar un ataque contra las costas de Italia en la época de los juegos apolinarios (es decir, hacia mediados de Julio). Esto quiere decir que Octavio partió en la segunda mitad de Junio. Las gestiones á que alude Dión (XLVIII, 20), son las mismas de que ya habló (XLVIII, 16), ó sea de las que se encargó Mucia, y parece que se realizaron al casarse Escribonia, á continuación de la alianza propuesta por Sexto á Antonio. Appiano, *B. C.*, V, 53, refiere las cosas de diferente manera; dice que Octavio tuvo conocimiento de esa alianza á su regreso de la Galia, y fué después de este regreso cuando habla de las gestiones para el casamiento sin citar á Mucia. La cronología de Appiano debe de ser exacta, pues no es posible que ese casamiento fuese también objeto de las gestiones del mes de Mayo. Según el mismo Dión fracasaron tales gestiones, de suerte que á fines de Junio sabía

doro de Tarso y á un tal Mecenas, del que no sabemos cómo empezó su amistad, y que procedía de una familia que en otro tiempo había reinado en Etruria. Octavio les tenía siempre á su lado y aceptaba que le aconsejasen. Y cosa aún más extraordinaria tratándose de un tirano: oía con paciencia sus reprensiones, reconocía á veces sus yerros y prometía enmendarse (1) ¿Procedía la perversidad de Octavio de una naturaleza mala é incorregible, ó sólo era la violenta crisis de una juventud enfermiza, corrompida por el poder, endurecida por el odio y por el miedo? Este es el gran problema que el porvenir debía de resolver.

Cierto que no deseaba la guerra; pero tampoco quería humillarse ante Fulvia y Antonio, ni mostrarse débil á los ojos de Italia; y, para preparar su defensa, precipitó la guerra. En la segunda mitad de Junio supo que Mucia no había logrado granjearle el concurso de Sex-

Octavio que Sexto se disponía á atacar las costas de Italia, y entonces no hubiese contraído un enlace que le resultaba perfectamente inútil. Las gestiones, pues, tuvieron que realizarse más tarde, en otra época. Pero la contradicción puede resolverse si no se mezcla, como ha hecho Dión, XLVIII, 16, la intervención de Mucia cerca de Sexto con las gestiones para el casamiento. En el mes de Mayo, Octavio envió á Mucia en busca de Sexto para concertar la paz, pero sin resultado; en el mes de Junio partió para la Galia, donde permaneció todo el mes de Julio; de regreso en el mes de Agosto tuvo conocimiento de lo tratado entre Sexto y Antonio, y entonces intentó oponer obstáculos solicitando el casamiento. El hecho de que Appiano hable de estas gestiones de enlace sin nombrar á Mucia, confirma tal hipótesis.

(1) Dión, LV, 7; LVI, 43; Zonaras, X, 38 (544). Estos hechos deben de pertenecer á la primera mitad de su vida, pues están demasiado en desacuerdo con la moderación que reveló Octavio cuando adoptó el título de Augusto.

to Pompeyo, y que éste, animado por sus crecientes fuerzas é inducido por los emigrados, se disponía á devastar las costas de Italia (1); también supo por la misma época que Caleno había muerto en la Galia, y que su joven hijo había tomado el mando de las once legiones. En la dificultad que se encontraba, adoptó entonces el temerario partido de encargar á Agripa que defendiese á Italia contra Sexto y de ir él mismo á la Galia para intentar el soborno de las legiones de Caleno (2) esperando destacarlas fácilmente de su nuevo jefe y con este nuevo apoyo contrarrestar la probable alianza de Sexto y de Antonio. Por esta época, y poco después de que Octavio hubiese partido de Roma, Antonio llegó á Atenas, donde se efectuó su encuentro con Fulvia, encuentro del que todo el mundo temía ver surgir la guerra. Pero Antonio tampoco la deseaba, pues la situación se había hecho harto mala en Oriente. ¡Ya no se trataba por allí del imperio de Cleopatra! Labieno había invadido á Cilicia y Asia; había muerto á Decidio Saxa; se había apoderado sin dificultad de todas las ciudades, excepto Estratónice, Milasa y Alabanda (3),

---

(1) Dión, XLVIII, 20.

(2) Sobre la marcha de Octavio, véase Dión, XLVIII, 20. Appiano, *B. C.*, V, 51, nos dice que partió de Roma después de saber la muerte de Caleno, y no deja de ser verosímil. Dión, XLVIII, 20, al decirnos que Octavio ya había intentado corromper el ejército, alude á las primeras y vagas tentativas de corrupción hechas por Octavio. Habiendo fracasado éstas, Octavio fué en busca de las legiones apenas supo que Caleno había muerto.

(3) Dión, XVIII, 26. Véase sobre Milasa la carta de Octavio que se ha encontrado en una inscripción: Lebas-Waddington, 3, *Asia Menor*, 441.

obligando al gobernador á huir á las islas (1); de suerte que, por más de que Antonio odiase de muerte á Octavio, veíase obligado á ocuparse ante todo de las provincias de Oriente, que estaba á punto de perder. En efecto, parece que reprendió duramente á Fulvia por sus locuras (2), y, esperando que Octavio volviese de la Galia (3), se ocupó en reunir fuerzas para prevenir los acontecimientos; pero sin ceder de ningún modo á las instigaciones de Fulvia y de los numerosos enemigos de su colega. Por el mes de Julio llegó á Atenas su anciana madre, que le envió Sexto con una escolta de personajes eminentes, entre los cuales estaba el proscrito Cayo Sencio Saturnino y Lucio Escribonio Libón: esta embajada iba á proponerle de una manera muy clara la alianza de Sexto Pompeyo para combatir á Octavio. Muy decidido á no provocar la guerra ni á dejarse sorprender sin estar bien preparado, Antonio respondió que estaba muy agradecido á Sexto por su proposición, y que si Octavio no cumplía los compromisos de Filipos, se uniría á él; en caso contrario de que Octavio se atuviese á lo pactado, se esforzaría en reconciliar á Sexto con su colega (4). Así, Antonio y Octavio se observaban con desconfianza: ni uno ni otro deseaban la guerra; pero ni uno ni otro querían tampoco tomar la

(1) Dión, XLVIII, 26.

(2) Véase Appiano, *B. C.*, V, 52.

(3) Si se supone que Antonio llegó á Grecia mientras que Octavio estaba en camino para la Galia, explícase que no se encuentren trazas de gestiones entre Octavio y Antonio. Éste esperaba el regreso de Octavio; pero, cuando Octavio volvió, las negociaciones eran ya imposibles, por conocerse la rebelión de las legiones de la Galia.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 52.

iniciativa para la paz. Tal estado de cosas apenas podía prolongarse. Octavio había logrado sobornar en la Galia á las legiones de Caleno; y, después de haberlas puesto bajo el mando de Salvidieno, volvió á Roma hacia fines de Julio ó principios de Agosto, siempre lleno de temores é incertidumbres. ¿La rebelión de las legiones de Antonio, era para él una positiva ventaja? Además, ¿le serían fieles esas legiones? De regreso en Roma pudo obtener más amplios informes sobre las negociaciones entre Antonio y Sexto, sin saber por eso si la alianza estaba ó no estaba concertada. Sexto se habia propuesto hostilizar las costas de Italia, pero Octavio ignoraba si lo hacía por cuenta propia ó de acuerdo con Antonio. Sea de ello lo que quiera, para impedir la alianza que era posible cuando menos, Octavio envió á Mecenas para que visitase á Lucio Escribonio Libón, suegro de Sexto y su más influyente consejero por la antigua amistad que le había unido con su padre, para pedirle en matrimonio á su hermana Escribonia, que según parece, tenía más edad que él, y que ya había sido mujer de dos antiguos cónsules (1). Escribonio, muy regocijado de la petición, escribió en seguida á Roma diciendo que era preciso celebrar sin tardanza este lindo casamiento; y el triunviro, que desde la traición de las legiones, estaba seguro de ser atacado por Antonio, apresuró su celebración, que fué probablemente en el mes de Agosto, y excitó la risa de Roma entera. Octavio se esforzaba al mismo tiempo en hacer creer á los veteranos que Antonio sólo se aliaba con Sexto para

(1) Appiano, *B. C.*, V, 53; Suetonio, *Aug.*, 62.

restituir las tierras que se les habían asignado (1), y, en fin, procuró reconciliarse con Lucio Antonio, al que dió el gobierno de España (2). Lucio aceptó, y, á partir de este momento, ya no se encuentran rastros de él: es probable que no tardase en morir. Ignoramos si fué de muerte natural.

Octavio no se engañó ahora. Cuando se supo en Grecia que el hijo de César había quitado á su colega el mejor ejército, Fulvia y el partido de la guerra le decidieron (3). Antonio tomó inmediatamente la ofensiva; embarcó parte de las legiones de Macedonia en los navíos que encontró en Asia, y se preparó para atacar á Italia. En este crítico momento le llegó un socorro. Desde su refugio en el delta del Po, Asinio Polión habia entablado negociaciones con Domicio Enobarbo, el señor errante del Adriático, cuyo móvil reino tenía por límites las bandas de sus barcos. Asinio le había persuadido para que estableciese las paces con Antonio. Las proposiciones de Domicio llegaron en buena sazón; Antonio necesitaba barcos. Aceptó, pues, olvidando que Domicio era uno de los conjurados condenados por la *Lex Pedia* (4); y habiendo recibido el refuerzo de los barcos y de las dos legiones que Domicio mandaba,

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 53.

(2) Id., *ibid.*, V, 54.

(3) Ningún historiador nos dice que el motivo de las hostilidades haya sido la rebelión de las legiones de la Galia; no se vislumbra otra razón que pudiese sacar á Antonio de la expectativa en que se encontraba. Además, esta razón es suficiente. Hay una alusión á esa causa en las negociaciones para la paz, tales como las resume Appiano, *B. C.*, V, 60. Así lo cree también Ciccotti, *A.*, pág. 6.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 55; Veleyo, II, 76.

partió dejando á Fulvia en Sicione (mes de Septiembre), luego de escribir á Sexto Pompeyo que aceptaba su alianza. Las operaciones militares no tardaron en empezar por ambas partes. Después de tomar á Sinope, Antonio sitió á Brindisi. Sexto desembarcó tropas en las costas de Lucania y puso sitio á Cosenza; dirigió otras á Turio en el golfo de Tarento; envió una flota con cuatro legiones á las órdenes de su liberto Menodoro ó Mena para intentar la conquista de Cerdeña (1). Por su parte, Octavio envió á Agripa para recobrar á Sinope; él mismo partió en socorro de Brindisi y dió á Publio Servilio Rulo la orden de reunir otras fuerzas y seguirle (2). Pero, apenas tardó en advertir que en esta guerra, como en la de Módena y de Perusa, la mayor dificultad procedía de la mala voluntad de los soldados, que se obstinaban en desear la concordia entre Octavio y Antonio, y sólo con disgusto tomaban las armas contra el vencedor de Filipos. En vano había intentado Agripa llamar bajo las armas á los veteranos que habían recibido tierras en la Italia meridional: Octavio, en su viaje á Brindisi, había persuadido á muchos veteranos para que le siguiesen, pero sólo lo hicieron en la esperanza de inducirle á concertar la paz (3). Agripa libertó á Siponte; pero Servilio, sorprendido por Antonio cerca de Brindisi, quedó derrotado y abandonado de casi todos los soldados (4), y ante los muros de Brindisi, los soldados de César recibían sin

(1) Appiano, *B. C.*, V, 56.
(2) Dión, XLVIII, 28; Appiano, *B. C.*, V, 57-58.
(3) Appiano, *B. C.*, V, 57.
(4) Dión, XLVIII, 28; Appiano, *B. C.*, V, 58.

cesar censuras y reproches de los de Antonio (1). Y lo que aún era más grave: parece ser que Salvidieno entabló negociaciones con Antonio para devolverle el ejército que Octavio le habia quitado, pues le parecía imposible conservarlo fiel á su nuevo jefe. Con un ejército tan poco dispuesto á batirse era difícil á Octavio obrar vigorosamente: los triunviros eran dueños del imperio y al mismo tiempo esclavos de las legiones. Por otra parte, Antonio se disponía á llamar refuerzos de Macedonia; Sexto Pompeyo había logrado apoderarse de Cerdeña y hacer pasar bajo sus enseñas á las dos legiones de Octavio (2). Las cosas iban poniéndose mal. Octavio hubiese querido entablar negociaciones; pero ni él ni Antonio deseaban dar el primer paso. Era necesario que alguien interviniese, y nadie se atrevía: Fulvia inspiraba demasiado miedo. Por una singular casualidad, entre tantas dificultades, llegó la noticia de que Fulvia había muerto en Sicione (3). Entonces un amigo de Antonio que estaba á su lado, Lucio Coceyo, tuvo el valor de emplearse en restablecer la paz entre Octavio y Antonio. Primero visitó á Octavio; luego á Antonio; volvió á Octavio, y así, poco á poco, fué obteniendo justificaciones, proposiciones, respuestas. Octavio le encargó de decir á Antonio que había querido prestarle un servicio tomando las legiones de Caleno, para no dejarlas en poder de un joven, á quien Sexto Pompeyo podría captar (4). Por su parte, Anto-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 59.
(2) Id., *ibid.*, V, 56.
(3) Dión, XLVIII, 28; Appiano, *B. C.*, V, 59; Plutarco, *Ant.*, 30.
(4) Appiano, *B. C.*, 60-63.

nio le encargó que dijese á Octavio que reconocía los yerros de Fulvia (1). Mientras que Coceyo hablaba con Antonio y con Octavio, los soldados hacían grandes manifestaciones en favor de la paz (2). ¿Podía no contentárseles? Antonio envió á Domicio á Bitinia y escribió á Sexto Pompeyo que se retirase á Sicilia (3); pudo, pues, decidirse que se discutiría un nuevo acuerdo, no ya directamente por los dos triunviros, sino por Asinio Polión y por Mecenas, el primero representando á Antonio y el segundo á Octavio (4). Así es que durante el otoño del año 40, se suscribió en Brindisi un nuevo acuerdo. Era otro reparto del imperio romano, en el que se incluían ahora las provincias de Oriente, de las que no se trató en Filipos. Octavio recibió todas las provincias de Europa, inclusas Dalmacia é Iliria; y por consecuencia la Galia Narbonesa y la Transalpina, que pertenecieron antes á Antonio. Éste obtuvo todas las provincias de Oriente, Macedonia, Grecia, Bitinia, Asia, Siria, Cirenaica. Sólo el África se le reservó á Lépido (5). Octavio restituyó á Antonio las legiones de Caleno (6); pero obtuvo las dos que le debía Antonio, las tres que Lépido aún no le había dado, y conservó

(1) Plutarco, *Ant.*, 30.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 63.
(3) Id., *ibid.*, V, 63.
(4) Id., *ibid.*, V, 64.
(5) Id., *ibid.*, V, 65; Dión, XLVIII, 28; Plutarco, *Ant.*, 30.
(6) Id., *ibid.*, V., 66: pero la razón dada no es exacta. Octavio restituyó el ejército de la Galia, no porque le fuese sospechoso, sino porque así constaba en una cláusula del tratado de Brindisi. Es imposible suponer que Antonio aceptase la paz, si Octavio se hubiese negado á devolverle su ejército.

las otras tres que Planco acababa de reclutar; así dispuso de un ejército de dieciséis legiones (pues Sexto le quitó dos). Antonio conservó las dos legiones de Domicio, que hacían subir su ejército á diecinueve legiones, y se reservaba el derecho de poder reclutar en Italia (1). Lucio dispuso de las seis legiones recientemente reclutadas por Lucio Antonio. Sexto Pompeyo quedó abandonado por Antonio. Octavio podía hacerle la guerra inmediatamente.

En este acuerdo, cuya importancia ha sido singularmente desconocida por los historiadores, pueden verse los primeros efectos de las intrigas de Cleopatra. Mientras que un año antes, tras la batalla de Filipos, Antonio reclamaba su parte en el gobierno de Italia y deseaba un pedazo de ésta, ahora la entregaba á su colega con todo el Occidente bárbaro y pobre, y se reservaba la parte del imperio que podía considerar á Egipto como su centro, todas las provincias del Oriente rico y civilizado, y la Cirenaica, que era la mejor provincia de África. Indudablemente, este cambio fué un resultado de las discusiones sostenidas en la corte de Alejandría. En medio de los aparentes esplendores del Egipto en decadencia, Antonio, como César en sus postreros años, se había persuadido de que Europa, sin exceptuar á Italia, era un continente bárbaro y pobre que jamás se haría rico, y que no pudiendo disponer íntegramente del imperio romano, era preciso escoger el Oriente considerando á Egipto como la parte vital. Dueño de Egipto, disponiendo de los soldados de Italia y del oro de Oriente, realizaría la conquista de Persia y sería el más

(1) Appiano, *B. C.*, V, 93.

poderoso de los hombres. Sin embargo, tuvo que renunciar por el momento á parte de este proyecto, al reino de los Ptolomeos, á la dominación sobre el Nilo y al casamiento con Cleopatra, que acababa de darle un hijo. Fulvia había muerto á tiempo; pero los soldados seguían creyendo en la maravillosa eficacia de los casamientos como garantía de concordia, y, para hacer más sólida la paz, tuvo que preparar otro enlace. Antonio tuvo que consentir en casarse con Octavia, hermana de Octavio, viuda de algunos meses y que tenía un hijo de muy poca edad (1). Antonio tuvo que modificar su vida, dejar de ser un monarca asiático con un séquito de concubinas y eunucos y convertirse en un *pater familias* latino, el marido de una simple matrona romana. Pero Cleopatra había hecho ingresar en el séquito de Antonio á muchos egipcios hábiles y astutos, que habían de informar á la reina de Egipto de cuanto hacía ó proyectaba, y además obrar pacientemente en el ánimo inquieto del triunviro para que permaneciese afecto á la reina y á sus proyectos (2). Cleo-

(1) Weichert, *Imp.*, *C. Aug.*, *scr. rel.*, pág. 118, n. 13, y Moll, *Zur Genealogie des Jul. Claud-Kaiserh.*, pág. 9-10, sostienen que la Octavia con quien se casó Antonio, era la mayor de las dos hermanas de Octavio, la que casó con el cónsul Marcelo en el 49. Drumann, *G. R.*, IV, 235, n. 83, dice, en cambio, que era la más joven. Una inscripción descubierta en Pérgamo (*Ergebnisse der Ausgrabungen von Pergamon*, 1880-1881, págs. 50-51), en que se trata de una Octavia, hermana de Octavio y mujer de Sexto Apuleyo, nos revela que no fué la mayor quien se casó con Marcelo, y, por consecuencia, la mujer de Antonio fué la más joven. Véase Gardthausen, *Augustus und seine Zeit*, II, 102, n. 13.

(2) Véase en Plutarco, *Ant.*, XXXIII, la anécdota del adivino egipcio.

patra iba á trabajar de lejos para transformar al marido de Octavia en un monarca oriental.

Sea de ello lo que quiera, este enlace revela bien que lo que había retenido á Antonio el invierno precedente en Alejandría, fué menos su amor por Cleopatra que sus proyectos políticos. Cuando los sucesos le obligaron á cambiar momentáneamente esos proyectos, tampoco dudó en trocar el casamiento con Cleopatra por el de Octavia. Pero el tratado de Brindisi tiene una importancia mucho mayor considerado desde otro punto de vista, pues demuestra que el imperio estaba amenazado por otras fuerzas disolventes que la revolución y la anarquía, por el antagonismo entre Occidente y Oriente. En efecto, este tratado anticipaba en tres siglos el reparto del mundo romano en imperio de Oriente é imperio de Occidente, que sólo fué definitivo en la época de Diocleciano; en pocas líneas despojaba á Italia de los vastos dominios que había empleado dos siglos en conquistar. Dos siglos que Italia vivía saqueando á Oriente. Cuando se interrumpieron esos tributos de Oriente experimentó gran miseria, de la que aún sufría. ¿Qué ocurriría en Italia si esos tributos, en vez de llegar á Roma, se quedaban en Atenas, donde Antonio pensaba establecer su residencia, hasta que pudiese trasladarse á Alejandría? ¡Qué revolución y qué ruína en el orden económico establecido desde un siglo antes si esos tributos se consumían, no ya en Italia y en Europa, sino en Oriente! Y, sin embargo, esta profunda revolución era una consecuencia necesaria del gran proyecto de conquistar á Persia. Era evidente que, para realizar tan gran esfuerzo en el interior de Asia, había que desplazar el centro del imperio acercándolo

á Oriente, sobre todo en una época en que Italia, casi arruinada, ya no podía prestar ningún apoyo financiero á la gran empresa. La opinión italiana también había adivinado ya que la conquista de Persia, tras la conquista del Ponto y de Siria, alteraría en favor de Oriente el equilibrio de las provincias. Los rumores de que César quería trasladar la capital á Oriente—á Ilión ó á Alejandría—no hacían más que exteriorizar la preocupación de un peligro manifiesto. Este peligro, vago hasta entonces, se precisaba ahora en los acuerdos de Brindisi; Antonio transportaba á Oriente el centro de su actividad política y militar, y el único lazo—bien débil por cierto—que conservaba con Italia era el derecho que aún se reservaba de reclutar soldados en ella. ¿Pero era posible que Italia, después de haber sido cabeza del poder romano, consintiese únicamente en no ser más que el brazo, y en defender con sus hombres un imperio que le arrabataba los mejores provechos? Antonio, cada vez más seducido por la idea de una guerra con Persia, arrastrado por el éxito, por su natural audacia, por el inmenso poder de que disponía gracias al gran desorden que reinaba, ya no dudó, y se lanzó á la aventura en un porvenir tenebroso.

Italia dejaba ahora hacer. Estaba agobiada por tantas desventuras. Las desgracias sobrevenían por todas partes sin perdonar á nadie, ni siquiera al poeta que cantaba la renovación del mundo. Separando los ojos de la horrible realidad para abismarse en la poética contemplación de un mundo ideal, Virgilio había dado este año, como continuación á su equivocada égloga quinta: un canto bucólico de pura y tierna imaginación, lleno de exquisitas imágenes campestres y de arrebatos místicos,

pero profundamente triste, en que dos pastores lloran la muerte de Dafnis, el héroe bucólico, y cantan su apoteosis. Pero la realidad no tardó en sacar al poeta de esos sueños. Alfeno Varo, no pudiendo resistir ya á la codicia y á las exigencias de los veteranos, tuvo que distribuirles las tierras de Cremona y de Mantua, y la pequeña propiedad que Virgilio había heredado de sus abuelos se encontró así confiscada. El poeta recurrió á Alfeno, que era su amigo, y que había deseado ser celebrado en sus versos como Polión, pero nada pudo obtener. Los veteranos eran dueños de Italia. Virgilio tuvo que huir y buscar un refugio en Roma, en casa de su antiguo maestro de filosofía, Sirón.

II

El hijo de Pompeyo.

Apenas concertada la paz, Antonio se ocupó ante todo de sus provincias, que habían sido invadidas por los partos. Nombró á Cneo Domicio Enobarbo gobernador de Bitinia, á L. Munacio Planco gobernador de Asia, á P. Ventidio Baso gobernador de Siria; les entregó las fuerzas militares que había entonces disponibles en Brindisi y en Macedonia, y les encargó que se esforzasen en libertar inmediatamente á las provincias invadidas (1). En fin, se ocupó en trasladar á Oriente las legiones que tenía en Europa, y encargó á Asinio Polión de reunirlas en el valle del Po y de conducirlas por Venecia, Istria, Dalmacia, Iliria y Epiro hasta Macedonia, de la que Asinio tenía que ser gobernador en el año 39 (2). En seguida se celebraron grandes fiestas, en las que pudo verse hasta qué punto había sufrido Antonio la influencia de Asia durante los dos últimos

---

(1) Dión, XLVIII, 39; Appiano, *B. C.*, V, 65; Plutarco, *Ant.*, 33. Véase Ganter, *Die Provinzialverwaltung der Triumvirn*, Estrasburgo, 1892, págs. 37 á 41.

(2) Así hay que interpretar á Servio, *ad Verg.*, Ecl. 4; y *ad Verg.*, Ecl. 8, 6-7. Véase Ganter, *P. V. T.*, pág. 71.

años. Á todos pareció un asiático por sus gustos y hasta por su apostura (1). Pero las fiestas no tardaron en perturbarse. Los soldados creyeron que Antonio había vuelto de Oriente cargado de oro, y estimaron propicio el momento para reclamarle las sumas prometidas antes de Filipos y sus sueldos atrasados. Al contrario, Antonio había recogido poco dinero el año anterior en Oriente, esquilmado ya por Bruto y Casio. Se excusó, pues, con los soldados y les dijo que le era imposible pagarles. Los soldados no quisieron creerle, y estalló la sedición. Para calmarla tuvieron que hacer nuevas promesas Antonio y Octavio, licenciar á los soldados que habían estado más tiempo bajo las armas y concederles tierras en Italia (2).

Esta sedición nos demuestra nuevamente cuán precaria era la fidelidad de los ejércitos en el momento mismo en que se desplomaba la tradición y la autoridad. Y, sin embargo, el poder de los triunviros reposaba sobre este único fundamento. Á excepción de los ejércitos, el triunvirato había descontentado en tres años á todas las clases, bien que, como tantas otras revoluciones de la historia antigua, esta guerra civil permitió á las clases media y pobre arrojarse sobre los bienes de la aristocracia y de la plutocracia. La fortuna dejada por César y los patrimonios de todos los jefes de la revolución en ambos bandos, desde Décimo y Marco Bruto, hasta Octavio, se habían invertido en pagar á los soldados, á los oficiales, á los espías, á los agentes de todas especies que pertenecían casi íntegramente á las

(1) Dión, XLVIII, 30.
(2) Id., XLVIII, 30.

clases pobre y media; los patrimonios de los más grandes personajes romanos: Pompeyo, Lúculo, Varrón, de dos mil de los más ricos caballeros de Italia, se habían confiscado total ó parcialmente, distribuyéndose entre los *tribuni militum*, los centuriones, los soldados y los aventureros. Además, los obreros que fabricaban las armas, los mercaderes de metales y de arreos militares, las gentes que explotaban las *tabernæ devorsoriæ*, albergues humosos en los grandes caminos por donde pasaban tantos soldados, mensajeros, correos, embajadores, propietarios arrojados de sus casas, pobres vergonzantes, aventureros que se dirigían á Roma; y las personas que en estos mismos caminos *faciebant velaturam*, es decir, arrendaban á los viajeros vehículos, aurigas y caballos, realizaban todos grandes beneficios (1). Además, la proscripción de tantos usureros y la confiscación de tantas tierras anulaban de hecho, si no de derecho, muchas deudas é hipotecas; pues la república, es decir, los triunviros, que se habían sustituído á los acreedores, apenas tenían tiempo de exigir ni de examinar el montón de *syngraphæ;* y las tierras confiscadas se vendían ó asignaban á los nuevos propietarios exentas de gravámenes y de deudas. Mientras que los órdenes senatorial y ecuestre se empobrecían de este modo y los senadores y los caballeros se hacían gladidores para vivir (2), la burguesía municipal, que desde cuarenta años antes, se hacía cada vez más numerosa, más rica é influyente, se engrosaba con todos los veteranos licenciados y con todas las personas que,

(1) Véase Varrón, *R. R.*, I, II, 14; I, II, 23.
(2) Véase Dión, XLVIII, 33; XLVIII, 43.

en medio de estas subversiones, lograban hacer su pacotilla, adquirir tierras, comprar esclavos. En suma, en esta revolución, como en todas las revoluciones, al lado de los que perdían, había muchos que ganaban. Y, sin embargo, todos parecían descontentos; pues en realidad, el número de los que se aprovechaban era demasiado pequeño en comparación de las víctimas. Si todo el bajo pueblo de Italia y de Roma, furioso por el asesinato de César, inflamado por el deseo de vengarle y lleno de quiméricas esperanzas, había favorecido en los años 44 y 43 al partido popular, solamente los soldados habían ganado con la victoria. En cambio, la mayoría de los pobres libertos, de los artesanos, de los pequeños comerciantes, de los propietarios, quedaron amargamente desilusionados. Para pagar á los soldados, no sólo se había lanzado sobre Italia impuestos aplastantes; también se habían suspendido los trabajos públicos descuidando la conservación de los edificios sagrados y profanos que caían en ruínas, cesado de reparar los grandes caminos de Italia, tan estropeados por la incesante circulación de los ejércitos, quitando así la manera de ganar el pan á numerosos artesanos y pequeños contratistas. Para organizar las flotas de Sexto y de los triunviros, se despojó de sus barcos á muchos mercaderes, reduciéndolos así á la ruína. La destrucción de tantas familias ricas también arruinaba á muchos comercios y oficios que habían sido florecientes; los estuquistas, escultores, pintores, mercaderes de púrpura, perfumistas, anticuarios, languidecían ó quebraban; las grandes retribuciones arrancadas por los triunviros habían hecho desaparecer de toda Italia á muchos pequeños propietarios que, no pudiendo pagar y no en-

contrando tampoco quien les prestase, habían sido despojados de sus tierras. No sólo la aristocracia y la plutocracia, pero también la pequeña propiedad quedaba inmolada á la codicia de esta parte de la clase media, representada entonces por los soldados y por los políticos de la facción victoriosa. También se veía entonces acudir á las ciudades, y sobre todo á Roma, á los pequeños propietarios arruinados, á los mercaderes quebrados, á los artesanos y libertos sin trabajo que no habían podido alistarse ni osaban entregarse al bandidaje, de que toda Italia estaba infestada: veíase acudir á los sabios libertos de las grandes familias destruídas (entre ellos gran número de libertos de Pompeyo), reducidos á vivir de los ahorros que habían hecho en mejores tiempos; pues los numerosos adquirentes de los bienes de la nobleza no sabían qué hacer de estos hombres instruidísimos ni de los derechos de patronato que habían de ejercer sobre ellos. En fin, veíase acudir á muchos jóvenes, hijos de propietarios italianos, que habían estudiado filosofía y elocuencia, y que en Roma se extraviaban en medio del gran desorden, en los caminos harto estrechos y obstruídos de la fortuna. En fin, todos tenían que sufrir de la carencia de dinero y de la depreciación general de todos los valores. Hasta los que se alistaban y lograban prestar servicio á los triunviros, solían estar poco satisfechos: á cuenta de sus sueldos y de las recompensas prometidas sólo recibían pequeñas cantidades; los mismos que durante la revolución habían sabido poner mano en algo, poseían bastantes campos y casas, pero apenas tenían dinero; no podían, pues, permitirse ningún lujo costoso y tenían que vivir con sencillez. En suma, nadie estaba muy seguro de po-

der conservar lo que poseía. Ahora bien: á pesar de su omnipotencia, ¿qué habían hecho los triunviros en tres años? Habían distribuído tierras á algunos millares de veteranos; pero esto era todo, y no habian hecho participar de la menor ventaja á la gran masa popular.

Por toda Italia los espíritus incubaban una gran cólera; pero los carbones permanecían ocultos bajo la ceniza, pues se tenía miedo. Antonio parecía poderosísimo, y de Octavio se decía que había condenado á muerte ó atormentado de una manera espantosa á los personajes sospechosos de hacerle oposición (1). El terror abatía todos los corajes, y el escaso vigor que quedaba, lo destruía la necesidad en la mayor parte de las personas. La creciente insolencia de los soldados hacía más cobardes en las clases medias y cultas á las gentes que, á pesar de su descontento, se apegaban á lo poco que aún les quedaba; la esperanza de sacudir la tiranía de los ejércitos y de sus jefes parecía perdida: la gente se adaptaba á todo, ahogando su sentimiento. El reparto del imperio, que destacaba de Italia la porcion más bella de sus conquistas, ni siquiera parece haber suscitado la indignación pública, como si se tratase de una cosa de poca importancia. El mismo Virgilio, que era un espíritu tan eminente, no pudo sustraerse á los requerimientos de Alfeno Varo, que, luego de arrebatarle sus bienes, deseaba ser celebrado en sus poemas; y como en casa de su viejo maestro Sirón sintió despertarse la pasión filosófica de su juventud y su amor por Lucrecio, le dedicó la égloga filosófica que entonces compuso, la sexta, en que resumía, acogién-

(1) Suetonio, *Aug.*, 27.

dose á la antigua fábula de Sileno, la teoría epicúrea del origen del mundo, haciendo pasar así un soplo de Lucrecio por la flauta de Teócrito. Cada cual tascaba su freno en silencio y procuraba vivir lo mejor posible sin preocuparse de nadie, yendo cada uno por su lado hacia diferentes destinos: éstos se arrojaban al fango de los placeres groseros, corrían á los festines suntuosos, buscaban á las hetarias y á los garzones; otros se consagraban al estudio y á la filosofía; muchos á la religión ó á la superstición. De esto último sí que no se carecía entonces; pues expulsados de sus países por las ruínas de tantas guerras, veíase afluir á Roma para recoger algunos mendrugos de pan entre los desperdicios del mundo, á todos los parásitos de la civilización antigua, á los astrólogos, á los magos, á los hechiceros, á los predicadores de religiones ó de extrañas doctrinas (1). Las historias de magia debían de suministrar bastante materia á las conversaciones de la sociedad ignorante y culta, ya que un poeta como Horacio se ocupa tanto de Canidia, la hechicera que entonces estaba más en voga. Roma se veía llena de filósofos vagabundos y en extraña mezcolanza que, no encontrando ya abrigo en las casas de los grandes, desiertas y abandonadas, se iban por las calles predicando doctrinas, que hoy se reputarían de nihilistas, contra el lujo, la riqueza, el poder y el placer (2). En las épocas de escasez florece siempre la filosofía de la abstinencia.

---

(1) Agripa los expulsó el año 33. Véase Dión. XLIX. 43.

(2) Damasipio y Estartinio, aunque bien descritos en la tercera sátira del segundo libro de Horacio, son dos predicadores de este género.

¡Años inquietos y dolorosos, en que nadie sentía más profundamente que el joven Horacio los trastornos y el malestar! Vuelto á Italia tras la batalla de Filipos, había perdido la tierra que le legó su padre, pues Venosa quedó incluída en las ciudades entregadas á los veteranos de César. Llegó, pues, á Roma, sin salvar del naufragio más que algunos esclavos, tres jóvenes á lo que parece (1), y un modesto capital con el que compró—barato sin duda—un cargo de escriba afecto á un cuestor, es decir, secretario del Tesoro (2). Era éste uno de los raros cargos retribuídos y reservados á los hombres libres de la República, y que podían venderse como tantos otros cargos del antiguo régimen. Todo era entonces tan inseguro, que el joven creyó hacer así un mejor empleo de su capital que comprando tierras y una casa. Pero este hijo único de liberto, á quien su padre había dado una educación superior á su rango y á su fortuna, era simultáneamente orgulloso y tímido, perezoso y refinado. Y no tardó en sentirse embarazado: había conocido á Plocio, á Vario y á otros jóvenes literatos; pero fuera de ellos, sólo tenía relaciones con gentes de poco más ó menos, actores, parásitos, sofistas, usureros, mercaderes (3), que disgustaban á sus instintos aristocráticos. Además, no osaba presentarse en el mundo de los grandes señores, retenido por su timidez y por su pasado político, del que su orgullo le impedía renegar. Había tenido amores con hetarias; pero

(1) Véase Horacio, *Sat.*, I, VI, 116.

(2) Suetonio, *Vita Hor.*

(3) Véase Cartault, *Études sur les Satires d'Horace*, París, 1899, págs. 12 y sig.

su salud era harto delicada y su fortuna demasiado modesta para poderse entregar á la vida galante y voluptuosa, á menos de degenerar èn parásito, á lo que se negaba su nativa fiereza (1). Gustaba del estudio y de las letras, pero era perezoso para escribir y no sabía qué hacer en estos tiempos de agitación. Empezó á componer poesías griegas, pero se cansó (2). En ocasiones pensó reverdecer el género de Lucilio, la sátira mordaz de los latinos. Mas para no mostrarse indigno de su gran predecesor, hubiese tenido que combatir á los de arriba, á sus vicios y defectos, que eran los vicios y los defectos del tiempo; tenía que convertirse en el censor de la moralidad frente al partido popular triunfante y al triunvirato; ¡y faltaba el valor al tímido hijo del liberto, que se asustaba á la sola idea de leer en público ó de lanzar á la venta lo que componía! Así, la primera sátira (la segunda del primer libro) que compuso, era una cosa muy modesta y prudente. Se limitaba á burlarse de algunos de sus humildes amigos, y en lugar de tratar con vehemencia alguna gran cuestión moral, dilucidaba con mucho cinismo la cuestión de saber lo que es mejor para un joven: cortejar á las mujeres casadas ó cultivar el trato de las cortesanas. El sabio moralista se inclinaba por éstas. Necesitábase que el miedo fuese grande, para que el sucesor de Lucilio tratase asuntos semejantes cuando el mundo romano se encontraba en situación tan trágica.

La paz de Brindisi determinó, pues, gran alegría

(1) Sobre esto hay numerosos pasajes en los *Epodos*, pero creo que sólo el IX se refiere á una verdadera aventura.

(2) Horacio, *Sat.* I, x, 31.

en Italia; y á primeros de Octubre (1) el pueblo vió con placer á los dos triunviros hechos amigos, volver á Roma, y á Antonio casarse con Octavia (2). ¡Iba, pues, á poderse respirar un poco! Pero la esperanza fué de corta duración. Octavio apenas se cuidada de Italia; ahora que el acuerdo estaba suscrito, quería recobrar á Cerdeña inmediatamente y había enviado ya á su liberto Heleno para reconquistar la isla. Vencido Heleno por Menodoro (3), dirigió la guerra él mismo, y para disponer de dinero fijó un impuesto sobre la herencia, y otro de cincuenta sestercios por esclavo (4). ¿Iba, pues, á recomenzar la guerra civil á causa de un odio privado, y porque Octavio deseaba el completo extermininio de la familia de Pompeyo (5)? Era demasiado: esta nación tan tímida y sumisa sintió súbitamente uno de esos violentos accesos de cólera que en los seres débiles compensan á su ordinaria molicie. El pueblo, furioso, rasgó en Roma los edictos ordenando el pago de los nuevos impuestos é hizo manifestaciones tumultuosas en favor de la paz (6); el sentimiento republicano, que dormitaba, pero estaba vivo, despertó bruscamente en toda Italia; en la opinión pública se produjo un cambio imprevisto en favor de Sexto Pompeyo (7). La gente se puso á admirar con exagerada piedad á su padre, el gran guerrero, el gran legislador, que había muerto en

(1) Kromayer, en *Hermes*, vol. 29, págs. 540-561.
(2) Dión, XLVIII, 31.
(3) Id., XLVIII, 30; Appiano, *B. C.*, V, 66.
(4) Appiano, *B. C.*, V. 67; Dión. XLVIII, 31.
(5) Id., *Ibid.*, V, 67.
(6) Id., *Ibid.*, V, 67.
(7) Dión, XLVIII, 31.

defensa de la república y de la propiedad contra la turbulenta ambición de César y de su bando; se apiadaba por el trágico destino de esta familia que se extinguía tan miserablemente; su último superviviente apareció como un libertador (1). Sin embargo, este libertador, dueño de Cerdeña y del mar, azotaba con el hambre á Roma, que en Noviembre se hizo terrible (2). Pero, en vez de acusar á Sexto Pompeyo, el pueblo cada vez se exasperó más contra Octavio; y el 15 de Noviembre (3), primer día de los *Circenses* que se celebraban al terminar los *Ludi Plebei*, cuando apareció la estatua de Neptuno (Sexto pretendía ser hijo suyo), la muchedumbre estalló en aplausos frenéticos é interminables. Al siguiente día Antonio y Octavio no quisieron que se llevase la estatua de Neptuno; pero el pueblo reclamó el ídolo á grandes gritos, y corrió á derribar las estatuas de los triunviros (4). Octavio quiso obrar con audacia, mostrarse en el foro y hacer uso de la palabra, pero faltó poco para que el pueblo le descuartizara. Antonio tuvo que acudir, y él también fué mal recibido. Los desórdenes continuaron, y para reprimirlos fué necesario que acudiesen soldados á Roma (5).

---

(1) Dión, XLVIII, 31.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 67.

(3) Los *Circenses* á que alude Dión, XLVIII, 31, no pueden ser los que se dieron los tres últimos días de los *Ludi Plebei*, es decir, el 15, 16 y 17 de Noviembre. Éstos eran los últimos de los grandes juegos del año. Véase el *Calendario Maffeiano*, en G. Vaccai, *Le feste di Roma antica*, Turín, 1902, XXI; y Kromayer, en *Hermes*, vol. 29, pág. 557.

(4) Dión, XLVIII, 31; de esto no se trata en Appiano.

(5) Appiano, *B. C.*, V, 68: Dión, XLVIII, 31.

El orden se restableció fácilmente, aunque no sin efusión de sangre; pero este doble gobierno militar era tan débil, y los dos triunviros se asustaron de tal modo con esta súbita explosión del odio, que no sólo suspendieron los preparativos de la guerra, pero también procuraron dar alguna satisfacción al sentimiento republicano. El público advirtió con sorpresa que los tumultos y las amenazas eran cosas mucho más eficaces que las lágrimas y los lamentos. Los triunviros empezaron á buscar nuevos amigos; y, como todos los cargos se habían asignado hasta el término del triunvirato, decidieron disminuir la duración de las magistraturas para poder nombrar magistrados dos veces por lo menos, y de ser posible, todos los años (1). Así distribuirían entre la clase media necesitada y ambiciosa la herencia política de la aristocracia destruída, las magistraturas republicanas que, en la época de Cicerón aún estaban en poder de los descendientes, degenerados ó no, de las grandes familias, que conservaban todo su prestigio para el pueblo, habituado desde siglos antes á considerar de lejos á los cónsules, á los pretores, á los ediles, á los senadores, casi como semidioses. Aunque se estuviese ya á fines de año, los cónsules y pretores fueron invitados á presentar su dimisión; el español Cornelio Balbo, el antiguo agente de César, y P. Canidio, que se había tomado tanto trabajo para sublevar en favor de Antonio las legiones de Lépido, fueron electos cónsules. Todos los pretores quedaron sustituí-

(1) Dión, XLVIII, 35. Véase Dión, XLVIII, 43: refiere hechos importantísimos que han pasado en silencio para todos los historiadores.

dos (1). Mientras que así apresuraban las rápidas carreras de sus amigos, también procuraban asustar á aquéllos de que no estaban seguros. Antonio reveló á Octavio que Salvidieno le había propuesto cederle las legiones, y Octavio, á quien tantas aventuras habían aumentado el temor y la crueldad, quería hacerle perecer; pero temía la cólera del pueblo, y no osaba ordenar su muerte. Acabó por decidirse á enviar á Salvidieno ante el Senado, que juzgaba los crímenes de alta traición; y que, como Octavio prevía, declaró á Salvidieno culpable de *perduellio* (2). En cambio, queriendo estimular á Agripa en su fidelidad, Antonio obtuvo para él del viejo Ático la mano de su única hija (3). Hecho característico de esta época revolucionaria eran las rápidas fortunas que conquistaban algunos jóvenes. Agripa aún no había cumplido veinticuatro años, y aunque procedente de una familia pobre y obscura, había ejercido la pretura, é iba á casarse con la más rica heredera de Roma. Pero estas concesiones y la cesación de las hostilidades no bastaban para calmar la exasperación pública; ésta se obstinaba en querer la paz con

---

(1) Dión, XLVIII, 32.

(2) Veleyo, II, 76; Dión, XLVIII, 33; Appiano, *B. C.*, V, 66; Suetonio, *Aug.*, 66; Livio, *Per.*, 127.—Los historiadores no se han dado cuenta de que, si Octavio y Antonio hicieron durante estos meses una política tan ostensiblemente republicana, la razón consistía en el descontento público y en la popularidad de Sexto Pompeyo.

(3) Cornelio Nepote, *Ático*, 12; sin embargo, no dice que el casamiento se celebrase en este momento; pero me parece verosímil, porque esta fué la última estancia de Antonio en Roma, *harum nuptiarum conciliator*. Antes de Filipos no fué posible el enlace, porque Agripa era un hombre obscuro.

Sexto Pompeyo, que pondría término al hambre; las manifestaciones eran cada vez más numerosas y cada vez más ruidosas. Ni Antonio ni Octavio osaban abandonar á Roma, y, sin embargo, la situación se hacía difícil en Oriente. Hacia fines de año, Herodes, huyendo ante la invasión de los partos, llegó á Roma con el propósito de que le nombrasen los triunviros rey de Judea, y de volver á sus estados sostenido por las legiones romanas (1).

Así es que el año 39, en que Lucio Marcio Censorino, y Cayo Calvisio Sabino fueron primeros cónsules, comenzó entre trastornos é incertidumbres. Viendo que la opinión pública no se calmaba, Octavio y Antonio aún se mostraron más conciliadores, y procuraron disfrazar un poco su poder arbitrario y tiránico con la autoridad del Senado. Presentaron á la aprobación de éste todas las medidas que habían adoptado como triunviros (2); parece que hicieron decretar por el Senado los nuevos impuestos, introduciendo en ellos algunas mermas (3); en fin, invitaron al Senado para que resolviese la cuestión de Judea. Herodes captó á Antonio con grandes presentes, y el Senado, á instancias de los triunviros, de Mesala, de Lucio Sempronio Atratino y de otros altos personajes, decidió que Judea se convertiría en Reino y que Herodes sería su rey (4). Antonio y Octavio hacían, pues, lo que podían para ofrecerse como buenos republicanos, respetuosos de la autori-

---

(1) Josefo, *A. J.*, XIV, XIV, 3.

(2) Dión, XLVIII, 34.

(3) Id., XLVIII, 34: pero el texto ha persistido obscuro...

(4) Josefo, *A. J.*, XIV, XIV, 4.

dad del Senado; lo que no les impedía prometer ya los cargos de magistrados para los cuatro años siguientes (1); designar gran número de senadores, escogiendo á hombres de modesto origen y de poca consideración, oficiales, centuriones, antiguos soldados, hasta libertos (2). El despotismo militar comenzaba á sentirse; lo que hoy llamaríamos la pequeña burguesía asaltaba el Senado, de donde habían desaparecido los hombres de alto linaje; una obscura muchedumbre se empujaba y estrujaba para sentarse en los bancos donde holgadamente se habían sentado Pompeyo, Cicerón, Catón y César; la dinastía de los hombres de pluma fundada por Cicerón, cada vez adquiría mayor influencia entre el general desorden. En medio de tantas revoluciones y guerras, la gente vió con sorpresa á un hombre que sólo manejaba la pluma, convertirse en un personaje influyente. Hacía algún tiempo que el nombre de Virgilio, conocido primeramente en el pequeño círculo de los νεώτεροι y de los jóvenes cultos, se difundía entre el gran público: algunos actores, y entre ellos la famosa Citeris, liberta de Volumnio, que había sido amante de Antonio, empezaron á declamar sus bucólicas en los teatros (3); Mecenas y Octavio, que en el fondo era un

(1) En realidad, Dión, XLVIII, 35, dice que fueron escogidos por ocho años, pero Appiano, *B. C.*, V, 73, dice que, tras la paz de Miseno, se designaron los cónsules por cuatro años, y da los nombres de los cónsules para el cuatrenio 34-31. Esto demuestra que los cónsules del 38-35 estaban ya designados en el momento de que habla Dión, y éste ha resumido las dos designaciones de cónsules por cuatro años que se hicieron á poca distancia, en una sola hecha por ocho años.

(2) Dión, XLVIII, 34.

(3) Servio, *ad Ecl.*, VI, 11; Donato, *in vita*, pág. 60 R.

intelectual y procuraba tener amigos en todas partes, acabaron por desear conocerle, y no tardaron en darle tierras en la Campania para compensarle de la confiscación de que fué víctima. Esta protección aún aumentó su renombre literario, y en medio de tantos desórdenes Virgilio se convirtió en un personaje muy notorio é importante. No por eso dejó de seguir perfeccionando su arte y compuso otras dos imitaciones de Teócrito, la séptima y octava églogas: una contiene en breves coplas la lucha de dos pastores, y la otra, inspirada en el primero y en el segundo idilio de Teócrito, presenta en escena á dos pastores refinadísimos que se encuentran á la aurora y cantan en versos melodiosos y llenos de imágenes los amores desgraciados de un joven y los sortilegios de una mujer apasionada que quisiera atraerse á su amante, ido á la ciudad. Pero no sólo se circunscribió á escribir versos; también se esforzó en que se aprovechasen de su autoridad sus colegas pobres, sus amigos y sus conciudadanos. Invocando en su ayuda á las Musas de Sicilia, confió por un momento en que Alfeno Varo revocase la confiscación de las tierras de Mantua. Habiendo fracasado, procuró ayudar á Horacio para que mejorase su situación presentándolo á Mecenas, á principios del año 39. El momento era propicio: temerosos los triunviros y sus amigos, abrían las puertas á los solicitantes. Sin embargo, Mecenas, aunque dispensando amable acogida al joven, que muy intimidado, sólo supo balbucear algunas palabras (1) no pudo ocuparse inmediatamente de él. El consejero de

(1) Horacio, *Sat.*, I, VI, 55 y sig.

Octavio también tenía otras preocupaciones. Los triunviros se habían engañado figurándose que bastaba hacer nuevas concesiones y dejar pasar algún tiempo para que la opinión pública cambiase: al contrario, el hambre se prolongaba, y el pueblo, viendo las zozobras de los triunviros, cada vez se mostraba más exigente. Hasta hubo manifestantes que se dirigieron á Mucia, la madre de Sexto, para suplicarle que interviniese, y la amenazaron con pegar fuego á su casa si no accedía (1). ¿Qué hacer? Octavio se obstinaba en querer resistir; pero Antonio comprendió que era preferible ceder por el momento, y pidió á Libón, que era suegro de Sexto Pompeyo, y á la vez cuñado de Octavio, que se interpusiese (2).

Por un singular contraste, mientras que Octavio y Antonio no lograban calmar la indignación del país á costa de las más bajas adulaciones republicanas, el joven que, á los ojos de Italia, se había convertido en defensor de la república y de la libertad, había establecido en medio del mar, en las tres islas, un gobierno despótico á la manera asiática. Se había convertido en un verdadero monarca, teniendo como ministros á los inteligentes libertos orientales de su padre, Menodoro, Menécrates, Apolófano, transformados en almirantes y gobernadores. Muchos nobles que se habían refugiado cerca de él—y entre ellos el hijo de Cicerón—no se sentían muy bien con este gobierno despótico: hasta resultaban descontentos, discordias, sospechas, que á veces lanzaban á Sexto en la crueldad y en la violencia,

(1) Appiano, *B. C.*, V, 69.
(2) Id., V, 69; Dión, XLVIII, 36.

haciendo condenar á muerte á Estayo Murco (1). Por otra parte, Sexto Pompeyo había reclutado nueve legiones, compuestas en gran parte de esclavos de los dominios sicilianos que habían pertenecido á los caballeros de Roma, y de los que Sexto se había apoderado, haciendo de su imperio circular un refugio para todos los esclavos que deseaban alistarse en su ejército (2). Esto tenía que inquietar mucho á las clases italianas de buena posición. Y sin embargo, Italia odiaba de tal suerte á los triunviros, y sobre todo, al hijo de César; había cifrado tantas esperanzas en el hijo de Pompeyo, que algunos historiadores modernos opinan que si Sexto, en vez de limitarse á saquear las costas hubiese osado desembarcar en Italia con su ejército, quizás hubiese podido vengar á Farsalia y cambiar para siempre el curso de los acontecimientos. Pero se estaba en la primavera del 39, y desde el paso del Rubicón habían circulado diez años, ¡y qué años! La audacia ó la timidez de los jefes en las grandes luchas históricas, no son mero efecto de sus cualidades innatas ó adquiridas; también dependen, al menos parcialmente, de la confianza ó del desánimo que en torno difunden el éxito ó los reveses. César pudo pasar el Rubicón diez años antes con pie seguro, no sólo porque era audaz, pero también porque la nación entera, tranquilizada por veinticinco años de paz interior, no creía ya en la posibilidad de una gran subversión. Ni siquiera pensaba él mismo en desencadenar una terrible guerra civil entre pobres y ricos; creía obligar á sus adversarios á transi-

(1) Véase Suetonio, *Tib.*, 4; Veleyo, II, 77; Appiano, *B. C.*, V, 70.
(2) Seeck, *Kaiser Augustus*, 74 y sig.

gir en un mero conflicto entre políticos. Pero los terribles desastres experimentados habían desalentado ahora profundamente los espíritus; el mismo Antonio y los jefes del partido victorioso temían á cada instante nuevas dificultades; todo el mundo esperaba y dejaba que los acontecimientos se precipitasen por sí solos, en una especie de pasividad. Tampoco de Sexto podía venir el ímpetu audaz. ¡Hubiese necesitado poseer gran genio en el momento decisivo en que todo podía osarlo, para no desfallecer ante el destino trágico que había aniquilado á su familia! Pero si era incapaz de imitar los golpes de audacia de un César, sin embargo, Sexto Pompeyo era bastante inteligente para comprender que Octavio y Antonio tenían en este momento más necesidad de paz que él; y Menodoro, su hábil consejero, le decía que resistiese, que diese largas á las cosas; sus amenazas y el hambre harían la situación de los dos rivales cada vez más comprometida (1). Por otra parte, altos personajes romanos refugiados á su vera, como Libón y Mucia, obraban sobre él en sentido opuesto, pretendiendo que, si continuaba, Italia se le haría hostil y se pondría en su contra (2). Las negociaciones fueron largas, pero se acabó por establecer un acuerdo: se reconocía como pertenecientes á Sexto Pompeyo la Sicilia y Cerdeña y se le daría el Peloponeso por cinco años, es decir, hasta el 34; sería cónsul el 33; formaría parte del Colegio de Pontífices; recibiría setenta millones de sestercios como indemnización de los bienes confiscados á su padre. En cambio, se comprometería á

(1) Appiano, *B. C.*, V, 70.
(2) Idem, *ibid.*, V, 70-71.

no hostilizar ya las costas de Italia; no ofrecería asilo á los esclavos fugitivos, no impediría la libertad de la navegación y prestaría su concurso para reprimir la piratería. Además, se aprovecharía la paz de Miseno para perdonar á todos los desertores y proscritos supervivientes, exceptuando solamente á los conspiradores condenados por la muerte de César; se restituiría á los desertores todos sus bienes inmuebles, y á los proscritos la cuarta parte de sus bienes; todos los esclavos que habían sido soldados á las órdenes de Sexto recibirían la libertad; se prometió conceder iguales recompensas á los soldados de Sexto que á los de Octavio y de Antonio (1). Después de este acuerdo, en el decurso del verano, los dos triunviros se dirigieron con un ejército á Miseno; Sexto también acudió con su flota; y en el hermoso golfo, frente al ejército que cubría la orilla del promontorio, ante la flota, cuyas velas cerraban el horizonte marino, el hijo de César y el hijo de Pompeyo se dirigieron con Antonio á un barco, ratificaron la paz, se invitaron á un solemne banquete y concertaron el enlace de una hija de Sexto, muy joven todavía, con el pequeño Marcelo, hijo de Octavia. Para mejor consolidar la paz, se redactó la lista de los cónsules para otros cuatro años, es decir, hasta el año 31 antes de Cristo (2). Sexto se fué luego á Sicilia, Antonio y Octavio volvieron á Roma, acompañados de buen número de proscritos ilustres ó de antiguos partidarios de Lucio Antonio que habían huído tras la toma de Perusa y que se aprovecharon de la amnistía para aban-

(1) Dión, XLVIII, 36; Appiano, *B. C.*, V, 72.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 73; Dión, XLVIII, 37-38.

donar á Sexto y á sus libertos para recobrar en Roma lo que les quedaba de sus bienes. Entre ellos estaban Lucio Arruncio, Marco Junio Silano, Cayo Sencio Saturnino, Marco Ticio y el hijo de Cicerón (1). La paz, pues, estaba restablecida con gran alegría de toda Italia; y para hacerla más sólida, la fortuna parecía añadir expresamente nuevos nudos á los lazos de parentesco que unían á los tres autores de la paz de Miseno. Escribonia acababa de dar (ó iba á dar) á Octavio una hija que se llamó Julia, y Octavia, la esposa de Antonio, estaba en cinta.

Al concertar la paz de Miseno los triunviros capitularon por primera vez ante la fuerza invisible de la opinión pública. Esto es lo que da á tal tratado importancia tan grande. Era éste el comienzo de una sorda lucha entre las clases acomodadas de Italia y la dictadura militar de la revolución, lucha en que el partido sin armas impondrá poco á poco sus voluntades al partido armado. Entre tanto, Virgilio, alentado por la paz de Miseno, componía otra nueva égloga, la novena, en la que osaba poner en boca de pastores sus quejas á propósito de la confiscación de su propiedad y de las tierras de los mantuanos, recordando en tono de reproche, que él había saludado al astro de César siendo mal recompensado de los sentimientos que había testificado con respecto al dictador.

---

(1) Veleyo, II, 77; sin embargo, se engaña colocando en el número de esos hombres que se habían refugiado cerca de Sexto y que volvieron á Roma, á Tiberio Claudio Nerón, que había vuelto tras la paz de Brindisi. Véase Dión, XLVIII, 15, y Suetonio, *Tib.*, 4.

III

El desastre de Scilla.

Antonio, á quien había nacido una hija (1), partió para Atenas en el mes de Septiembre (2). Á pesar de su casamiento con Octavia, no había renunciado á la idea de transportar á Oriente el centro de su política, y de llevar la guerra á Persia. Al contrario, pensaba en esto más que nunca. Todos los defectos de las instituciones latinas, la inestabilidad, la venalidad, la insuficiencia, el desorden, no habían hecho más que aumentar desde que los triunviros abrieron la república á las clases medias, redujeron la duración de las magistraturas á seis y aún á tres meses, y poblaron el Senado de hombres sin valor. ¿Cómo emplear en obras serias y difíciles á magistrados que ocupaban tan poco tiempo sus cargos, que solían estar tan mal preparados para el difícil ejercicio del mando, y que ni siquiera tenían el prestigio que daba el nombre á los más degenerados descendientes de las grandes familias? Con tales instrumentos era preciso que los jefes y las banderías que

(1) Kromayer, en *Hermes*, vol. 29, pág. 561.

(2) Plutarco, *Ant.*, 33.

dirigían gozasen de gran autoridad y prestigio, si se quería impedir una total disolución del Estado. Pero los tumultos de Roma y la paz de Miseno, que había sido una verdadera capitulación del triunvirato ante la opinión pública, demuestran cuán débil era aquél. Más que nunca, se necesitaba, pues, realizar un gran esfuerzo para eliminar las causas principales de esta debilidad, es decir, para hacer olvidar con un triunfo brillante y fructuoso todas las terribles decepciones de la política de los triunviros. Antonio sabía que los triunviros aún no habían hecho nada de públicamente útil y bueno; que ni siquiera habían sabido restablecer el orden en todo el imperio; que se habían limitado á distribuir tierras entre cuatro mil ó cinco mil veteranos de César. Era esto demasiado poco tras tantas guerras y matanzas, tras las ilegalidades y violencias que se habían cometido y á cambio de los poderes excepcionales que se les había otorgado. Por todas estas razones se imponía la guerra de Persia. Pero Italia estaba agotada; los gastos de la república aún habían aumentado, mientras que las rentas disminuían; los triunviros habían tenido que dar recientemente á los soldados, á los oficiales y á los abastecedores, muchas promesas y poco dinero; el déficit aumentaba y las deudas se acumulaban (1). Si desde el punto de vista militar no era fácil realizar la expedición, aún era más difícil encontrar los medios financieros necesarios para organizarla.

En la segunda mitad del año 39, Antonio dió posesión en Roma á los cónsules del segundo semestre, L. Coceyo y P. Alfeno, á los que el pueblo llamaba in-

(1) Dión, XLVIII, 34.

geniosamente los «consulitos», y se marchó á Atenas, dispuesto á apresurar los preparativos para la campaña de Persia. Las noticias que recibió de Asia poco después de llegar á Grecia, sólo sirvieron para fortificar su resolución (1). Hacia el mes de Agosto, Ventidio Baso, con un hábil golpe de audacia, sorprendió á Labieno al pie del Tauro, en un paraje que no podemos determinar, derrotándole y obligándole á huir con una pequeña escolta; luego descendió á Cilicia, se dirigió resueltamente hacia la cadena del Amán y los desfiladeros que conducen á Siria. Allí encontró un nuevo ejército parto al mando de un general cuyo nombre se desconoce á punto fijo, y también derrotó este ejército (2). Los partos, tan buenos defensores de su país, pero tan malos conquistadores, se batían en retirada y ganaban las márgenes del Éufrates. Siria quedaba abierta á los romanos: sólo Antígono resistía en Palestina, en la esperanza de que los partos volviesen. Estas noticias causaron gran alegría en Antonio (3) que, durante estos últimos meses del año 39, se puso inmediatamente á retocar la carta política de Oriente, de tal modo, que da á entender que cada vez desconfiaba más de los gobernadores romanos y de las fuerzas de Italia y que consideraba preferibles las instituciones burocráticas de las monarquías orientales. No sólo reconoció á Herodes como rey de Judea, también restableció en la persona de Darío, hijo de Farnaces y sobrino de Mitrídates (4)

(1) Plutarco, *Ant.*, 33.

(2) Dión, XLVIII, 39-41; Frontin, *Strat.*, I, 1, 6; II, v, 35-36; Orosio, VI, xviii, 23.

(3) Plutarco, *Ant.*, 33.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 75

la dinastía nacional del Ponto, donde Pompeyo había organizado repúblicas. Para someter á los pisidas, vigorosos montañeses, capaces de convertirse en soldados tan excelentes como en terribles bandidos, en vez de enviar un general á su país, les dió un rey, escogiendo á Amintas, secretario de Dejotaro (1). Para recompensar á un tal Polemón, hijo de un retórico de Laodicea que, improvisado soldado, había defendido bien la ciudad contra los partos, le hizo rey de Licaonia (2). Encargó á sus protegidos que le buscasen dinero y soldados (3); ordenó á Darío que reorganizase el antiguo ejército del Ponto (4) para ayudarle en la guerra de Persia; distribuyó en tres cuerpos el ejército que Polión había conducido, reconquistando á lo largo del camino á Salona, que se había rebelado, é infligiendo una derrota á los partinos (5). Envió una parte del ejército á pasar el invierno en el Epiro, y empleó las otras dos en pequeñas expediciones contra los bárbaros (6). Luego procuró obtener dinero en Grecia y sobre todo en el Peloponeso, que se había asignado á Sexto Pompeyo (7); y para despojarle de sus bienes cortó la cabeza — procedimiento democrático muy corriente en las

(1) Appiano, *B. C.*, V, 75. Véase Estrabón, XIV, v, 6 (671), que explica así la fundación del reino de Pisidia, sin atribuirla á Antonio; pero como el reino lo fundó éste, es posible que al escribir pensase en él.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 75. Estrabón, XII, xviii, 16 (578).

(3) Id., *ibid.*, V, 75.

(4) Está demostrado esto, porque para la expedición de Persia en el año 36, había un contingente de soldados del Ponto.

(5) Servio, *ad Verg.*, *Ecl.*, IV, 1 y VIII, 12; *C. I. L.*, I, 461.

(6) Appiano, *B. C.*, V, 75.

(7) Dión, XLVIII, 39.

monarquías de la antigüedad—al más rico propietario del Peloponeso, á un tal Lachares (1). En fin, quiso gustar del culto divino que se tributaba á los reyes de Asia. Octavio se contentaba con ser «hijo del divino»; Antonio quiso ser llamado Dios mismo y nuevo Dionisio (2). Sustituíase en las ceremonias á la estatua de Dios, y celebró en Atenas una especie de casamiento místico con Minerva, obligando á la desgraciada ciudad á ofrecerle una dote de mil talentos (3). Luego, llegada la estación en que no se podía navegar, se entregó en la célebre y bella ciudad á las fiestas, á los juegos, á las conversaciones con los filósofos y retóricos, halagando así al helenismo y aplicándose á mostrarse en todo, aun como protector de las artes y de las ciencias, un buen sucesor de Alejandro (4). Por su parte, Octavio marchó á la Galia, donde los aquitanios se habían sublevado (5); pero volvió al poco tiempo dejando á Agripa para domar la protesta que se esperaba sería la última (6). Entre tanto, el 25 de Octubre, Asinio reali-

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 67. Véase *Bulletin de correspondance hellénique,* 1896, pág. 155.

(2) *C. I. A.*, II, 482. v, 22-23 Αντονίου Θεοῦ νέου Διονύσου.

(3) Dión, XLVIII, 39.

(4) Plutarco, *Ant.*, 33; Appiano, *B. C.*, V, 71. Si se pasa revista á todo lo que se hizo durante el otoño del 34, ¿cómo decir con un historiador alemán—que a su vez repite lo que todos los historiadores—que Antonio pasó este invierno *thatenlos und in unwürdigen Genusleben?* (Schiller, *Geschichte der Römischen Kaiserzeit,* Gotha, 1883, I, 101). Existe sobre Antonio una leyenda que extravía á los historiadores y les impide ver los hechos más evidentes.

(5) Appiano *B. C.*, V, 75.

(6) Esto se desprende de lo que dice Eutropio, VII, 5, y que conviene relacionar con lo que dice Appiano, V, 65.

zaba su entrada en Roma y celebraba su triunfo sobre los partinos (1); y Mecenas, á fines del año, encontrándose menos atareado, pudo recordar al joven poeta que le presentaron nueve meses antes, haciéndole saber que las puertas de su palacio las encontraría abiertas. Horacio creyó tocar al cielo, y sacudiendo su pereza, escribió la tercera sátira en que celebra la amistad y todas las virtudes que la sustentan, y con tal ternura hizo el elogio, que algunos críticos han creído reconocer su agradecimiento por Virgilio (2). Y, sin embargo, parece que al principio no obtuvo el menor beneficio posible de esta amistad, ni siquiera estímulo para sus poemas. Este joven era demasiado tímido, temía mucho pecar de importuno (3) demandando algo; escribía muy poco, y no osaba publicar nada; sólo enseñaba sus poemas á los íntimos. Mecenas creía ver en él á un futuro hombre político antes que á un gran poeta. Inquieto por las recriminaciones de algunos hombres obscuros que había citado en su segunda sátira, compuso en su defensa la cuarta sátira invocando la autoridad de Lucilio, y afirmando que, después de todo, no abrigaba la intención de vender sus versos ni de leerlos en público (4). También era una gran ventaja para él poder frecuentar á la clase culta y letrada; pues los intelectuales pobres no podían imponerse al público sin la ayuda de los ricos y de los poderosos, y los mejores de

---

(1) *C. I. L.*, I, 461.

(2) Véase Cartault, *Etude sur les Satires d' Horace*, París, 1899, 28 y sig.

(3) Horacio, *Sat.*, I, III, 63 y sig.

(4) Id., *ibid.*, I, IV, 71 y sig.

entre esos intelectuales se veían obligados á buscar tal protección, si querían darse á conocer. ¡Qué hacer! No todos eran grandes señores, árbitros del tiempo, de su cuerpo, de su cerebro, como Salustio, que seguía vengándose de los conservadores escribiendo su bella *Guerra de Jugurta*, es decir, la historia del primer gran escándalo aristocrático; y refería minuciosamente en las *Historiæ*, los crímenes, las faltas, los escándalos y la caída del partido de Sila, desde la muerte del dictador hasta el año 67, sin dejar pasar las ocasiones que se le presentaban de vapulear á Pompeyo. Tampoco tenían todos los escritores la suerte de Virgilio que, exento de los cuidados de la pobreza, protegido por los grandes y admirado por el pueblo, trabajaba cómodamente en su obra bucólica y componía su décima y última égloga, para dulcificar las tristezas de amor de un amigo suyo. Originario de una obscura familia del orden ecuestre de la Galia Cisalpina, Cayo Cornelio Gallo (1) era en la bandería política de Octavio uno de esos numerosos italianos que se disputaban los cargos vacantes de la aristocracia aniquilada: inteligente, arrivista, ambicioso de todas las glorias, anhelante de que se hablase de él á cualquier precio, escritor distinguido, político y soldado, nada desdeñoso del amor y de las mujeres, había tenidò de querida á la Citeris, que declamaba en Roma las églogas de Virgilio: abandonado por ella, el joven había solicitado de Virgilio una égloga destinada á consolarle y al mismo tiempo para hacer saber á

(1) Una inscripción recién encontrada en Egipto ha demostrado que su primer nombre era Cayo. Véase *Sitzb. Berl. König. Prens. Akad.*, 1896, vol. 1, pág. 478.

media Italia que había sido el amante de la más famosa hetaria de la época (1). El buen Virgilio accedió á prestarle este servicio. Disfrazóse de pastor de Arcadia, y presentó á las montañas, á los bosques, á los laureles, á los tamarindos, á los rebaños, á los mismos dioses afligidos por las tristezas de Gallo; y Gallo respondía que deseaba retirarse entre los pastores de la Arcadia, á los bosques y á las cavernas, para entonar cantos bucólicos, para cazar fieras y para inscribir en las cortezas de los árboles el nombre de su bella. Con este poema terminó Virgilio sus églogas, es decir, la obra más leída y admirada entonces por el público de toda Italia, pues respondía á las tendencias y necesidades del nuevo público, más numeroso y heteróclito, que leía ahora los libros en lugar de la antigua clase culta, la aristocracia desaparecida. Estos pequeños poemas, compuestos á la manera de Teócrito y de otros poetas bucólicos griegos que entonces estaban en moda, expresaban por boca de pastores ficticios, de ninfas, de faunos y de dioses, los sentimientos nuevos que fermentaban en el espíritu italiano á consecuencia de la mezcolanza de tantas culturas diferentes y en medio de acontecimientos tan terribles y calamitosos: cantaban el deseo de la paz, la esperanza en un porvenir mejor, el melancólico placer del campo, la curiosidad filosófica que se despierta ante los misteriosos orígenes del mundo, los primeros estremecimientos del misticismo que comenzaba á invadir la vida y la política. Así, cada cual encontraba en Virgilio algo que le agradaba, aunque muy

---

(1) Servio, *ad Ecl.*, X, 1.

pocas personas pudiesen apreciar la exquisita delicadeza de la forma y de la sensualidad imaginativa y refinada de que las églogas están llenas. Además eran breves; se necesitaba poco tiempo para leerlas ó escucharlas; se las aprendía fácilmente de memoria, lo que era una gran ventaja para el público numeroso y superficial de aventureros políticos, de traficantes atareados, de centuriones y de tribunos militares en camino de enriquecerse, de jóvenes estudiantes, de libertos cultos que deseaban leer algo, pero que carecían de tiempo y de interés para leer los interminables poemas de Ennio y de Pacuvio.

Un soldado abandonado por una hetaria y que, para consolarse de su tristeza, hubiese encargado á un poeta á la moda que diese á conocer á Italia entera su nombre y su aventura, se hubiese captado el desprecio de los antiguos romanos. Pero, en el desorden universal, hasta se perdía este sentimiento de la dignidad, que antaño impedía á los hombres encargados de gobernar á sus semejantes de exhibir en público las debilidades de las pasiones más humanas. El dios Eros mostraba por todas partes su gesto desvergozado, lo mismo en las tiendas de los generales que en la curia; y el pueblo sentía ahora por estas debilidades las mismas indulgencias que por las demás. Á principios del año 38 se vió súbitamente al lascivo y violento Octavio poseído de un furioso amor por la mujer de Tiberio Claudio Nerón: se le vió divorciarse inmediatamente de Escribonia, obligar á que se divorciase Livia—este era el nombre de la bella—y aunque estuviese embarazada de seis meses, casarse con ella antes de dar á luz, no obstante las prescripciones del antiguo código sacer-

dotal de Roma (1). Los amables pontífices estimaron que las antiguas prescripciones religiosas no tenían aplicación en este caso. ¡La sorpresa, la risa y el escándalo fueron grandes en Roma cuando se supo que el marido había dotado á Livia como si fuese su hija, y que había asistido al banquete nupcial (2)! ¿Había obrado así Octavio en una de sus habituales crisis de violencia? No es dudoso que también tenía razones políticas para repudiar á Escribonia. Espíritu tímido é indeciso que fácilmente carecía de sangre fría en el peligro cuando era preciso adoptar súbita resolución, Octavio poseía, en cambio, lo que puede llamarse vigor latente; sabía darse precisa cuenta de lo que exigían las circunstancias difíciles, y tenía la fuerza de poner en ejecución planes largamente meditados, triunfando de sus dudas é incertidumbres. Tras la capitulación de Miseno, Octavio había comprendido como Antonio que había descendido mucho en el concepto público; y no pudiendo intentar por sí sólo una gran empresa como la conquista de Persia, decidió al menos aniquilar al hijo de Pompeyo para impedir que, gracias á la admiración popular, la familia rival de la suya no reconquistase su antiguo poder. En los últimos meses del año 37 y en los primeros del siguiente, Octavio había buscado ya pretextos de discordia; había escrito á Pompeyo algunas cartas acusándole de acoger esclavos fugitivos, de no reprimir la piratería, de seguir aumentando los armamentos y de violar ciertas convenciones

(1) Dión, XLVIII, 44; Suetonio, *Aug.*, 62.
(2) Id., XLVIII, 44.

del tratado de Miseno (1). Su divorcio de con Escribonia era así un medio para apresurar su ruptura con el árbitro de las islas. Pero si Octavio se divorciaba de con Escribonia por motivos políticos, ni este fin político ni cualquier otro podía explicar la prisa conque deseó casarse con Livia, hiriendo los escrúpulos superticiosos de la muchedumbre, y ofreciendo esta nueva ocasión al público de burlarse de él y de su nueva esposa. Hija de Livio Druso, aristócrata de vieja cepa que había muerto en Filipos, Livia era una joven de maravillosa hermosura, de gran talento y de carácter encantador. No es inverosímil que este joven inteligente, pero nervioso, impresionable, que pasaba continuamente de la duda á la precipitación, de la irritabilidad á la debilidad, fuese sojuzgado por esta mujer, no sólo á causa de su maravillosa belleza, pero también por su fina inteligencia y esa seguridad de juicio que suele encontrarse entre las mujeres bien equilibradas. Este casamiento precipitado debería, por consecuencia, colocarse en el número de los caprichos que su temperamento débil y violento le hizo incurrir en esta época.

Por el tiempo en que Octavio consumaba este raro enlace, ocurrió un suceso que precipitó la ruptura con Sexto Pompeyo. Menodoro, nombrado por Sexto gobernador de Cerdeña, riñó con su protector pasándose al enemigo, y entregando á Octavio la isla, una flota de sesenta barcos y tres legiones (2). Muy contento de obtener á Cerdeña sin ningún esfuerzo, Octavio le acogió con los brazos abiertos; pero al conocer la trai-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 77.

(2) Dión, XLVIII, 45; Appiano, *B. C.*, V, 78; Orosio, VI, 18, 21.

ción (1), Sexto envió una flota para asolar las costas de Italia. Al comenzar la primavera del año 38, la guerra estalló, pues, de nuevo. Octavio escribió sin tardanza á Antonio rogándole que volviese á Brindisi, donde quería hablarle (2); pidió ayuda á Lépido (3), ordenó á la flota anclada en Rávena que se dirigiese á Brindisi para esperar allí á Antonio (4), y á la flota de Menodoro que se reuniese á los otros barcos en las costas de Etruria (5); hizo construir nuevas trirremes en Rávena y en Roma (6); llamó á las legiones de la Galia y de Iliria, y dirigió á unas sobre Brindisi y á otras sobre Nápoles (7), para atacar á Sicilia por dos lados, si Antonio aprobaba su plan (8). Pero Antonio acogió en Grecia con mal humor las noticias que procedían de Italia y la invitación de dirigirse á Brindisi. Pasó el in-

---

(1) Según Appiano, *B. C.*, V, 78 y 81, Menodoro no realizó la traición hasta que la guerra hubo ya comenzado. Pero Dión, XLVIII, 45-46, nos dice en cambio que la traición fué el motivo último que determinó la guerra. Esta segunda versión me parece más verosímil. En efecto, la de Appiano está en contradicción con otro hecho referido por el mismo Appiano, y es que, cuando Antonio fué á Brindisi, conocía ya la traición de Menodoro (capítulo LXXIX). Ahora bien; el viaje de Antonio tuvo que efectuarse algún tiempo antes de comenzar las hostilidades. Véase la nota de la pág. 60.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 78.

(3) Dión, XLVIII, 46.

(4) Appiano, *B. C.*, III, 78.

(5) Id., *ibid.*, III, 78, dice que en Puzzolo; pero en el capítulo LXXXI, se ve que esta flota partió de las costas de Etruria. Ó se ha engañado Appiano en el capítulo LXXVIII, ó hubo un cambio — cuya razón ignoramos — en las órdenes dictadas.

(6) Appiano, *B. C.*, V, 80.

(7) Id., *ibid.*, V, 78 y 80.

(8) Id., *ibid.*, V, 78.

vierno en Atenas, donde se divirtió mucho; al terminar el invierno volvió con ardor á la ejecución de sus proyectos, y á la sazón estaba ocupado en trasladar á Asia, donde quería seguirlo, al ejército que había invernado en el Epiro y en los confines de Macedonia (1). ¡Y súbitamente le llamaba Octavio á Italia para una nueva guerra contra Sexto Pompeyo! Antonio no estaba dispuesto á interrumpir sus proyectos orientales y á demorar su desquite de la capitulación de Miseno por favorecer el de Octavio. Partió, pues, con algunos barcos y un séquito poco numeroso (2) para Brindisi, dispuesto á impedir al turbulento Octavio que hiciese la guerra. Era Antonio el de más edad; tenía más fama y autoridad; consideraba á su joven colega como subordinado suyo; estaba dispuesto á arreglar todos los asuntos á su voluntad. Pero el día en que llegó á Brindisi no estaba allí Octavio, ignoramos por qué razones. Antonio no esperó mucho: volvió á partir en seguida,

(1) No poseemos ningún texto que nos lo diga; pero como sabemos que parte considerable del ejército de Antonio pasó en el Epiro y en Grecia el invierno del 39-38, y que, al invierno siguiente todo el ejército estaba en Asia, es necesario suponer que el transporte de tropas comenzó entonces. Quizás haya que ver una alusión á este transporte de tropas en el pasaje de Appiano, *B. C.*, V, 76, donde se describe la actividad de Antonio durante la primavera del año 38.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 79: σὺν ὀλίγοις, Este presto retorno y estas cartas dirigidas á Octavio y á Menodoro demuestran claramente que Antonio se dirigió á Brindisi antes de que empezaran las hostilidades, y que tenía el designio de conservar la paz. Por consecuencia, el relato de Dión, XLVIII, 46, según el cual Antonio contaba con incorporarse á Octavio en Etruria, pero que retrocedió asustado por un lobo que entró en su *prætorium*, sólo es una fábula.

escribiendo dos cartas en tono imperativo, una á Octavio, exhortándole á respetar el tratado de Miseno; la otra á Menodoro, advirtiéndole que si no permanecía tranquilo, reivindicaría sus derechos de patronato sobre él por ser uno de los que habían adquirido el patrimonio de Pompeyo (1).

La decepción fué grande para Octavio, que fiaba en el apoyo de Antonio. En efecto, la guerra se anunció difícil para él. Lépido, indignado de que la paz de Miseno se hubiese concertado sin su intervención, ni siquiera alentó. La opinión popular cada vez era más contraria á la guerra y más adversa para Octavio. Agripa estaba lejos y hacía una campaña feliz contra los aquitanios. Arriesgarse sólo contra Sexto Pompeyo era temerario. Pero Octavio comprendió que tras las intimidaciones de Antonio y las provocaciones de Sexto Pompeyo, se desacreditaría completamente si daba á entender que necesitaba de su colega ó tenía miedo de su rival; que, para realzar el prestigio declinante de César, y rebajar el renaciente de Pompeyo, necesitaba una nueva Farsalia por mar y por tierra. Y creyó que podría dirigir la guerra por sí sólo. Suele ocurrir á los temperamentos nerviosos que lo mismo pecan por exceso de prudencia como por exceso de audacia. Al saber que los partos volvían á invadir á Siria, Octavio se figuró que Antonio, retenido en Oriente, no podría intervenir en Italia, y se dijo que, si lograba aplastar á Pompeyo se cubriría de gloria, justificándolo todo con el éxito; y después de haber solicitado el apoyo de todo el mundo para su empresa, se resolvió á dirigir solo, por tierra y

(1) Appiano, *B. C.*, V, 79.

por mar, la ejecución de un plan de guerra ingenioso, pero difícil. Puso á Cornificio al frente de la flota, que había ya reunido en Brindisi, y le dió orden de dirigirse á Tarento. Confió el mando de los barcos anclados en aguas de Etruria á Calvisio Sabino, dándole como vicealmirante á Menodoro, ordenándoles que se hiciesen á la vela para Sicilia. En fin, él mismo condujo á Regio el ejército que pensaba hacer desembarcar en Sicilia, cuando ambas flotas hubiesen destruído á la de Pompeyo (1). Para tranquilizarle sobre las amenazas de Antonio, inscribió á Menodoro en el orden de los caballeros.

La guerra tuvo que comenzar hacia fines de Julio. Pero Pompeyo nombró en lugar de Menodoro á otro liberto griego no menos inteligente, á Menécrates, que supo aprovecharse hábilmente de la división de las fuerzas enemigas y que se dispuso á destruir las dos secciones de la flota de Octavio antes de que pudieran reunirse. Dejó, pues, á Pompeyo, en Mesina, con una cuarentena de barcos (2); se hizo á la vela para Nápoles con el grueso de la flota, y habiendo encontrado en aguas de Cumas á Calvisio y Menodoro que venían de Etruria, empeñó la batalla. La flota de Octavio quizás era menos numerosa; y Calvisio que la mandaba, tenía poca experiencia; de suerte que sufrió graves pérdidas; pero, por otra parte, Menécrates murió en la batalla, y

(1) Appiano, *B. C.*, V, 80.

(2) Esto parece establecido por la comparación de un pasaje de Appiano, *B. C.*, V, 81, donde se dice que «Pompeyo esperó á César en Mesina», con otro del mismo autor, *B. C.*, V, 84, donde se asegura que Octavio tuvo ocasión de atacar á Pompeyo cerca de Mesina, sólo con cuarenta barcos.

Demócares, que era su segundo, no osó aprovecharse hasta el fin de la victoria, y se retiró lentamente hacia Sicilia, dejando á Calvisio y á Menodoro en el golfo de Nápoles, donde pudieron reparar los daños recibidos (1). Entre tanto, Octavio había llegado á Regio, y, luego de haber situado su ejército á lo largo de la orilla, tomó el mando de la flota de Cornificio y desde Regio acechó á Pompeyo: temeroso, agitado, irrésoluto, pasaba el tiempo interrogando al horizonte; desde la mañana hasta la noche meditaba sus planes de ataque; pero esperando á Calvisio perdió todas las buenas ocasiones que en la guerra es preciso saber escoger á tiempo. Ni siquiera supo aniquilar á Sexto en el estrecho, un día en que sólo llevaba sus cuarenta barcos (2). Pero cuando Calvisio y Menodoro, después de reparar sus averías, se hicieron á la vela para Sicilia, este almirante, tan inseguro hasta entonces, incurrió en tan gran imprudencia, que se siente uno inclinado á suponer que perdió completamente la cabeza, ó que los historiadores de la antigüedad han descuidado el referirnos algún hecho que nos explicaría el caso. En efecto, Octavio salió de Regio para ir á su encuentro dejando á retaguardia, en Mesina, no ya los cuarenta barcos de Sexto, sino toda la flota, que había vuelto de Cumas. Demócares y Apolófano le persiguieron y atacaron inmediatamente por retaguardia en aguas de Scilla. El joven almirante de veinticinco años, tuvo que dirigir su primera batalla naval (3), en la que se dió

(1) Dión, XLVIII, 46; Appiano, *B. C.*, V, 81-84.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 84.
(3) Id., *ibid.*, V, 85.

malas trazas. Octavio procuró primero resistir en alta mar reuniendo sus barcos que eran más grandes, más pesados y cargados de mejores soldados; pero atacado por Apolófano, no tardó en temer que le echase á pique ó le hiciese prisionero, y se retiró entonces hacia la costa, donde echó anclas. Sin embargo, el enemigo siguió persiguiendo á los pesados barcos, que, después de anclados, aún se defendían con menos facilidad (1): las órdenes del almirante se hicieron confusas y contradictorias; muchos soldados se arrojaron al mar para ganar la orilla. Octavio no tardó en perder la cabeza, y, lo que aún no se había visto en ningún general romano, incurrió en un acto de cobardía descendiendo á tierra y abandonando el mando en lo más recio de la pelea (2). Por lo demás, esta cobardía de Octavio ahorró un completo desastre; pues cuando el medroso y molesto almirante no estuvo presente, Cornificio hizo levar anclas y reanudar el combate, resistiendo hasta el momento en que el enemigo, habiendo divisado el primero á Calvisio que se acercaba, retornó á Mesina (3). Estaba anocheciendo: el sol se puso antes de que Cornificio advirtiese que la flota procedente de Nápoles estaba ya muy cerca de él; de manera que, durante la noche, mientras que Octavio estaba en tierra entre los heridos y los fugitivos famélicos, Cornificio mandó echar anclas.

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 85-86. Dión, XLVIII, 47, añade algunos detalles precisos sobre la primera parte de la batalla, pero resume confusamente y en algunas líneas la segunda parte, para cuyo relato conviene recurrir á Appiano.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 85; Ὁ μὲν δὴ Καῖσαρ ἐξήλατο τῆς νεὼς ἐπὶ τὰς πέτρας.

(3) Appiano *B. C.*, V, 86.

sin saber lo que había sido de su jefe, de Calvisio, ni de lo que ocurriría al otro día. La aurora pareció tranquilizar á todos: algunas cohortes procedentes de Regio, encontraron en la orilla á Octavio, que no estaba menos fatigado que los simples soldados; Cornificio se dió al fin cuenta de la presencia de Calvisio; los almirantes y su general fugitivo comenzaron á cambiar mensajes tranquilizadores (1). Pero, mientras que la confianza renacía, sobrevino una formidable tempestad que duró todo el día y la noche siguiente, destruyendo la mayor y mejor parte de la flota de Octavio (2). Los vientos remataron la obra comenzada por los almirantes de Pompeyo. Octavio ya no tenía flota; la empresa de Sicilia terminó en este lamentable desastre.

El fracaso era tanto más lamentable, porque, durante este tiempo, Antonio obtenía en Oriente los más hermosos triunfos militares. Nuevamente los partos habían invadido en la primavera la provincia romana á las órdenes de Pacoro, el hijo predilecto del rey, cuando Antonio aún estaba en Grecia: pero Ventidio, con una rapidez y una habilidad verdaderamente admirables, logró reunir todas las fuerzas romanas que se encontraban en Siria y en Cilicia, y dirigiéndose al encuentro del enemigo le infligió una derrota memorable el 9 de Junio—según parece—es decir, dieciséis años después del desastre de Carres. El mismo Pacoro murió en la pelea (3). ¡Craso estaba vengado! Un príncipe parto ex-

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 87-88.

(2) Id., *ibid.*, V, 80-90; Dión, XLVIII, 48.

(3) Dión, XLIX, 19-20; Livio, *Per.*, 128; Plutarco, *Ant.*, 34; Oros., VI, VIII, 23.

piaba con su muerte la muerte del procónsul romano (1). El entusiasmo fué tan grande en Roma, que el Senado, para satisfacer á la opinión pública, decretó el triunfo, no sólo á Antonio, jefe de Ventidio, pero también al mismo Ventidio (2), lo que jamás se había hecho. Habiéndose dirigido á Asia poco después de la derrota de Gindaro, Antonio tomó el mando del ejército de Ventidio, que había comenzado ya la guerra contra el rey de Comagene, gran partidario de los partos, y ponía sitio á Somosata. Antonio continuó entonces el sitio comenzado por su general (3). Á estos triunfos sólo podía oponer Octavio los triunfos de Agripa en Aquitania, que no podían compensar sus desventuras en Sicilia, de las que toda Italia se alegró. El dinero escaseaba, el estado de la opinión pública impedía á Octavio recurrir a nuevos impuestos (4); Antonio tenía que estar muy indignado contra él, y para aumentar las dificultades, el año 38 que corría era el último del quinquenio que había de durar el triunvirato, imposible de renovar si no precedía un acuerdo entre los colegas. Con tales dificultades no ganaba gran cosa distribuyendo á manos llenas las magistraturas, nombrando hasta sesenta y siete pretores este año (5). Creyó por

(1) Plutarco, *Ant.*, 34.

(2) Dión, XLIX, 21.

(3) Plutarco, *Ant.*, 34; Dion, XLIX, 21. Es natural que á su llegada Antonio tomase el mando. Los celos hacia Ventidio sólo son una fábula.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 92. Quizas en este momento tuvo lugar la protesta contra los publicanos á que alude Dión, XLVIII, 43.

(5) Dión, XLVIII, 43.

un momento que Antonio permanecería en Siria retenido por la campaña contra los partos; pero hacia fines de Septiembre tuvo que saber que Antonio, imponiendo una indemnización en dinero, había concertado la paz con el rey de Comagene, y que se disponía á volver á Grecia (1) con el propósito de intervenir en los asuntos de Italia. Dejó como gobernador de Siria á Cayo Sosio: era éste un hombre obscuro que hacía fortuna sirviendo á Antonio, y que estaba encargado de realizar la conquista definitiva de Judea para entregarla á Herodes, y de tomar á Jerusalén, donde seguía sosteniéndose Antígono (2).

Octavio adoptó entonces el partido de enviar á Atenas cerca de Antonio á Mecenas (3), á Lucio Coceyo y á Cayo Fonteyo Capitón (4) para que procurasen calmarle y concertar con él un amistoso acuerdo renovando el triunvirato. Horacio, invitado para acompañar á Mecenas hasta Brindisi, nos ha legado una hermosa descripción de este viaje en su quinta sátira del primer libro. Partido en carruaje de Roma—probablemente en la segunda mitad de Septiembre—y acompañado solamente de un amable retórico griego, Heliodoro, Horacio llegó por la tarde á Aricia, donde pasó la noche en un modesto albergue; por la mañana reanudaron la marcha llegando por la tarde á Forum Appi, al lado de las marismas pontinas, donde un canal navegable debía

(1) Plutarco, *Ant.*, 34; Dión, XLIX, 22 (se engaña al decir que Antonio partió para Italia).

(2) Dión, XLIX, 22.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 92.

(4) Horacio, *Sat.*, I, v, 32.

de conducirles por la noche á Terracina. Horacio, á quien una enfermedad de la vista impedía beber vino y no quería el agua mala de las aldeas, se resignó á no comer esta tarde, y mientras que los otros viajeros comían en el albergue, él se fué á ver los marineros y sus jóvenes esclavos que equipaban el barco y cargaban los bagajes. En el cielo brillaban las primeras estrellas. Por la tarde, el barco, arrastrado por una mula que seguía la margen del canal, se puso en marcha entre los cantares del marinero y de los pasajeros; poco á poco se amortiguaron las voces, los pasajeros se durmieron y sólo el marinero prosiguió su canto, hasta que al cabo, también le venció el sueño. Al amanecer advierte un pasajero que la barca está inmóvil, y que el marinero duerme: entonces le despierta con buenas formas. El tercer día, á las diez de la mañana, ambos viajeros pudieron lavarse rostro y manos en la hospedería de la Fuente Ferania, desde donde partieron para Terracina, que está á tres millas. Allí encontraron á Mecenas, á Coceyo y á Capitón, y Horacio humedeció con colirio sus ojos enfermos. El cuarto día recomenzaron juntos la marcha para Capua; pasaron por Fundi, donde el *prætor*, el alcalde de la época, salió á su encuentro con gran pompa y les distrajo agradablemente; llegaron á Formia, donde pasaron la noche y fueron acogidos en su *villa* por Lucio Licinio Murena. Por la mañana llegaron de Nápoles Plocio, Vario y Virgilio; éste quizás venía de las propiedades que en la Campania le había regalado Octavio. Así acrecentado el grupo, partió en carruaje para detenerse por la tarde del quinto día en un pequeño albergue del puente de Campania. Al otro día se detuvieron en Capua, donde Me-

cenas, que sentía la pasión de los ejercicios físicos quiso jugar una partida. El séptimo día llegaron á las Horcas Caudinas, dirigiéndose á la magnífica *villa* de Coceyo, donde la comida se prolongó hasta bien entrada la noche, amenizada por una simulada riña de bufones. Al siguiente día estaban en Benevento, donde el dueño de la hospedería estuvo á pique de pegar fuego á la casa por quererles asar un ave. Mecenas y sus amigos tuvieron que ayudarle á extinguir el incendio. Más allá de Benevento, al noveno día de viaje, Horacio tuvo la alegría de divisar las montañas de su país natal: pero tuvieron que pasar la noche en Trevico, en una taberna humosa, donde el poeta intentó vanamente seducir á una criada que, sin embargo, no era arisca. Dos días después estaban en Canusio, donde Vario les abandonó; el duodécimo día llegaron á Ruvo por caminos que la lluvia hizo difíciles de recorrer, y el décimo tercero á Bari: el tiempo se volvió bueno, pero los caminos estaban peor que antes. El décimocuarto día tocaron en Gnacia, en cuyo templo vieron el milagro del incienso que ardía sin que nadie lo encendiese, y el poeta gozó mucho con esta superstición, buena—según decía—para judíos. El décimo quinto día, después de haber recorrido desde Roma, y casi siempre en carruaje, 360 millas (530 kilómetros), llegaron á Brindisi, donde Mecenas embarcó para Grecia.

El relato de este viaje es un documento interesante; pues nos muestra á Mecenas, es decir, á uno de los grandes personajes de este tiempo, obligado muchas veces durante su breve viaje de Roma á Brindisi, á parar en horrorosas hospederías. Esto indica que en este gran camino había entonces pocos ricos propietarios que pu-

diesen dar hospitalidad á los ilustres viajeros; y que en esta antigua vía de Apio había buen número de *villas* desiertas y abandonadas, que sólo eran ya lúgubres monumentos fúnebres de la plutocracia destruída y de lo que había sido la aristocracia romana.

IV

Las Geórgicas.

El 27 de Noviembre de este mismo año (38 antes de Cristo), Ventidio entró en Roma entre los aplausos del pueblo, y celebró el triunfo sobre los partos (1); algún tiempo después (desgraciadamente ignoramos las fechas exactas) Mecenas volvió de Grecia y Agripa de la Galia (2). Octavio había confiado en que también se decretase el triunfo de Agripa que le hiciese semejante á Ventidio y demostrar que los generales de Antonio no eran los únicos en alcanzar victorias. Pero Agripa comprendió que su triunfo, decretado por voluntad de Octavio tras de sus éxitos poco importantes en la Galia, hubiese sido mezquino en comparación del de Ventidio, decretado por el gran voto de la opinión pública tras la gloriosa victoria de Gindaro; quizás temió igualmente suscitar los celos de Octavio, y manifestó que no ambicionaba los honores del triunfo cuando aún estaba tan reciente el desastre de Scilla (3). Además,

(1) *C. I. L.*, págs. 461, 478.

(2) Appiano, *B. C.*, V. 92.

(3) Dión, XLVIII, 49; estos motivos en que Agripa inspiró su negativa, sólo son suposiciones; pero seguramente que el motivo dado por Dión sólo fué el pretexto alegado por Agripa.

sobrevinieron cuidados mucho más graves. Carecemos de testimonios directos que nos informen exactamente sobre el mensaje que Mecenas trasladó á Octavio; pero los hechos que siguieron nos inducen á creer que, sobre poco más ó menos, debió de ser éste: Antonio se declaraba presto á ayudar á Octavio en la guerra contra Pompeyo cediéndole parte de su flota; pero demandaba en cambio un contingente de soldados para la conquista de Persia, contingente importantísimo —al menos por lo que parece— y no de reclutas bisoños, como Antonio los hubiese podido reclutar en Italia sin el asentimiento de Octavio, sino de soldados entresacados en el ejército de su colega. Antonio estaba ahora decidido á intentar al año siguiente (el 37) la guerra de Persia; pero, como parte de su ejército sitiaba entonces á Jerusalén, su flota era inútil para la conquista de Persia y se sentía corto de dinero, ideó este trueque para realizar economías en los gastos navales (1). Cuanto á la renovación del triunvirato, remitió el acuerdo á la primavera, cuando fuese á Italia para consumar el cambio; y este era un nuevo ardid para obligar á Octavio á mostrarse conciliador. En efecto, no renovándose el triunvirato antes de terminar el año, si Octavio no quería volver á la vida privada ó violar la legalidad, iba á verse obligado el primero de Enero del año 37 á salir de Roma, pues un principio fundamental del derecho constitucional romano quería que todo jefe de ejército conservase interinamente el mando,

(1). Que fuese éste uno de los fines perseguidos por Antonio proponiendo el cambio, lo dice expresamente Appiano, *B C.*, V, 93: Τῇ τε γὰρ χορηγίᾳ τοῦ ναυτικοῦ κάμνων'...

después de la fecha fijada, en tanto que se nombraba al sucesor ó que llegaba al lugar donde le esperaba al ejército; pero era necesario para esto que permaneciese fuera del *pomærium*. Los triunviros, pues, conservarían el *imperium* sobre los ejércitos y sobre las provincias, es decir, la parte esencial de su autoridad, mientras se designaba á sus sucesores; pero á condición de permanecer fuera de Roma (1), condición indiferente para Lépido y para Antonio, que estaban en África ó en Grecia; pero muy enojosa para Octavio, que poseía el gobierno de Italia.

En definitiva, Antonio quería hacer soportar á las tropas de su colega parte de las pérdidas que ocasionase la conquista de Persia, de la que él sólo había de obtener en seguida gloria y poder. Es natural, pues, que las proposiciones de Antonio fuesen para Octavio y sus amigos motivo de grandes preocupaciones y discusiones. ¿Había que ceder ó resistir? Y si se resistía, ¿cómo hacerlo sin provocar una guerra civil? Aconsejado, sin duda, por Agripa y por Mecenas, Octavio adoptó el partido de construir inmediatamente una nueva flota, sin retroceder ante la necesidad de agobiar á los propietarios con nuevas cargas en dinero y en esclavos (2), para poder responder á Antonio cuando volviese en la primavera que no necesitaba de sus barcos, y procurar de este modo hacer menos oneroso el cambio propuesto. Agripa, que era hombre activo y fecun-

---

(1) Véanse las agudas observaciones de Kromayer, *Die Rechtliche Begründung des Principats*, Marburgo, 1888, pág. 7; participo completamente de su manera de ver.

(2) Dión, XLVIII, 49.

do en recursos, se encargó de construir la nueva flota. Dirigióse á Nápoles sin tardanza, reunió obreros, hizo coger á los soldados el azadón y el hacha, tuvo idea de abrir entre Puzzolo y el cabo Miserio un canal que pondría en comunicación el lago Averno con el Lucrino, y de transformar en muelle abierto la estrecha banda de tierra que separaba al lago Lucrino del mar (1). Á comienzos del año 37, las orillas del hermoso golfo de Puzzolo estaban llenas de peones, albañiles, herreros, calafateadores que trabajaban en el puerto y en la flota.

Sin embargo, á fines del año 38, Octavio salía del *pomœrium* (2), y el primero de Enero del año 37, expiraba el poder de los triunviros. Roma volvía á administrarse por los antiguos magistrados republicanos ya nombrados, cuyo número aún había aumentado en el año último. No sólo se habían nombrado gran número de pretores; pero también un número extraordinario de cuestores (3). Pero como Octavio no podía emprender la guerra contra Sexto Pompeyo hasta que no se pusiese de acuerdo con Antonio, no ocurrió nada antes del mes de Mayo, es decir, hasta el momento en que Antonio llegó al puerto de Tarento con trescientos barcos (4) para efectuar el trueque propuesto. Pero

(1) Dión, XLVIII, 48-51; Veleyo, II, 79; Floro, IV, VIII, 6; Suetonio, *Aug.*, 16.

(2) Véase Kromayer, *Die Rechtliche Regründung des Principats,* Marburgo, 1888, pág. 7, sobre esta conjetura necesaria para explicar los sucesos de aquel año.

(3) Dión, XLVIII, 53.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 93. Para este año tampoco podemos determinar las fechas más que de una manera aproximada. La fecha del mes de Mayo del año 37 para la llegada de Antonio es la pro-

Octavio no estaba allí, ni había enviado ninguna noticia. Antonio se vió obligado á enviar mensajeros para que le buscasen por todas partes y le pidiesen una respuesta. Antonio tuvo que esperar bastante, pues Octavio no se daba ninguna prisa en enviársela. Al fin llegó la respuesta; pero era negativa. Octavio le decía que no necesitaba de sus barcos, por haber hecho construir una flota. Antonio quedó muy descontento. Aunque comprendiese fácilmente que se trataba de un ardid para negociar en condiciones más favorables, no por eso dejaba de ver empeorada su expedición contra Persia. Por otra parte, no podía recurrir á la fuerza, comenzar una nueva guerra civil para obligar á su colega á aceptar parte de sus barcos, no obstante la absurda decisión adoptada por Octavio de construir una nueva flota cuando la suya se pudría en aguas de Grecia. Había, pues, que tener paciencia y obligar por otros medios á Octavio á concluir con sus ardides. Antonio, que nunca carecía de recursos, se sirvió ahora de su mujer: aterró á la dulce Octavia amenazándola con hacer la guerra á su hermano; así la indujo á intervenir, al mismo tiempo que enviaba nuevas embajadas. Pero Octavio no se dió prisa en responder, de suerte que Antonio aún tuvo que esperar durante los meses de

puesta por Kromayer, *D. R. B. P.*, Marburgo, 1888, 56-57, y se apoya en sólidas razones. Sin embargo, no puedo explicarme por qué Antonio fué á Tarento y no á Brindisi. Plutarco, *Ant.*, 35, dice que los habitantes de Brindisi no le dejaron entrar, pero no explica la razón. Los ciudadanos de Brindisi sólo podían obrar así obedeciendo órdenes de Octavio; pero si éste no quería que Antonio entrase en un gran puerto, ¿por qué no dió la misma orden á los tarentinos?

Junio y de Julio. En fin, en el mes de Agosto, á lo que parece, se decidió á ir á Tarento con Agripa y Mecenas. Octavia salió á su encuentro, y suplicó á Octavio que no hiciese de ella, siendo tan feliz, la más desgraciada de las mujeres, provocando una guerra en la que perdería á su hermano ó á su marido (1). El hermano se dejó enternecer. Esto, al menos, es lo que pudo creer el público ingenuo, acostumbrado ahora á ver las mujeres dirigir los negocios políticos. En realidad, Octavio, Agripa y Mecenas comprendían que se necesitaba dar en parte satisfacción á Antonio, y hacer el cambio, que, por lo demás, no era inútil; pues si irritaban mucho el triunviro se corría el peligro de inducirle á aliarse con Sexto y con Lépido. Esta necesidad, más aún que los ruegos de Octavia, hicieron posible un acuerdo en Tarento. Antonio se mostró más moderado en sus demandas, y Octavio quiso acceder á ellas: se convino que presentarían una ley al pueblo renovando el triunvirato por cinco años, á contar del 1.° de Enero del año 37 (2). Antonio cedió á Octavio 130 barcos y recibió en cambio 21.000 hombres (3). Además, se acordó que Julia, hija de Octavio, se desposaría con el primogénito de Antonio, y que la hija de Antonio y de

(1) Plutarco, *Ant.*, 35; Dión, XLVIII, 54; Appiano, *B. C.*, V, 93.

(2) Dión, XLVIII, 54; Appiano, *B. C.*, V, 95; Appiano, III, 28. En este segundo pasaje dice Appiano que el pueblo aprobó la ley, mientras que en el primero dice que no. El segundo texto es más verosímil: en efecto, los triunviros no tenían ningún interés en desdeñar una formalidad que nada les costaba, y que daba á su autoridad consagración legal.

(3) Appiano, *B. C.*, V. 95; Plutarco, *Ant.*, 35, dice en cambio que dos legiones y mil hombres por 120 barcos.

Octavia se desposaría con Domicio (1). En fin, el tratado de Miseno quedó anulado. Antonio partió inmediatamente para Siria dejando en Tarento 130 barcos.

Pero esta paz no causó en el público tanta alegría como la de Brindisi. Á la agitación, á los tumultos, á los motines del año 39, había sucedido un mudo descontento y una sombría indiferencia. Pasada ya la sobreexcitación, todo el mundo cayó en gran desaliento, creyendo que el poder de los triunviros era inquebrantable, que ya no había esperanza de mejora ó de cambio. Nadie se figuraba que los mismos triunviros comprendían que su situación era muy débil y que estaba amenazada. Así, fuera de los que ambicionaban los cargos, parece que nadie se ocupaba en la política. Y, sin embargo, bajo este desaliento é indiferencia general, ocultábase el principio de una saludable renovación, el primero y tímido esfuerzo de la nación para adaptarse, tras la tormenta de la revolución, al nuevo orden de cosas, y para sacar de las ruínas la mayor ventaja posible, como la había sacado de la prosperidad en la época dichosa de César y de Pompeyo. Tal es la eterna ley de la vida; que por un perpetuo retorno cambia el bien en mal y el mal en bien. Poco á poco, bajo el paciente esfuerzo de los hombres que buscaban asegurarse la mayor porción de felicidad, todos los azotes de la revolución se convertían en fuerzas bienhechoras; hasta la división de las tierras y de los capitales, que la revolución había realizado con tantas injusticias y violencias, comenzaba á producir sus efectos benéficos. Los veteranos que habían recibido porciones de las grandes

(1) Dión, XLVIII, 54.

propiedades destrozadas, los nuevos propietarios que en las guerras civiles habían comprado tierras á bajo precio, así como los antiguos propietarios que habían perdido parte de sus dominios, veíanse obligados por la crisis económica, por el aumento de necesidades, por los impuestos, por el deseo de reparar en lo posible las pérdidas que habían sufrido, á consumar definitivamente la transformación comenzada un siglo antes de la antigua y tosca agricultura en una agricultura nueva, más sabia, sirviéndose de capitales, empleando esclavos, utilizando mejor la ciencia agronómica de los orientales. Indudablemente, si las tierras no faltaban, el dinero se hacía raro desde que el mundo romano, devastado ya por las guerras civiles, lo había dividido Antonio en dos partes, é Italia parecía resignarse á no recibir los tributos—ni siquiera amenguados—de Asia. Pero esta falta de capital aún era por el momento buena cosa. El crédito había sido demasiado fácil en la época de César, y esto había producido mucho daño; todos habían abusado de él; se habían aventurado en negocios y empresas peligrosos, y se había gastado ordinariamente más de lo que era razonable; mientras que ahora era casi imposible encontrar dinero á préstamo y había que medir mejor las fuerzas y era necesario ingeniarse en obtener el mayor provecho de lo que se tenía, aportando al cultivo y al comercio un espíritu más despierto y prudente. La disposición del espíritu público también cambiaba. ¡Cuán lejos de la época en que toda Italia se extasiaba ante las grandes conquistas de César y de Craso; y de los enormes gastos de Pompeyo! ¡De la época en que las rápidas fortunas, el lujò público y privado, las ambiciones sin escrú-

pulos, las deudas formidables, las ganancias realizadas por la violencia ó por el fraude, se toleraban y aun admiraban por el pueblo, que en el saqueo del mundo buscaba con qué embellecer sus ciudades haciendo de ellas el alegre punto de cita de todos los hombres libres, viviendo del trabajo de los esclavos y del tributo de los vencidos! Al contrario, en el espanto causado ahora por tantas ruínas, esta clase holgada y culta, que durante la revolución había sufrido á su vez la violencia por ella misma ejercida durante tanto tiempo sobre los otros, se acordaba de los pequeños comienzos del gran imperio, y deploraba la pérdida de las virtudes de la gran época agrícola, destruída por los vicios de la época mercantil. La tradición, después de todas las audacias del espíritu revolucionario, volvia á gozar de favor; sentíase el retorno de las antiguas costumbres por las cosas á que el pueblo seguía adicto, no obstante la revolución: la vida privada y la administración doméstica. Mientras que antaño estaba de moda el desplegar gran lujo, ahora era de buen tono hacer ostentación de pobreza y sencillez. Á Mecenas, que exhortaba á Horacio para que se convirtiese en hombre político y solicitase las magistraturas, le respondía el poeta con la sexta sátira del primer libro, envaneciéndose de haber tenido por padre á un liberto bueno y honrado, declarando que se contentaba con su pobreza, con sus humildes antepasados, y que no aspiraba á más (1). Volver á la tierra, á la madre sana y fecunda

(1) Horacio, *Sat.*, I, vi, 100 y sig. En lo que concierne á esta sátira, al tiempo y á la época en que se escribió, véase el hermoso estudio de Cartauly, *Etude sur les satires d'Horace*, París, 1899, 29 y siguientes.

de todas las cosas, parecía la verdadera sabiduría. El mismo Salustio, que había puesto su palabra, su pluma y su espada al servicio de César, es decir, del partido que había fomentado con todas sus fuerzas el espíritu revolucionario de la época mercantil, establecía entonces como fundamento de la concepción histórica la doctrina de que la riqueza, el lujo y los placeres corrompen á las naciones, destruyendo las fuertes virtudes de la edad rústica. Mientras que algunos se preocupaban de las discordias entre los triunviros, de las nuevas guerras civiles y de las nuevas confiscaciones que amenazaban, en todas partes, lo mismo entre las altas clases que entre las clases medias, así en Roma como en las ciudades subalternas de Italia, en el palacio de Mecenas y en la casa que el veterano de César había usurpado á su propietario, se discutía apasionadamente sobre la vida de los campos, sobre los nuevos cultivos y los provechos que de ellos podrían obtenerse; por todas partes se buscaban libros, preceptos y consejos referentes á esta materia. Un senador romano que, como tantos otros, se había ocupado toda la vida en cultivar sus campos mejor que en gobernar el Estado, Cneo Tremelio Escrofa, había publicado ya por estos años un tratado de agricultura (1). En el mundo de intelectuales profesionales que entonces se formaba y en el que ingresaban libertos de grandes familias y hombres libres de la clase media, no podía por menos de encontrarse alguno que, sin ser agricultor, imitase el ejemplo de Escrofa, y que hojeando á los escritores griegos que se habían ocupado del cultivo, se pusiese á

(1) Schanz, *Gesch. Rom. Litte*, I, 301.

componer tratados de agricultura destinados á los antiguos y á los nuevos propietarios. Esto es lo que hizo un tal Cayo Julio Higinio, esclavo que César—según parece—había recogido muy joven en Alejandría, liberto luego, y dejado en herencia á Octavio (1). En el año 37, probablemente, compuso un libro *De Agricultura* y un tratado de apicultura, el primero que se escribió en latín (2). Pero el humilde trabajo de erudición del liberto correspondía tan bien á una necesidad del momento, que este mismo año se ponían á componer dos grandes espíritus latinos: el primero un gran tratado de técnica y de economía rurales, y el otro un gran poema sobre la agricultura.

Varrón, que había eludido las proscripciones perdiendo parte de su gran patrimonio (3), emprendía á los ochenta años, hacia fines del 37 (4), el resumir sus innumerables experimentos de agricultor y de político, todos sus conocimientos de erudito y de trabajador (5), en uno de los libros más importantes que existen sobre la Italia antigua, y que los historiadores han hecho mal en no leer mucho más. Ningún otro entre los escritores de aquella época cuyas obras poseemos—ni siquiera Cicerón—ha realizado un esfuerzo tan vigoroso como Varrón en el diálogo *De re rustica* para orientarse en

(1) Suetonio, *Ill., Gr.*, 20.

(2) Columella, IX, XIII, 8. Véase Schanz, *Gesch. Rom. Litt.*, II, 218.

(3) Cuando Varrón en el *De r. r.*, habla de su patrimonio, emplea siempre el imperfecto. Por ejemplo, II, II, 9: *mihi greges in Apulia hibernabant.*

(4) Varrón, *R. R.*, I, I, 1: *annus enim octogesimus admonet me.*

(5) Id., *ibid.*, I, I, 11: *quae ipse in meis fundis colendo animadverti, et quæ legi, et quæ a peritis audii.*

el desorden de los acontecimientos que subvertían entonces á su país. ¿Estaba Italia en progreso ó en decadencia? ¿Era necesario marchar vigorosamente hacia adelante, hacia un porvenir mejor ó retroceder? Varrón se esfuerza en dominar desde las alturas de una doctrina general, todas las contradicciones que en su época engendraba el contraste existente entre las antiguas tradiciones agrícolas y el espíritu mercantil que penetraba hasta la agricultura, entre la guerra sorda y tenaz que se hacían los grandes propietarios de latifundios, tan puestos á prueba desde algunos años antes, y la burguesía que intentaba por todos los medios, hasta por la revolución y la violencia, dividir á Italia en dominios de mediana extensión—de treinta, de cuarenta, de cincuenta hectáreas—que, cultivados por esclavos, podrían suministrar á sus propietarios lo que necesitaban para proveer á los placeres, á los cargos, á los honores de la vida municipal en las numerosas ciudades de Italia. Varrón profesa lo que hoy llamaríamos la teoría del progreso; no está de acuerdo con los filósofos y los poetas griegos, que consideraban la historia del mundo como una decadencia de la antigua edad de oro; piensa que el género humano cambia y va siempre hacia lo mejor; que primeramente ha vivido de los frutos naturales de la tierra, luego ha pasado á una vida pastoral todavía bárbara y primitiva; que los hombres dispersos en la soledad de los campos se pusieron en seguida á cultivarlos; y, en fin, que se reunieron en las ciudades, donde las artes y los oficios, los placeres y también los vicios más refinados y funestos (1) se

(1) Varrón, *R. R.*, II, *Pref.*, 3-4.

desarrollaron y perfeccionaron. Como filósofo, quiere, pues, estudiar lo que sucede en su época, que considera como una época de necesaria transformación. Pero cuando sus personajes, que son todos ricos propietarios, consideran aisladamente los fenómenos de esta transformación, caen en singulares contradicciones, y esto ocurre al mismo Varrón cuando habla por propio dictamen en las introducciones ó en el diálogo. El suegro de Varrón, C. Fundanio, el caballero Agrio y el publicano Agrario contemplan juntos una carta de Italia pintada en un muro del templo de Tello y exclaman que Italia es el país mejor cultivado del mundo (1), que casi toda está convertida en un inmenso vergel (2). Por otra parte, Cneo Tremelio Escrofa, afirma más modestamente que Italia está mejor cultivada en su tiempo que en los siglos precedentes (3). Y sin embargo, Varrón también repite más adelante la recriminación pesimista tan frecuente en su época, según la cual, los hombres se habían enervado excesivamente, y prefiriendo aplaudir á los actores en las ciudades que roturar la tierra, descuidaban el arte de Ceres, hasta el punto de que Italia ya no producía como antaño todo lo que necesitaba para su subsistencia, y que Roma se alimentaba con trigos importados de remotos países (4). Los métodos de cultivo cambiaban, pero los resultados de los primeros experimentos resultaban tan variables, que era difícil discernir los casos en que el

(1) Varrón, *R. R.*, I, II, 3.
(2) Id., *ibid.*, I, II, 6.
(3) Id., *ibid.*, I, VII, 2.
(4) Id., *ibid.*, II, *Pref.*, 2 y sigs.

fracaso lo determinaba la inexperiencia de los agricultores ó las dificultades insuperables. Así es que Varrón emite—sin contradecirla francamente—la opinión, aún muy difundida entonces, de que no era posible en Italia cultivar con provecho la viña (1). Sus personajes saben por experiencia que un rico propietario puede ganar mucho criando asnos para los cultivadores, caballos para los carruajes, para los carros y para el ejército; sosteniendo grandes rebaños de ovejas y de cabras con los pastos de la Italia meridional ó del Epiro; comprando esclavos en la Galia ó en Iliria, poniendo bajo el cuidado de cada uno ochenta ó cien animales y á todos ellos bajo la dirección de un jefe, esclavo más instruído é inteligente. El pelo de las cabras se buscaba para las máquinas de guerra y la piel para pellejos de vino; la lana de las carneros se vendía ventajosamente, á medida que en las ciudades aumentaba la población de la gente pobre que no podía hacerse los trajes en casa con la lana de sus propios carneros. Pero el mismo Varrón conserva todavía algo del antiguo rencor de los campesinos italianos que, un siglo antes, habían tenido miedo en cierto momento de que les expulsasen del campo de sus abuelos para dejar su puesto á las cabras y carneros. Quéjase á veces de que las antiguas leyes restrictivas sobre el derecho de pastoreo y de los rebaños hayan caído en desuso (2). Fiel á las grandes tradiciones romanas, Varrón detesta á las ciudades y las considera como escuelas de corrupción, de ociosidad y de lujo; exalta la austera pureza de la vida de los campos,

(1) Varrón, *R. R.*, I, VIII, 1.

(2) Id., *ibid.*, II, *Pref.*, 4.

que conserva la salud del cuerpo sin los ejercicios artificiales de la gimnástica; las virtudes del carácter sin las fatigosas lecciones de la filosofía; deplora la época en que los grandes pasaban casi todo el año en el campo y retenían á su lado, bajo su protección, al bajo pueblo de los cultivadores libres, que respiraban así el aire puro de los campos en lugar del soplo pestilente de las callejas y plazuelas (1).

Y, sin embargo, Varrón consagra en su tratado todo un libro, el tercero, á demostrar el partido que los agricultores pueden obtener de los vicios, de las orgías, de las borracheras de las grandes ciudades y en particular de Roma; para demostrar también todo lo que en la vecindad de Roma pueden rendir los frecuentes banquetes y la tendencia general á los buenos bocados, mediante la cría de zorzales, patos, pichones, pollos, corzos, jabalíes, en fin, de todos los animales cuya carne podía servir para romper la monotonía del cerdo, del cordero y del cabrito, únicos animales que solían comerse cuando el buey casi sólo servía para el trabajo. ¡Con qué cuidado enumera y estudia Varrón todos estos objetos de ganancia! Uno de los interlocutores refiere que ha oído decir al liberto administrador de una *villa* propiedad de Marco Seyo, cerca de Ostia, donde se criaba toda especie de animales para revenderlos á los mercaderes de Roma, que Seyo ganaba en esto 50.000 sestercios al año (2). Añade Varrón que su tía materna, criando zorzales en una posesión de la Sabina, situada á veinticuatro millas de la vía Salaria,

(1) Varrón, *R. R.*, II, *Pref.*, 1 y sigs.

(2) Id., *ibid.*, III, II, 14.

había ganado 60.000 sestercios en un solo año, vendiendo 5.000 á un precio medio de 12 sestercios la pieza (unas tres pesetas), mientras que una excelente posesión de Varrón, en Rieti, que tenía unas 200 fanegas (80 hectáreas) sólo le rendía 30.000 sestercios (7.500 pesetas) por año (1). El primer interlocutor interviene de nuevo y, citando también el ejemplo de Marco Seyo, refiere que una manada de cien pavos reales para cuyo cuidado basta un inteligente *procurator*, esclavo ó liberto, podía rendir unos 40.000 sestercios al año por la venta de los huevos y de los pollos (2). Los interlocutores lanzan exclamaciones de asombro y se estremecen de envidia, y el viejo escritor olvida entonces sus austeras teorías, para enseñarles con meticuloso esmero el mejor medio de pescar estos grandes beneficios en las aguas fangosas de los vicios y del lujo de las ciudades. ¿Hay, pues, que concluir, como han hecho muchos historiadores, que la admiración por la sencillez de las antiguas generaciones profesada por Varrón y por gran número de sus contemporáneos sólo era un cándido anacronismo? No lo creo. Á pesar de las numerosas y profundas causas que alteraban las viejas costumbres, estas virtudes, bajo formas algo diferentes y menos toscas que antaño, aún eran necesarias á la clase de medianos propietarios de Italia. Varrón ha advertido muy bien la última razón de las dificultades en medio de las cuales se debatía esta clase. En los siglos precedentes, cuando el padre de familia sostenido por ricos protectores, sólo empleaba para cultivar sus campos sus

(1) Varrón, *R. R.*, III, II, 14.
(2) Id. *ibid.*, III, 6.

brazos y los de sus hijos, numerosas familias podían vivir bastante bien con pequeños lotes de tierra, á condición de trabajar mucho y saberse contentar con poco; así como las grandes propiedades cultivadas con esclavos podían producir al dueño una pequeña renta, si la tierra era fértil y los esclavos baratos. Pero la mediana propiedad cultivada por esclavos, y en la que el dueño se imaginaba encontrar un dulce bienestar sin trabajar personalmente, solía fallar por una razón que ya entrevió Varrón y que la economía política ha recelado hace cien años: la gran carestía del trabajo servil que fácilmente llegaba á devorar las rentas de una posesión poco extensa. En efecto, Varrón cita la cuenta de Catón, según la cual, para una plantación de olivos de 240 fanegas, se necesitaban trece esclavos, un encargado y una mujer, cinco peones, tres labradores, un hatero, un porquero, un pastor, y para un viñedo de cien fanegas, el encargado y su mujer, diez, peones, un labrador, un porquero y un hatero, total quince esclavos. Sin embargo, conviene tener en cuenta que estas cifras se refieren á granjas de cierta extensión, y que para tierras más pequeñas el gasto era relativamente mayor, pues siempre se necesita un encargado con su mujer, y nunca se puede reducir el número de esclavos en proporción de la exigüidad del terreno; de suerte que el trabajo que ha de realizarse por los esclavos es tanto más costoso á medida que la propiedad resulta más pequeña (1). Además Varrón indica otro inconveniente de la explotación por los esclavos, con la cual padece más la mediana propiedad que la

(1) Varrón, *R. R.*, I. 18 (este capítulo es importantísimo).

grande: las enfermedades y la muerte de los esclavos. En efecto, la pérdida de un sólo esclavo puede anular á veces toda la renta de un año, si la tierra es de poca extensión (1). Aún indica otra dificultad del mismo género cuando considera la adquisición de objetos industriales necesarios para la explotación. En otro tiempo, la mayoría de estos articulos se fabricaban en casa por alguien de la *familia;* pero Varrón observa que esto es ahora más difícil si se emplea á los esclavos en lugar de los hijos, pues no siendo capaces los esclavos de realizar más que un sólo trabajo, sería necesario sostener á expensas de la propiedad gran número de esclavos artesanos, especializado cada uno en un oficio, para realizar trabajos tan diferentes. Pero la manutención de tantos esclavos y el peligro de enfermedad ó de muerte serían mucho más pesados para una propiedad de mediana extensión. Varrón aconseja, pues, que se compren tierras en las inmediaciones de una ciudad donde podrán encontrarse trabajadores de condición libre, ó cerca de las grandes propiedades habitadas por *familiae* de esclavos numerosos y especializados, de manera que pueda alquilarse uno de esos esclavos para el trabajo que sepa hacer, y sólo por el tiempo necesario (2). En fin, aconseja que se emplee en lo posible obreros libres, sobre todo para los trabajos insalubres y temporales, como la siega y la vendimia (3); quiere que se ponga al frente de los domésticos, en calidad de capataz, á un

---

(1) Varrón, *R. R.*, I, XVI, 4; *non nunquam unius artificis mors tollit fundi fructum.*

(2) Varrón, *R. R.*, I, XVI, 3-4.

(3) Id., *ibid.*, I XVII, 2.

esclavo hábil, experto y fiel, sin lo cual la propiedad sería gravosa en vez de producir rendimientos (1); ante todo, recomienda la economía y la sencillez; que se observe en la administración de las propiedades, no los ejemplos recientes, sino las tradiciones seculares; de preservarse de la manía de las grandezas y de no imitar á Lúculo, sino á los viejos romanos de antaño, al construir una granja, sin lo cual las rentas serán consumidas por los intereses del capital necesario para tales construcciones (2). Con razón, pues, se yergue contra la prodigalidad imprevisora que había visto difundirse por Italia en la época de César, y comprende — de manera confusa sin duda — que una burguesía de holgados propietarios sólo podría hacer frente á los grandes gastos del cultivo con esclavos en terrenos de gran rendimiento, y aún necesitaba poder vender los productos á buen precio, mostrarse parca en los gastos y poder comprar en las ciudades los artículos industriales necesarios para la explotación. En tiempos de César, el alza momentánea en los precios, causada por la importación del botín, por la facilidad del crédito, por la prodigalidad general, había aportado una ficticia edad del oro que había durado poco. Ahora había que mostrarse más cautos, equilibrar los gastos y los beneficios, los precios de los artículos y los gastos de cultivo. En fin, había que volver á ciertos prudentísimos principios de la antigua economía doméstica que la generación precedente había desdeñado en demasía.

Natural es que Virgilio, como era poeta, apenas pen-

(1) Varrón, *R. R.*, I, XVII, 4.
(2) Id., *ibid.*, I, XI, 1; I, XIII, 6.

sase en escribir tan sabio tratado de agricultura; pero si admira que, luego de haber escrito las diez Bucólicas, empezase á componer en el año 37 las Geórgicas, es decir, una obra tan diferente de la primera por el fondo y por la forma, conviene observar que en la misma época Tremelio, Higinio y Varrón escribían ó publicaban sus tratados. El poeta escogió para su nueva obra el motivo que más preocupaba en este momento á los espíritus, esto es, la agricultura; guiado en esto menos por los consejos de Mecenas que por su anhelo de gloria y por su instinto de artista, atraído naturalmente por los temas que apasionaban á su público. Lo que hacía vivir á la literatura, no era solamente la protección de algunas grandes casas aristocráticas, sino también la fama, el éxito entre el gran público. Los grandes sólo admiraban seriamente á los escritores que habían conquistado popularidad. Por otra parte, ¿un poema sobre la agricultura no era lo que mejor podía convenir á Virgilio, que era hijo de agricultor, que había pasado su infancia en el campo, que poseía un sentimiento profundo del paisaje, que era un poeta y al mismo tiempo un filósofo que profesaba las doctrinas de Epicuro? Poeta y agricultor, habiendo estudiado las teorías de los agrónomos griegos y visto á su padre cultivar la tierra, tenía la necesaria preparación para componer sobre agricultura un libro serio, y bastante talento poético para no hacer de su poema una árida enumeración de preceptos, sino una obra de arte, llena de vida y de color. Iba á exponer su enseñanza en una serie de brillantes cuadros de la vida campestre, y hacerla poética poniendo de manifiesto la penosa labor de los hombres que cultivan la tierra sobre el fondo

inmenso de la vida universal que había aprendido á contemplar en las escuelas de filosofía, idealizando en una dulce poesía las virtudes y las dichas de la vida rural, por las cuales sentíase entonces una admiración que estaba casi en moda. Las *Geórgicas* no son una fría imitación de los poemas griegos, hecha por un literato que no siente ni conoce la agricultura; son una especie de poema nacional en que se celebra la renovación de la agricultura en Italia, que fué el gran progreso realizado durante los ciento cincuenta años que siguieron á la muerte de los Gracos. Virgilio encontró poéticos asuntos para cantar esta gran obra que Varrón, como agrónomo y economista, se esforzaba en revelar sus contradicciones y dificultades, y compuso en su poema un himno inmortal al arado, con el cual los romanos habían conquistado á Italia tanto como con la espada.

V

El casamiento de Cleopatra.

Entre tanto, en el mes de Julio del año 37, según parece, Jerusalén cayó en poder de Herodes y de Sossio (1), y al terminar esta guerra cambió la situación, hasta el punto de hacer inútiles en parte los laboriosos acuerdos de Tarento. El ejército que había sitiado á la ciudad se encontraba libre, y Antonio, que había descargado ya en su colega una parte de los gastos para la flota, tuvo gran contento en poder economizar el sueldo y el mantenimiento de los veintiún mil soldados de Octavio, de los que no necesitaba para realizar el plan de César, que era una aplicación en grande del consejo inútilmente dado á Craso por el rey de Armenia, en el año 55. Para realizar la conquista de Persia era necesario destruir el ejército de los partos, y en particular su famosa caballería, tan maravillosamente habituada á arrastrar al enemigo lejos de su base de

(1) Tal es la opinión de Kromayer, *Hermes,* XXIX, págs. 563 y siguientes. Pero esta fecha es muy discutida y me parece difícil llegar á conclusiones definitivas. Véase Van der Chijs, *De Herode Magno,* pág. 36. Gardthausen, *Augustus und Seine Zeit,* II, página 118, n. 12.

operaciones, á envolverlo, á atacarlo de frente, á hostilizarlo de flanco, evitando los encuentros decisivos. ¿Cómo eludir esta táctica? ¿Cómo obligar á los partos á dar una batalla formal, á poca distancia de la base de operaciones, en momento y lugar favorables? ¿Convendría emprender la ruta seguida por Craso y amenazar á Seleucia? Para los partos era poca cosa el perder durante algún tiempo las ciudades de Mesopotamia. Cuanto amenazar á Seleucia, estaba tan lejos del Eufrates, que durante su marcha el ejército romano hubiese ofrecido al enemigo las más favorables ocasiones de aplicar con éxito su táctica, como lo demostraba el desastre de Craso. César, pues, había decidido invadir á Persia siguiendo un camino más largo, pero más seguro, no por el Este sino por el Norte; reunir en la Armenia Menor, sobre la meseta que hoy se llama de Erzerum, unos 100.000 hombres, entre legionarios y auxiliares orientales, con grandes provisiones y un inmenso parque de sitio. Partiendo de allí, atravesaría ricos países, poblados y amigos de los romanos, para llegar hasta el Araxes, que formaba la frontera de un gran Estado vasallo de los partos, la Media Atropatena, y marchar sobre la capital de la Media que sólo distaba 400 kilómetros de la frontera (1). Si los partos acudían en socorro del rey vasallo, el ejército romano libraría las batallas decisivas en sitio favorable, tenien-

(1) Suetonio, *César*, 44: *Parthis inferre bellum per Armeniam minorem*. Para esta exposición de la guerra de Antonio sigo casi íntegramente la magistral reconstitución de Kromayer, en *Hermes*, XXXI, págs. 70 y sigs., que me parece haber extraído de los textos antiguos lo que contienen de verídico y lo que permiten conjeturar.

do á cubierto la retaguardia; si los partos le abandonaban á su destino, Media sería la primera etapa de la conquista, la base de las nuevas operaciones, de donde el ejército romano recomenzaría en seguida la marcha para invadir á Persia. Para que Antonio se sintiese con el valor de realizar tan magna empresa era necesario que no estuviese tan entregado á la molicie de los placeres como sus biógrafos se han complacido en decir; mas para armar tantos soldados, para reunir tantas provisiones como se acopiaban, para las numerosas máquinas que se construían, hacían falta enormes sumas. Antonio debió de convencerse al cabo de que todos los medios por él empleados para reunirlas eran insuficientes. Ni los nuevos soberanos que Antonio creó en Oriente el año 39, ni sus cuestores que mezclaban cantidades cada vez mayores de cobre y de hierro con la plata para acuñar los *denarii* destinados á las legiones (1), ni las pequeñas expediciones ó *razzias* que ordenaba realizar por una ú otra parte del ejército, eran insuficientes para proveerle de lo que necesitaba. También por este momento encargó Antonio á Canidio que condujese seis legiones al Cáucaso para hacer la guerra á los iberos y á los albaneses, y que estas legiones viviesen á expensas de aquellos bárbaros, haciéndoles pasar el invierno no lejos de la meseta de Erzerum, donde el ejército se reuniría en la primavera (2).

En suma; no eran los hombres, sino el dinero lo que

---

(1) V. Plinio, *H. N.*, XXXIII, IX, 132; Mommsen. *Rom. Münzw.*, página 743.

(2) Dión, XLIX, 24; Plutarco, *Ant.*, 34 (que coloca el hecho en diferente fecha).

faltaba á Antonio para ejecutar el gran proyecto de César, que había de hacerle árbitro del imperio. Octavio, que todavía tenía menos dinero, no podía servirle de ninguna utilidad á Antonio, y éste tenía que indignarse mucho más por la desconfianza y la duplicidad que su colega había aportado á los tratos, y sufrir por la afrenta que su cuñado le había inferido en Tarento, obligándole á implorar un acuerdo que era mucho más ventajoso para Octavio que para él. Por eso en su corto viaje de Tarento á Corfú, juzgó Antonio que era llegado el momento de aceptar la oferta que le había hecho Cleopatra y de convertirse, mediante un casamiento, en rey de Egipto (1). El hombre á quien los historiadores antiguos representan como héroe de una larga novela de amor, acababa de pasar tres años lejos de Cleopatra, sin languidecer por eso; y volvía á ella—que era la reina del único país de Oriente al que las guerras civiles aun no habían arruinado—cuando sentía para su empresa tan gran necesidad de dinero, que se veía obligado á ceder á su colega parte de la flota. Esta sola consideración nos autoriza á preguntarnos si la famosa novela de amor no se habrá inventado para ocultar una lucha bastante más seria de intereses políticos. Casándose con Cleopatra, Antonio no quería satisfacer su romántica pasión por la reina de Egipto, sino incorporar solamente el Egipto á los otros países que gobernaba y entrar á manos llenas en el tesoro de los Lagidas para sostener á su ejército y realizar la gran idea heredada de César. En suma, la conquista de Persia es lo que explica este acto, así como toda la política de Antonio.

(1) Véase el apéndice.

Desgraciadamente, el recurso de un casamiento dinástico á que Antonio tuvo que apelar ahora, no podía conciliarse con la constitución romana ni con la autoridad proconsular por muy adulteradas que estuviesen tras un siglo de convulsiones políticas. Casarse en este momento con Cleopatra significaba para Antonio realizar un acto revolucionario gravísimo, aun en esta época de desórdenes, acto que subvertía las más antiguas tradiciones de la política romana; y realizarlo súbitamente, sin haberlo preparado, como si se tratase de una cosa sin importancia, retando los prejuicios de las muchedumbres y de las tradiciones, afrontando lo desconocido, era de tal temeridad, que sólo el más brillante éxito hubiera podido justificarlo. Hombres más grandes que Antonio, quizás el mismo César, hubiesen dudado. Al contrario, Antonio llegó á Corfú, expidió para Italia á Octavia y á sus hijos (1), y envió á Fonteyo Capitón á Alejandría para invitar á Cleopatra que se le presentase en Siria (2). Su temperamento de hombre superior, pero poco ponderado, la extraordinaria fortuna que le había sonreído estos últimos años, el inmenso desorden de esta época, en el que tan fácilmente se confundía lo imposible y lo real, la extravagancia y la sabiduría, le incitó á adoptar con gran rapidez la decisión de que había de depender la suerte de su vida.

Durante estos últimos meses del año 37, Octavio ponía en ejecución en Italia el acuerdo de Tarento; hacía aprobar por los comicios una ley prolongando los poderes de los triunviros hasta el 1.° de Enero del año

(1) Dión, XLVIII, 54; Plutarco, *Ant.*, 35.

(2) Plutarco, *Ant.*, 36.

32 antes de Cristo, y proseguía activamente sus preparativos para la guerra contra Sexto, completamente decidida para el año siguiente. De seguro que la opinión pública seguía mostrándose desfavorable á este proyecto; á pesar de todo seguía admirándose al viejo Pompeyo; la gente se complacía en considerar los desastres del año 38 como una venganza de los dioses y como un signo de la protección que dispensaban al último descendiente de la noble y desventurada familia. Octavio, cuya inteligencia y voluntad adquirían vigor con los años y la experiencia, y que comenzaba á ser menos violento y más equilibrado á medida que sufría la bienhechora influencia de Livia, de su maestro Dídimo Areo y de sus más perspicaces amigos, temía irritar excesivamente á la opinión pública, y hasta quizás le hubiese dado satisfacción, á serle posible. Pero, ¿cómo hubiese logrado destruir la popularidad de que gozaba el nombre de Pompeyo, tan peligroso para el hijo de César, sin aniquilar á Sexto? No obstante su deseo de captarse la simpatía de las masas, veíase obligado á desafiar otra vez la opinión pública con esta guerra impopular. Pero la importancia de los preparativos que hizo prueba que ahora quiso justificar su obstinación, tan contraria á los deseos de la nación, con un éxito brillante, rápido, definitivo; harto bien comprendió que tal éxito era el único medio de reconquistar el favor público, mientras que un nuevo descalabro podría serle fatal. Y, en efecto; procuró atraerse á Lépido para que le ayudase con sus barcos y las dieciséis legiones de que disponía; hizo rematar la flota y el puerto cuyos trabajos dirigía Agripa; quizás estudiaba la historia de la primera guerra púnica, durante la cual se había atacado á Sicilia

por tierra y por mar, y elaboraba un plan de guerra que no podía por menos de dar cuenta de los nuevos cartagineses. Se dirigiría el mayor número posible de legiones á los puntos extremos de Italia para pasar á Sicilia; luego, en el mismo día, Lépido marcharía á África; Agripa, con su nueva flota, zarparía de Puzzolo; Estatilio Tauro partiría de Tarento con los barcos de Antonio. Este Estatilio Tauro era un *homo novus*, uno de los numerosos jóvenes de obscuro origen que habían logrado introducirse en la clientela de Antonio, y se había distinguido hasta el punto de colocarle éste al frente de la flota que había dejado en Italia.

Así es que, hacia fines de otoño del año 37, cuando la navegación y el cambio de noticias quedaron suspensos entre las dos partes del mundo romano, Antonio en Siria y Octavio en Italia estaban muy atareados. Esperando á Cleopatra, Antonio preparaba activamente su expedición para el año siguiente; ordenaba á los soberanos de Asia que dirigiesen hacia la alta meseta de Armenia los hombres, el material, las provisiones para el otro invierno; sustituía—ignoramos por qué razones—en el trono del Ponto á Polemón por Darío; anudaba apresuradamente una intriga diplomática, cuyos hilos había puesto en sus manos la casualidad, para reunir partidarios hasta entre la aristocracia parta, descontenta del nuevo rey Fraates, que había sucedido á Orodes, el cual tuvo que abdicar abrumado por la tristeza que le causó la muerte de Pacoro (1). Por su par-

(1) Véase Dión, XLIX, 23-24; Plutarco, *Ant.*, 37; Justino, XLII, IV, 11.

te, Octavio obtuvo—no sabemos mediante qué promesas—lo que de Lépido deseaba. Preparó su expedición con suma actividad y cuidado; intentó sublevar á África y Europa contra Sicilia; se esforzó en reanimar á los soldados acobardados por los desastres precedentes y por la reprobación general, persuadiéndoles de que esta guerra era necesaria para que César quedase bien vengado, para que pudiese realizar lo que durante ocho años consideraba como un deber sagrado para un hijo (1). Pero una singular mala fortuna parecía encarnizarse contra él. Una epidemia diezmó este invierno la dotación de la flota que Antonio había dejado en Tarento, hasta el punto de encontrarse con veintiocho barcos sin hombres, y de los que no podía servirse (2). Además, Menodoro, que en Roma había encontrado á sus antiguos compañeros de servidumbre, en casa del gran Pompeyo, entre los numerosos libertos que habían permanecido fieles á la memoria de su ilustre bienhechor, oyó reprocharle tan duramente su traición, que traicionó por segunda vez, huyendo á Sicilia para reincorporarse á su antiguo jefe (3).

Absorto en tales cuidados, Octavio apenas dudaba de que, tras tantas revoluciones sobrevenidas en Italia, otra más se elaboraba en Oriente este invierno del año 37 y comienzos del 36, y de un carácter gravísimo, á pesar de que no hubiese guerra ni matanza, por un sencillo casamiento. Á principios del año 36 Cleopatra y Antonio celebraron con grandes fiestas su casamien-

---

(1) Véase Appiano, *B. C.*, V, 98.
(2) Id., *ibid.*, V, 98.
(3) Id., V, 98; Dión, XLVIII, 54.

to en Antioquía (1). Antonio dió á la reina, como presente nupcial, y para compensar lo que tomaría en el tesoro de Alejandría, algunas parcelas del antiguo reino de Egipto, que tomó de los dominios de los reyes vasallos y de las provincias romanas: Chipre, parte de la costa de Fenicia, las ricas plantaciones de palmeras en Jericó, ciertas regiones de Cilicia y de Creta, muy productivas por estar cubiertas de bosques (2). Por su parte, Cleopatra, según la costumbre observada por los reyes de Egipto cuando contraían un nuevo casamiento, había inaugurado una nueva era y comenzado á contar los años de su reino desde el 1.° de Septiembre del año 37 (3). En suma, el casamiento se celebró con todas las ceremonias habituales de los casamientos di-

---

(1) En Siria, según Plutarco, *Ant.*, 36.—Kromayer, *Hermes*, XXIX, pág. 571, que corrige el terror del historiador Josefo, parece haber establecido de una manera definitiva que el donativo se hizo este invierno.

(2) Por lo que se refiere á los errores contenidos en Plutarco, Dión y Josefo sobre estas donaciones, véase Kromayer, en *Hermes*, XXIX, págs. 580 y sig.

(3) *Porphyrii Tyrii*, en Muller, *F. H. G.*, III, pág. 724. Letronne, *Recueil des inscriptions grecques et latines de l'Egypte*, París, 1842, 1848, II, págs. 90 y sig., con ayuda de las monedas ha aclarado el pasaje de Porfirio y explicado este suceso de Antioquía, que permanece obscuro en Plutarco, demostrando que fué entonces cuando Antonio se casó con Cleopatra. Kromayer, *Hermes*, XXIX, pág. 584, desarrollando la teoría de Letronne, ha demostrado que las donaciones hechas á Cleopatra se relacionaban con el casamiento y constituían un presente nupcial. La explicación de Letronne me parece decisiva, y es uno de los más importantes descubrimientos concernientes á la historia de esta época. Ella sola nos permite explicar el gran enigma que es la batalla de Accio. La objeción de Strack, que

násticos en Egipto, sin que por eso la nueva pareja real pudiera compararse absolutamente á las que la habían precedido en el trono. En efecto, si al contraer este matrimonio dinástico Antonio había consentido en confundir su título de marido de la reina con su autoridad proconsular, no pensaba renunciar á la ventaja que para él tenía poderse presentar en todas partes como procónsul romano, que era un título mucho más temible que el de rey de Egipto. Así, sin preocuparse de las contradicciones en que incurría, hizo colocar en las monedas de Egipto su efigie y la de Cleopatra, pero tomó el título de triunviro y de αὐτοκράτωρ, que es la traducción griega de *imperator*, y no el título de rey de Egipto (1);

«Antonio jamás fué rey de Egipto», carece de valor, y sólo sirve para demostrar una vez más el peligro que hay en aportar, siguiendo el ejemplo de Mommsen, concepciones jurídicas muy rígidas al estudio de las épocas revolucionarias. Como ha dicho muy bien M. Bouché-Leclercq en una importantísima nota de su admirable *Histoire des Lagides* (vol. II, t, 257, n. 1) «que Antonio jamás haya sido rey de Egipto, y que jamás haya ostentado el título... esto es cierto; que, jurídicamente hablando, haya sido una anomalía contar sus años de reinado, es indudable. Pero estamos en una época revolucionaria, en que los jefes de los partidos se ven siempre obligados á recurrir á expedientes contradictorios y á retroceder cada momento ante la consecuencia de los actos que han realizado. Antonio quería dar una satisfacción á Cleopatra sin agraviar mucho á la opinión pública de Italia; no confesó, pues, su casamiento. La hipótesis de Bouché-Leclercq, que Cleopatra acuñó esta moneda para dar á su pueblo «el testimonio visible del advenimiento de Antonio como protector y soberano de Egipto», y de que Antonio se limitase á no desautorizarla, es ingeniosísima y muy posible. Toda esta política flota en el equívoco.

(1) Véase Letronne, *R. I. G. L.*, II, 90 y sig.

no informó al Senado de su enlace, no repudió á Octavia, la matrona con quien se había casado según los ritos sagrados de la monogamia latina, y que en Roma educaba con ternura á sus hijos; en suma, quiso arrogarse como un rey de Oriente (1) el derecho de tener varias mujeres legítimas, derecho que, según se dice, también deseó poseer César. En realidad, Antonio y Cleopatra habían deseado igualmente esta unión por motivos personales, y cada cual con la intención de servirse del otro para llegar á sus fines, y concediéndole en cambio lo menos posible; Cleopatra, para engrandecer el reino de Egipto y para destruir más fácilmente en el interior la oposición que se hacía á su gobierno; Antonio, para tener lo que necesitaba en su expedición contra los partos. Era el comienzo de una alianza entre Antonio y Cleopatra, y al mismo tiempo de una lucha, pues se trataba de saber cuál de los dos sería el instrumento y la víctima del otro. Cleopatra, que deseaba desde el principio el divorcio de Octavia, y que se oponía á la expedición contra los partos, empezó simulando que se sometía á los deseos de Antonio; pero apenas celebrado el matrimonio insinuó nuevas pretensiones: demandóle que le regalase nuevas posesiones, y se puso á intrigar contra Herodes, al que deseaba desposeer para obtener el reino de Judea (2); ambicionaba la Arabia, Tiro y Sidón (3). Pero Antonio, que aún sabía resistir á los encantos de la astuta egipcia, no le concedió nada; hasta le aconsejó que no se mez-

(1) Plutarco, *Ant.*, 36.
(2) Josefo, *B. J.*, VII, VIII, 4; *A. J.*, XV, III, 5 y 8.
(3) Idem, *A. J.*, XV, IV, 1.

clase mucho en los negocios de los Estados tributarios (1). Y apresuró sus preparativos.

No es dudoso que Octavio tuviese que sentir mucho descontento de este extraño casamiento político, cuando lo supo á comienzos del año 36. No era el ultraje inferido á su hermana lo que le preocupaba, sino el acrecentamiento de poder que este enlace podía aportar á su cuñado. Luego de añadir Antonio el rico Egipto á sus provincias, ¿no sería más poderoso que él y que todo el mundo, si triunfaba también en la expedición de Persia? Pero por el momento, nada tenía que hacer, si no era darse prisa en hacer la guerra de Sicilia, de manera que pudiera terminarla antes de que Antonio volviese de Persia. En cambio, Italia apenas se emocionó por el casamiento, aunque se tratase de un nuevo paso hacia la separación de las provincias orientales de las occidentales, que había de arruinar á la metrópoli. La nación estaba descontenta y á la vez abatida; el acceso de furor que había experimentado Roma en el 39, apenas podía ya renovarse; el egoísmo disolvente no cesaba de progresar; fuera de las banderías políticas dominantes, el público, es decir, lo que quedaba de las antiguas clases y de las clases nuevas en formación, estaba invadido por un descontento crónico, pero poco preciso, contra todo lo que existía entonces, por una simpatía vaga y no razonada en favor del lejano Sexto, por un progreso del tiempo antiguo, del cual se creía que no sólo las costumbres, sino hasta las instituciones políticas eran mejores. Suficientes para restablecer cierto acuerdo y unión moral en la

(1) Josefo, *A. J.*, XV, III, 8.

mayoría excluída del poder, estos sentimientos no eran bastante fuertes para imponerse á los jefes de las banderías políticas, que sólo temían los motines y los violentos estallidos del furor popular. Octavio podía preparar así su definitivo resarcimiento sobre Sexto, no obstante la impopularidad de esta guerra, y Antonio podía dividir el imperio por su extraño casamiento, contra el cual nadie protestó en Roma, ni en el Senado, ni en los comicios. Italia entera se encontraba en una especie de enervamiento estéril, representado con gran evidencia por los comienzos inseguros y casi mezquinos de Horacio. Mientras que Virgilio, hijo de campesino, valeroso, y paciente en su trabajo de poeta como sus antepasados lo habían sido en sus labores, proseguía sus Geórgicas, leyendo y consultando muchas obras, haciendo y deshaciendo gran número de versos para sólo conservar de ellos los pocos perfectos (1), Horacio, dudoso, siempre tímido, entorpecido siempre, se arriesgaba entonces á tentar ciertos metros de Arquíloco, los yambos, que aún no se habían empleado en Roma; pero simplemente para traducir en verso algunos recuerdos de la guerra civil (2), para injuriar á un enemigo de Virgilio (3), para referir una intriguilla galante que databa de tres años antes (4), y también para tratar ciertos temas obscuros y cómicos, como por ejemplo, los amores de las viejas, que tanto gustaban á la

(1) Donato, pág. 59 R.; Gelio, *N. A.*, XVII, 10; Quintiliano, X, III, 8.

(2) *Épodos*, 13.

(3) *Ibid.*, 10.

(4) *Ibid.*, 11.

grosería de los antiguos. Hasta compuso sobre esto dos épodos (1), de tal obscenidad, que no se encuentra nada de peor en toda la historia literaria; para hacerlos más interesantes se atribuía dos aberraciones que no eran raras en esta época, pero en las que no había incurrido necesariamente, aunque él lo afirme. La forma concisa y vigorosa es de gran belleza, y acredita ese consumado arte en manejar la lengua y el estilo, en decirlo todo y en pintario todo con pocas palabras, arte en que Horacio superará á todos los poetas de la antigüedad. Pero el fondo de todas estas poesías aún era muy pobre, como el de la nuevas sátiras que entonces componía, en las que refería otro recuerdo, cómico ahora, de la guerra civil (2), ó narraba una sucia aventura ocurrida á la hechicera Canidia (3), ó se complacía en mostrar que sentían de él celos y le importunaban por su amistad con Mecenas (4). En fin, componía una nueva defensa de sus sátiras, en la que respondía á la acusación de atacar á las personas, haciendo saber que contaba con la aprobación de Virgilio, de Plocio, de Vario, de Mecenas, de Polión, de Mesala (5). Todavía si en lugar de combatir á los hombres humildes y obscuros hubiese atacado á todos los personajes poderosos del partido de Octavio, es cosa de preguntarse si otro que él hubiese sentido la necesidad de justificarse tanto ante el público. Sólo una vez hizo una breve incur-

(1) *Épodos*, 8 y 12.
(2) *Sat.*, I, 7.
(3) *Ibid.*, I, 8.
(4) *Ibid.*, I, 9.
(5) *Ibid.*, I, 10.

sión en la política, disparando sus yambos contra un liberto convertido en tribuno militar en el ejército de Octavio (1); sin duda olvidaba que poco antes había escrito una sátira vanagloriándose de ser hijo de un liberto. En realidad, Horacio aun no sabía orientarse en aquella gran incertidumbre de los espíritus, en la duda general que sembraban los que gozaban del poder, libres de osarlo todo, pero á sus expensas y riesgos. ¡Podían emprenderse las cosas más atrevidas, pero desgraciado del que no venciese!

(1) *Épodos*, 4.

VI

La campaña de Persia.

Antonio era el único triunviro que aún osaba concebir y realizar grandes cosas. En el mes de Marzo del año 36 se dirigió á Zeugma con su ejército y con Cleopatra (1); allí se separó de la reina y amagó forzar el paso del río, que estaba defendido (2); quizás dejó algunas legiones en el Éufrates, y con diez legiones y 10.000 caballos (3) se puso en marcha hacia mediados de Abril. Tenía que recorrer cerca de mil novecientos kilómetros (4), que exigían cinco meses. Luego de haber franqueado el Tauro llegó á Mitilene en los primeros días de Mayo, se dirigió hacia Satala, donde se

---

(1) Véase Josefo, *A. J.*, XV, IV, 2; *B. J.*, I, XVIII, 5. Estrabón, XI, XIII, 4 (524).

(2) Dión, XLIX, 25; pero se trata evidentemente de un ardid. Véase Kromayer, en *Hermes*, XXXI, pág. 101.

(3) Es una suposición que hace Kromayer en *Hermes*, XXXI, pág. 71.

(4) Estrabón, XI, XIII, 4 (524) y Plutarco, *Ant.*, 38, cuentan 8.000 estadios, es decir, 1.440 kilómetros de Zeugma á la frontera de Media; Tito Livio, *Per.*, 130 millas, es decir, 443 kilómetros de la capital de Media á la frontera.

encontró á primeros de Junio; desde allí reanudó su largo camino hacia la alta meseta de Erzerum, donde en Junio encontró reunido ya todo su gran ejército, las seis legiones de Canidio, que habían vuelto del Cáucaso, el nuevo rey del Ponto, Polemón, el rey de Armenia, Artabazo (ó Artavasdo), que había salido á su encuentro con parte de su contingente (6.000 caballos y 7.000 infantes), los pequeños contingentes orientales, el gran parque de asedio, todos los hombres destinados á los ínfimos trabajos, y todas las bestias de carga (1). Parece que el resto del contingente armenio estaba ya en la frontera del reino y dispuesto á entrar en Media (2). Las dieciséis legiones debían contar unos cincuenta mil hombres, á los que hay que añadir la caballería de Antonio, los contingentes de los aliados que se elevaban á unos 30.000 hombres (3), el del rey de Armenia, que contaba con 16.000 caballos. Total, unos 100.000 hombres, es decir, uno de los ejércitos más grandes de la antigüedad. Antes de entrar en campaña, Antonio le pasó revista; luego se puso definitivamente en marcha hacia la frontera de Media, acompañado de un brillante estado mayor de grandes personajes romanos, entre los cuales figuraban Domicio Enobarbo y Quinto Delio, un antiguo oficial de Casio, que había pasado al servicio de Antonio.

En este momento el gobierno de los triunviros reconquistaba en Italia, en la lucha contra la opinión pública, parte del terreno perdido en el año 39. Octavio re-

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 37. Véase Kromayer, *Hermes,* XXXI, pág. 82.

(2) Véase Kromayer, *Hermes,* XXXI, págs. 83 y sig.

(3) Plutarco, *Ant.*, 37.

comenzó la guerra contra Sexto Pompeyo, sin que Italia, al contrario de lo que se temía, hiciese ninguna tentativa para impedirla. El plan cuidadosamente estudiado se ejecutó con precisión; el mismo día—1.° de Julio del año 36—Lépido partió de África con setenta barcos de guerra, doce legiones y 5.000 caballos númidas embarcados en mil barcos de transporte; Tauro salió de Tarento con ciento dos barcos; Octavio partió con Agripa de Puzzolo, mandando el resto de la flota, después de hacer en el barco almirante una solemne libación á Neptuno, á los dioses de los vientos y del tiempo tranquilo, conjurándoles para que le ayudasen y que pudiese vengar á su padre (1). Pero Neptuno se obstinó en favorecer al hijo de Pompeyo y álteró la ejecución de un plan tan bien concertado, desencadenando gran viento y terrible tempestad. Tauro, después de haber intentado resistir en vano al viento contrario, tuvo que retornar á Tarento; Octavio, que quiso continuar la travesía, perdió en el cabo Palinuro veintiséis barcos grandes y gran número de barcos ligeros, teniendo que refugiarse en una rada (2), sólo Lépido, después de haber perdido algunos navíos, llegó al cabo del tercer día á vista de Sicilia; pero el 4 de Julio, cuando quiso desembarcar en Lilibea (Marsala), se encontró completamente solo, á expensas del enemigo. No obstante, pudo desembarcar sin dificultad. Sexto, que sólo poseía ocho legiones y unos doscientos barcos, no podía resistir á tres ataques simultáneos; envió, pues, tropas á Partelaria y á las islas Egadas; fortificó numerosos puntos

(1) Appiano, *B. C.*, V, 98.
(2) Dión, XLIX, 1; Appiano, *B. C.*, V, 98.

de la costa y dejó una legión en Lilibea; pero sus fuerzas más considerables las reunió en el triángulo formado por Milæ (Milazzo), el cabo Faro y Mesina, donde estaba toda su flota (1), es decir, contra Octavio, que había de atacarle por este lado, y que era su enemigo mejor armado y más temible. Si lograba vencer á Octavio no le sería difícil llegar á un acuerdo con Lépido. Éste, pues, dió fácilmente cuenta de la legión que estaba en Lilibea. Pero, apenas desembarcado, Lépido también tuvo que detenerse. Apenas le informaron de lo ocurrido á Octavio, Sexto Pompeyo envió á un tal Papiás con parte de la flota para atacar á Lépido, y si Papias no llegó á tiempo para impedir que desembarcase éste (2), aún pudo encontrar á las cuatro últimas legiones de Lépido que habían partido después, destruir en un sangriento combate naval á dos de éstas y echar á pique gran número de barcos de transporte, cargados

(1) Dión, XLIX, 2: ὁ Σέξτος, αὐτὸς μὲν ἐν Μεσσήνῃ ὑφώρμει, τὸν διάπλουν αὐτοῦ τηρῶν, τῷ δ'Αγρίππᾳ Δημοχάρην ἀνθορμεῖν ἐν Μύλαις ἐκέλευσεν... Appiano, *B. C.*, V, 97: τὸ δ'ἄριστον τοῦ ναυτικοῦ ἐν Μεσσήνῃ συνεῖχεν... V, 105: στρατὸν δὲ ἐπὶ μετώπου τῆς Σικελίας πλέονα ἰδὼν (Octavio) ἔν τε Πελωριάδι καὶ Μύλαις καὶ Τυνδαρίδι... Estos informes aislados, comunicados en diferentes momentos de la guerra, nos demuestran que la disposición estratégica de las fuerzas de Pompeyo era la que hemos indicado en nuestro relato.

(2) Appiano no refiere con mucha claridad lo que hizo Sexto para defenderse contra Lépido. V, 97, dice que le opuso á un tal Plennio. V, 104, hace entrar súbitamente en escena al almirante Papias, que destruyó parte de la flota de Lépido, después de desembarcar éste, y añade que Lilibea fué atacada por tierra, no por Plennio, sino por Tisieno. Este Tisieno es, sin duda, el general á quien Dión llama Gallo, porque Dión, en un pasaje (XLIX, 8), nos da su nombre íntegro: Tisieno Gallo. ¿Formarán Tisieno y Plennio un sólo é idéntico

de víveres y de material de guerra (1). Intimidado por este ataque contra su retaguardia é informado de lo que había ocurrido á Tauro y á Octavio, Lépido se encerró en Lilibea.

Así, algunos días después del ruidoso comienzo de la campaña, todo el mundo estaba de nuevo tranquilo y como en plena paz. Sexto no se atrevió á aprovecharse del momento para atacar á Octavio; sabía que sus fuerzas eran harto inferiores para arriesgarse en tal golpe, que en caso de resultarle bien, hubiese podido cambiar la situación; prefería esperar, suponiendo que las pérdidas sufridas por Octavio habían sido muy considerables, y esperando que no recomenzaría la guerra hasta el año siguiente (2). ¡Y podían ocurrir tantas cosas en un año! Así, permaneció alerta en Mesina. Al mismo tiempo, Estatilio Tauro no salía de Tarento; Octavio y Agripa reparaban su flota cerca del cabo Palinuro, y el mismo Lépido esperaba, sin hacer nada, en Lilibea que sus aliados estuviesen prestos

---

personaje? Cuanto á Papias, es evidente que su intervención en la lucha ha sido improvisada, porque en el capítulo XCVII dice claramente Appiano que Sexto quiso conservar toda su flota en Mesina (ἄριστον τοῦ ναυτικοῦ) y luchar sólo por tierra contra Lépido. Paréceme, pues, muy probable que al comenzar la campaña Papias estaba en Mesina á las órdenes de Sexto, y que éste le destacó contra Lépido cuando supo que Sextilio Tauro y Octavio estaban inmovilizados por los perjuicios sufridos durante la tempestad. Así se explica que Papias no haya podido atacar á Lépido, que había desembarcado ya, sino sólo á la parte de su flota que formaba la segunda expedición.

(1) Appiano, *B. C.*, V, 100.

(2) Id., *ibid.*, V, 100.

para hacerse otra vez á la mar (1). Pero Sexto se engañaba al suponer que Neptuno iba á concederle otro año. Octavio comprendió que prorrogando hasta el otro año la guerra, su gran campaña anunciada con tanta solemnidad, caería en el ridículo. Italia, indiferente hasta entonces, había comenzado á agitarse de nuevo, al saber que la gran expedición preparada con tanto cuidado, fracasaba antes de comenzar; en Roma se habían celebrado grandes manifestaciones contra Octavio, y habían ocurrido desórdenes (2). Necesitábase, pues, acabar este mismo año. Ayudado por Agripa, Octavio se ocupó en reparar lo mejor posible las averías de su flota; envió á Tarento los marineros supervivientes de los barcos echados á pique para tripular los veintiocho barcos de Antonio que habían quedado vacíos en el puerto; ordenó á Mecenas que fuese á Roma para restablecer el orden (3); escribió á Lépido para que se dirigiera por el camino que iba de Lilibea á Mesina, á lo largo de la costa meridional y de la costa oriental de la isla, pasando por Agrigento, Catania y Taormina, donde se detendría para esperar el desembarco de tropas que serían transportadas hasta allí por la flota de Tarento (4). Cuanto á él, intentaría apoderarse con Agripa

---

(1) Es una verosímil explicación que también nos dice por qué en este momento no hay ningún informe sobre su acción.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 99. Véase Appiano, V, 112.

(3) Id. *ibid.*, V. 99.

(4) Id. *ibid.*, V, 103, dice que Octavio «habiendo ido á Vibón, ordenó á Mesala que pasase á Sicilia con dos legiones, que se incorporase al ejército de Lépido y que se estableciese en un golfo cerca de Taormina». Es, pues, evidente que al principio de la guerra Octavio quería que Lépido acudiese con su ejército para ocupar á

de las islas Lípari, de Milazzo y de Tyndaris, de suerte que pudiera desembarcar otro ejército en la costa septentrional, y encerrar á Sexto Pompeyo en la punta extrema de la isla. En medio de estos preparativos, Menodoro acudió con sus navíos para proponer nuevamente sus servicios á Octavio y vengarse de la desconfianza harto justificada de Sexto, que había preferido al obscuro Papias en la expedición contra Lépido. Octavio aun le dispensó buena acogida; pero ya no le dió

Taormina, donde recibiría los refuerzos enviados de Italia, para atacar por esta parte á Sexto; lo que sólo podía hacer recorriendo el camino indicado en nuestro relato, por Agrigento y Catania. Pero Lépido no realizó este movimiento; pues entonces no se trataría de él en los combates que se empeñaron en las inmediaciones de Taormina ni en todo el decurso de la guerra, hasta su última fase. En ésta debió de reunirse á Octavio en Artémisium, según Dión, muy cerca de Milazzo (XLIX, 8); Appiano da otro informe poco claro, y fijá el lugar de la incorporación en el territorio de los Παλαιστηνοί (?)—*B. C.*, V, 117: pero Dión confirma el relato diciéndonos que la incorporación de ambos generales se efectuó mientras que Octavio operaba entre Tyndaris y Milazzo, es decir, en la costa septentrional de Sicilia. Esto nos invita á decir que Lépido había venido á Lilibea siguiendo la otra ruta, la más corta, que por Palermo recorre la costa septentrional de la isla. Si Lépido siguió este camino nos explicaremos por qué el plan que concibió Octavio al comienzo de la campaña no se ejecutó; pero aun hay que explicar por qué Lépido no quiso dirigirse por el otro camino á Taormina para atacar por el otro flanco á Sexto. Dión, XLIX, 8, nos da una explicación que al mismo tiempo nos suministra un fuerte argumento en apoyo de nuestra tesis. «Lépido... tuvo disensiones con César. Lépido pretendía una parte igual á la suya en la dirección de todos los negocios; César servíase constantemente de él como de un lugarteniente. Así se inclinó por Sexto y mantuvo con él secretas relaciones». Lépido se negó á ejecutar el plan de Octavio para demostrar que no era su subordinado y también para hacerle más difícil el éxito.

ningún cargo de confianza (1) y este fué el único castigo sufrido por este liberto que había hecho traición tres veces en un Estado donde la severidad implacable para con los libertos ingratos se había considerado durante siglos como un deber social de las clases superiores. Este hecho bastaría para demostrar por sí solo cómo la disciplina y la autoridad se habían relajado durante las guerras civiles. Tal indulgencia hubiese parecido una locura ó un crimen dos siglos antes.

Hacia fines de Julio partió nuevamente Octavio con sus barcos, reparados lo mejor posible; Tauro fué á echar anclas en el golfo de Esquilache, y las tropas se concentraron en la punta extrema de Italia (2). Pero estos movimientos convergentes fueron otra vez contrariados, no ya por el viento y por el mar, sino por la mala fe de Lépido. Descontento de las pocas consideraciones que sus dos colegas le dispensaban, sobre todo Octavio, que, siendo más joven que él, le trataba de un modo tan altanero, tuvo el antojo de demostrar que era su igual y que podía obrar á voluntad; dirigióse sobre Mesina, pero en vez de seguir el camino que le indicó Octavio, tomó otro, el que iba por la costa septentrional de la isla y pasaba por Trapani, Partinico, Palermo y Cefalú. El plan concebido resultaba, pues, imposible. Llegado á Vibo (Bivona), Octavio se vió obligado á concebir otro nuevo; Agripa haría sólo lo que habían pensado hacer juntos, esto es, se apoderaría de las islas Lípari, y, desde Milazzo á Tyndaris, se esfor-

(1) Dión, XLIX, 1; Appiano, *B. C.*, V, 101-102; Orosio, VI, XVIII, 25.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 103.

zaría en hostilizar toda la flota enemiga, impidiendo á Sexto que protegiese la costa hasta Taormina. De esta suerte la mar se encontraría libre y Octavio desembarcaría en Taormina las cinco ó seis legiones (ignoramos exactamente su número), que está á orillas del golfo de Esquilache, y realizar el ataque contra Mesina, del que había querido encargar á Lépido y Mesala (1).

Este plan era hermoso; pero su ejecución demandaba gran energía, gran rapidez, gran presencia de ánimo por parte de Octavio y de Agripa. Sexto estaba en Mesina con el grueso de su flota y Demócares en Milazzo con treinta barcos (2). Octavio se dirigió á Esquilache y tomó el mando de la flota, mientras que Agripa se apo-

---

(1) Appiano *(B. C.*, V, 103), dice con gran precisión que el campamento de Taormina, que amenazaba á Mesina, debieron de hacerlo Lépido y Mesala; pero no nos explica por qué, dos capítulos más lejos, es Octavio quien se decide á ir él mismo á Taormina, al frente de un pequeño ejército. La negativa de Lépido, que hemos supuesto sustentándonos en el texto de Dión (véase n. 2. pág. 107) nos explica perfectamente el cambio de plan, que sólo pudieron imponerlo razones muy graves. En efecto; era peligrosísimo tentar un desembarco en tales condiciones, y Octavio y Agripa hubieran cometido una verdadera locura arriesgándose en esta aventura, cuando tenían ya un ejército en Sicilia, el de Lépido, si Lépido hubiese consentido en marchar. La mala fe ó la obstinación de Lépido les obligó, en cambio, á repartirse los papeles y á intentar este golpe de audacia, que amenazaba terminar con un desastre irreparable. En suma, la defección de Lépido aportó un profundo trastorno en toda la campaña, y la historia de esta guerra está poco clara en Dión y en Appiano, por haber descuidado este hecho de capital importancia, y nada se comprende del ambiguo papel de Lépido.

(2) Dión, XLIX, 2; Appiano, *B. C.*, V, 105, da más detalles.

deraba fácilmente de las islas Lípari (1), y para evitar que Sexto convirtiese su atención del otro lado se puso á inquietar al enemigo con reconocimientos, amagos y escaramuzas (2). Al fin salió una mañana con la mitad de su flota de la isla Vulcano, contando con sorprender á Demócares en aguas de Milazzo. Pero con gran sorpresa advirtió que Demócares había recibido un primer refuerzo de 40 barcos y un segundo de 70, á las órdenes del mismo Sexto (3). ¿Éste, pues, cometía espontáneamente el error á que hubiese querido obligarle y abandonaba á Mesina? Al ver esto, Agripa envió en seguida un barco á Octavio para advertirle que Sexto había evacuado á Mesina; hizo acudir el resto de su flota, y, decidido á entretener cuanto pudiese al almirante enemigo para dar á Octavio tiempo de desembarcar, atacó resueltamente al enemigo (4). Los barcos de Agripa, construídos expresamente para la guerra, eran casi todos grandes obras pesadas, guarnecidas de grandes torres y provistas de poderoso meterial de balística: las corazas de la época. La flota de Sexto era, en cambio, una flota que correspondía á nuestros cruceros; casi todos eran antiguos barcos mercantes, de los que se habian hecho barcos de guerra, y por lo mismo más cortos, menos protegidos y armados, pero más ágiles y rápidos. Estos barcos de Sexto Pompeyo lanzáronse, pues, al través de los larguísimos remos de los barcos

(1) Appiano, *B. C.*, V, 105, sólo dice que Agripa tomó á Estrómboli y á la isla Vulcano, probablemente porque estas dos islas sólo estaban ocupadas militarmente.

(2) Dión, XLIX, 2.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 105.

(4) Id., *ibid.*, V, 106.

enemigos, procuraron romper los timones y esperarlos por delante y por detrás, mientras que los barcos de Agripa se esforzaban en coger con harpones á estos terribles podencos de la mar, ó en expulsarlos, lanzando sobre ellos una lluvia de piedras (1). Fué un largo duelo entre la fuerza y la agilidad. Por la tarde, Sexto Pompeyo, que había perdido una treintena de sus pequeños barcos, se retiró en buen orden á los puertos de Milazzo. La victoria, pues, había quedado indecisa. Pero Octavio, que había recibido el mensaje de Agripa, no supo obrar con la necesaria rapidez. Durante el día embarcó en sus navíos tres legiones compuestas de 1.000 hombres de infantería ligera, 500 jinetes, 2.000 veteranos ya licenciados, á quienes se había prometido tierras en Sicilia (2); pero sólo llegó al atardecer (3) á Leucopetra (Capo dell' armi), y allí se detuvo inquieto é indeciso, como solía ocurrirle cuando tenía que ejecutar un plan bien concebido en sus grandes líneas. Mientras que Octavio dudaba así en Leucopetra, Agripa, que había perdido cinco grandes navíos, no se sentía muy tranquilo por la extraña táctica del enemigo, que tan fácilmente le había entregado á Mesina; preguntábase si al declararse vencido súbitamente, Sexto no le tendía un lazo; quería, pues, lanzarse en seguida en su persecución, y no darle ningún respiro, aunque tuviese que pasar la noche anclado en plena mar ó continuar durante ella la batalla del día (4). Desgra-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 106; Dión, XLIX, 3, es menos preciso.
(2) Id., *ibid.*, V, 110.
(3) Id., *ibid.*, V, 109.
(4) Id., *ibid.*, V, 108.

ciadamente, sus amigos le dijeron que los hombres estaban muy cansados, y que era peligroso pasar la noche en plena mar. Agripa tuvo que reconocer al fin lo atinado de estas observaciones y regresar á la isla Vulcano (1), con propósito de volver al otro día para amenazar á Milazzo y á Tyndaris é impedir que se alejase Sexto Pompeyo. Quizás pensaba que Octavio había desembarcado ya sus tropas.

Agripa tenía razón de desconfiar: Octavio había retrasado el desembarco hasta el otro día (2), y la aparición de Sexto Pompeyo en aguas de Milazzo, la batalla, su retirada, sólo eran ardides para atraer al rival á un lazo. Sexto quería hacer creer á Octavio que estaba ocupado en otra parte y atacarlo de sorpresa apenas desembarcase en Taormina, con la flota y el ejército, apoderándose de su persona. Desaparecido Octavio, Sexto contaba siempre entenderse con Antonio y con los otros, ayudado por su popularidad. Había, pues, dirigido ya importantes tropas de infantería y de caballería á Taormina; y la tarde de la batalla naval se retiró fingiéndose vencido, pero para acechar á Antonio y estar dispuesto á caer de improviso sobre él al otro día, en Taormina, en medio de las operaciones de desembarco (3). Y todo marchaba durante la noche á gusto de Sexto. Agripa se dejó disuadir de su primera idea, que era la buena; Octavio, informado probablemente durante la noche que la batalla naval se había empeñado, creyó en una victoria de Agripa, y se decidió á

(1) Appiano, *B. C.*, V, 108; Dión, XLIX, 4, da otra versión.
(2) Id., *ibid.*, V, 109.
(3) Id., *ibid.*, V, 109.

hacerse á la vela por la mañana con rumbo á Taormina, mientras que Agripa procuraba apoderarse de Tyndaris; la infantería y caballería dirigidas por Sexto sobre Taormina tuvieron tiempo de llegar á la proximidad de la ciudad y esperar allí á Octavio y sus soldados. Así, por la tarde, cuando los soldados de Octavio que habían desembarcado ya comenzaron á levantar el campamento, vieron aparecer súbitamente á lo largo la flota de Sexto, y en torno de la ciudad, por todas partes, salir cuerpos de infantería y caballería (1). Todos comprendieron al momento que habían caído en un lazo; pero como siempre le ocurría en tales circunstancias, Octavio perdió la cabeza, y no supo hacer nada para organizar la defensa; quizás hubiese dejado acuchillar á todo su ejército, si el enemigo hubiese atacado con más brío y si el día hubiese sido más largo. Afortunadamente sobrevino la noche é interrumpió la confusa pelea que se había entablado alrededor de la ciudad; pero no sirvió para aconsejar al tímido general. Creyéndose cercado, no sabiendo lo que hubiese ocurrido á Agripa, comprendiendo que Sexto no aspiraba tanto á destruir su ejército como á apoderarse de su persona, en vez de adoptar las necesarias disposiciones para la lucha del siguiente día, sólo pensó en salvarse abandonando á su ejército. Esto es lo que significa el desesperado partido que adoptó de ofrecer la batalla á la flota enemiga al otro día, para abrirse un camino por el mar. Durante la noche, mientras que los soldados acababan los trabajos del campamento, Octavio cedió el mando del ejército á un jefe llamado Cornificio,

(1) Appiano, *B. C.*, V, 109-110; Dión, XLIX, 5.

y ordenó á la flota que se preparase para levar anclas. Antes de amanecer, habiendo erigido sobre su barco la insignia del mando, se lanzó sobre la flota de Sexto (1). Ésta era mucho menos numerosa; pero mejor mandada: el choque no la conmovió y la derrota fué para la flota de Octavio. Unos sesenta barcos fueron copados (2) y los otros huyeron á la desbandada. Sin embargo, Octavio también logró huir ahora; por la tarde llegó con un solo barco á un pequeño golfo solitario donde fué recogido y socorrido por Mesala que guardaba las costas (3), y aunque otra vez hubiese fracasado vergonzosamente en sus planes, también logró que Sexto fracasase en los suyos. Sólo la muerte de Octavio podía salvar al hijo de Pompeyo, que en una guerra regular debía de sucumbir, á pesar de las faltas de sus adversarios, porque sus fuerzas eran demasiado inferiores. Agripa, en los dos días que Pompeyo combatía en Taormina, había podido apoderarse, no de Milazzo, sino de Tyndaris (4), y comenzaba á vista de los pompeyanos el transporte de soldados á Sicilia, mientras que Lépido, muy lentamente, es cierto, se acercaba á

(1) Appiano, *B. C.*, V, 111, y Dión, XLIX, 5, dan dos brevísimas descripciones. Pero todo induce á creer que Octavio se compo tó como jefe incapaz y medroso; pues de otro modo no hubiese perdido tantos barcos, disponiendo de la flota más numerosa.

(2) Cuando Octavio restituyó á Antonio su flota, faltábanle sesenta barcos (Appiano, *B. C.*, V, 139: 70 de 130); la mayoría de estos barcos perdiéronse en esta batalla, única que dió esta flota.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 112.

(4) Id., *ibid.*, V, 109 describe las primeras tentativas que se hicieron para tomar á Tyndaris. En el cap. CXVI parece que Agripa era ya dueño de Milazzo; al contrario, en el cap. CXIX hace saber que Milaz-

Tyndaris con su ejército, y Cornificio, para no morir de hambre en su campamento cerca de Taormina, poníase audazmente en camino para Milazzo, que creía en poder de Agripa. Octavio se repuso en seguida de su terror; comprendió que si se podía salvar á Cornificio, el miedo habría sido mayor que el peligro, y envió á Agripa la orden de expedir desde Tyndaris tropas de socorro para Cornificio. Durante cuatro días, Cornificio avanzó, combatiendo sin tregua, sufriendo la falta de víveres, ignorando que se esforzaban por socorrerle, perseguido encarnizadamente por el enemigo; de suerte que al cuarto día, creyéndose verdaderamente extenuado, estuvo á punto de sucumbir, cuando de pronto se puso en fuga el enemigo. Las tres legiones enviadas por Agripa habían llegado á las órdenes de un tal Laronio, que era también uno de esos hombres obscuros, que, en el desorden reinante, llegaban bruscamente á los más altos mandos (1).

Así, á pesar de sus desgracias y de sus faltas, si Octavio había fracasado en su proyecto de atacar á Sexto Pompeyo por dos puntos á la vez, había conseguido desembarcar un ejército en Sicilia. Á partir de este momento, la fuerza del número recobró sus derechos. Todos los días desembarcaban nuevos soldados en Tyndaris y el ejército se engrosaba. Sexto Pompeyo, habiendo reunido todas sus fuerzas de tierra, hizo

---

zo aun estaba en poder de Sexto Pompeyo, cuando Tyndaris servía para desembarcar las tropas de Octavio. Otra vez había sido recobrada, com odice Appiano, *B. C.*, V, 116: ἄρτι δὴ ὁ Ἀγρίππας Τυνδαρίδα εἰλήφει.

(1) Appiano, *B. C.*, V, 113-115; Dión, XLIX, 6-7.

cuanto pudo para impedir los desembarcos y las operaciones del enemigo (1); pero no tardó en advertir, sobre todo cuando Lépido se incorporó con su ejército á las tropas desembarcadas en Tyndaris, que de esta manera podría retrasar algunos días la derrota, pero no evitarla. Sólo podría impedir el continuo desembarco de legionarios en Sicilia si lograba destruir ó capturar á la flota enemiga. Adoptó, pues, este partido desesperado, único que le quedaba, y salió en los primeros días de Agosto (2) con unos 180 barcos para librar batalla en aguas de Nauloca á un enemigo cuyas fuerzas eran mucho más considerables, y que se creía seguro de la victoria. Sexto fué vencido; 160 barcos suyos fueron vencidos ó capturados; sólo le quedaron 17 con los cuales huyó á Mesina, y desde allí, habiendo recogido sus tesoros y á su hija, se hizo á la vela para Oriente. Demócares pereció en la batalla; Apolófano se rindió (3). Así es como con mucho trabajo y poca gloria Octavio acabó por vencer á Sexto Pompeyo.

Mientras que estas batallas se libraban en Sicilia, Antonio pasaba revista á sus tropas en la alta meseta de Erzerum y las dirigía hacia la frontera de Media por dos rutas diferentes (4); el material de sitio, en el que figuraban enormes aparatos, y cuyo transporte exigía inauditos esfuerzos (5), los contingentes de Armenia y

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 116-118; Dión, XLIX, 8.

(2) El *C. I. L.*, X, 8375 nos informa que el 3 de Septiembre el ejército de Pompeyo se rindió á Lépido.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 119-122; Dión, XLVIII, 8-11.

(4) Véase Kromayer, *Hermes*, XXXI, pág. 84.

(5) Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, París, 1904, página 259.

del Ponto, y dos legiones, al mando de Opio Estatiano, tomaron el camino más fácil, aunque más largo, del valle del Arax; Antonio, con el resto del ejército, siguió un camino más directo, pero más difícil. Así llegó hacia fines de Julio á la frontera de Media. Los sucesos siguientes nos muestran que Antonio tenía que haber esperado allí al otro cuerpo de ejército para invadir el país enemigo con todas sus fuerzas reunidas en vez de marchar inmediatamente contra Fraaspa, capital de la Media Atropatena, adelantándose algunos días á su material de sitio y á su retaguardia. ¿Fué inducido á creer por falsos informes que el rey de los medos y el rey de los partos aún estaban lejos, y que le sería fácil tomar por sorpresa la capital? ¿Preocupado por la situación interior del imperio quería terminar la guerra lo antes posible para volver victorioso? Sea de ello lo que quiera, cometió entonces una grave falta. Hacia fines de Agosto llegó á la metrópoli sin encontrar al enemigo, pero si en las colinas de Media era difícil á los partos el emplear su caballería, por otra parte les era fácil esconder un gran ejército para acechar á un enemigo que no podía fiarse de los informes que le comunicasen los habitantes. En efecto; mientras que Antonio trazaba en torno de Fraaspa sus líneas de circunvalación, el rey Fraates pasaba sin dificultad muy cerca de él con gran fuerza de caballería, é iba á atacar en Gazaca al segundo ejército que escoltaba el material de sitio. No está muy claro lo que ocurrió entonces. ¿Representaba el rey de Armenia un doble papel, como en estas guerras habían hecho tantas veces los reyes de Oriente? ¿Carecía de valor el ejército, formado de cualquier manera por el rey del Ponto? Lo cierto es que

el parque de sitio fué tomado y destruído, que las tropas de Opio fueron destrozadas, y que Polemón quedó prisionero. Cuanto al rey de Armenia, sea que verdaderamente sintió pánico ó que fingió miedo, regresó á su país, llevándose la mejor parte de la caballería, la que estaba más ejercitada en la táctica del enemigo (1), Sin embargo, Antonio no se acobardó, y decidió proseguir el sitio, aunque careciese de máquinas, esperando poder dar la batalla al ejército de los partos, que vuelto ahora á Fraaspa, evolucionaba continuamente alrededor de sus líneas, siempre presente, siempre molesto y siempre inaprehensible. La legión era un instrumento de guerra potente como una maza; pero ¿podía aplastarse con maza á un enjambre de avispas? Antonio hizo varias tentativas para obligar al enemigo á aceptar la batalla; en cierta ocasión se alejó con toda su caballería hasta un día de marcha lejos de la ciudad; recogió enorme cantidad de víveres, saqueó é incendió; hasta fingió en cierto momento, con ocasión de una escaramuza, que le sobrecogía el pánico. Los partos se dejaron engañar y atacaron, confiando en una nueva batalla de Carrhes. Pero al observar que las legiones se sostenían firmes y que ejecutaban contraataques, dieron media vuelta y huyeron. En vano fué que la infantería romana les persiguiese unos diez kilómetros y treinta la caballería; sólo se pudo matar ó capturar un escaso número de ellos (2). Hubo que volver al sitio, en espera de que la ciudad quedase reducida al último extremo por el hambre y los partos atacasen

(1) Plutarco, *Ant.*, 38-39; Dión, XLIX, 25.
(2) Id., *ibid.*, 39.

á las tropas romanas para libertarla. Sin embargo; pasó el mes de Septiembre (1); los sitiados hacían frecuentes salidas (2), probando así que no les faltaba valor ni carecían de provisiones; las operaciones del sitio resultaban más difíciles por la pérdida del material; las lluvias y las nieblas de Octubre comenzaban; como se había despojado de todo á las regiones vecinas, hubo que enviar más lejos destacamentos en busca de provisiones (3): mantenido en constante alerta, sometido á los más duros trabajos, el ejército se extenuaba de fatiga y de escasez. Pero Antonio resistía bien; mantenía la disciplina con gran energía (4), decidido á someter á buena prueba la paciencia del enemigo, que sin duda era ágil y valiente, pero que no estaba acostumbrado á guerrear durante el invierno. El ejército romano se fatigaba, Fraates también estaba inquieto, viendo que los días pasaban y que Antonio no tenía propósito de levantar el sitio (5). Al fin, como Fraates no quería arriesgarse en una batalla, recurrió otra vez á la pérfida astucia que tan bien le había salido al Surena é hizo difundir entre las legiones fatigadas el rumor de que el rey de los partos estaba dispuesto á concertar una paz honrosa si Antonio no se obstinaba en continuar la guerra. Los destacamentos que iban á forrajear ya no encontraban bandas de enemigos dispuestas á lanzarse

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 40 μετὰ φθινοπωρινὴν ἰσημερίαν. Véase Kromayer, en *Hermes*, XXXI, pág. 92.

(2) Plutarco, *Ant.*, 39; Dión, XLIX, 36.

(3) Id., *ibid.*, 40; Dión, XLIX, 26.

(4) Dión, XLIX, 26-27.

(5) Plutarco, *Ant.*, 40; Dión, XLIX, 27.

sobre ellos, sino simples grupos de jinetes que se les acercaban amistosamente, y cuyos oficiales procuraban trabar conversación con ellos, diciéndoles que los partos deseaban la paz. La noticia de que el enemigo la quería se difundió entre los soldados cansados, que manifestaron vivísima alegría; el mismo Antonio dudó un momento y, no sabiendo si podría fiarse de tales intenciones en el enemigo, abrió un informe para asegurarse de lo que hubiese de cierto en los rumores que circulaban, y acabó por ofrecer la paz á Fraates, si le restituía los estandartes y los prisioneros de Craso. ¡No pudiendo conquistar á Persia, no queriendo volver al imperio con las manos vacías, reclamó al menos aquellos pobres símbolos del honor militar! Pero Fraates rehusó, diciendo que si Antonio quería retirarse inmediatamente, le prometía no estorbar su retirada; y que nada más podía ofrecerle (1). La ciudad oponía una resistencia obstinada, los soldados estaban agotados, el invierno se acercaba y el abastecimiento del ejército se hacía cada vez más difícil. Si no acordaba retirarse, Antonio sólo tenía dos perspectivas: ó acampar en la nieve, ante la ciudad, todo el invierno, o intentar un golpe de audacia, ir todavía más lejos en busca de víveres, de un abrigo, de un campo de batalla (2). Antonio contempló á su alrededor al ejército fatigado y descorazonado; quizás pensó también en el imperio en disolución que reclamaba su presencia y que le hubiese creído perdido, sólo con que sufriese un pequeño revés.

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 40.

(2) Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, Paris, 1904, página 200.

En los últimos días de Octubre aceptó las proposiciones de Fraates, y ordenó la retirada.

Pero Fraates quería imitar hasta el fin la perfidia del Surena persiguiendo implacablemente al enemigo en su retirada, y quizás lo hubiese logrado si Antonio, antes de partir, no hubiese dudado—ignoramos por qué—de las intenciones del enemigo. Entonces resolvió tomar otro camino que el seguido al venir, pasando por uno todavía más escarpado, y por lo mismo poco accesible á la caballería. Tal vez sea la ruta que en nuestro tiempo pasa por Tabriz y viene á dar en el Arax por Julfa. Sin embargo, Fraates no renunció enteramente á su proyecto, y desde el tercer día empezó á molestar al ejército romano durante su retirada peligrosa, que duró veinticuatro días. Pero en el peligro y el sufrimiento, Antonio volvió á encontrar por última vez todas sus grandes cualidades de jefe. Incansable, siempre presto á correr al sitio donde el ejército se veía amenazado por el móvil enemigo, que tan pronto le atacaba por vanguardia como por retaguardia, sabiendo animar al soldado con las palabras y el ejemplo, tomando alegremente su parte en todos los peligros y privaciones, sostuvo tan bien el valor del ejército, que, aun agotadas sus provisiones, nutriéndose en ciertos momentos de raíces y bebiendo agua corrompida, no sólo resistió los continuos ataques, sino—lo que aún era más difícil—á las capciosas proposiciones de paz que habían perdido al ejército de Craso. En vano fué que el enemigo prometiese al ejército romano que ya no le inquietaría si abandonaba el árido y fatigoso camino que seguía en la montaña para descender á la llanura donde el agua corría abundante. Sordo á estas promesas falaces, bien unido, com-

batiendo siempre, hasta osando de tiempo en tiempo—aunque se batiese en retirada—lanzarse sobre el enemigo y atacarle á su vez, el ejército romano condujo al otro lado del Arax las águilas de las legiones. Veinte mil legionarios ó auxiliares y cuatro mil jinetes sucumbieron en el decurso de la expedición. Antonio no logró realizar la conquista de Media, pero Fraates tampoco pudo repetir las matanzas de Carrhes (1).

Antonio, recordando todavía allí las lecciones de César, envió al Senado un relato de su expedición, en el que decía que todo había salido á maravilla (2). Sin duda mentía con la audacia habitual en los politicos de la época; pero es justo añadir que, si Antonio hacía entonces un relato mentiroso, el juicio de los antiguos y de los modernos sobre esta expedición ha sido demasiado severo (3). En realidad, Antonio sólo cometió una verdadera falta: la de dejar á Fraates apoderarse de su parque de sitio. Fuera de esto, es preciso reconocer que

(1) Plutarco, *Ant.*, 41-50; Dión, XLIX, 28-31.

(2) Id., XLIX, 32.

(3) Véase la hermosa refutación de Kromayer, en *Hermes*, XXXI, págs. 90 y sig. M. Bouché-Leclercq, en su *Histoire des Lagides*, se aleja algo menos de la tradición. Dice (II, pág. 259) que Antonio cometió una «falta inicial», abandonando á Siria demasiado tarde, y que esta falta agravó la otra, más pesada, «más grave todavía, que había cometido dejándose arrastrar á una aventura cuyos riesgos no había tenido en cuenta. Un Alejandro hubiese salido del paso no mirando detrás, corrigiendo un acto de imprevisión con un golpe de audacia». Sí; pero conviene no olvidar que Alejandro no tenía que mirar tras de sí, pues detrás no había un espantoso golpe de Estado, ni una proscripción. Es preciso tener en cuenta que Antonio sólo disponía de un ejército revolucionario para hacer esta guerra.

el plan estratégico era grandioso y excelente (lo cual no es de sorprender, pues su autor era César); que Antonio dió pruebas de audacia queriéndolo ejecutar; que preparó la expedición con gran cuidado y que supo dirigir en seguida con mucho vigor y actividad un ejército tan numeroso. En efecto, con rapidez, y sin ser detenido, realizó una marcha verdaderamente gigantesca, y supo poner á seguro su ejército tras una retirada dificilísima de 500 kilómetros aproximadamente. Verdad es que Antonio no pudo tomar á Fraaspa ni obligar al ejército parto á empeñar una batalla que él, Antonio, hubiese ganado; ¿pero cualquier otro, aunque fuese el mismo César, lo hubiese conseguido? Si esto no puede negarse rotundamente también es lícito dudar antes de afirmarlo. ¿No corrió César el riesgo de fracasar en su guerra contra Vercingetórix, porque en sus asedios no lograba que el enemigo aceptase la batalla? ¿Y no triunfó al cabo sólo porque el enemigo se vió constreñido, no por él, sino por la situación política de la Galia, á venir á las manos? De todas suertes, no es dudoso de que si Antonio cometió faltas, hay que buscar la razón principal del fracaso en la situación política del imperio romano y en las dificultades de la empresa, imposibles de prever. El ejército de los partos era mucho más fuerte que los demás ejércitos de Oriente, de que habían dado cuenta Lúculo y Pompeyo; la gran distancia aumentaba las dificultades; la conquista de Persia era, pues, una empresa muy distinta de la conquista del Ponto ó de Siria. Roma apenas podía conducir á buen término semejante expedición en el estado de desorden político por que entonces pasaba. Sin duda puede afirmarse con verosimilitud que el ejército reunido por An-

tonio, uno de los más grandes movilizados por Roma, tenía que haber bastado, al menos en condiciones normales, para realizar una marcha victoriosa al través de Persia, hasta la capital, si no era posible conquistar definitivamente todo el gran imperio. Pero no debe olvidarse que Antonio intentó esta empresa en medio de una revolución, con muy poco dinero y con un ejército reclutado para la guerra civil, cuyo patriotismo y disciplinà no podían ser muy vigorosos. La situación de Antonio fué absolutamente contraria á la de Bonaparte. Éste dió un golpe de Estado tras brillantes victorias obtenidas contra extranjeros: Antonio tuvo que buscar las victorias para justificar un golpe de Estado ya consumado, el triunvirato, y con el ejército mismo del golpe de Estado, desmoralizado y desprovisto de patriotismo. Es posible que hubiese triunfado disponiendo de más dinero y tiempo, si hubiese podido dejar este año á sus tropas descansar en Armenia, realizar la conquista de Media en la primavera siguiente y esperar un año para invadir á Persia. Fracasó, en cambio, porque precipitó las cosas: primero la invasión y la retirada después, y cometió este error, no porque desease apresurar la vuelta cerca de Cleopatra, como se complacen en decir los antiguos, sino porque la situación creada por la revolución y las guerras civiles le imponía vencer en breve plazo. Dueño poco seguro de un poder conquistado revolucionariamente, desprovisto de sólidos instrumentos de dominación, obligado á ocuparse simultáneamente de los negocios de Italia y de los asuntos de Oriente, reducido al peligroso expediente de su casamiento con la egipcia, única manera de obtener el dinero necesario para la guerra, Antonio no hubiese podido

resistir en Persia los tres ó cuatro años que eran absolutamente necesarios para realizar con éxito una empresa tan difícil y complicada. Los gastos hubiesen sido muy superiores á sus medios; los soldados, árbitros de todo en tiempos de guerra civil, hubiéranse sometido difícilmente á tan largo esfuerzo; nadie podría prever lo que ocurriese en todo el imperio durante tan larga ausencia. No hay que buscar en la falta de aptitudes estratégicas de Antonio la principal causa de su fracaso, sino en las condiciones políticas del mundo romano. El programa de César, realizable quizás en el mes de Marzo del año 44, no lo era diez años después. Los estragos de la revolución habían debilitado en demasía el poder de Roma.

VII

Antonio y Cleopatra.

Después de haber licenciado á sus contingentes asiáticos y de dejar la mayor parte de sus soldados en Armenia, Antonio regresó inmediatamente á Siria (1), donde supo lo que había ocurrido en Italia desde la fuga de Sexto Pompeyo. Octavio no sólo había tomado Sicilia á Sexto; pero también el África con sus legiones á Lépido. El triunvirato había concluído; pues la deposición de Lépido lo había reducido á un duunvirato; su colega obtuvo una compensación inesperada con la adquisición de Egipto obtenida por él. Las cosas habíanse precipitado de una manera singular. Tras la fuga de Sexto, sus ocho legiones sitiadas en Mesina por Agripa y por Lépido entraron en negociaciones con los

(1) Véase lo que dicen Plutarco, *Ant.*, 51, y Dión, XLIX, 31, sobre la distribución que hizo Antonio de 35 dracmas por cabeza á los legionarios y sobre la ayuda financiera que le prestó Cleopatra. Lo exiguo del donativo, los rumores de que el dinero procedía de Cleopatra confirman que Antonio carecía de él, y que las principales razones de su alianza con Egipto han sido las dificultades financieras.

dos generales; pero mientras Agripa les decía que esperasen hasta someter sus proposiciones á Octavio, que estaba en Nauloca, Lépido aceptó que se le sometiesen á él mismo é indujo á esas ocho legiones á quedar bajo sus órdenes prometiéndoles hacerlas saquear á Mesina con sus soldados (1). Encontrándose así al frente de veintidós legiones, Lépido creyó poderse resarcir de todas las humillaciones que había sufrido, obligando á Octavio á dejarle Sicilia y restituirle las provincias que poseía al comienzo del triunvirato. Hubo un momento en que todo el mundo creyó que iba á estallar una guerra civil en Sicilia. Pero, como las legiones de Lépido estimaban en poco á su jefe y esperaban mejorar su condición pasándose á Octavio, se sublevaron inducidas por éste, y Lépido, abandonado por sus soldados, se dió por satisfecho con que no le condenasen á muerte—Octavio no osó matar al *pontifex maximus*—y de poder volver á la vida privada en Roma para gozar en paz de las grandes riquezas acumuladas durante su triunvirato (2). La flota misma no tardó en rendirse; Estatilio Tauro sometió en seguida y sin dificultad á Sicilia (3), á la que se impuso una contribución de seiscientos talentos (4); y Octavio se apoderó así de los *latifundia* situados en el interior de Sicilia, que en el año 43 habían pertenecido á los caballeros proscritos.

Verdad es que inmediatamente después estallaba

---

(1) Appiano, *B. C.*, V, 122; Dión, XLIX, 11.

(2) Id., *ibid.*, V, 123-126; Dión, XLIX, 12; Veleyo, II, 8.

(3) Orosio, VI, XVIII, 32.

(4) Appiano, *B. C.*, V, 129.

una gran insubordinación en las legiones, descontentas de la mucha tardanza en pagarles, de las pequeñas cantidades que se les daban á cuenta, y de las buenas palabras que empleaban los cuestores, en vez de entregarles dinero sonante. Pero Octavio logró apaciguarlas con nuevas promesas, que no estaba más seguro de poderlas cumplir que las precedentes (1). Así, á pesar de esta dificultad, el hijo de César tenía el derecho de considerarse en este momento el hombre más favorecido por la fortuna que el mundo hubiese visto después de Alejandro, pues nadie se encontró jamás á los veintisiete años al frente de cuarenta y tres legiones, de una caballería muy numerosa y de una flota de seiscientos barcos (2), árbitro de un imperio que comprendía gran parte del África septentrional, España, Galia, Iliria é Italia, y disponiendo de un poder casi absoluto en una república que se desmoronaba. Explícase, pues, bastante bien que, desde que se recibieron las noticias de Sicilia, todo el mundo político de Roma se apresurase en atestiguar al hijo de César la más viva admiración y la devoción más profunda: y no se considerará inaudito que el Senado, después de decretarle los mayores honores, no sabiendo encontrar ya otro género de adulación, acordase que podía gratificarse él mismo con todos los honores que le agradasen (3). Italia había guardado siempre sus honores para Pompeyo; había confiado mucho tiempo en su triunfo; había deplorado viví-

(1) Dión, XLIX, 13-14; Appiano, *B. C.*, V, 129; Orosio, VI, XVIII, 33.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 127.

(3) Id., *ibid.*, V, 130; Dión, XLIX, 15.

simamente su derrota (1); pero esta simpatía y este sentimiento ya no podían cambiar la situación creada por las batallas de Mylæ y de Nauloca y por la caída de Lépido. Octavio poseía la fuerza, que es todo en una revolución, y la gente le temía. Hasta entonces había sido un tirano ambicioso, receloso, pérfido y falso, implacable para sus enemigos, y si había mejorado algo después de su casamiento con Livia y mientras tuvo miedo de Sexto Pompeyo, evidentemente había mucho que temer si renacía su crueldad y violencia, ahora que ya no se sentía amenazado por un rival popular. Apresurarse en halagar al feroz vencedor, adelantarse á sus deseos, parecía lo más cuerdo á la turba de ambiciosos llenos de necesidades que habían invadido la república.

Y, sin embargo, todos se engañaban. Este exceso de adulación era casi inútil. Italia, que esperaba nuevas violencias, peores que las sufridas tras la batalla de Filipos ó del saqueo de Perusa, oyó y vió súbitamente, y con gran admiración, hablar y obrar al terrible hijo de César casi como al viejo Pompeyo, tan amado y admirado después de su muerte. Antes de entrar en Roma empezó por reunir al pueblo fuera del *pomœrium* y exponerle en un gran discurso todo lo que había hecho (2). Era esta una ceremonia sin importancia, pero que recordaba al pueblo la hermosa época de la república, cuando el Estado estaba dirigido por magistrados y no por tiranos. Luego, apenas entrado en la ciudad, el 13

(1) Véase lo que dice Veleyo, II, LXXIX, 6, sobre el odio implacable sentido contra Ticio, gobernador de Antonio, que pasó por responsable de su muerte.

(2) Dión, XLIX, 15.

de Noviembre (1), proclamó una amnistía fiscal, como hoy diríamos, perdonando el resto de las contribuciones decretadas por los triunviros. Verdad es que se trataba de atrasos que no podrían recobrarse; pero su abandono, aunque aprovechase poco al pueblo, no por eso dejó de causar buena impresión; era esto infundir á Italia la esperanza de que la era de los impuestos aplastantes iba á terminar muy pronto (2). Octavio abolió igualmente algunos impuestos de escasa importancia (3); difundió entre el pueblo un relato de sus expediciones procurando demostrar que sólo había realizado la conquista de Sicilia para terminar definitivamente con las guerras civiles (4); nombró augur suplente á un antiguo proscrito, que pertenecía á la más rancia nobleza, Valerio Mesala Corvino (5); decretó una ley prohibiendo á los ricos que ostentasen la púrpura de los senadores (6). En suma, en lugar de las temidas venganzas y violencias, Italia sólo vió y oyó actos y palabras de conciliación, de que nadie hubiese creído capaz al joven y violento triunviro. ¿Habría que abrir el alma á la esperanza? ¿Se acercaba al término la época terrible de las violencias y de las ilegalidades? Después de tantas pruebas pocas personas osaban creer en la sinceridad del triunviro. No es dudoso que en tales medidas hubiese marrullería política; pero también había algo más que los cálculos de una política de bajo vue-

(1) *C. I. L.*, I, págs. 461 y 478.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 130; Dión, XLIX, 15.
(3) Dión, XLIX, 15.
(4) Appiano, *B. C.*, V, 130.
(5) Dión, XLIX, 16.
(6) Id., XLIX, 16.

lo; había el comienzo de una gran conversión interior y de un gran cambio político que, si sorprendían á la mayoría de la gente y parecían un prodigio casi increíble, hacía ya algún tiempo que se elaboraban en él mismo y en las cosas. Esta transformación personal y política ha tenido tal importancia en la vida de este hombre y en la historia de su época, que conviene examinar cuidadosamente todos los motivos interiores y exteriores. Octavio no era uno de esos grandes hombres de acción dotados por la naturaleza de vehementes pasiones, como Alejandro, César, Napoleón, y en quienes los triunfos aumentaban la ambición, la audacia, la energía, el vuelo de la imaginación, las violencias del orgullo, la sed de los goces. De salud precaria, de constitución poco robusta, con poca aptitud para los ejercicios físicos, impresionable y poco valeroso, más se parecía á Cicerón que á César; sobre todo, era uno de esos hombres de estudio, forjados para los trabajos sedentarios, para las largas y apacibles reflexiones, que poseen más fría prudencia que energía ardiente. Si había sido poco heróico en la mala fortuna, en cambio sabía ser sabio en los días felices y preocuparse—á medida de que aumentasen su riqueza y su poder—en conservar prudentemente lo que había adquirido antes que adquirir todavía más, arriesgándolo todo en nuevas aventuras. Es raro encontrar entre tales hombres grandes inteligencias, pues el genio suele ser agitado y ardiente; pero Octavio, que asociaba á su carácter frío y prudente un poderoso espíritu, hubiese podido convertirse en una época y en circunstancias análogas á las en que se encontraba el gran orador de Arpino, en un ilustre literato ó en un gran enamorado de la filosofía. Al contra-

rio, arrastrado todavía muy joven á las guerras civiles, tuvo que afrontar peligros, ejercer poderes, ocupar, en fin, una situación extraordinaria absolutamente desproporcionada con su valor, con su fuerza y con su mérito; esto le había sobreexcitado todas sus malas cualidades, la ambición, el espíritu de venganza, la sensualidad, la codicia, y hecho de él un tirano precoz, violento, codicioso, vengativo, envidioso. Pero estos eran los aspectos pasajeros de un hombre que poseía débil carácter, expuesto á peligros harto terribles, abrumado por responsabilidades demasiado pesadas. En cambio, era sobrio por naturaleza; no gustaba del lujo ni del derroche; era económico y sabía administrar su fortuna con una parsimonia en la que se siente uno tentado á reconocer al sobrino del usurero de Valletri, y que en este momento no deseaba acumular nuevas riquezas, sino esperar el día en que, apaciguadas las guerras, pudiese pagar todas las deudas del triunvirato. Á diferencia de su padre adoptivo, que había contraído con gran despreocupación deudas muy importantes, los cuidados del dinero, los atrasos de las legiones, las dificultades financieras le quitaban toda tranquilidad de espíritu y le perturbaban el sueño. Octavio había obtenido ya todas las magistraturas y todos los honores, hasta el triunfo y las estatuas doradas en el Foro; sólo le hubiese bastado quererlo para ser *pontifex maximus*, pues el pueblo deseaba despojar á Lépido de esta dignidad para dársela (1); pero este joven frío, poco vanidoso, que, si no le gustaba obedecer, tampoco experimentaba gran deseo en mandar, apenas se preocupaba de más hono-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 131,

res; lo que deseaba ante todo era concluir con todas las terribles pesadillas que le asaltaban durante diez años; revoluciones en Italia, sediciones militares, traiciones de los amigos, guerras civiles y extranjeras. En suma, no era una situación todavía más brillante lo que deseaba, sino más segura, más sólida, menos incierta, menos expuesta á las constantes vicisitudes. Sentíase naturalmente inclinado por su temperamento á las ideas conservadoras sobre el lujo, la riqueza, los negocios, la ambición, la corrupción, difundidos entre las altas clases de Italia por Cicerón, cuyas obras había leído y admirado (1), á pesar de haber contribuído á que le hiciesen morir.

Aun en plena prosperidad, un hombre de este temperamento, en lugar de envanecerse con el triunfo y de olvidar los terribles peligros á que había tenido la suerte de escapar, se hubiese preocupado en no exponerse de nuevo á los temibles caprichos de la fortuna. Pero el cambio que se produjo en Octavio se explica tanto mejor, porque aún se creía lejos de estar en plena prosperidad, y porque, no obstante la victoria que tan penosamente acababa de obtener en Sicilia, debía sentir muy débil, muy vacilante, muy expuesto su poder, tan grande en apariencia. Triunfando de Sexto, se había librado de un peligroso rival; pero Octavio no ignoraba que Italia deploraba el desenlace de la guerra, y que su victoria aún había aumentado, si era esto posible, el odio que la opinión pública sentía por el triunvirato. Las causas de este odio general eran harto graves y profun-

(1) Véase la anécdota de Plutarco (*Cic.*, 49), que se refiere á una época más tardía.

das para que la desaparición de un rival popular pudiera desarraigarlas. La prueba estaba ya hecha: el triunvirato no había resuelto nada. Sólo una gran cosa acababa de intentar Antonio: la conquista de Persia; pero no obstante los enfáticos informes del general, empezaba á murmurarse que las cosas iban mal. Cuanto á Octavio, había invertido desde Filipos seis años, seis largos años, en conquistar á Sicilia y en vencer al enemigo de su familia. Ni Antonio ni él habían realizado una sola cosa que la gente pudiera admirar, ni una reforma, ni una gran obra pública, ni una conquista; ni siquiera habían logrado que en Roma prosiguiesen de una manera tolerable los más necesarios trabajos públicos, que antes de la revolución ya dejaban tanto que desear. Mientras que el número de los demás magistrados se multiplicaba, en un Senado que contaba con cerca de mil doscientos senadores, ya no se encontraba á nadie que quisiese ejercer la edilidad, esto es, la magistratura de que dependían los más importantes servicios públicos y el bienestar material del pueblo de Roma, pero que obligaba á gastar mucho y á no recibir nada (1). En Italia se había entrado á sangre y fuego, y se la separó el Oriente; el mundo romano estaba profundamente subvertido; el Estado reducido á la bancarrota; la constitución secular de la república, anulada; en todos los negocios públicos se había introducido el más terrible desorden, y todo esto para dar una poca de tierra á cinco mil ó seis mil veteranos de César, para conceder un puesto en el Senado y en la república á algunos millares de obscuros plebeyos. En suma, exis-

(1) Dión, XLIX, 16.

tía una absurda desproporción—trágica y ridícula simultáneamente—entre los mezquinos resultados de la política de los triunviros y la excepcional grandeza de los poderes que los veteranos y las legiones les habían conferido en su breve acceso de furor, el año 43. Seguramente, si la expedición de Antonio triunfaba, si la conquista de Persia era un hecho, esta desproporción parecería más tolerable. ¿Pero no sería entonces Antonio el único en aprovecharse de la gloria que pudiera resultar sobre el gobierno de los triunviros? ¿Cuáles eran los proyectos de Antonio? Desde el punto de vista del interés personal de Octavio, una victoria de Antonio no era menos peligrosa, aunque por otros motivos. Octavio tenía que preguntarse si el casamiento de Antonio y Cleopatra no sería seguido de un divorcio con Octavia, y si Antonio no se revolvería contra él para vengarse de la ofensa que le había inferido en Tarento. ¡Eran tantas las veces en que habían estado á punto de apelar á las manos! Los sucesos de Sicilia no eran á propósito para calmarle, si estaba ya mal predispuesto. Octavio ordenaba sacrificios por el feliz éxito de la expedición (1), no queriendo que el público le cogiera en flagrante delito de hacer votos antipatrióticos; pero en el fondo debía desear que la expedición de su colega terminase en un terrible fracaso. De todas suertes, Octavio comprendía que, mientras Persia no estuviese conquistada, ni él ni su colega podrían forjarse ilusiones ni pensar en que Italia sintiese admiración por ellos. ¿Podrían, al menos, inspirar temor por sus numerosas legiones? Pero el entusiasmo

(1) Dión, XLIX, 32.

cesarista de los soldados, que tanto contribuyó en el año 43 para que la revolución triunfase, habíase enfriado hacía algún tiempo, cediendo á un sordo descontento causado por los desengaños, por el sueldo mal pagado y por las grandes fatigas. El dinero prometido á los nuevos reclutas de la guerra de Módena, aún no se les había pagado íntegramente (1). De suerte que, aun subvirtiendo por ellos á Italia y al imperio, los triunviros ni siquiera habían sabido contentar á los soldados, y el equilibrio psicológico de las legiones persistía en una inestabilidad muy peligrosa, como lo demostraba la reciente insubordinación. Para colmo de infortunio, resultaba tan difícil el mantener á los soldados bajo las armas como el licenciarlos. Octavio aún había consentido gustoso en licenciar ocho legiones, entre las cuales figuraban las reclutadas en el 43 por él y por Décimo, y que sólo habían servido nueve años; pues muy lejos de poder sostener cuarenta y tres legiones, ni siquiera sabía como alimentar á treinta y cinco. Era necesario, pues, distribuir tierras entre los soldados licenciados, y sin embargo su embarazo no era pequeño, pues no se atrevía á apoderarse de ellos mediante una nueva confiscación, como en el año 42, y carecía de dinero para comprarlas. ¿Cómo licenciar entonces á las legiones? Estas inmensas masas de soldados, reclutadas en sus dos terceras partes durante aquella especie de locura que precedió á la guerra civil, iban á convertirse en una de las principales dificultades para el partido vencedor, á cargo del cual habían caído todas. En fin, si Sexto Pompeyo había resultado vencido, no estaba muerto y

(1) Appiano, *B. C.*, V, 129.

seguía causando serias preocupaciones á Octavio. Había huído de Sicilia durante el otoño del 36; se había detenido en el cabo Lacinio, saqueando el templo de Juno. Provisto así de dinero, dirigióse á Lesbos y se instaló en Mitilene, en la hermosa ciudad que su padre declaró libre en otro tiempo, donde los gobernadores de Antonio le permitían reunir fuerzas para organizar un nuevo ejército contra Octavio. La situación general estaba tan dudosa, el gran nombre de Pompeyo era todavía tan popular y respetado en todas partes, en Italia como en Oriente, que los personajes más insignes del partido de su cuñado no osaban tomar la más pequeña iniciativa contra su mortal enemigo para impedirle que preparase su desquite (1). En fin, desde la violenta deposición de Lépido, el triunvirato ni siquiera reposaba en un sólido fundamento jurídico, puesto que se había cambiado arbitrariamente en un duunvirato, lo cual hubiese carecido de importancia si el poder gozase de admiración y popularidad, pero que resultaba peligroso para un gobierno desacreditado y sin unión.

Octavio, pues, comprendió que era necesario tras de la victoria hacer concesiones á la opinión pública, dar alguna satisfacción á las clases bien acomodadas, á las tendencias conservadoras que otra vez recobraban vigor para dar popularidad al nombre de César, que tan odioso se había hecho. La lectura del *De Officiis*, de Cicerón, los consejos de Dídimo Areo, maestro de Octavio, que, como miembro de la secta neopitagórica, predicaba una moral de moderación y abstinencia, no fueron ajenos, proba-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 133; Dión, XLIX, 17.

blemente, á esta gran conversión política. No se atuvo á lo que hizo inmediatamente después de su vuelta; pronto llegó más lejos, y emprendió una semirestauración republicana, restituyendo á los varios magistrados diferentes poderes usurpados por los triunviros (1); también tuvo cuidado en no lesionar los intereses de los propietarios que tanto habían sufrido hasta entonces, y, á pesar de todas las dificultades logró dar satisfacción á los 20.000 soldados que licenció sin recurrir á las confiscaciones. Como ya no se trataba de soldados de César que hubiesen combatido largos años en la Galia, sino de soldados que habían estado mucho menos tiempo bajo las armas, y que apenas habían conocido al dictador ó le desconocían por completo, se les podía obligar á contentarse con campos más pequeños que no estuviesen situados en la parte más bella de Italia. Les asignó, pues, tierras algo separadas de Italia, en la Galia narbonesa, en Beterræ (Béziers) y en otras provincias (2); las que distribuyó en Italia eran tierras compradas, como las del vasto dominio municipal de Capua, ciudad que empleaba las rentas para satisfacer los gastos públicos. Octavio indujo á los habitantes á cambiar su dominio por un rico territorio que la república poseía en Creta, cerca de Cnosa, del cual sería propietaria la ciudad de Capua, y cuyas rentas, evaluadas en 1.200.000 sestercios bastaban para cubrir los gastos públicos (3). Además, ordenó restituir á sus propietarios los nume-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 132.

(2) Dión, XLIX, 34; véase Kromayer, en *Hermes*, XXXI, páginas 14 y 15; Hygin. edic. Lachmann, pág. 177.

(3) Veleyo, II, 81; Dión, XLIX, 14.

rosos barcos mercantes que había requisado él ó Sexto durante la guerra (1); y como, á pesar de todas las tropas ya licenciadas, el ejército aún resultaba demasiado numeroso para estos recursos, adoptó el partido de prescindir de ocho legiones de Sexto Pompeyo, en forma desleal, pero poco costosa, y que había de agradar mucho á la burguesía italiana. Como ya hemos visto, esas legiones estaban formadas en gran parte con los esclavos de los latifundios de Sicilia, y con los esclavos que habían huído de Italia. Á todos concedió la libertad el tratado de Miseno. Olvidando la promesa, Octavio disolvió estas legiones, ordenó que se buscase á los antiguos esclavos fugitivos y que se restituyesen á sus amos. Sin duda hizo restituir al mismo tiempo los esclavos que se encontró en la flota. Unos 30.000 fueron devueltos á sus amos (2). En el ejército y en el servicio de las pensiones militares se realizó una considerable economía, y la clase bien acomodada recibió un hermoso presente, encontrándose de súbito con una propiedad que durante mucho tiempo creyó perdida para siempre. Octavio se propuso en seguida reprimir el banditismo en toda Italia y los delitos en Roma; creó una especie de guardia civil, las *cohortes vigilum*, probablemente á imitación de las de Egipto (3); erigió en el Palatino un gran templo con hermoso pórtico á Apolo (4), para dar trabajo al proletariado de Roma

(1) Appiano, *B. C.*, V, 127.

(2) Mon. Anc. *(Lat.)*, V, 1: Appiano, *B. C.*, V, 131.

(3) Appiano, *B. C.*, V, 132. Pero sólo se trataba entonces de un proyecto, realizado mucho más tarde.

(4) Veleyo, II, 81; Dión, XLIX, 15; Mon. Anc. *(Lat.)*, IV, 1.

harto olvidado. Los antiguos templos caían en ruínas, y los nuevos templos que se estaban construyendo, el de César y el de Marte Vindicator, en el Capitolio, sólo avanzaban con gran lentitud por la falta de dinero y por la turbulencia de los tiempos. Á pesar de esto iba á levantarse otro. En esta misma ocasión, Augusto compró, también en el Palatino, varias casas situadas alrededor de la suya para agrandarla y estar en adelante mejor alojado (1). Además, para mostrar que las legiones no sólo servían para sostener la tiranía de los triunviros, decidió emprender una serie de expediciones contra los bárbaros de los Alpes y de Iliria, siempre semindependientes y siempre molestos para las poblaciones de la llanura y de la costa. Así parecería continuar la política del proconsulado de su padre. En fin—y esto es lo que causó mayor sorpresa—pronunció un gran discurso, declarándose dispuesto á renunciar el poder de triunviro y á restablecer la república apenas se hubiese entendido con Antonio: afirmó no dudar que Antonio accedería á esto, pues, habiendo terminado las guerras civiles, el triunvirato ya no tenía razón de ser (2). Los historiadores sólo han visto en este discurso un lazo tendido contra Antonio; ¿pero no sería también posible que Octavio comprendiera la necesidad de ir proponiendo el término del triunvirato? Éste no podía eternizarse; era evidente que convendría salir algún día de la difícil situación en que la república se había encerrado; y como la abolición de los poderes excepcionales era inevi-

(1) Veleyo, II, 81.
(2) Appiano, *B. C.*, V, 132.

table, podría parecerle hábil tomar la iniciativa. Sea de esto lo que quiera, la verdad es que Octavio perseguía una política mejor, él mismo mejoraba y se corregía poco á poco de sus vicios más graves. Ahora recompensó á Agripa, de una manera magnífica, por sus victorias, haciendo que le decretasen honores inusitados, y concediéndole grandes propiedades en Sicilia, tomándolas de entre las que pertenecieron á los caballeros proscritos del año 43 (1). Queriendo sondear las intenciones de Antonio y ofrecerle prendas de su amistad, le envió á principios del año 35 dos mil hombres escogidos y material de guerra para compensar los navíos destruídos en aguas de Sicilia, encargando á Octavia de conducir estas tropas. Era la más hábil manera de dar á entender á Antonio que no deseaba la ruptura de sus lazos de parentesco y que la paz no se alterase, obligándole al mismo tiempo á declarar francamente cuál era su verdadera mujer, á confesar su realeza si se declaraba por Cleopatra ó á romper su alianza con Egipto si acogía á Octavia como su mujer legítima. Italia no podía por menos de agradecerle el concluir sin ninguna provocación, por un medio tan diestramente escogido, con el equívoco del pseudo-casamiento de Antioquía. Tan gran moderación tuvo en seguida su recompensa: poco tiempo después de su vuelta á Roma

(1) Horacio, *Ep.* I, XII, 1 y siguientes, nos dice que Agripa poseía considerables bienes en Sicilia. No podían proceder de la herencia de Ático, pues no tenemos noticia de que éste poseyese tierras en Sicilia; es, posible, pues, que fuesen bienes de los proscritos, y de aquí la suposición de que se le otorgaron tras la conquista de Sicilia y como recompensa de sus victorias.

se le confirió la inviolabilidad y los demás privilegios honoríficos de los tribunos (1).

La idea de otorgar amistosas prendas á Antonio era afortunada y el momento bien escogido. Antonio no había logrado en la expedición contra los persas el éxito decisivo que hubiese justificado toda su política, y dificultades de todo género comenzaban á mostrarle los peligros de las expediciones temerarias á que había tenido que recurrir. Su fracaso, exagerado por el rumor público, había desquiciado en el inquieto Oriente el sistema de los reinos y principados organizados por él, hasta el punto de que durante el invierno del 36-35, Sexto Pompeyo, fiado en la celebridad de que su nombre gozaba en Oriente, pudo concebir el proyecto de derribar á Antonio. En efecto, entabló secretas negociaciones con los reyes de Armenia, del Ponto y de los partos; se puso á reunir barcos y á reclutar soldados; desembarcó en el continente y se dirigió á Lampsaco. El nombre de Pompeyo ejercía todavía tal fuerza, que encontró soldados hasta entre los colonos que César había enviado. Entonces procuró tomar á Cízico y comenzó una verdadera guerra en Bitinia, obligando á Antonio á enviar contra Sexto al gobernador de Siria, Ticio, con una flota y algunas legiones (2). Por otra parte, en Italia, donde el fracaso de su expedición aún hacía más intolerable al pueblo su extraordinario poder, Antonio se encontraba con que su casamiento con Cleopatra tenía que separarle todavía más de Octavio, cu-

(1) Appiano, *B. C.*, V, 132; Dión, XLIX, 15; Orosio, VI, XVIII, 34. Véase Mommsen, *Res Gestæ Divi Augusti* (1.ª edición), pág. 28.

(2) Appiano, *B. C.*, V, 133-139; Dión, XLIX, 17 y 18.

yas fuerzas habían aumentado. Por todas estas razones, Antonio estaba tan predispuesto á poner buena cara á las amistosas proposiciones de Octavio, que no sólo aceptó, por el momento al menos, los cambios que en provecho propio había introducido su colega en el triunvirato, sino que hasta pensó en enviarle á L. Bíbulo, hijo del famoso cónsul que había sido colega de César, con un mensaje amistoso, proponiéndole que le ayudase en su expedición á Iliria (1). Desgraciadamente, entre ambos cuñados se interponía Cleopatra, y la situación creada por la política oriental de Antonio era harto complicada para que las disposiciones más conciliadoras pudiesen resolverla en interés de la paz y de Italia. Comprendía Antonio que, así en Oriente como en Occidente, no podía dejar á los espíritus bajo la impresión desfavorable de su fracaso, apenas disimulado, y que necesitaba restablecer su prestigio con un desquite. En efecto, mientras se ocupaba en reprimir el movimiento de Sexto, adoptaba el partido de aumentar el número de sus legiones, y enviaba agentes á Italia y Asia para reclutar soldados. Pero, tras el primer fracaso, comprendía que la segunda prueba era más difícil, y veía mucho mejor los peligros de la empresa, por lo mismo de que había creído realizar pronto los planes de César. ¿Era posible demandar á las legiones ó á los príncipes de Oriente el esfuerzo gigantesco de la primera vez? ¿Era posible constreñir á Egipto para obtener de él el dinero necesario á una segunda empresa, después de la primera, que había costado tan cara y nada había rendido? Aunque gobernado por una monarquía

(1) Appiano, *B. C.*, V, 132.

absoluta, el Egipto no era un instrumento inanimado que se pudiese manejar á capricho para cualquier necesidad. Sólo se preocupaba de las riquezas, de las artes, de las ciencias y de los placeres; quería que el dinero se emplease en pagar artistas y hombres de ciencia, en construir templos y palacios, en abrir canales, en celebrar fiestas, en aumentar el número de funcionarios, pero no en conquistar un imperio tan lejano y en el que nadie tenía interés. Los sucesos de los últimos años tenían que haber aumentado la aversión de las altas clases hacia Cleopatra y su gobierno, pues el casamiento con un procónsul romano era un hecho demasiado insólito y raro, aun para la política dinástica de Oriente. En fin, había una nueva dificultad, más grave que las demás; es que Cleopatra, que jamás había sido favorable á la expedición de Persia, que se había resignado á ella al principio, porque su concurso había sido una condición indispensable del matrimonio de Antioquía, quería explotar ahora el fracaso en beneficio propio, es decir, distraer á Antonio de nuevas tentativas y obligarle á poner en claro el equívoco de su condición, á no ser ya un rey de Egipto escondido tras el paludamento de un procónsul romano, á que se divorciase de Octavia, á declararse abiertamente su marido y el soberano del país, á ensanchar, en fin, el reino de Egipto. Sólo el fracaso de Persia hacía posible el triunfo de su plan, pues comprendía que si Antonio lograba conquistar el imperio de los partos, ya no tendría necesidad de la alianza egipcia. Necesitaba, pues, aprovecharse del momento oportuno, disuadir á Antonio de tomar el desquite, sugerirle el proyecto de un gran imperio egipcio. Así justificaría ante el pueblo su política personal y su

casamiento con Antonio. Aunque Egipto, envejecido, no amaba las guerras, sí gustaba de las apariencias del poder y de la grandeza que no implicaban trabajo ni gasto de dinero; hubiese, pues, admirado un engrandecimiento del imperio obtenido sin otras fatigas que las femeninas de su hermosa reina (1). En suma, Antonio comprendía que ahora, después de haberla intentado, necesitaba realizar la conquista de Persia; pero las circunstancias ya no eran tan favorables como la primera vez, su confianza en el éxito había disminuído, su decisión comenzaba á oscilar. Sin embargo, era preciso, ante todo, acabar con Pompeyo.

En la primavera del año 35, la dulce Octavia, que se había mantenido alejada en el retiro de su hogar para cuidar de sus hijos, se dispuso á partir para Oriente, como un general, al frente de 2.000 hombres (2), y por la misma época comenzó la guerra en Iliria. Una flota que, según parece, estaba al mando de Agripa, remontando el Adriático de Sur á Norte, arrojaba de sus refugios á los piratas y á las poblaciones bárbaras de las islitas situadas en las costas de Dalmacia y de Panomia, capturaba los barcos de los liburnos y á sus hombres válidos, pastores renombrados que podrían venderse bien (3), mientras que en el Norte de Italia un ejército

(1) Véase el Apéndice.

(2) Plutarco, *Ant.*, 53.

(3) Appiano, *Ill.*, 16. Véase Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág., 4. También es una suposición suya que Agripa mandase la flota. Vulic, *Contributi alla guerra di Ottavio in Illiria,* Padua, 1903, 2 y sig., discute esta hipótesis de Kromayer y comunica ingeniosos argumentos; pero la escasez de documentos es causa de que se dé mal arte en resolver la cuestión.

marchaba sobre Trieste, dividiéndose allí en dos: una parte que se dirigía hacia el Norte contra los bárbaros Carnes y Tauriscos, y la otra al Sudeste, en la dirección de Senia (Segna). Probablemente fué en Senia donde se encontraron el ejército y la flota (1). Salido de Senia al frente de fuerzas considerables, Octavio penetró en el país que es hoy la Croacia, y que estaba entonces ocupado por diversos pueblos que ostentaban la denominación general de jápides; primero sometió á los mentines (Modrush) (?), luego á los avendeates, luego á los arupines (Otochacz) (2), luego á los otros jápides de las regiones más distantes, á quienes tomó dos ciudades, Terpona y Metuna, que ignoramos dónde estaban emplazadas (3). En fin, entró en la región que hoy es Croacia, y que los antiguos llamaban Panonia, y entrando á sangre y fuego, llegó hasta la aldea más grande, Siscia (Siszeg), colocada en la confluencia del Culpa y del Sava, poniéndole sitio y tomándola al cabo de treinta días, pero perdiendo á Menodoro, el antiguo almirante de Pompeyo, que le había acompañado y que fué muerto en un encuentro (4). La empresa, pues, resultó bien, rindiendo un importante botín en esclavos, barcos y dinero. En el círculo de los amigos de Octavio comunicaron tantas esperanzas estos éxitos, que en el otoño, mientras él abandonaba á Iliria para invernar en la Galia, se hablaba ya de realizar la

(1) Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág. 4.

(2) Appiano, *Ill.*, 16; Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág. 4.

(3) Dión, XLIX, 35; Appiano, *Ill.*, 18-21; Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág. 5, n. 3.

(4) Dión, XLIX, 37; Appiano, *Ill.*, 22-24.

conquista del reino de los dacios, situado más allá del Danubio, en lo que hoy es Hungría, y también la conquista de Bretaña, donde César sólo había puesto el pie; en una palabra, ejecutar todos los proyectos que con razón ó sin ella se atribuían al dictador (1). Mientras que Octavio hacía esta campaña en la inculta Iliria, Antonio vencía á Sexto y le condenaba á muerte, haciendo creer que esta muerte la causó un fatal error en las órdenes transmitidas. Así esperaba no incurrir en el odio que Italia sentiría por el que destruyese la descendencia de Pompeyo (2). Antonio se apoderó en seguida de las tres legiones de Sexto y las puso á sus órdenes, reparando en parte la campaña de Persia. Pero, conjurado este peligro, dificultades mayores y más complejas surgieron inmediatamente por su creciente indecisión y por el conflicto de intereses que se agravaba entre Cleopatra y él. Súbitamente, en la primavera del año 35, las circunstancias parecieron hacerse más favorables para una expedición á Persia. El rey del Ponto, prisionero cuando la matanza de la retaguardia romana en la marcha sobre la capital de Media, llevó á Alejandría una proposición singularísima del rey de Media, la de una alianza contra el rey de los partos (3). Ambos antiguos aliados se habían indispuesto por el reparto del botín tomado á los romanos, y se preparaban á venir á las manos. Antonio se alegró mucho con esta pro-

---

(1) Véase Dión, XLIX, 38.

(2) Dión, XLIX, 18; Appiano, *B. C.*, V, 140-144. Paréceme que tal es la explicación más verosímil de la manera poco clara, aun para los antiguos, con que se desempeñó esta misión.

(3) Dión, XLIX, 33; Plutarco, *Ant.*, 52.

posición inesperada, que podía abreviarle, facilitarle grandemente el camino de Persia. Otra vez se inflamó con el pensamiento de esta empresa contra los partos, y quiso dirigirse inmediatamente á Armenia para concertar allí la alianza y preparar la guerra (1). Pero Cleopatra, inquieta ya por el viaje de Octavia, todavía se alarmó más con esta alianza. Su influencia y sus proyectos se veían muy amenazados si Antonio se empeñaba otra vez en la guerra contra Persia y si Octavia podía verle y hablar con él. Sin embargo, no pudiendo retenerle, Cleopatra pidió á Antonio que la dejase acompañarle, y él accedió; fué ésta una grave falta, pues durante el viaje supo ella emplear todos los recursos con que una mujer astuta puede echar por tierra las resoluciones de un hombre más violento que fuerte. En vez de continuar mostrándose altiva y gozosa, como una compañera que con él compartía el poder y las fiestas, se volvió triste, dió en enflaquecer y en ponerse pálida; se fingió enferma. Sin proferir quejas, se las arregló de manera para que Antonio estuviese informado siempre por tal ó cual cortesano de que la reina sufría y estaba afligida temiendo que la abandonase, y que estaba resuelta á darse la muerte si llegaba á abandonarla (2). Un tal Alejo de Laodicea parece haberla ayudado mu-

(1) Dión, XLIX, 33, dice que este año, y tras la embajada de Polemón, Antonio partió de Alejandría para hacer la guerra al rey de Armenia. Pero es evidente que incurre en una confusión con la expedición del año siguiente. En efecto, no se ve qué relación pueda existir entre la alianza propuesta por el rey de Media, y una guerra con el rey de Armenia. Véase Plutarco, *Ant.*, 52.

(2) Plutarco, *Ant.*, 53, dice claramente que esta comedia tuvo por objeto disuadir á Antonio de ir á Media.

cho en este largo manejo (1). Antonio no poseía gran fuerza de carácter; enervado por las delicias y el lujo de la corte de Egipto, comenzó á sufrir la influencia de esta reina inteligente y astuta, como ya había sufrido la de Fulvia, y en el fondo no estaba muy decidido á intentar por segunda vez la peligrosa aventura de una campaña contra los partos. Acabó, pues, por ceder, á pesar de que Octavio le hubiese dado nuevos testimonios de amistad y revelado su deseo de restablecer la concordia entre su cuñado y Octavia, haciendo que votasen á ambos grandes honores tras la muerte de Sexto (2). Encargó que dijesen á Octavia, en Atenas entonces, que no saliese á su encuentro, pues pensaba volver á Persia (3); pero no fué á hacer la guerra á Persia, y, en cambio, volvió á Alejandría, dejando todos sus proyectos para el año siguiente (4). El triunfo de Cleopatra fué completo.

El año 34 prometía ser fecundo en grandes conquistas, pues á fines del 35 se trataba en Italia y en Oriente de las de Persia, de la Gran Bretaña y de Dacia. Pero, durante el invierno estos grandiosos proyectos

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 72.

(2) Dión, XLIX, 18.

(3) Plutarco, *Ant.*, 53; Dión, XLIX, 33.

(4) Dión, XLIX, 33. Bouché-Leclercq. *Histoire des Lagides*, II, París, 1904, pág. 269: «Cuesta trabajo creer que Antonio fuese víctima de esta estrategia femenina. Sin ser bastante escéptico ó modesto para apreciar el talento de la comedianta, sabía, no obstante, que tenía que habérselas con una mujer celosa, y que su ausencia no hubiese pasado por un abandono, de no encontrarse Octavia á algunas jornadas de la costa de Asia. No era este suficiente motivo para renunciar á una expedición que la misma Cleopatra consideraba oportuna poco antes ni para contrariar la espera del rey de Media, que

decayeron singularmente. Juzgando que era tiempo de ocuparse un poco en los servicios públicos, tan descuidados, y de dar alguna satisfacción al público, con tanta razón descontento, Octaviopuso especial cuidado en terminar con la falta escandalosa de ediles, nombrando á Agripa para este cargo, que había de ejercer apenas se viese libre de los cuidados de la guerra de Iliria, y á pesar de ser cónsul. Desde que hubo recibido las propiedades de Sicilia, Agripa, que vivía con sencillez romana, bien diferente del lujo desenfrenado de Mecenas, y que también podía contar con la próxima herencia de Ático, llegado á la extrema vejez, no hubiese sentido cuidado en reemplazar por sí solo á todos los ediles que hubiesen debido desempeñar el cargo durante los últimos años, y para proveer á las necesidades de la ciudad y del pueblo, que no podía por menos de admirar á este antiguo cónsul que consentía en desempeñar una magistratura inferior, y á gastar también parte de su patrimonio en favor de los pobres. Aparte de esto, durante el invierno del año 35 al 34, llegó á Roma el

---

corría el riesgo de encontrarse solo frente á los partos, informados de su alianza con los romanos. Pero después de la triste experiencia del año anterior, Antonio temía—más aún de lo que osaba confesarse él mismo—una nueva campaña de Oriente, y es probable que no sientiese escrúpulos de que le reprochasen su conducta. Súbitamente advirtió que los preparativos eran insuficientes y la estación demasiado avanzada. No convenía recomenzar la falta cometida y exponerse de nuevo á quedar sorprendido por el invierno en país enemigo». Estas consideraciones del sabio historiador francés son excelentes. Después de haberlas leído me persuado de que la mejor manera de explicar la conducta de Antonio en este momento consiste en suponer que, en el fondo, ya no quería emprender por segunda vez la expedición.

rumor de que los panonios se habían rebelado, lo que decidió definitivamente á Octavio á reducir su programa para el año siguiente á proporciones bastante modestas: reprimir el movimiento de los panonios, si había estallado, y en seguida, si había tiempo, someter definitivamente á los pueblos de Dalmacia, siempre semindependientes. En Oriente, y en este mismo invierno, Cleopatra se esforzaba con su infatigable astucia, en hacer que Antonio abandonase completamente la idea de la expedición contra los persas, que hasta entonces no había hecho más que retrasar. ¿De qué argumentos se sirvió la bella reina para persuadirle? Es lamentable que ninguna fuente histórica nos haya informado sobre este punto. Sin embargo, es verosímil suponer que procuró hacerle comprender que no era posible imponer á Egipto los gastos de una empresa tan formidable y tan larga como la conquista de Persia, sin correr el riesgo de suscitar tumultos y revoluciones; que era preciso realizar aquel fin por un camino más largo, pero más seguro, comenzando á realizar al siguiente año la conquista más fácil de Armenia. Este país no estaba tan distante como Persia; su rey había merecido este castigo por la traición del año 36; sus inmensos tesoros compensarían las pérdidas de la primera expedición imputables á su rey, y servirían de gran socorro para todas las empresas proyectadas. Además, es seguro que Cleopatra insistió con terrible energía en que Antonio se decidiese á repudiar á Octavia, á que se declarase abiertamente rey de Egipto, á reconstruir el antiguo imperio de los Faraones, distribuyéndolo entre sus hijos, y fundando para su propia descendencia una gran monarquía helenizante, igual á las que había fundado Alejandro. El

pueblo egipcio, halagado con su nueva grandeza, ofrecería entonces sus tesoros para la conquista de Persia (1). Eran estos consejos tan atrevidos como ingeniosos: un gran imperio egipcio podía valer por la conquista de Persia, tan difícil é insegura. ¿No era Italia un país arruinado y agotado? En cambio, ¡qué gloria si desempeñaba en Egipto el papel de sucesor de Alejandro! Pero el triunviro dudaba. ¿Era aún posible llegar á una duradera grandeza sustentándose en este país en disolución? Cleopatra tuvo que recurrir entonces á todos los medios de persuasión que estaban á su alcance como reina y como mujer: le deslumbró con fiestas magníficas, variaba sin cesar sus distracciones, le colocaba al frente de la sociedad de los «inimitables», especie de *juventud dorada* de la corte, que pretendía ser única en conocer y practicar los supremos refinamientos de la sensualidad oriental (2); en fin, se esforzaba en vencer la oposición de los amigos romanos que Antonio había llevado á Alejandría. Era esta una nueva dificultad que se hacía más complicada á medida que las intenciones de Cleopatra resultaban más manifiestas. Todos los romanos de nota que formaban la comitiva de Antonio tenían sus bienes, su familia, sus amigos, su corazón en Italia; si se resignaban á permanecer en Oriente el tiempo que necesitaban para hacer fortuna, en cambio no querían arraigar; repugnábales la idea de vivir siempre en una corte de libertos y eunucos; no deseaban que Antonio repudiase á Octavia ni que riñese con su cuñado, por temor á las guerras civiles que

(1) Véase el Apéndice.

(2) Véase Plutarco, *Ant.*, 28.

engendraría la discordia de ambos jefes. Sólo porque Octavio vivía en Italia, muchos amigos de Antonio, y entre ellos Estatilio Tauro, habían ingresado ya en su bando, prefiriendo no alejarse de Roma. Cleopatra se esforzaba en retenerlos cuanto le era posible en Egipto: á unos les daba dinero; á otros cargos en la corte; á uno de ellos, llamado Ovinio, uno de esos senadores de baja estofa como se habían creado tantos por aquellos años, aceptó la jefatura de los talleres de tejido de la reina (1). Pero la mayor parte resistían, y apenas Cleopatra advertía que un amigo de Antonio pertenecía á los irreductibles, se aplicaba á molestarle, maltratándole, insultándole, calumniándole cerca de Antonio, hasta procurando amedrentarle con vanas amenazas (2). Existía, pues, completa discordia y una guerra sorda entre los amigos de Antonio, que se dividían en dos bandos, el de los partidarios y el de los adversarios de la reina. Pero, no obstante el celo de éstos, Antonio cada vez cedía más; los últimos restos de su inteligencia y de su voluntad, derrochadas ya en su vida harto aventurera, se evaporaban en la ardiente y continua embriaguez de las adulaciones, de las fiestas y de los placeres. Cleopatra logró este invierno inducirle á intentar en el año 34 la conquista de Armenia.

La primavera y el verano del 34 se pasaron—así en Oriente como en Occidente—en sostener pequeñas

---

(1) Orosio, VI, XIX, 20.

(2) Los hechos referidos por Plutarco, *Ant.*, 59, aunque se relacionen con una época posterior, pueden sugerir idea de la manera como Cleopatra molestaba á los amigos de Antonio que le eran hostiles.

guerras. Octavio envió á Mesala Corvino para que sometiese á los salases, que habitaban el valle que hoy llamamos de Aosta, y, cuanto á él, volvió á Iliria con un ejército para libertar á Fufio Gémino, que se había dejado cercar y sitiar en Siscia por los panonios rebelados; pero estando aún en camino supo que Fufio se encontraba libre, pues los bárbaros se habían cansado y levantado el sitio. Octavio condujo entonces su ejército á la estrecha lengua de tierra situada entre el mar y los Alpes Dináricos, para hacer la guerra á los pueblos bárbaros y belicosos de Dalmacia (1). Quizás envió también á uno de sus generales al valle del Sava, y de allí, por los valles de sus afluentes, á las regiones que hoy forman la Bosnia y la Servia occidental, para hacer rápidas incursiones y recibir sumisiones (2). Por su parte, Antonio partió de Alejandría durante la primavera; se incorporó á su ejército, que debía encontrarse á poca distancia de Armenia; para aquietar su desconfianza y triunfar más fácilmente en su empresa envió á Delio en busca del rey de Armenia para solicitar el casamiento de su hija con el joven Alejandro, el mayor de los hijos que había tenido con Cleopatra. Llegado á Nicópolis, en la pequeña Armenia, invitó al rey para que acudiese y consultarle sobre la guerra de Persia. El rey de Armenia, que estaba receloso, rechazó cortesmente la invitación, sirviéndose de varios pretextos; pero el general romano avanzó entonces rápidamente con sus le-

(1) Dión, XLIX 38; Appiano, *Ill.*, 25-27.

(2) Kromayer lo niega, pero Vulvic, *op. cit.*, págs. 29 y sig., hace algunas objeciones que no carecen de valor. Es este otro punto que es imposible resolver con una conclusión definitiva.

giones en dirección de Artasata, y habiendo renovado la invitación, tuvo que dirigirse á su campamento. Le recibió con todos los honores, pero quedó prisionero. Armenia quedó declarada provincia romana, y los ministros recibieron la orden de entregar los tesoros reales. Intentaron resistir, y el heredero de la corona quiso defender el reino de sus padres. De aquí resultó una breve guerra, que terminó con la victoria de los romanos y con un saqueo general del país por parte de las legiones, que no perdonaron ni siquiera el antiguo santuario, tan rico y venerado, de Anaitis en Aceliseno. En el templo había una estatua de la diosa hecha de oro macizo, que los soldados despedazaron y se repartieron (1). Entre tanto, Antonio entabló negociaciones con el rey de Media para concertar un casamiento entre el joven Alejandro y la hija de este rey, Jotapa; concluyéronse los desposorios y Antonio volvió á Alejandría por la primavera, llevándose consigo al rey de Armenia, su familia, sus inmensos tesoros, es decir, gran cantidad de oro y de plata (2). Durante este tiempo, Octavio continuó la guerra contra los dálmatas (3).

(1) Dión, XLIX, 39-40; Orosio, VI, XIX, 3. Es una conjetura verosímil que el templo de que también hablan Estrabón, XI, XIV, 16, y Plinio, XXXIII, IV, 83, se saqueó en este momento.

(2) Orosio, VI, XIX, 3: *magnam vimauri argentique.*

(3) Dión, XLIX, 40.

VIII

El nuevo imperio egipcio.

La expedición de Armenia no había sido una verdadera conquista, sino un afortunado saqueo de metales preciosos. Con ese oro y esa plata Antonio iba á poder acuñar enormes cantidades de monedas y pagar á sus soldados, emprender guerras, corromper senadores, aun sin recurrir á la hacienda de Egipto. Volvía, pues, de Armenia contento y orgulloso de su conquista (1), dispuesto á recomenzar con los grandes recursos de que disponía, la conquista de Persia, que le convertiría en árbitro del mundo romano, sin querer romper por eso su peligrosa alianza con la reina. Al contrario, estaba completamente decidido á satisfacer una de las más ardientes aspiraciones de Cleopatra, y á fundar en Oriente un nuevo reino y una nueva dinastía para los hijos que había tenido con la reina. Después del afortunado suceso de Armenia, que era en parte resultado de los consejos que ella le había dado, Cleopatra parece haber adquirido sobre él gran ascendiente. Por otra parte,

---

(1) Orosio VI, xix, 4: *qua elatus pecunia...*

es verosímil que, aunque decidido á intentar por segunda vez la conquista de Persia, Antonio, después de su primer fracaso, ya no se creía seguro del éxito. Quería, pues, prepararse un refugio si fracasaba por segunda vez para no verse obligado á volver vencido á Italia. No sólo entró Antonio en Alejandría celebrando un triunfo «calcado en la imponente ceremonia de que hasta entonces únicamente Roma y su Capitolio habían sido testigos» (1), pero también inmediatamente después—en el otoño del 34—por medio de algunas líneas escritas, despojó á Italia para entregarla á los hijos que había tenido con Cleopatra, una parte considerable de la herencia de Alejandro Magno. La ceremonia tuvo lugar en el Gimnasio, especie de parque inmenso, lleno de edificios y de pórticos, que se encontraba en la vecindad del Museo y del mausoleo del conquistador macedónico. Antonio, Cleopatra y sus hijos, es decir, los dos gemelos de seis años, Cleopatra y Alejandro, y Ptolomeo, que tenía dos años (2) se presentaron con Cesarión ante la muchedumbre inmensa; subieron á un estrado de plata erigido en el centro del Gimnasio donde figuraban dos asientos de oro para Antonio y Cleopatra, y otros más bajos y pequeños para sus hijos. Antonio proclamó entonces á Cleopatra reina de reyes, y

---

(1) Dión, XLIX, 40; Plutarco, *Ant.*, 50.— Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, París, 1904, pág. 274. «Celebrar un triunfo en Alejandría era proclamar, por decirlo así, el fracaso de la ciudad reina; era despojarla de esta incomunicable supremacía que la hacía no tener semejante».

(2) En lo que concierne á la edad de estos niños, véase Gardthausen, *Augustus und seine Zeit*, II, pág. 170, n. 25.

le dió el reino de Egipto agrandado hasta sus antiguos límites por la anexión de Chipre y de Celesiria (1); declaró á Cesarión colega de su madre, con el título de rey de reyes, hijo legítimo de Julio César (2); proclamó á Ptolomeo rey de Fenicia, de Siria y de Cilicia; dió á Alejandro la Armenia, Media, que había de heredar como futuro yerno del rey de los medos, y Persia, todavía por conquistar (3); á la joven Cleopatra dió la Libia con la Cirenaica, probablemente hasta la Gran Sirte (4). Si la conquista de Persia le hacía árbitro de la situación en todo el imperio, Antonio podría destruir este imperio tan fácilmente como lo había fundado; si fracasaba en su segunda expedición, podría refugiarse en este gran imperio, en lugar de volver á Italia, y dejar que se consumase allí abajo la inevitable catástrofe del triunvirato, mientras que en Alejandría desempeña-

---

(1) Dión, XLIX, 41; Plutarco, *Ant.*, 54: véanse las monedas en Cohen, I, pág. 37.

(2) Paréceme que M. Bouché-Leclercq (*Histoire des Lagides*, II, página 278, n. 5) tiene razón en preferir la versión de Dión Casio que reserva para Cleopatra y Cesarión el título de rey de reyes al de Plutarco que se lo concede á Alejandro y á Ptolomeo. Como Cesarión fué colega de Cleopatra en el gobierno de Egipto, es decir, del Estado principal del imperio, es verosímil que ostentó el mismo título que su madre. Por otra parte, no es imposible que Cleopatra y Antonio pensasen explotar con la exaltación de Cesarión el prestigio que entre los soldados romanos gozaba el nombre de César. Trátase siempre de la misma política que procura hacer servir las fuerzas de Roma en provecho de la dinastía de los Ptolomeos.

(3) Plutarco, *Ant.*, 54; Dión, XLIX, 41.

(4) Dión, XLIX, 41. Cuando Plutarco, *Ant.*, 54, dice que la madre obtuvo á Libia, sin duda la confunde con la hija, de la que no habla.

ría el papel de sucesor de Alejandro. Italia, agotada y arruinada, no tendría fuerza para venir á atacarle. Tal parece haber sido el plan de Antonio.

Cleopatra, pues, podía figurarse por el momento que había levantado su reino del rebajamiento en que le había sumido durante dos siglos la política de Roma; que ella sola, sin imponer ningún sacrificio á Egipto, había organizado un grande imperio, «comprendiendo todo lo que perteneció en otro tiempo á los Lagidas y á los Seléucidas, con un aditamento de posesiones romanas», y cuya «unidad residía en la divina pareja formada por Antonio-Dionisio ú Osiris y Cleopatra-Isis, dioses vivientes alrededor de los cuales se agrupaba su divina progenie, Alejandro-Helios y Cleopatra-Selene» (1). Ella había obtenido el gran triunfo diplomático y político ensoñado durante tantos años, preparado con tan largos esfuerzos, y el triunfo que había de vencer por siempre todas las oposiciones y aversiones de que su gobierno y su persona eran objeto en Egipto. Sin embargo, su victoria no era completa. Antonio no había consentido en abandonar enteramente los asuntos italianos; seguía manteniendo sus comunicaciones con Roma, de suerte que siempre hubiese tenido libre y á su disposición un camino, cuando menos, para

---

(1) Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, París, 1904, II, pág. 279.—Plutarco, *Ant.*, 54, parece aludir al renovamiento del culto de Cleopatra, adorada como si hubiese sido Isis, mejor que á la iniciación de este culto; en efecto, Cleopatra está representada con los atributos de Isis hasta en las monedas anteriores á esta época. Véase *Greek Coins in the British Museum*, página 122, pl. 30, 5.

volver á Italia como amo, si así lo deseaba (1). Tampoco había dejado de ser el hombre de dos caras, como el dios Jano, ofreciéndose en Alejandría como rey de Egipto, mientras que en sus relaciones con Roma escribía y obraba como procónsul romano. No sólo no había consentido en divorciarse de Octavia, temiendo el efecto de este acto en la opinión pública de Italia y entre sus propios amigos romanos, sino que con su habitual audacia seguía sirviéndose de Octavia como de un cómodo instrumento para sus asuntos de Italia. La recomendaba á sus amigos que iban á Roma para aspirar á los cargos ó solicitar favores; la hacía interceder cerca de su hermano todas las veces que le era necesario, explotando sin escrúpulos la bondad de esta mujer, que se prestaba á todo, y hasta seguía ocupándose con interés en la educación de los hijos de Fulvia (2). Cuanto á él, hacía dar en Alejandría á los hijos que había tenido de Cleopatra una educación de príncipes asiáticos; habíales escogido como preceptor á un sabio ilustre, Nicolás de Damasco (3), y aunque todavía fuesen muy jóvenes, los rodeaba de un ceremonial monárquico (4); ejercía con Cleopatra la autoridad real, dictaba justicia con ella, la acompañaba en sus viajes; aceptaba el cargo de gimnasiarco, adoptaba el continente, las

(1) M. Bouché-Leclercq me parece que ha descuidado un poco los hechos al decir *(Histoire des Lagides*, II, pág. 275) que con su política oriental, Antonio «desconocía en un grado que merece el nombre de ceguera, el espíritu de su tiempo, el sentido y también la fuerza de la opinión, cuyos anatemas con tanta imprudencia desafiaba».

(2) Plutarco, *Ant.*, 54.

(3) Gardthausen, *Augustus und Sein Zeit*, I, 337.

(4) Plutarco, *Ant.*, 54.

maneras, la pompa orientales; se hacía adorar como si hubiese sido Osiris ó el nuevo Dionisio (1); dejaba erigir en Alejandría un templo en su honor (2); hasta concedió á Cleopatra una guardia de legionarios (3). Pero en las donaciones hechas en Alejandría no se asignó ningún título ni cargo, de suerte que nadie podía decir con justicia lo que era en Alejandría. Además, aunque todos sus actos estuviesen previamente ratificados, quería que el Senado aprobase las donaciones hechas en Alejandría por un acto especial, para que en Roma se creyese que sólo eran uno de tantos traslados de principados y una nueva aplicación de la política romana que había hecho, deshecho y rehecho sin cesar reinos de las provincias asiáticas. Escribió, pues, un informe sobre la guerra de Armenia y la reorganización de las provincias orientales hecha por él en la gran ceremonia de Alejandría, y lo envió hacia fines de año á su fiel Enobarbo y á su adicto Sossio, para que lo leyesen al Senado en momento oportuno y lo hiciesen aprobar (4).

En verdad, cuando el rumor público divulgó en Italia, antes que la comunicación oficial, lo que pasaba en Alejandría, la sorpresa y el descontento fueron grandes (5). Hacía mucho tiempo que la extraña política

(1) Dión, L, 5; Veleyo, II, 82; Floro, IV, 11.

(2) Suidas, I, pág. 853 (Bernh); ἡμίεργον.

(3) Dión, L, 5; Servio, *ad Æn.*, VIII, 696.

(4) Dión, XLIX, 41... ἐς τὴν Ῥώμην, ἵνα καὶ παρ' ἐκείνων τὸ κῦρος λάβῃ, ἐπέστειλεν.

(5) Un pasaje de Dión, XLIX, 41, que confirma otro de Plutarco, *Ant.*, 55, nos da á entender que no se leyeron las comunicaciones oficiales de Antonio. Esto demuestra que la impresión del público había sido mala. Sin embargo, existe un grave problema en lo

oriental de Antonio irritaba los espíritus en Italia; pero hasta entonces no había osado mostrar muy ostensiblemente su descontento. El público, que sentía más respeto por Antonio que por Octavio, había aceptado con resignación y durante mucho tiempo todo lo que aquél hacía. Luego, las dificultades financieras y los impuestos comenzaron á pesar demasiado sobre el Estado y sobre los particulares; se dijo más de lo que era verdad, que estas dificultades provenían de no recibir ya las contribuciones de las provincias orientales, y el orgullo nacional cada vez se hizo más quisquilloso en la época en que renacían las antiguas tradiciones. Si Antonio hubiese conquistado á Persia todavía habría podido acallar este descontento, pero él tampoco había podido

---

referente á la época en que se discutió en el Senado sobre las comunicaciones enviadas por Antonio. Como Dión, XLIX, 41, afirma que «ὅτε Δομίτιος καὶ ὁ Σόσσιος ὑπατεύοντες ἤδη τότε, καὶ ἐς τὰ μάλιστα αὐτῷ (es decir á Antonio) προσκείμενοι» se opusieron, se ha concluído que la discusión tuvo lugar á principios del año 32, cuando Domicio y Sossio fueron cónsules. Esta es la opinión, entre otras, de M. Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, pág. 286. Pero graves objeciones me impiden adherirme á esta opinión. Ante todo, Dión refiere el envío del mensaje, la presión de Octavio y la resistencia de Sossio y Domicio entre los sucesos del 34. Verdad es que el historiador griego se permite con frecuencia alterar las fechas; pero conviene añadir que, cuando refiere los sucesos de principios del año 32 (L, 2) ya no alude á esta discusión. Además, los sucesos de las primeras semanas del año 32, no nos parecen dejar bastante espacio para semejante discusión, y como las donaciones hechas en Alejandría se refieren al otoño del año 34, no se comprende por qué Antonio hubiese esperado más de un año para comunicarlo al Senado. En fin, durante todo el decurso del año 33 existe una diferencia entre Octavio y Antonio sobre estas donaciones, diferencia que hace

conducir á buen término la empresa; é Italia, á medida que el triunvirato se disgregaba, recobraba su audacia, perdía su larga paciencia, murmuraba de todo el mundo sin excluir á Antonio. Así, las primeras noticias concernientes á las donaciones de Alejandría fueron muy mal acogidas por el público. Pero estas mismas noticias causaron más viva inquietud en el círculo de los amigos de Octavio. Entre todas las cosas realizadas por Antonio en Alejandría había una que tenía que ofender singularmente á Octavio: que Cesarión hubiese sido reconocido hijo legítimo de César. Por este acto, así como por el abandono de Octavia y de sus hijos, Antonio no sólo daba á entender que no se preocupaba nada de la amistad de Octavio, sino que también le de-

---

creer que las comunicaciones oficiales fueron presentadas. Si Dión no nos hubiese dicho que Sossio y Domicio eran cónsules entonces, se colocaría esta discusión á principios del año 33, pues así se explicarían muy bien los sucesos de este año. ¿No convendría admitir, puesto que hay un error por parte de Dión, que ese error está en la indicación de los cónsules? Probablemente Domicio y Sossio fueron los senadores á quienes Antonio envió las cartas, y como al año siguiente fueron cónsules, Dión se ha confundido entre los actos realizados por ellos el año siguiente, cuando fueron cónsules, y los del año precedente, como senadores y amigos de Antonio. Por otra parte, conviene observar que la expresión de que se sirve Dión es singular y peregrina: « ὑπατεύοντες ἤδη τότε » « siendo ya cónsules entonces ». ¿Por qué ha dicho que eran *ya* cónsules? ¿Alude al año 32? En el 32 Domicio y Sossio *debían* de ser cónsules. El *ya* no se explica. Sabemos que en esta época los cónsules eran designados por los triunviros algunos años antes. ¿No sería posible, pues, que Dión pretendiese decir que Sossio y Domicio eran entonces, cuando hicieron esta oposición, grandes amigos de Antonio, y que estaban ya designados cónsules? Esto convendría perfectamente al año 33.

claraba, por decirlo así, usurpador del nombre y de los bienes del dictador. ¿Si habían ocurrido tantas desavenencias entre Octavio y Antonio cuando Octavia era la esposa querida y la consejera escuchada del triunviro, qué ocurriría en adelante, si Antonio caía bajo la influencia de la reina, que sólo pensaba en descalificar á Octavio como heredero de César y en provecho de Cesarión? Además, Antonio acababa de decidir elevar á treinta el número de sus legiones en previsión de la guerra de Persia, y tenía ya numerosos agentes empleados en reclutar soldados, así en Italia como en Asia. Al frente de treinta legiones, de los contingentes de Asia, de su flota y de Egipto, disponiendo del tesoro del rey de Armenia y del de los Ptolomeos, Antonio iba á gozar de un poder formidable, sobre todo si lograba realizar la conquista de Persia. Si en el año 36 aún podía preguntarse Octavio si la conquista de Persia no tendría para él más ventajas que inconvenientes, ahora estaba claro que Octavio debía hacer todo lo posible para impedir la empresa, pues quedaría á merced de su rival si éste lograba vencer. Ahora bien, sólo tenía un medio de contrarrestar la empresa: oponerse en el Senado á la reorganización de las provincias orientales hechas por Antonio en Alejandría. La negativa del Senado crearía seguramente á Antonio grandes dificultades en Oriente que le impedirían hacer la guerra. Pero, ¿no se correría así el riesgo de suscitar una guerra civil y con ella desencadenar grandes desgracias?

Inducido por el deseo de tomar personalmente posesión del segundo consulado, en el 1.° de Enero, y quizás á causa de estas nuevas dificultades, Octavio volvió á Roma hacia fines del 34, dejando en Dalmacia á

Estalilio Tauro para que terminase la guerra (1). Evidentemente tenía que examinar la situación con sus más fieles consejeros, antes de adoptar tan grave acuerdo. Sería muy interesante conocer por documentos directos las consideraciones en que se sustentaron Octavio y sus amigos para adoptar un partido en circunstancias tan difíciles; pero faltos de informes, nos vemos obligados á conjeturar por el examen de la situación en que se encontraban Italia y Octavio. El momento era peregrino y lleno de confusión. El movimiento que inducía tantos espíritus, asustados por la terrible disolución social de que eran testigos, á remontarse hasta las fuentes históricas de la nación, á volver á los pequeños comienzos del grande imperio, aún había realizado progresos desde que Octavio, á fines del año 36, había revelado con su conversión política, que también él se inclinaba por estas ideas. Este movimiento se convertía ahora en un verdadero movimiento conservador de las clases cultas y de buena posición, por el cual se dejaban arrastrar paulatinamente hasta los viejos revolucionarios. Mucha gente profesaba abiertamente estas ideas; en todas partes se discutía sobre la verdadera y sana moral que se necesitaba para curar el mal; la literatura estaba impregnada de este espíritu; no sólo Virgilio entonaba en el segundo libro de las Geórgicas su gran himno al campesino laborioso, piadoso, económico, austero y modesto, que no llenaba la república con guerras civiles «para beber en copas preciosas ó vestirse de púrpura»; pero también Horacio abandonaba las baga-

(1) Appiano, *Ill.*, 27; Dión, XLIX, 38.

telas en que se había ocupado hasta entonces para abordar más altos temas. Habiéndose al fin decidido á publicar las diversas sátiras que hasta entonces se había contentado con leer á sus amigos, escribió para colocarla como introducción á su colección la primera de sus grandes sátiras morales, en la que ya no refería frivolidades ni pequeñas aventuras, sino que estudiaba una dolorosa enfermedad de la civilización que, en verso ó en prosa, con mística solemnidad ó con ligera ironía, la han denunciado implacablemente tantos grandes espíritus, desde Jesús, hasta Spencer y Tolstoy: la pasión ciega é irracional de las riquezas por las riquezas mismas, que despoja á los hombres hasta del medio de gozar de ellas y aún los hace más esclavos que la pobreza (1). Con esta soberbia introducción—la primera de las sátiras—apareció el libro, y Horacio no tuvo que arrepentirse de haber triunfado de sus repugnancias; pues, poco después de esta época, y probablemente á consecuencia de la publicación del libro, Mecenas le regaló una hermosa propiedad en la Sabina, con ocho esclavos para cultivarla y un bosque de bastante extensión (2). Con este regalo, Horacio se convertía en un burgués bien acomodado, dueño de una de esas modestas propiedades cuya explotación había estudiado Varrón y con cuyas rentas deseaba poder vivir gran parte de la clase media. En lo sucesivo, independiente y con buena posición, tranquilizado con los cambios operados en Octavio, animado, en fin, por el creciente favor que las ideas conservadoras encontraban en el

(1) Véase Horacio, *Sat.*, I, 1, 41 y siguientes.

(2) Horacio, *Sat.*, II, VII, 118; *Ep.*, I, XIV, 1. *Vilice silvarum...*

público, se puso, pues, á escribir el segundo libro de las sátiras, que había de ser infinitamente superior al primero, no sólo por el arte desplegado en la composición —los diálogos, las anécdotas, las descripciones, la ironía,—pero también por la importancia de los asuntos escogidos. Sin tocar nunca á las escabrosas cuestiones políticas, Horacio se limitaba á ilustrar con ingenio y *humour*, en brillantes diálogos, sirviéndose de pequeñas escenas escogidas entre lo más vivo de las costumbres contemporáneas, con ayuda de atrevidas paradojas, la moral de moderación, de sencillez, de sinceridad que Cicerón había educido con tanta solemnidad de las tradiciones romanas y de la filosofía griega que Dídimo Areo enseñaba á Octavio en nombre de Pitágoras, y á la cual también tendían poco á poco, á medida que reaccionaban, las aspiraciones conservadoras de todos los que deseaban gozar en paz de lo que habían salvado ó se habían apoderado en el curso de la revolución. Sin duda no era posible pedir á un hombre de esta cansada época la audacia vehemente de un Lucilio. Horacio era prudente; hablaba de los vicios de una manera anónima; si se le ocurría nombrar á las personas, tenía buen cuidado de aludir únicamente á personajes sin importancia. En vez de molestar á los poderosos, prefería sacar á escena un pequeño propietario de Venusa, como Ofelo, despojado como él en el 41, y que se había resignado á convertirse en el *colonus* del que le había despojado, y ponía en labios de este autorizado personaje una ingeniosa invectiva contra la riqueza. Esta obscura víctima de las guerras civiles condena los vanos y estériles gastos que implica el lujo y que en las sociedades civilizadas á tantas personas hace esclavas

del oro. En cambio, decanta la sencillez y la sobriedad como medio de conservar la salud al cuerpo y evitar los catarros gástricos, que tanto miedo daban á Horacio, y que á tanta gente en las civilizaciones muy refinadas le consumen la salud y la alegría de vivir. En fin, flagela como se merecen á los ricos que no gastan nada en beneficio de la patria. Después de Ofelo, Horacio nos presenta un comerciante de antigüedades, cierto Damasipo que ha quebrado y á quien ha impedido arrojarse al Tíber Estertinio uno de esos extraños filósofos de plazuela, que tanto abundaban entonces en Roma. Damasipo expone la doctrina de su gran filósofo harapiento, que sólo es una peregrina exageración del estoicismo. Todo el mundo está loco en la tierra: los hombres codiciosos son locos, los avaros son locos, y lo mismo los pródigos, los ambiciosos, los enamorados; el mismo Horacio es un loco. «Menos que tú, en todo caso...», dice el poeta para concluir; ¡pero cuántas rudas verdades no ha puesto antes en boca de su Damasipo! Luego oímos á Cacio pronunciar en tono solemne, como si se tratase del más grave problema, una larga disertación sobre el arte de preparar y de servir las comidas, ridiculizando la grosera glotonería que se había difundido durante los trastornos de la revolución en la ciudad llena de destripa-terrones enriquecidos. El buen maestro nos advierte entre otras cosas que no es necesario dar comidas suntuosas, sino que conviene vigilar que los platos estén muy limpios y las salas bien barridas. Otra sátira ataca la codicia del dinero «sin el cual, el nacimiento, la virtud, el honor, no valen ni una brizna de paja», y sobre todo, en uno de sus aspectos más odiosos: la caza de los testa-

mentos. La pequeña *villa* que Mecenas le ha dado inspira al poeta muy cuerdas consideraciones sobre la tranquilidad de la vida de los campos, le hace detestar las ciudades pestilentes y le recuerda la fábula de la rata de ciudad y la rata del campo. Tímido, sabiéndose contentar con poco, de salud delicada, desprovisto de ambiciones, esta manera de comprender la vida es la que convenía á su temperamento.

El segundo libro de las sátiras de Horacio es también una prueba de la creciente difusión de las ideas políticas y morales de Cicerón y Varrón, de la gran conversión de los espíritus que, aunque lentamente, se determinaba á medida que se debilitaba el poder de los triunviros y se enfriaba el ardor revolucionario, apenas satisfechos los mayores apetitos. Las partidas de saqueadores que en el año 44 vinieron de todas partes á caer sobre Italia, sobre la nobleza, sobre los caballeros, sobre las clases medias, saqueándolo todo, habían desaparecido; los que no habían perecido se adaptaron; los veteranos de César vivían ahora en Italia como rentistas bien acomodados; entre esta partida se formó una clase de advenedizos que la revolución satisfizo y que, no temiendo ya una reacción conservadora de las antiguas fuerzas sociales, comenzaba á hacerse conservadora ella misma, á desear que el orden se restableciese, á despreocuparse del triunvirato, á dejarse arrastrar gustosa en este movimiento de los espíritus hacia las costumbres y las instituciones del tiempo pasado. En suma, la revolución victoriosa se calmaba; olvidábanse poco á poco los odios, los rencores, los recuerdos de la espantosa crisis apenas terminada, con gran alegría de Octavio, que hacía tiempo se inclinaba á fo-

mentar este movimiento, por tener más cosas que hacer olvidar que los demás jefes de la revolución. En efecto, si desde la reforma del año 35 ya no era tan detestado como antes, los recuerdos del pasado aun estaban muy vivos y, á su alrededor quedaban demasiados rencores y desconfianzas. Por ejemplo, Virgilio que le conocía desde mucho tiempo atrás habló de él en diferentes pasajes de las Geórgicas tributándole grandes elogios; pero Horacio aun observaba grandes reservas con el vencedor de Filipos, no obstante su amistad con Mecenas, y á pesar de haberle estimulado Octavio para continuar la propaganda moral emprendida en sus sátiras. Las donaciones de Alejandro, las legítimas desconfianzas que la extraña política oriental suscitaba en él y en sus amigos, decidieron á Octavio á ponerse resueltamente al frente del movimiento tradicionalista y nacionalista en lugar de alentarlo con discreción; á servirse de él como una defensa contra las intrigas de Antonio, y á declararse sin rebozos campeón de la causa y de la tradición nacionales, oponiéndose á la aprobación de las donaciones hechas en Alejandría. Esta determinación nos parece haber sido muy audaz á los que conocemos cuáles fueron las consecuencias; pero no es imposible que Octavio y sus amigos todavía se regocijasen en este momento de poder conquistar popularidad por este medio sin gran trabajo ni peligro. Italia y el mundo romano entero estaban agotados; Antonio no iba á provocar á la ligera una guerra que le obligaría á renunciar á la conquista de Persia, por lo menos: mejor renunciaría á su gran proyecto que, por otra parte, ofrecía muchos peligros, y estar de acuerdo con su colega. En todo caso, la opi-

nión pública era tan adversa á las donaciones de Alejandría, que Octavio, deseoso de que se olvidase su pasado y hacerse popular, no podía desperdiciar esta ocasión única para mostrar un bello gesto después de realizar tantas villanías. Lo ocurrido en la sesión del 1.º de Enero lo demuestra. Domicio y Sossio habían adivinado tan bien la intención de Octavio, tan exactamente se habían dado cuenta del estado de la opinión pública, que decidieron no comunicar al Senado el informe de Antonio ni su petición. Así quitaron á Octavio la ocasión de erigirse en defensor de la causa nacional y ganaron tiempo para que Antonio pudiese reparar su error. Pero Octavio, que por nada del mundo quería malograr su bello gesto tanto tiempo meditado, rogó á los agentes de Antonio que leyesen las cartas de su colega en la sesión del 1.º de Enero del año 33. Éstos se negaron, naturalmente; Octavio insistió; entonces accedieron á leer simplemente la relación de la guerra de Armenia (1). El fin del año se acercaba. No consiguiendo que leyesen todas las cartas de Antonio y su demanda, Octavio adoptó un partido expeditivo: el 1.º de Enero del año 33, presidiendo el Senado como nuevo cónsul, pronunció un discurso de *summa republica* en el cual refirió él mismo las donaciones que se habían hecho en Alejandría, censurándolas severamente (2)

Así, para granjearse alguna popularidad, Octavio se declaró adversario de la política oriental de Antonio.

(1) Dión, XLIX, 41.

(2) Plutarco, *Ant.*, 55; véase Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, página 37.

Pero nadie prevía aún los terribles efectos que resultarían de esa oposición. En el fondo, Octavio sólo había querido sondar la opinión pública. Tras de esta sesión todo el mundo volvió á sus ocupaciones habituales, como si se tratase de un incidente ordinario de la política. Poco tiempo después Octavio abdicó el consulado para cederlo á un amigo, y volvió á Dalmacia (1); y Agripa, que este año había de ser edil, sólo se ocupó en dar trabajo á los artesanos de Roma, tan olvidados por el Gobierno desde la muerte de Clodio y de César. Pagándolos con su propio dinero contrató gran número de obreros para reparar las calles, restaurar los edificios públicos más ruinosos, limpiar las cloacas, restaurar el acueducto de Acqua Marcia, del que apenas era posible servirse (2). Emprendió, siempre á sus expensas, la continuación de los *Saepta Julia*, que César comenzó durante la guerra de las Galias (3); repartió entre los pobres aceite y sal (4); concibió y comenzó á ejecutar un proyecto todavía más vasto. El bajo pueblo de Roma había empezado á aficionarse al baño; pero no á los baños fríos que antes se tomaban en el Tíber para la salud y la limpieza, sino á los baños de placer, tibios ó calientes, seguidos de fricciones de aceite. Como no siempre se tenía en casa sala de baño, los industriales privados habían abierto mediocres establecimientos, sucios de ordinario, servidos por esclavos;

(1) Appiano, *Il.*, 28.

(2) Dión, XLIX, 43.

(3) Id., LIII, 23, dice que Agripa los terminó é inauguró en el año 26 antes de Cristo. Luego me parece verosímil suponer que reanudó los trabajos por esta época.

(4) Dión, XLIX, 43.

los había al alcance de todas las fortunas, hasta de un cuadrante (1). Agripa quiso que los pobres pudiesen lavarse este año á sus expensas en los baños de propiedad particular (2), y concibió el proyecto de construir en la parte más baja del campo de Marte, en la laguna Caprea—que probablemente cegó, realizando así la economía del dinero que hubiese necesitado para comprar otro terreno—un elegante *sudatorium* ó baño de vapor, lo que los antiguos llamaban un *laconicum*, en el cual gran número de plebeyos modestos podrían bañarse (3); á este establecimiento estaría anejo el gran santuario, el *Pantheum*, que había de ser, no el templo de todos los dioses, como se ha creído con frecuencia, interpretando mal su apelación, que sólo significa «muy divino» (4), sino probablemente un templo de Marte y de Venus, divinidades tutelares de la familia Julia (5). Agripa también se dedicó á fomentar los juegos públicos, que hacía tiempo resultaban mezquinos, y, desde los primeros que dió, pagó á todos los barberos de Roma para que afeitasen gratis á los pobres (6). La miseria era tan grande en Roma, que hasta este pequeño

(1) Horacio, *Sat.*, I, III, 137: *quadrante lavatum... ibis.*

(2) Dión, XLIX, 43.

(3) Véase Lanciani, en *Notizie degli Scavi*, 1881, págs. 276 y sig. Paréceme verosímil suponer que todas las construcciones que Dión, LIII, 27, dice haberse inaugurado en el año 25 antes de Cristo comenzaron por este momento. Así resulta un espacio de tiempo suficiente para realizar el trabajo.

(4) El adjetivo *pantheus* suele atribuirse con frecuencia á un dios. Véase *C. I. L.*, III, 1139, VI, 695.

(5) Dión, LIII, 27.

(6) Id., XLIX, 43.

gasto parecía oneroso á mucha gente, y los barberos, que eran entonces numerosos en Roma, como hoy en Nápoles y en Londres, no ganaban gran cosa; de suerte que Agripa sirvió simultáneamente á los barberos y á los clientes.

En la primavera del año 33, mientras que Octavio se daba prisa en concertar la paz con los pueblos de Dalmacia (1), Antonio daba órdenes para reunir de nuevo en Armenia—haciéndolas llegar de diferentes países orientales—dieciséis legiones y quizás más (si había dejado allí algunas el año precedente); y no tardó en partir de Alejandría para Armenia, donde quería concertar inmediatamente la alianza con el rey de Media. Tan lejos estaba de figurarse las dificultades que surgirían en Italia á propósito de las donaciones hechas en Alejandría, que se ocupaba sin inquietud en la campaña de Persia. Quedó, pues, sorprendido cuando en el curso de su viaje, y probablemente en el mes de Marzo, le informaron del discurso que Octavio pronunció en Roma. ¿Por qué razones su colega, que no há mucho parecía deseoso de vivir en buen acuerdo con él, se oponía ahora á la aprobación de lo que había hecho en Alejandría, á riesgo de hacerle perder su prestigio de triunviro en todo Oriente? La desconfianza es el sentimiento que más se agudiza en el peligro: Antonio, pues, envió inmediatamente á Roma agentes para vigilar á Octavio y á sus amigos más de cerca que sus agentes ordinarios y para responder ante el Senado y en las reuniones públicas á los discursos de Octavio, rechazando sus imputaciones. Octavio había tomado

(1) Appiano, *Ill.*, 28.

Sicilia y las provincias de Lépido; había beneficiado á sus veteranos en el reparto de tierras; no había compartido lealmente con él los soldados reclutados en Italia; en vez de acusar á Antonio conveníale, pues, mostrarse más honrado y entregar á su colega todo lo que le pertenecía (1). También escribió una carta á Octavio respondiendo á las alusiones que había dirigido á Cleopatra, declarando francamente que Cleopatra era su mujer, como si Octavia no existiese; pero con términos tan obscenos, que me sería imposible traducir el fragmento que ha llegado hasta nosotros (2); y es deplorable, pues así se vería á los dos principales personajes del imperio cambiar recriminaciones en un tono de pilletes ó de estudiantes borrachos. La decencia era una cosa completamente desconocida de los antiguos. Sin embargo, Antonio no juzgaba la dificultad bastante grave para abandonar su expedición contra los partos, y prosiguió su viaje hacia Armenia.

Á su regreso de Dalmacia, en Junio ó Julio, probablemente, Octavio recibió en Roma la carta de Antonio, y supo que éste había enviado agentes para vigilarle, para urdir intrigas y para responder á sus acusaciones. La réplica de Antonio era hábil y su justeza no podía por menos de reconocerla el público imparcial, que si no aprobaba lo hecho por Antonio en Alejandría, tampoco sentía esa indignación que tanto hubiese agradado á los adversarios de Antonio. El sondeo hecho por Octavio en la opinión pública no había sido tan satis-

---

(1) Dión, L, 2; Plutarco, *Ant.*, 55.

(2) Suetonio, *Aug.*, 69: *Quid te mutavit...* Sobre la fecha de esta carta, véase Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág. 36.

factorio como deseaba. El mundo político se mostró hasta más reservado y circunspecto que el público. En teoría, cuando se charlaba en el foro ó en las pequeñas reuniones, todos atestiguaban su admiración por la república, su culto por las gloriosas tradiciones latinas, su deseo por el retorno á una política verdaderamente romana; pero cuando se trataba de traducir estas conversaciones privadas en actos realizados á plena luz, ya no se encontraba á nadie que afrontase la cólera de Antonio. Era demasiado fuerte: no sólo era jefe de Estado, no sólo poseía un ejército formidable; también disponía de un gran tesoro con el cual podía sacar de apuros á éste ó al otro senador. De suerte que, si la mayoría no aprobaba abiertamente á Antonio, tampoco alentaba la oposición que le hacía Octavio. ¿Qué iba, pues, á hacer éste, reñido ahora con Antonio, y que veía al mundo político tan dudoso y al público tan frío y tan poco animado? La ley que instituyó el triunvirato llegaba á su término, y esto aun daba más gravedad á las dificultades presentes. Renovar el triunvirato, como en el año 37, era ahora completamente imposible. El triunvirato había caído en gran descrédito y ya no tenía razón de ser: los mismos veteranos, los magistrados y los senadores creados durante los últimos años, los compradores de bienes confiscados, todos los que debían sus fortunas al triunvirato, sentíanse ahora en seguridad, se hacían adversarios de este régimen desordenado é ilegal que tantos años había durado. Por otra parte, la división del imperio parecía á todos absurda é intolerable. ¿Podrían Antonio y Octavio continuar contra la unánime opinión pública un régimen tan odiado, aunque lograsen que los comicios renovasen la ley?

Además; aunque bastante corregido, es seguro que Octavio no pensaba retirarse á la vida privada después de haber restablecido las antiguas instituciones republicanas; y aunque lo hubiese querido, es indudable que sus amigos no se lo hubiesen permitido. En efecto, Octavio no poseía el terrible prestigio de Sila para poderse conceder reposo, sin comprometer todos los considerables intereses que se habían agrupado á su alrededor y alrededor de la bandería política de que era jefe. La situación se había hecho muy complicada y obscura; y para salir de ella necesitaba entenderse con Antonio, que se mostraba hosco y quería imponer condiciones absurdas. Para obligarle á cambiar de política no había otro medio que oponer á sus acusaciones otras acusaciones, á sus demandas otras demandas. Así es que Octavio—tal es la eterna ley de todas las luchas—obligado más adelante á empeñarse en la contienda, comenzó á dirigir sus invectivas y acusaciones, no contra el mismo Antonio, sino contra Cleopatra, que por tantas razones era odiosa á los romanos. Á las recriminaciones de Antonio respondió él mismo, y también hizo responder á sus amigos con discursos en el Senado y en las reuniones públicas, y le censuró el vivir con Cleopatra, de considerar como sus hijos á los bastardos que había tenido de ella, de haber hecho á la reina considerables donaciones á expensas de Roma, de haber reconocido como hijo de César á Cesarión. Le aconsejó que diese á sus veteranos las tierras conquistadas en Armenia y en Persia; censuró su perfidia con el rey de Armenia; se declaró dispuesto á compartir con Antonio las provincias de Lépido cuando le hubiese dado su parte de Armenia y de Egipto. Era la

más violenta provocación. En efecto, hablando así, Octavio parecía declarar que Egipto debía de considerarse ya como una provincia romana.

La situación empeoraba, y en Roma se comenzaba á sentir inquietudes. Con demasiada frecuencia, las pequeñas y miserables discordias habían engendrado sangrientas guerras civiles. Pero aún debía sentirse mucha más preocupación en la corte de Alejandría. Cleopatra veía formarse en Roma, alrededor de Octavio, un partido que se oponía á la reconstitución del reino de Egipto, y que, según todas las probabilidades, provocaría más pronto ó más tarde una guerra por este motivo (1). ¿Envió mensajeros Cleopatra para comunicar sus temores á Antonio, y aun á distancia influyó ella en su espíritu? ¿Ó quizás mientras se dirigía á Armenia se dijo él mismo que esta oposición, como antes las negociaciones de Tarento, tenía por objeto oponer obstáculos á su empresa contra Persia, y, por consecuencia, que era útil arreglar antes de la guerra—y ahora de un modo definitivo—los asuntos de Italia, reduciendo á nada la oposición que se hacía á su política oriental? Una y otra suposición son verosímiles. Lo cierto es que, durante el estío del año 33, mientras se acercaba con parte de su ejército al Araxes para reunirse al rey de Media, Antonio modificó bruscamente sus proyectos, y decidió emplear el año siguiente, no ya en realizar la

(1) Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, vol. II, pág. 285: «Ella (Cleopatra) sentía aproximarse el día de la lucha inevitable, el día en que Roma le pediría cuentas, á ella, la maga responsable, de las empresas intentadas contra el honor de la gran república y la integridad de su imperio.

conquista de Persia, sino en desembarazarse de su rival. Por el momento se conformaría con ofrecer al rey de Media un contingente de soldados romanos para ayudarle en la guerra contra el rey de Persia, y le pediría en cambio que le prestase caballería. Enviaría un fuerte ejército y una flota numerosa al Asia Menor, á Efeso, y en el momento en que los poderes de los triunviros fuesen á expirar, repetiría el ardid que tan bien había resultado á César en el año 50; presentaría ante el Senado la proposición de renunciar el mando si Octavio hacía lo mismo. Y una de dos: Octavio consentía, y entonces Antonio, aprovechándose del tiempo necesario para transmitirle la decisión hacía prolongar su mando—probablemente con el pretexto de la guerra contra Persia—cuando Octavio hubiese ya declinado el suyo, ú Octavio no accedía, y entonces podría comenzar la guerra presentándose como defensor de la libertad pisoteada por su colega y como destructor de la tiranía de Octavio (1). La presencia de un gran ejér-

(1) Dión, XLIX, 41.—Tan mal informados estamos sobre esta lucha decisiva que había de cerrar la época de las grandes guerras civiles, que nos obliga á recurrir continuamente á las hipótesis para explicar con alguna claridad la conducta de los diferentes personajes. Sin embargo, paréceme imposible explicar la política de Antonio sin admitir que deseaba aprovecharse del término legal del triunvirato para librarse de su colega, como Octavio se había librado de Lépido, y continuar él solo en el poder. Con la proposición que renovó diversas veces de renunciar al triunvirato con Octavio, se proponía evidentemente hacer imposible á éste una campaña en favor de la promulgación del poder triunviral. ¿Cómo se hubiese atrevido á proponer una prolongación ya tan impopular, cuando el mismo Antonio se declaraba enemigo? Pero como es poco probable que Antonio quisiese volver á la vida privada, es indudable que tenía que haber

cito en Efeso comunicaría fuerza á los argumentos diplomáticos. Más afortunado en esto que César, podía contar, gracias á esta intriga, con los dos cónsules del año 33, Domicio Enobarbo y Sossio. Les hizo creer que deseaba abolir el triunvirato y restablecer la constitución republicana, y por este medio les persuadió para que propusiesen, cuando recibiesen á principos del 32 el gobierno de la república, como magistrados supremos, el inmediato nombramiento de los sucesores de Octavio para el mando de los ejércitos, si Octavio continuaba, como era probable, ejerciendo este mando en calidad de procónsul al salir de Roma. Al mismo tiempo envió á Cleopatra la orden de preparar dinero y material de guerra.

Cuando se reunió al rey de Media, Antonio le hizo nuevas proposiciones. El rey las aceptó, pero no sin discutir hábilmente las condiciones del tratado, recabando así parte de Armenia (1). Obligado por los negocios de Italia, Antonio cedió, y al mismo tiempo, para

---

preparado algún golpe para obtener, cuando menos, el proconsulado de Oriente y el mando del ejército después de haber depuesto con Octavio el triunvirato. Así hubiese conservado su alta posición en Oriente y proseguir su complicada política. En cambio, Octavio no hubiese podido reconquistar el poder sin salir de la legalidad. Antonio debía de decirse que Octavio no se atrevería á tanto, pues todo su plan reposaba en esta suposición. Como el golpe fracasó, ignoramos qué otros planes preparó Antonio para que prolongasen su poder después de haber declinado el triunvirato. Parece haber una vaga alusión á todo esto en las siguientes líneas de Dión: οὐχ ὅτι τι πράξειν αὐτῶν ἔηελλεν, ἄλλ'ὅπως ταῖς παρ'αὐτοῦ ἔλπίσι τὸν Καίσαρα ἤτοι ἀναγκάσωσιν, ἅτε καὶ παρόντα, τῶν ὅπλων προαποστῆναι, ἢ καὶ ἀπειθήσαντα μισήσωσι.

(1) Dión, XLIX, 44.

acabar de captarse los favores de Polemón, le dió la Pequeña Armenia (1). Luego, en Agosto ó en Septiembre, escribió á Cleopatra para que fuese á Efeso, y él también se dirigió á esta ciudad, á la cual se dirigía ya parte del ejército. La distancia era de 1.500 millas (2). Al mismo tiempo, en Italia se esforzaba Octavio por conquistar á la opinión pública, halagando el movimiento nacionalista y tradicionalista por todos los medios, hasta por los más insignificantes. Cuando se recomenzaba á admirar con tanto ahinco las viejas cosas de Roma, ocurrió que uno de los más antiguos templos de la ciudad, el de Júpiter Feretriano, que se decía haberlo erigido Rómulo, y que estaba lleno de viejos trofeos de las primeras guerras, se desplomó, como para mostrar el cuidado que se tenía de los monumentos que recordaban los pequeños principios del grande imperio. Los arqueólogos y los patriotas se desolaron; Ático, el gran aficionado á la arqueología, escribió á Octavio invitándole á reedificar el templo, y Octavio se apresuró en acceder, satisfecho de poder demostrar una vez más su ferviente piedad por los grandes monumentos del pasado (3). Agripa, por su parte, se ocupaba de los vivos, y seguía gastando dinero en divertir al pueblo. En Septiembre asoció á los *Ludi romani* una especie de lotería, arrojando al público unas papeletas, en las cuales estaba escrito el nombre de un objeto á que tendría derecho el que la atrapase (4). También hizo colocar en

(1) Dión, XLIX, 33 y 44.

(2) Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, pág. 52.

(3) Cornelio Nepote, *At.*, 20; Tito Livio, IV, 20.

(4) Dión, XLIX, 43; la importancia de los *Ludi romani* nos hace suponer que estas fiestas se celebraron por entonces.

medio del circo mesas cargadas de regalos que debían ser rebatados por el pueblo después del espectáculo. Fácil es suponer el furioso asalto á que esto daba lugar, la lucha frenética, los puñetazos, los puntapiés, los bocados. Pero el medio más seguro y rápido de dominar á las masas ha consistido siempre en corromperlas. Al mismo tiempo seguíase irritando á la gente contra Cleopatra; se comenzaba á atribuirle la intención de conquistar á Italia y de reinar en Roma; se inventaron y divulgaron las más extrañas anécdotas sobre su vida, sobre sus costumbres, sobre sus prodigalidades, como la famosa historia de la perla de diez millones de sestercios tragada por la reina; quería representarse al público la lucha entablada como una defensa contra las peligrosas ambiciones de Cleopatra, que no sentía ninguno de los audaces proyectos que sus enemigos le atribuían en Roma. Por su parte, Cleopatra, si no quería reinar en el Capitolio, tampoco ignoraba lo que ocurría en Italia; vigilaba los manejos de Octavio, y viendo que su partido, para conservar el poder, procuraba excitar á Italia contra ella y contra su reino, se esforzó con su ordinaria energía en defender el poderío egipcio, que acababa de reconstituir. En todo su reino hacía recoger trigo, ropa, metales y cuanto es necesario en la guerra; tomaba del tesoro de los Lagidas 20.000 talentos, es decir, unos cien millones; reunía la flota egipcia compuesta de unos 200 barcos, y con todo esto se hacía á la vela con rumbo á Efeso, en busca de Antonio (1).

---

(1) Orosio, VI, XIX, 4, nos dice que fué Antonio quien invitó á Cleopatra. En Plutarco, *Ant.*, 56, no se ve bien si fué la reina quien se decidió por si sola á ir á Efeso, ó si fué á instancias de Antonio.

En fin, proponíase resueltamente ponerse al lado de Antonio y de acompañarle en la guerra que había de decidir la suerte del nuevo imperio egipcio; hacíalo para ayudar al triunfo de Antonio, y al mismo tiempo para impedir que ambos triunviros se pusiesen de acuerdo sacrificando su reino.

Hacia fines del año 33, Cleopatra partió de Egipto para ir en busca de Antonio (1); éste se acercaba á Efeso, donde concentraba su flota y ordenaba á los príncipes de Oriente que enviasen durante el invierno soldados y barcos; y Octavio observaba en Roma los acontecimientos, indeciso como siempre. El término del triunvirato se acercaba: ¿qué iba á ocurrir? Á fines del año llegó la carta en que Antonio declaraba que estaba dispuesto á entregar sus poderes al pueblo y al Senado, si Octavio hacía lo mismo (2). Esta treta debió hacer

---

(1) M. Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, pág. 286, hace ir á Antonio hasta Alejandría para recoger á Cleopatra. «Los textos, dice, sembrados de anacronismos ó por lo menos de anticipaciones y de vueltas atrás, no nos permiten precisar el itinerario seguido por Antonio al volver de la segunda campaña de Armenia. Esta campaña, puramente diplomática, debió ser corta, y Antonio, que había dejado el mando del ejército á su legado P. Canidio Craso con orden de dirigirlo hacia el mar Egeo, tuvo tiempo de conducir al joven Iotape á Alejandría. Si, como parece creer la mayoría de los historiadores, Antonio se hubiese dirigido directamente á Efeso, que había designado como punto de concentración á sus tropas de tierra y á la flota, entonces hubiese conducido personalmente el ejército, al que no tenía ningún interés en adelantarse, puesto que necesitaba advertir y esperar á Cleopatra». Sin duda que estos argumentos tienen mucho peso y valor; pero aun me parecen insuficientes para llegar á una conclusión definitiva. Por lo demás, este detalle no es muy importante.

(2) Dión, XLIX, 41.

sonreir á las personas expertas en maniobras políticas; pero el público ingenuo quedó impresionado, creyendo en la sinceridad de Antonio, y volvió á admirarle, persuadido de que las acusaciones lanzadas contra él durante los últimos tiempos eran calumnias inventadas por sus enemigos. En el fondo, como siempre se había sentido más respeto por Antonio que por Octavio, se tuvo en él más confianza, y se le hubiese preferido á su colega para que se encargase de restablecer en Italia la constitución, el orden, la paz, ese estado tranquilo y apacible que todos deseaban. Así es que á fines de año, para conservar como procónsul interino el mando de los ejércitos, Octavio tuvo que apelar al mismo recurso que en el año 37: salir de Roma durante la tarde del 31 de Diciembre (1). El triunvirato había concluído—y bien concluído—esta vez: ninguna proposición para renovarlo se había formulado; Octavio y Antonio habíanse dado cuenta de los deseos de la nación: ¡la república iba á restablecerse! La alegría popular era grande. En efecto, al siguiente día, 1.° de Enero del año 32, el Senado se reunió bajo la presidencia de los cónsules que se habían convertido otra vez en los primeros magistrados de la República; y Cayo Sossio puso inmediatamente en ejecución el proyecto concertado con Antonio. Recordó las declaraciones que Antonio había hecho sobre su reingreso en la vida privada, y concluyó—según nos informa Dión—presentando una proposición dirigida contra Octavio,

(1) Por lo que concierne á este episodio, acepto íntegramente las explicaciones dadas por Kromayer, *Die rechtliche Begründung des Principats*, Marburgo, 1888, págs. 13 y siguientes.

y que probablemente consistía en invitarle á dimitir y á nombrar en su lugar nuevos generales para el mando del ejército (1). Los historiadores no dicen qué pensaron los historiadores de esta proposición; pero es probable que la mayoría se asustase. ¿No se volvería á los tiempos de César y de Pompeyo en que, antes de desenvainar las espadas, se apelaba á semejantes ardides por una y otra parte, proponiendo retirarse á la vida privada, pero los dos á la vez, ó ni el uno ni el otro? Y para completar la analogía he aquí que, como solía ocurrir en esta época, un tribuno del pueblo, amigo de Octavio, se levanta, recobra súbitamente el tono de la autoridad tribunicia, que se había quedado muda durante diez años, é interpone su veto (2). La república estaba verdaderamente restablecida, puesto que de golpe se veía recomenzar ese lindo obstruccionismo de que los partidos se sirvieron antaño para paralizar su acción. Así, en la primera sesión del Senado celebrada tras el término del triunvirato, no se decidió nada. Pero esto apenas podía durar. Gravísimos intereses intervenían en esta querella; Octavio no tardó en advertir que continuando asi se extraviaría en una selva inextricable de ardides parlamentarios sin llegar á nada; temió

(1) Dión, L, 2: Κἄν παραχρῆμα ἐπ' αὐτῷ (Octavio) τι ἐχρημάτισεν. Sólo podemos hacer suposiciones sobre esta misteriosa proposición. Pero no se atina con otra proposición que en este momento pudiera presentarse contra Octavio, si no es la de nombrarle sucesor en el mando militar que aún detentaba por *interim*. Octavio ya no era triunviro. M. Bouché-Leclercq parece ser de la misma opinión cuando escribe: «C. Sossio propuso á la Asamblea invitar á César para que dimitiese». (*Histoire des Lagides*, II, pág. 285).

(2) Dión, L, 2.

que, si no atemorizaba á sus adversarios con una acción enérgica, éstos recobrarían bastante valor para despojarle del mando, quebrantando así la fidelidad de los soldados, que sentían miedo, no de Domicio ó de Sossio, sino de Antonio, y se decidió á dar un golpe de Estado. Algunos días después entró en Roma al frente de un grupo de soldados; con éstos y con una partida de amigos armados de puñales que llevaban ocultos bajo las togas, entró en el Senado y pronunció un discurso en el que reprodujo, pero en tono moderado, sus quejas contra Antonio, y censuró lo que había hecho Sossio. Ni éste ni nadie osó responderle, y entonces fijó una sesión, probablemente para el 15, en la que procuró demostrar, documentos en mano, sus acusaciones contra Antonio (1).

Obligado á renunciar por un momento á la moderación de que había dado pruebas durante tres años, Octavio procuró consumar su golpe de Estado con la menor violencia posible. Y, sin embargo, este acto fué mal juzgado por el público receloso que, creyendo en la sinceridad de las declaraciones de Antonio, consideró este golpe de Estado como una nueva ilegalidad destinada á prolongar la tiranía de los triunviros (2). No se había olvidado completamente el pasado de Octavio, y la gente se preguntaba si, después de un breve arrepentimiento, no volvería á su política de crueldad y de violencia. Todo el mundo, pues, sintió

(1) Dión, L, 2. Véase Kromayer, *Die rechtliche Begründung des Principats*, 14 y siguientes.

(2) Nos lo prueba el pánico que se difundió entre el mundo político, y que nos refiere Dión, L, 2.

miedo, hasta los dos cónsules, que no esperaban sin duda este golpe de fuerza; Antonio estaba lejos; ¿qué podían hacer ellos, cónsules sin poder militar contra un hombre que mandaba todos los ejércitos que entonces se encontraban en Italia? No sabiendo qué otro partido adoptar, no queriendo reaparecer en el Senado para permanecer mudos como en la sesión anterior, ambos cónsules, antes del 15, partieron secretamente de Roma, con intención de reunirse á Antonio (1). La fuga de los cónsules, nuevo signo de próximos cataclismos políticos, aún emocionó más al público, bastante inquieto ya; numerosos senadores que eran ó se creían sospechosos á Octavio, partieron para incorporarse á Antonio; Horacio osó componer por primera vez versos políticos, y expresó en vigorosos yambos, la opinión de las personas imparciales, tratando de criminales á los hombres de los dos partidos.

¿Quo, quo scelesti ruitis? (2).

Era preciso que la autoridad de los triunviros se hubiese debilitado bastante para que un modesto escritor que debía cuanto era á la protección de Mecenas osase

---

(1) Dión, L, 2.

(2) Horacio, *Epodo*, VII, 1. Esta poesía se escribió indudablemente á principios de la guerra de Accio, y no á propósito de la guerra de Perusa. En efecto, los versos 3 y 4 contienen una clara alusión á la guerra contra Sexto. Además, y es psicológicamente inverosímil que en el año 41, Horacio, que era entonces un propietario despojado y que volvía á Filipos, tratase de *criminales* á los partidarios de Lucio Antonio, que combatían para devolverle sus tierras, y osase denostar de esta manera á los hombres poderosos y soberbios de esta época. En cambio, el año 32 la situación era muy diferente.

juzgar con tanta imparcialidad al jefe de su protector. Y, en efecto, Octavio, preocupadísimo con el mal efecto que había producido su golpe de Estado y la fuga de tantos personajes eminentes, sintiendo renacer á su alrededor la impopularidad y la desconfianza, comprendió que las medidas de rigor todavía hubiesen exasperado más á Italia, á la que muy pronto tendría que pedir hombres y dinero, y no sintiéndose con fuerza para obligar, tuvo la feliz idea de declarar que dejaría partir sin molestias á todos los que quisieran dirigirse en busca de Antonio (1). Estas declaraciones tranquilizaron un poco los espíritus. Sin embargo, huyeron unos cuatrocientos senadores. Se quedaron setecientos ú ochocientos.

Entre tanto, Antonio había llegado á Efeso, donde poco á poco se concentraban de todos los puntos de Oriente y de Occidente, de Iliria y de Siria, de Armenia y del Mar Negro, los barcos cargados de trigo, de telas, de hierro, de madera (2), y las tropas más diferentes conducidas por los reyes, los dinastas, los tetrarcas de Asia y de África: Bocco, rey de Mauritania; Tarcondimoto, dinasta de la Cilicia superior; Arquelao, rey de Capadocia; Filadelfo, rey de Paflagonia; Mitrídates, rey de Comagenes; Sadalas y Roemetalces, reyes de Tracia; Amintas, rey de Galacia (3). En fin, con la flota egipcia, con el tesoro de los dos mil talentos, con el gran séquito de sus servidores, también llegó Cleopatra. En las estrechas calles de Efeso se mezclaban los soldados

(1) Dión, L, 2.
(2) Plutarco, *Ant.*, 56.
(3) Id., *ibid.*, 61.

de las diecinueve legiones romanas, los vigorosos galos de Asia, los guerreros moros, los soldados de Capadocia y de Paflagonia, los marinos egipcios; en todas las plazuelas resonaban las lenguas más diversas; de todos los puntos de Oriente acudían, no solamente los hombres de armas, pero también los artistas del placer: las hetarias, los tocadores de cítaras, los bateleros, los comediantes, las bailarinas, los mimos, para divertir á los soldados y á sus soberanos: la antigua ciudad asiática jamás había albergado en sus palacios majestuosos y en sus edificios públicos á tantos grandes personajes. Y todos los días había en la ciudad fiestas, banquetes, procesiones, espectáculos, en que todos estos reyes rivalizaban en esplendor y fausto alrededor de Cleopatra, que estimulaba la orgía ostentando superior magnificencia que los demás, dominando, verdadera reina del lujo, á los reyes de Asia, incitando á todos con su ejemplo á prepararse con brillantes festines para la guerra, como si hubiese querido embriagar á esta muchedumbre tan heterogénea para mejor lanzarla á la lucha decisiva, á la ruína y al abismo (1). Todo el mundo romano sentía angustia y dolor; Italia temía ver de nuevo correr á torrentes la sangre romana. Y, sin embargo, en medio de una ansiedad tan dolorosa, cuando el reino más antiguo, más activo y más culto de Oriente vivía su hora suprema, en Efeso resonaban día y noche los cantos gozosos; parecía que se celebraba por

(1) Plutarco, *Ant.*, 56, refiere estas fiestas, pero se engaña al decir que se celebraron en Samos. En efecto, su relato hasta nos demuestra que Antonio y Cleopatra no fueron á Asia hasta después de llegar los cónsules, pues éstos aún les encontraron en Efeso.

adelantado, entre la confusión de armas, de lenguas, de razas, una gran orgía triunfal, como si ya se hubiese obtenido la victoria, mientras que aún había que batirse. El son de las liras y de las flautas impedía oir los gemidos de la tierra. Sin piedad para los vencidos, la historia ha encontrado locas y vergonzosas estas orgías de Efeso en vísperas de la gran prueba. Pero, si se pone más atento oído al eco lejano de estas fiestas, aún se percibirá desde el fondo de los siglos, ronco y doloroso, un estertor de agonía. La lucha que iba á comenzar no era el duelo decisivo por la conquista del poder monárquico en Roma, como han dicho todos los historiadores, sino la guerra que había de fundar ó destruir definitivamente el nuevo imperio egipcio; no era la guerra de Octavio contra Antonio, sino la guerra de Cleopatra contra Roma, la última tentativa desesperada de la única dinastía superviviente entre las que los generales de Alejandro habían fundado para reconquistar un poder que la fuerza fatal de la expansión romana había arruinado durante dos siglos. La cultura intelectual, el mercantilismo, el lujo, los placeres, el régimen del dinero, habían gastado de tal manera la fuerza política y militar de Egipto, que luego de haber agotado todos los recursos más complicados de la diplomacia y de la corrupción, esta dinastía había llegado á intentar la extraña, complicada y peregrina defensa concebida por esta mujer, que, si no podía salvarlo, iba al menos á hacer perecer el reino de los Lagidas en una catástrofe original, novelesca, sonora, que los hombres jamás han podido olvidar. Egipto no iba á concluir obscuramente como el reino de Pérgamo, por la simple firma de un protocolo real. Empleando todos los artificios de que

podía disponer, no solamente una reina de Egipto, sino una mujer, Cleopatra había procurado obtener el mejor partido posible en provecho de su reino del espantoso desorden político en que Roma parecía abismarse. Uno tras otro, había procurado sustraer á la gran ciudad de Italia dos de esos poderosos condotieros, que parecían tener ahora entre sus manos los destinos de la República. En fin, de esta manera había logrado reunir á su alrededor, para satisfacer sus designios ambiciosos, treinta legiones, ochocientos barcos, los más poderosos soberanos de Oriente, bajo el mando del jefe más valeroso y del hombre más célebre de su tiempo. Pero Cleopatra se disponía á hacer algo todavía más extraordinario, algo que jamás se había visto en la historia del mundo: quería ir á la guerra en compañía del ejército, transportando á los campamentos, en medio de la soldadesca, el aparato suntuoso de su palacio, sus mujeres, sus esclavos, sus eunucos, sus tapices, su vajilla de oro, sus objetos preciosos; quería vivir entre hombres cubiertos de hierro, acostada en el *turpe conopium*, bajo el fino velo que protegía su piel delicada contra las picaduras de los mosquitos. No era esto un capricho femenino, sino una suprema necesidad que la obligaba á esta singular audacia. Los soberanos de Oriente sólo seguían á Antonio porque les inspiraba respeto y temor, y no porque sintiesen la ambición de restablecer el poderío egipcio; Antonio parecía firme en su designio de consolidar el nuevo orden de cosas establecido en Oriente; pero se veía obligado á simular que defendía la república para no enajenarse un número demasiado considerable de sus amigos romanos: éstos se disponían á ayudarle, pero se esforza-

rían en retenerle cuando el objetivo de la guerra les fuese manifiesto. La aparente concordia del inmenso ejército ocultaba los gérmenes de muchos disentimientos y traiciones ¿Persistiría Antonio en su designio, á pesar de todas las dificultades? La absurdidad del fin que Cleopatra se había propuesto queriendo resolver un gran conflicto militar por un prodigioso esfuerzo de astucia, lo peregrino de los medios harto femeninos que hasta entonces había empleado, la llevaban de rareza en rareza, hasta marchar atrevidamente en medio de los generales, seguir á los ejércitos, sentarse en los consejos de guerra, discutir los planes estratégicos, para vigilar bien que la guerra no se desviase del único objetivo que le interesaba: la defensa del nuevo imperio egipcio contra Roma.

IX

Accio. (1)

La presencia de Cleopatra era una sorpresa poco agradable para los senadores romanos que en Marzo y Abril llegaron á Efeso para referir el golpe de Estado de Octavio. Su actitud de reina, su pretensión de mostrarse cada momento al lado de Antonio como su igual, no tardaron en aumentar la mala impresión causada en todos desde el primer momento. ¿Por qué razón la reina de Egipto tomaba parte, aportando su dinero y sus consejos, en una guerra que había de restablecer la república en Roma y abolir el triunvirato? ¿Luego las acusaciones lanzadas por Octavio eran menos imaginarias de lo que se había creído en Italia? Sin embargo, nadie osaba recriminar abiertamente á Antonio. Por fortuna, entre tantos obscuros políticos llegados de Italia, encontrábase un verdadero gran señor romano, un aristócrata de vieja cepa, Domicio Enobarbo, que, aun respetándole profundamente, sentíase el igual de

---

(1) En el Apéndice encontrará el lector las razones que me han aconsejado rehacer en la forma que sigue la historia de esta famosa guerra.

Antonio, y que era el único en no plegarse á ninguna de las leyes de la etiqueta que Cleopatra hubiese querido imponer á los mismos romanos: por ejemplo, obstinándose en no llamarla nunca la reina, sino designándola por su nombre (1). Domicio osó decir francamente á Antonio lo que los demás pensaban: que era necesario que Cleopatra volviese á Egipto (2).

¡Con qué furiosa lucha de intrigas Cleopatra y el partido romano tuvieron entonces que disputarse á Antonio en Efeso! El momento era favorable para el partido romano. Octavio parecía aceptar el reto, y con su golpe de Estado obligaba á Antonio á renovar sus amenazas, puesto que la concentración del ejército en Efeso no había servido de nada; pero las nuevas amenazas sólo serían verdaderamente eficaces, si al mismo tiempo demostraban á Italia que Antonio quería hacer la guerra, no ya para aniquilar á su rival, sino para restablecer la república. Ahora bien; la presencia de Cleopatra suministraba á sus enemigos bastante materia para las réplicas, las insinuaciones y las calumnias. Así, ayudado por Delio, por Planco, por Ticio, por Silano, por todos los romanos más autorizados, Domicio casi había llegado á persuadir al triunviro. Pero á última hora la reina los derrotó á todos, con una hábil maniobra: entregó una fuerte cantidad á Publio Canidio, en quien Antonio tenía gran confianza, y le indujo á defender su causa (3). La alegría de Domicio y de sus

(1) Veleyo, II, 84.

(2) Plutarco, *Ant.*, 56.

(3) Id., *ibid.*, 56. Es una suposición mía que el καὶ τίνων ἄλλων, designa á estos cuatro personajes. En efecto, cansados de Cleopatra abandonaron todos á Antonio.

amigos fué de escasa duración; cuando esperaba ver á Cleopatra partir para Alejandría, supieron que Antonio había cambiado de opinión, y que se quedaba. Antonio, que se había rendido con sentimiento á las razones alegadas por Domicio, se dejó convencer fácilmente por Canidio que no era justo despedir á la reina, que le suministraba considerables recursos (1) para hacer la guerra. Á partir de este momento, la hostilidad entre Cleopatra y los amigos de Antonio, que se incubaba hacía algún tiempo, estalló y se cambió en manifiesta discordia; en la muchedumbre de senadores llegados de Roma, en esta especie de Santuario que rodeaba á Antonio, se formó definitivamente un partido egipcio que deseaba la guerra, y un partido romano que votaba por la paz. Los amigos más eminentes de Antonio, que habían ido á Efeso, se declararon por él en el momento de la ruptura, y, sin embargo, no eran enemigos encarnizados de Octavio. Con prisa de volver á Italia para gozar tranquilamente de las hermosas posiciones que habían conquistado, asustados como todo el mundo en Italia, por la idea de que iba á estallar una nueva guerra civil tras tantas otras, desearían que ambos rivales se reconciliasen ahora, como ya habían hecho en Brindisi y en Tarento, y con mucho gusto hubiesen sacrificado á Cleopatra y sus ambiciones en aras de la paz. Por su parte. Cleopatra, que no estaba dispuesta á asegurar la paz del mundo romano á su costa, no tardó en comprender que sólo le quedaba un medio para hacer imposible esta reconciliación: persuadir á Antonio para que repudiase á Octavia, ya que estaba decido á responder

(1) Plutàrco, *Ant.*, 56.

al golpe de Estado de Octavio reproduciendo sus amenazas y conduciendo el ejército á Grecia. El divorcio con Octavia se convirtió pronto en la antorcha de la discordia entre el partido romano y el partido de Cleopatra. La reina daba prisa á Antonio para que enviase pronto las cartas de divorcio; al mismo tiempo se dedicaba á introducir la división en el partido romano y á convertir á precio de oro en partidarios de sus ideas á todos los que no tenían bastante fuerza para rechazar las gruesas cantidades que ofrecía (1). Á su vez, el partido romano tomaba á Octavia bajo su protección, y se oponía al divorcio, que hubiese hecho inevitable la ruptura entre ambos cuñados. Dudoso entre tantos consejos opuestos, Antonio se decidió hacia fines de Abril á partir con Cleopatra y los senadores romanos para Samos (2), donde pensaba darse á la vela con rumbo á Grecia, dejando por el momento parte del ejército en Asia; en Atenas, que estaba más cerca de Italia, se decidiría definitivamente lo que convendría hacer. Dudando todavía entre la paz y la guerra, entre Octavia y Cleopatra, entre la política romana y los intereses de Egipto, Antonio demoró la decisión definitiva, de la cual dependía su suerte.

Seguramente que la presencia de Cleopatra en su campamento era enojosa para Antonio; pero aún tenía muchos amigos en Italia, y, al frente de sus legiones y de los contingentes de Asia, su poder parecía formida-

(1) En efecto, parte de los senadores romanos eran en Atenas partidarios de la guerra. Dión, L, 3: βουλή τέ τινα ἐκ τῶν παρόντων ἤθροισε καὶ λεχθέντων ἐφ' ἑκάτερα πολλῶν...

(2) Plutarco, *Ant.*, 56.

ble. A pesar de todo, su situación era mucho más favorable que la de Octavio, que sentía entonces graves preocupaciones. Después de marcharse Sossio y Domicio la república se había quedado sin cónsules. Es verdad que había dos designados para este año, L. Cornelio y M. Valerio; pero el primero no debía de entrar en ejercicio hasta el 1.º de Junio y el segundo hasta el 1.º de Noviembre (1). También habían huído muchos magistrados. Así sería imposible, ó cuando menos muy difícil, obligar al Senado—si podía darse este nombre á la reunión de senadores que no habían salido de Roma—á encargar legalmente á Octavio de la guerra contra Antonio. Hasta se podía temer que insistiendo demasiado para que se declarase la guerra á Antonio, huyesen de miedo los senadores que se habían quedado. Ocurriría, pues, si la situación no cambiaba, que Antonio se encontrase á la cabeza de su ejército, con un título legal, puesto que su sucesor aún no estaba designado, mientras que Octavio, después de entrar en Roma, carecía ya de derecho para mandar á sus soldados. ¿Hubiesen consentido éstos, en tales condiciones, en esgrimir las armas contra los vencedores de Filipos, sobre todo, si se carecía del dinero necesario para destruir los escrúpulos constitucionales? ¿Y cómo arrancar este dinero á Italia? Si imponía arbitrariamente nuevos tributos, Octavio borraría el efecto de las faltas de Antonio y reavivaría los terribles recuerdos del triunvirato. En fin, Antonio disponía de mucho dinero, y sus agentes recorrían ya á Italia para corromper á los senadores y soldados y para realizar inesperadas conversio-

(1) *C. I. L.*, I, pág. 471.

nes (1). La situación parecía no tener salida, pues era imposible respetar la legalidad y peligroso dar otro golpe de Estado, después de haber prometido tantas veces restablecer el orden legal de las antiguas magistraturas. Por fortuna, en contra de lo que ocurría en el partido tan dividido de Antonio, Octavio poseía ahora, á falta del oro y del glorioso renombre de su rival, muchas cualidades utilísimas para mantener la concordia en un barco que muy pronto había de afrontar una terrible tempestad. Menos violento, menos quisquilloso y receloso que antaño, más paciente, más espontáneo en distribuir elogios y recompensas, más cordial con sus amigos, á quienes trataba como sus iguales, más obediente en seguir los ajenos consejos, inspiraba ahora gran confianza, no sólo á Agripa y á Mecenas, que le estaban unidos por lazos que la traición no podía romper, sino también á partidarios de época más reciente, como Valerio Mesala Corvino, Lucío Arruncio, Estatilo Tauro. Estos amigos no dejaban de discutir largamente, durante estos primeros meses del año 32, sobre la manera de dar alguna justificación legal al poder de Octavio, que era lo más urgente, y se pusieron de acuerdo para enviar á todas las ciudades de Italia agentes encargados de exhortarlas para que, llegado el caso, prestasen á Octavio el juramento que, en los grandes peligros públicos, exigiese de los ciudadanos el magistrado que encargase el Senado de velar por la salud de la república. Este juramento sometería todos los ciudadanos á la disciplina militar, y, por consiguiente, otorgaría plenos poderes á los magistrados. En otros tér-

(1) Véase Dión, L, 7 y 9.

minos, parece que tuvieron la idea de que el pueblo mismo declarase el estado de sitio, como diríamos hoy, idea extraña, que es la prueba más elocuente de la situación singular que entonces reinaba, peregrino subterfugio constitucional, al que nunca se había recurrido hasta entonces, para dar á esta dictadura visos de estar consentida por Italia entera. Para triunfar tuvieron que predisponer los espíritus durante los meses de Febrero, Marzo y Abril, enviando sin cesar agentes y cartas á toda Italia, procurando halagar todos los intereses y despertar todas las pasiones. El peligro era apremiante.

En efecto, entre los que rodeaban á Antonio, las cosas se ponían mal. Durante el viaje de Samos á Atenas, y á pesar de los esfuerzos del partido romano, Antonio, cada vez más dominado por Cleopatra, casi se había decidido á repudiar á Octavia. Sin embargo, una última duda le retenía; pues comprendía demasiado que esta decisión disgustaría á muchos senadores romanos. Sea deseo de atenuar estas repugnancias adulando su amor propio, sea preocupación de amenguar su responsabilidad justificándose ante los ojos de Italia con una especie de deliberación del Senado, acabó por convocar á los senadores romanos y someterles la cuestión del divorcio al llegar á Atenas (1), en la segunda mitad del mes de Mayo. La discusión fué larga. Muchos de ellos, todos los que deseaban la reconciliación de Antonio y de Octavio hablaron contra el divorcio, que no

(1) Dión, L, 3.—Dión no dice que el consejo se celebrase en Atenas: nuestra conjetura se funda en que, á consecuencia de este consejo Antonio decidió divorciarse de Octavia, y sabemos por Plutarco que este acuerdo se adoptó en Atenas.

podía por menos de acarrear la guerra; pero también los hubo que hablaron en su favor (1); ¡tanto podían Cleopatra y su oro! Al fin, Antonio firmó la carta de repudio, y envió á Roma agentes encargados de comunicar á Octavia la orden de salir de su casa (2); al mismo tiempo dispuso que el ejército, que estaba en Efeso, se embarcase y acudiese á Grecia. Era esto la ruptura definitiva con Octavio, la guerra casi inevitable, la aplastante derrota del partido romano, el brillante triunfo de Cleopatra, que inmediatamente, no sin intención, se hizo discernir por los ciudadanos de Atenas honores semejantes á los que ya habían tributado á Octavia (3). Pero el efecto de estos actos de Antonio entre los personajes romanos que le rodeaban fué tan desastrosos que, para calmar los espíritus, Antonio pronunció un gran discurso á los soldados prometiéndoles el restablecimiento de la república dos meses después de la victoria final (4). Todavía ahora se obstinó en su política de doble cara, ofreciéndose á Italia como defensor de la libertad, cuando lo cierto es que se preparaba á sacar la espada por Cleopatra y por su política egipcia. Pero la contradicción resultaba ahora harto visible; algunos comenzaban á observarla, y dos im-

---

(1) Dión, L, 3: λεχθέντων ἐφ' ἑκάτερα πολλῶν.....

(2) Plutarco, *Ant.*, 57; Dión, L, 3. Por lo que se refiere á la fecha del divorcio y del mes Δαίσιος (del cual una parte corresponde á Mayo y la otra á Junio), véase Eusebio, ed. Schone, II, pág. 140.

(3) Plutarco, *Ant.* 57.

(4) Dión, L, 7. No se comprende bien en Dión cuando se pronunció el discurso. Supongo que en este momento; porque la guerra pareció ahora segura, y Antonio debía sentir la necesidad de tranquilizar á sus amigos y soldados sobre su intenciones.

portantes personajes, Ticio y Planco, que ya habían tenido por qué quejarse de Cleopatra, abandonaron á Antonio después de su decisión para volver á Italia (1), figurándose quizás que la opinión pública se había vuelto en ella contra Antonio. Pero, aunque el repudio de Octavia hubiese causado en ésta mala impresión (2), la opinión pública todavía estaba muy indecisa, y no sentía esa violenta indignación, á favor de la cual hubiese sido más fácil proponer la *conjuratio* con la certidumbre de no fracasar. En realidad el público no sabía cómo juzgar á los dos campeones de esta extraña guerra civil, que pretendían combatir por la libertad y por la salud de la república. ¿Cuál de ambos mentía? ¿Era Antonio, Octavio, ó los dos? Ticio y Planco encontraron á su partido en gran ansiedad. Sobre todo estaban asustados de la orden que Antonio había comunicado al ejército, y que hacía suponer que deseaba atacarles inmediatamente, antes de que hubiesen concluído sus preparativos (3). Reunían apresuradamente soldados y víveres, equipaban los barcos, buscaban todos los expedientes imaginables; hasta parece que, en la idea de que la guerra tendría por escenario el Norte de Grecia, lo que es hoy la península balkánica, imaginaron proponer una alianza al rey de los getas, ofreciéndole por mujer á Julia, la hija de Octavio, y, si hay que dar crédito á las afirmaciones de Antonio, solicitándole para Octavio la mano de una de sus hi-

(1) Dión, L, 3; Plutarco, *Ant.*, 58.
(2) Plutarco, *Ant.*, 57.
(3) Id., *ibid.*, 58.

jas (1). Pero, para todo lo que deseaban hacer carecían de autoridad legal, y se veían obligados á mostrarse prudentísimos en todo. Recomenzóse, pues, con nuevo vigor, la agitación contra Antonio y contra Cleopatra para preparar la opinión pública á la *conjuratio*, y poner en tensión todos los resortes del patriotismo romano; difundióse un infinito número de anécdotas verdaderas y falsas, con frecuencia lúbricas y obscenas, sobre la corte de Alejandría, sobre Cleopatra y Antonio, para escandalizar á la parte menos corrompida de la clase media; se insinuó que la reina había vuelto á Antonio medio loco, gracias á un filtro que le había dado; sobre todo, se dió aire á la gran fábula de las ambiciones de Cleopatra que, según se decía, quería destruir el Capitolio, hacer de Roma la esclava de Egipto, y transportar á Alejandría la metrópoli del mundo romano (2). Calvisio Sabino hasta afirmó en un gran discurso, con mucho énfasis y exageración, que Antonio había ofrecido á Cleopatra la biblioteca del rey de Pérgamo, y había permitido á los efesios que la llamasen reina (3). Luego era evidente que Cleopatra codiciaba esta rica provincia de Asia, donde los italianos tenían tantos intereses. «Roma, convertida en la propiedad, en la dote de una mujer extranjera, el precio de los favores de una cortesana; la egipcia reinando en el Capitolio, insultando la memoria de los gloriosos antepasados y mofándose de la cobardía de sus descendientes; ¿no era suficiente para hacer sangrar el orgullo del pueblo rey y

(1) Suetonio, *Aug.*, 63.
(2) Dión, L, 4.
(3) Plutarco, *Ant.*, 58.

exaltar el patriotismo de los más degradados?» (1). Sin embargo, Antonio tenía muchos amigos, y bastante gente, no sabiendo cómo acabarían las cosas, deseaba no aparecer en muy mala postura ante sus ojos si llegaba á vencer. Octavio, pues, no podía impedir que á la propaganda que él hacía se opusiese otra, que se pusiese en duda los hechos más graves y que se encontrase excusa á todas las acusaciones (2). De una parte y otra se entraba furiosamente en la lucha; en todas partes y á cada hora se celebraban reuniones públicas; se discutía con pasión, como si hubiese vuelto el tiempo de las grandes luchas políticas. Ticio y Planco refirieron á Octavio que Antonio había entregado á las vestales un testamento haciendo á sus hijos nuevas y desmesuradas donaciones, y encargando también que su cuerpo se entregase á Cleopatra para enterrarle en en Alejandría (3). ¿No era esta la mejor prueba de que Antonio estaba embrujado por la fatal egipcia, puesto que, hasta en la muerte no quería separarse de ella? Con objeto de molestar á Antonio, Octavio obligó á la vestal *máxima* á que le entregase el testamento, y lo leyó en pleno Senado (4). La sorpresa y la indignación fueron grandes en el público; pero los amigos de Antonio procuraron desviar la indignación indignándose á su vez contra el procedimiento indelicado de Octavio para apoderarse del testamento. No sin razón le acusaron

---

(1) Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, t. II, pág. 293.

(2) Plutarco, *Ant.*, 59: Ἀλλά τούτων μὲν ἐδόκει τὰ πλεῖστα καταψεύδεσθαι Καλουΐσιος.....

(3) Plutarco, *Ant.*, 58; Dión, L, 3.

(4) Plutarco, *Ant.*, 58; Dión, L, 3; Suetonio, *Aug.* 17.

de haber violado un secreto privado, que era sagrado. Sin embargo, no pudiendo negar que el testamento era indigno de un gran personaje romano, lograron, á fuerza de discursos en las reuniones públicas, que el pueblo de Roma enviase como embajador á un tal Géminio para suplicar á Antonio que no se perdiese con actos tan inconsiderados (1).

Pero ya no podía perderse mucho tiempo en estas vanas pendencias después de la afrenta del repudio, y cuando las fuerzas enemigas se encontraban casi todas en Grecia. Al fin, comprendió Octavio que era preciso obrar, y, probablemente en los últimos días de Julio, se decidió á comunicar á sus agentes en todas las regiones de Italia la orden de forzar las ciudades á la *conjuratio*. Ignoramos cómo se realizó esta singular operación, pero podemos suponer que el primer magistrado municipal ó algún ciudadano de nota convocó al pueblo en cada ciudad, anunció en un discurso que Italia estaba amenazada por Cleopatra, que deseaba someter á Roma; que la República estaba privada de su Senado por la ausencia de tantos senadores y que Italia debía de salvarse por sí sola prestando á Octavio el juramento de fidelidad y sometiéndose á la disciplina militar. También es bastante verosímil que Octavio pro-

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 58-59; Dión, L, 4; Plutarco, *Ant.*, 58, dice que la gente se indignó con el acto de violencia realizado por Octavio; Dión (L, 4) dice, al contrario, que se indignó contra Antonio. Las dos afirmaciones no se contradicen, sino que se completan. En efecto, unos atacarían á Octavio y otros á Antonio, según que eran partidarios de uno ú otro. Pero, en definitiva, el público imparcial debió de quedar mal impresionado por el testamento, como lo demuestra la embajada de Géminio.

metiese de una manera más ó menos explícita, restablecer la República cuando terminase la guerra. Á una demanda tan insólita, Italia, recelosa y desconfiada, no podía responder con un ímpetu unánime y entusiasta. Sabemos que algunas ciudades, como Bolonia, rehusaron prestar el juramento, y podemos suponer que muchos ciudadanos, en todas las ciudades, lo eludieron. Pero el prudente Octavio se abstuvo de imponer el juramento á los recalcitrantes, simuló no darse cuenta de estas abstenciones; afirmó que toda Italia había jurado *in sua verba*, suponiendo que los que no habían prestado el juramento, satisfechos de no ser molestados, tampoco protestarían con actos del valor constitucional del juramento prestado por los demás (1). De suerte

(1) Suetonio, *Aug.*, 17; Mon. Anc., V, 3-4; *juravit in mea verba tota Italia sponte sua et me bello quo vici ad Actium ducem deposcit.* — Esta *conjuratio* es uno de los más obscuros episodios en la historia de esta revolución. Sobre ella sólo nos quedan esas líneas del *Monumento de Ancira* y algunas alusiones poco claras de Suenio y de Dión. La reconstrucción que he hecho de este punto histórico es puramente conjetural. El *Monumento de Ancira* parece indicar claramente que Italia prestó á Octavio el juramento militar. No es dudoso que se trataba de un procedimiento excepcional que carecía de precedente y de serios fundamentos legales; pues este juramento se prestó *sponte*, es decir, directamente por Italia, sin ninguna ley ó decreto del Senado que autorizase á Octavio para recibirlo. Por lo tanto, me parece que esta *conjuratio* se ideó para revestir á Octavio en la guerra de una apariencia de poder legal que el Senado no osó conferirle. Si éste hubiese consentido en encargarle de hacer la guerra á Antonio, Octavio no habría tenido por qué recurrir á este medio tan singular. También es probable que la fuga de tantísimos senadores sirviese de pretexto para justificar este proceder; pretendíase que, no existiendo ya el Senado, el pueblo debía de obrar directamente.

que, fuerte con el juramento prestado por los unos y con la aquiescencia de los otros, Octavio pudo arriesgarse á tratar á toda Italia como legalmente colocada bajo su *imperium*.

Y entonces indujo inmediatamente al Senado, cuyos miembros también estaban bajo sus órdenes como soldados, á declarar la guerra á Cleopatra—á Cleopatra y no á Antonio, que sólo fué despojado del mando de su ejército y de todas sus dignidades; pero que no fué declarado enemigo público (1). Así se ve cuán poca fe otorgaba todavía Italia á las acusaciones que Octavio y sus amigos difundían contra Antonio. Octavio estableció sin tardanza nuevos impuestos: una contribución igual á la octava parte de su patrimonio, para todos los libertos que poseyesen más de 200.000 sestercios, y la contribución de la cuarta parte de su renta anual, para todos los propietarios libres (2). Pero, concitada ahora por los impuestos, Italia ni siquiera se asustó de la jurisdicción militar y del estado de sitio; se negó á pagar nuevas contribuciones, y, en el mes de Agosto, hubo tumultos y protestas sangrientas, que Octavio, en una situación tan insegura, no se atrevió á reprimir con vigor (3). De unas dificultades nacían otras, y es sorprendente, dicen los historiadores de la antigüedad, que Antonio no se aprovechase del desorden para atacar á Italia en este preciso momento (4). Pero, tras la victoria del partido egipcio en la cuestión

(1) Plutarco, *Ant.*, 60; Dión, L, 4.
(2) Dión, L, 10.
(3) Plutarco, *Ant.*, 58; Dión, L, 10.
(4) Id., *ibid.*, 58.

del repudio, y tras la marcha apresurada de Antonio á Grecia, al ardor de las últimas luchas había sucedido en su campamento una especie de torpeza que paralizaba al ejército. Gracias á Cleopatra, el partido egipcio podía mandar en la tienda del general, pero no lograba vencer la oculta resistencia del ejército, cuyos oficiales sentíanse inclinados casi todos hacia el partido romano. Ningún esfuerzo podía anular los peligrosos efectos de la contradicción en que Antonio se había colocado con su doble política: si la cabeza era egipcia, el brazo era romano. Desanimado y descontento el partido romano, los oficiales y el ejército dejábanse arrastrar contra su voluntad á una guerra que no deseaban, y cuya finalidad desconocían á punto fijo. Si la mayoría no osaba imitar el ejemplo de Ticio y de Planco, seguían, en cambio, al ejército murmurando, sin confianza y sin entusiasmo. Antonio, que también estaba cansado y deprimido, ya no podía contar con Domicio ni con sus más hábiles colaboradores. Canidio no bastaba para suplir la mala voluntad de los demás; el desorden era grande; nadie se ocupaba en adoptar las medidas más necesarias, como hacer provisión de trigo para abastecer al ejército en el punto donde invernase; por lo demás, nadie sabía cuándo ocurriría esto. En tales condiciones era imposible osar grandes cosas. Todos, lo mismo en el partido egipcio que en el partido romano, estaban de acuerdo en este punto: que abundantemente provisto de dinero y segurísimo de su ejército, por admirarle los soldados y porque su adversario era demasiado pobre para poderlos corromper, Antonio tenía la ventaja de esperar que Octavio fuese á disputarle la victoria en las llanuras de Macedonia ó de Tesalia,

como César en el año 48, y los triunviros en el 42. Octavio no podía imponer mucho tiempo á Italia los gastos y el esfuerzo del estado de guerra sin engendrar trastornos y gravísimas dificultades, en medio de las cuales el adversario lograría fácilmente corromper á unos ejércitos pagados con gran irregularidad. Y, en efecto, inmediatamente después de declarar la guerra á Cleopatra, Octavio y sus amigos pensaron en tentar al punto la fortuna de las armas; luego permanecieron sin hacer nada, no osando adoptar ninguna resolución, mientras que Italia se revolvía tan violentamente contra la equívoca dictadura de Octavio, y en todas partes reinaba la sospecha y el miedo de la corrupción de Antonio (1). Al contrario, éste se decidió á pasar el invierno con su ejército en Grecia, á enviar nuevos agentes á Italia para repartir dinero, suscitar trastornos en las ciudades y quebrantar la fidelidad de las legiones (2); é iba á apostar el grueso de su flota, consistente en más de trescientos navíos, en el golfo de Ambracia (golfo de Arta), entre Corfú y Léucades, es decir, en un vasto puerto natural, comunicando con el mar por medio de un canal de algo más de un kilómetro (3) y colocando avanzadas en Corfú. La flota vigilaría así, como centinela avanzado, el mar Adriático, si el enemigo intentaba surcarlo en la primavera siguiente. Era esta una cuerda decisión, aunque ejecutada con prisa y

(1) Dión, L, 9.

(2) Id., L, 7 y 9.

(3) Apropósito de esta dislocación del ejército de Antonio y de los textos que de este punto tratan, véase Kromayer, en *Hermes*, XXXIII, págs. 60 y sig.

en gran desorden, como era fatalmente necesario en un campamento tan lleno de odio y de discordia; y el mismo partido romano, que deseaba la paz, no podía quejarse, ya que de este modo se difería la guerra. Cualquier retraso tenía que serle grato, pues prolongaba la esperanza de encontrar el medio de arreglar las cosas. Pero el partido egipcio se aprovechó del descontento y de la torpeza del partido romano, para que se aceptase el plan estratégico que más le convenía. Si se consulta una carta del Mediterráneo, es fácil darse cuenta de que un general que, como Antonio, tiene en su poder la Cirenáica, Egipto, Siria, Anatolia y gran parte de la península de los Balkanes, y que se prepara á una guerra en Tesalia, en Macedonia ó en el Epiro, debe de tener sus reservas de hombres y de material de guerra en el Asia Menor. Situada á poca distancia, unida á la península de los Balkanes por una línea de islitas semejantes á las piedras que sirven para pasar un riachuelo, separada de Europa solamente por dos brazos de mar, el Asia Menor es el punto de apoyo estratégico más fuerte y natural. Antonio, pues, que había dejado una escuadra con cuatro legiones en Cirene al mando de Pinario (1), cuatro legiones en Egipto y tres en Siria (2), tenía que haberlas reconcentrado en Anatolia. Al contrario, no sólo las dejó donde estaban, en el remoto Egipto, sino que en este mismo instante se puso á tender al través del Mediterráneo una verdadera cadena de guarniciones terrestres y marítimas, que unían á la

(1) Dión, LI, 5; Orosio, VI, XIX, 15; Plutarco, *Ant.*, 69.

(2) Es una suposición verosímil que hace Kromayer. Véase *Hermes*, XXXIII, págs. 64-65.

Cirenáica con el Epiro. En efecto, destacó tropas en Cirene, luego en el cabo Tinaro y en Metona; pensó pasar el invierno en Patrás, diseminando el ejército de tierra por toda Grecia; fortificó á Léucades; situó su flota en el golfo de Ambracia y las avanzadas en Corfú. No sería posible explicar esta extraña disposición de las fuerzas de Antonio no viendo en ella el efecto de la política egipcia de Cleopatra, que, ante todo, quería defender así á Egipto de los posibles ataques de Octavio, y al mismo tiempo de las revoluciones interiores, manteniendo abiertas las comunicaciones con el corazón de su imperio. Desde el punto de vista estratégico, esta disposición del ejército era defectuosa, pues ofrecía á un adversario activo la facilidad de atacar con fuerzas aplastantes tal ó cual punto de la larga línea; pero, ¿podía hacerse de otra manera si era en favor de Egipto por lo que se había de combatir en el Epiro?

Cuando hacia fines de Octubre se conoció en Roma esta disposición del ejército de Antonio, se trató por un momento de tentar una sorpresa contra la flota anclada en el golfo de Ambracia; pero á consecuencia de las tempestades que sobrevinieron, si hay que creer á los historiadores de la antigüedad, se abandonó el proyecto (1), y sólo se envió una flotilla á las costas de Epiro para reconocer los sitios favorables para un desembarco (2). Cuando el invierno del 32 al 31 cerró los mares,

---

(1) Dión, L, 11; Plutarco, *Ant.*, 62.

(2) Con este fin, y según nos refiere Dión (50, 9), hacia fines del año 32, se encontraban algunos navíos de Octavio cerca de las rocas Acoceraunias, en el mismo punto donde Octavio había de desembarcar al año siguiente.

Antonio se resignó á pasar la mala estación en Patrás, en compañía de Cleopatra, de los senadores romanos y de los príncipes de Oriente; Octavio, Agripa y Mecenas reunieron su flota y sus legiones en Tarento y en Brindisi (1), fueron á Roma para velar por Italia y adoptar acuerdos definitivos. Jamás Octavio y sus amigos debieron de pasar un invierno tan inquieto como éste. Italia se hallaba descontenta y atormentada; las legiones estaban ávidas de dinero, y un rico adversario las invitaba á la traición. Octavio necesitaba un rápido triunfo para realzar el ánimo de sus soldados, devolver la tranquilidad á Italia y consolidar su poder. Pero estaba lejos el tiempo en que César, al frente de su pequeño ejército de galos, podía aplicar con tanta audacia y energía el más importante precepto del arte de la guerra: perseguir al principal cuerpo de ejército del enemigo y deshacerlo. Ni Octavio ni Agripa se sentían con el valor de desembarcar una veintena de legiones en el Epiro, y de mostrar en una nueva Farsalia lo que valía el nombre de César. El resultado de la batalla era inseguro, y, á la primera derrota, Italia se sublevaría, el ejército se pasaría al enemigo: no les quedaría otro refugio que la muerte. Además, era muy aventurado el conducir los soldados á combatir contra sus compañeros de armas; y luego, ¿estaba seguro de que era absolutamente imposible concertar una nueva paz? Antonio parecía ahora inexorable y tenía al lado á Cleopatra; pero, si había algún medio de entenderse, ¿no sería preferible? Así, después de largas reflexiones, se llegó á un término medio decidiendo contentarse, para empezar, con

(1) Plutarco, *Ant.*, 62.

un mediano éxito. Se dejaría en el puerto todos los grandes barcos provistos de torres, demasiado embarazosos y pesados; se reunirían los numerosos cruceros de Sexto Pompeyo y los que se había tomado á los liburnos en la guerra de Iliria, es decir, los barcos más ligeros, más rápidos y mejor construídos para afrontar las tempestades; en la época más propicia, en el mes de Marzo, Agripa simularía un ataque contra las costas de la Grecia meridional para hacer creer al enemigo que se pretendía desembarcar en ella al ejército. Entre tanto, Octavio, llegando con quince legiones en el resto de la flota, las desembarcaría en las costas de Epiro, y desde allí, barcos y ejército descenderían hacia el golfo de Ambracia para sorprender é incendiar á la flota de Antonio. Si les resultaba bien esta empresa esperaban poderse aprovechar de la gran impresión que causaría la destrucción de la flota de Antonio para imponer á éste razonables condiciones de paz ó para que Italia aceptase los gastos y fatigas de una guerra más larga. Parece que, entre tanto, prepararon la expedición, los barcos, las armas, las provisiones con más cuidado que en otras guerras. Pero tenían tan clara conciencia de que arriesgaban cuanto habían adquirido de grandezas y riquezas en trece años de guerra civil, que Octavio ordenó á los setecientos senadores que se habían quedado en Roma que le siguiesen, pues no quería dejar en la capital á unos hombres capaces de ponerse al frente de una revolución en favor de Antonio (1). Sólo algunos se negaron, y entre ellos Asinio Polión, que pretendía ser demasiado amigo de ambos adversarios, y deseaba per-

(1) Dión, L, 11. Véase Mon. Anc., V, 6-7.

manecer neutral. Octavio, que no estaba para regañar, no insistió. En virtud de sus plenos poderes, hasta designó á los magistrados para el año siguiente, y para el consulado se designó él mismo, y con él á M. Valerio, Tito Ticio, Cneo Pompeyo.

Es probable que, si la fatal política egipcia no hubiese turbado profundamente la estrategia de Antonio, no se viese hoy en el frontón del Panteón el nombre de Agripa y que ningún soberano se llamase César. Pero durante el invierno sobrevino ya una desgracia á los tripulantes de la flota anclada en el golfo de Ambracia; estas tripulaciones se quedaron sin los necesarios víveres cuando la navegación quedó suspendida; casi la tercera parte de los hombres perecieron de hambre y de enfermedad; no pudiéndolos reemplazar de otra manera, Antonio ordenó á los jefes de los barcos que llenasen las vacantes apoderándose donde pudieran de los campesinos, de los viajeros, de los carreros, de los esclavos (1). Pero, si esto era una cosa grave, otra todavía más ocurría en el curso del invierno; el partido romano y el partido egipcio cambiaron de papel. Cleopatra, á quien Octavio y sus amigos representaban como deseosa de destruir á Roma, esforzábase ahora en atajar la guerra á mitad de camino y en persuadir á Antonio para regresar á Egipto durante la primavera, sin esperar al enemigo. Al contrario, el partido romano se ponía á aconsejar la guerra. Los motivos de este cambio, sin el cual no sería posible explicar los subsiguientes acontecimientos, sólo podemos inquirirlos por medio de conjeturas, en los intereses opuestos que dividían

(1) Dión, L, 11; Orosio, VI, XIX, 5; Plutarco, *Ant.*, 62.

á los dos partidos y que comunicaron en este momento su definitiva dirección á todos los sucesos. Este invierno, entre tantos senadores romanos, Cleopatra pudo darse mejor cuenta de la situación que reinaba en Italia y de lo que reclamaba la opinión pública; oyó hablar á numerosos senadores de la común esperanza que existía de ver á Antonio, después de la victoria, restablecer el orden en Italia, donde tanto había que hacer; comprendió que estos senadores habían tomado en serio la promesa de restablecer la república, y que, después de la victoria, Antonio, quedando prisionero del partido romano, veríase obligado á volver á Italia, como había ocurrido á César después de la toma de Alejandría. ¿Qué sería entonces de su imperio egipcio? ¿Tendría que volver á Roma para influir de nuevo sobre Antonio, como dieciséis años antes para convencer á César? Cleopatra comenzaba á sentir tanto miedo de la victoria como de la derrota, y como ahora, después del repudio de Octavia, había hecho de los dos antiguos cuñados enemigos irreconciliables, procuraba atajar la guerra para arrastrar á Antonio hasta Egipto y fundar abiertamente la nueva dinastía, dejando á Italia y á las provincias bárbaras de Europa á Octavio, á su partido ó á quien las quisiera. Si Octavio pretendía rehacer la unidad del mundo romano, tendría que atacarlos en Oriente, y esta era una empresa para la que jamás se sentiría con bastante fuerza y valor. En suma, Cleopatra hubiese querido realizar de una manera definitiva esta separación del imperio de Oriente del de Occidente, que Antonio sólo había esbozado. Ignoramos con qué artificios y sofismas se esforzaba en insinuar este proyecto en el ánimo de Antonio. Sin embargo, como

no estaba locamente enamorado de la reina ni encantado por ella, es verosímil que objetase á Cleopatra cuán difícil sería detener en mitad de la guerra á tan gran muchedumbre de hombres y hacerles desandar lo andado; los soldados y los aliados protestarían, y los enemigos interpretarían este regreso como una fuga; en fin, que sería peligroso declarar tan francamente antes de la victoria, que se combatía por Egipto y no por Roma. Aun admitiendo que entre los numerosos senadores que habían abandonado á Roma para ir en busca de Antonio fuesen muy pocos los verdaderamente adictos—y no sólo de palabra—á la grandeza de Roma, era preciso tener en cuenta que todos tenían en Italia sus bienes, su familia, la razón de ser de su poder; que si Antonio abandonaba la guerra, ninguno de ellos podría volver á Italia, á menos de que Octavio lo consintiese, pero que todos quedarían arruinados y obligados á vivir en Oriente, como desterrados. ¿Cuando así se viesen abandonados, no se revolverían contra él?

Hacia fines del invierno, estas incertidumbres y discusiones quedaron súbitamente interrumpidas por la inesperada aparición de una flota enemiga en aguas de Grecia. En los primeros días de Marzo, Agripa lanzó la jauría de sus podencos del mar contra la Grecia meridional, comenzando á dar caza á los navíos que transportaban trigo de Asia y de Egipto. Se apoderó de Metona, y, con sus ágiles cruceros ojeaba la costa, como buscando un lugar propicio para el desembarco del ejército (1). En realidad lo hacía para atraer la atención

(1) Dión, L, 11. Estos reconocimientos de Agripa en las costas de Grecia eran indudablemente un ardid.

de Antonio. Y, en efecto, Antonio se dejó coger en el lazo; creyó que Octavio iba verdaderamente á disputarle la victoria en Grecia, y, prescindiendo por el instante de todas las discusiones, adoptó las necesarias disposiciones para reunir todo su ejército (1). Parece que Cleopatra procuró al principio tranquilizarle é impedirle que se aventurase de una manera tan precipitada en la guerra. Pero, en medio de los preparativos, llegó la noticia de que Octavio había desembarcado un ejército en el Epiro, y que ejército y flota descendían rápidamente hacia el Sur (2). Antonio comprendió entonces que Octavio quería destruir su flota del golfo de Ambracia, y creyendo quizás mucho mayor el peligro, acudió á Accio, luego de haber enviado á todos los destacamentos y guarniciones la orden de incorporársele á marchas forzadas. Llegó á Accio, según parece, casi al mismo tiempo que Octavio; pero casi sólo (3). En el momento de echar anclas la flota enemiga en el golfo de Comaro, y cuando el ejército acampaba en el promontorio que cierra el golfo por el Norte, sobre una colina que hoy se llama Mikalitzi, Antonio sólo tenía en sus barcos escasas dotaciones de personal, cansadas, poco dispuestas á batirse. La sorpresa resultó admirable, gracias á Agripa. Pero la presencia de espíritu de Antonio hizo fracasar en el último instante la estratagema tan bien preparada. Anto-

---

(1) Dión, I., 11.

(2) Id., L, 11-12; Plutarco, *Ant.*, 62.

(3) Id., L, 13, dice οὐ πολλῷ ὕστερον. — Plutarco, *Ant.*, 62-63, no nos da ninguna indicación cronológica. La diferencia de tiempo debe de haber sido muy pequeña, sin lo cual Octavio hubiese destruído la flota.

nio disfrazó de legionarios á los hombres de sus barcos, los ordenó en el puente y presentó al enemigo su flota dispuesta á dar la batalla. Como de costumbre, Octavio tuvo miedo; creyó que la flota estaba defendida por las legiones; no osó atacarla, y salió del campamento para presentar la batalla por tierra (1). Antonio supo distraerle con escaramuzas para ganar tiempo y que sus cohortes y legiones pudiesen llegar de las diferentes partes de Grecia; y, cuando hubieron llegado, estableció un gran campamento en el cabo que cerraba el golfo por el Sur, y que se llamaba el cabo de Accio; luego fortificó el canal (2). Cleopatra, que no pudo detenerle, llegó también, no queriéndole dejar ni un solo día bajo la influencia predominante del partido romano.

Durante este tiempo, Octavio había llamado á Agripa de las costas de la Grecia meridional para agrupar todas sus fuerzas ante el enemigo. Ambos rivales estaban así acampados frente á frente, hacia fines de Mayo (es probable, en efecto, que todos estos trabajos ocupasen el mes de Abril y parte de Mayo) como en el año 48 Pompeyo y César, como en el año 42 los triunviros y los dos jefes de la conjuración, en esa península de los Balkanes, que es el gran campo de batalla donde siempre han chocado Oriente y Occidente, Asia y Europa. Pero el choque tanto tiempo temido no se produjo. Ninguno de ambos adversarios parecía ahora tener prisa de llegar á las manos. Octavio se mantuvo á la defensiva en su campamento, fortificado como una

(1) Plutarco, *Ant.*, 63; Dión, L, 13.
(2) Dión, L, 13.

verdadera ciudadela y unido por grandes murallas al puerto de Comaro: hasta intentó hacer gestiones en favor de la paz. Encontrábase entonces en mejores condiciones que César en el año 48 y que los triunviros en el 42, pues, gracias á su flota, podía traer trigo de Italia y de las islas sirviéndose de los soldados; y como el peligro y el hambre no obligaban á obrar á su naturaleza irresoluta, ya no sabía adoptar un partido. Antonio, á su vez, se negó á entrar èn gestiones; pero no hizo ningún esfuerzo para obligar al enemigo á dar la batalla; se contentó con hacer acampar parte del ejército allende el estrecho para amenazar más de cerca al campamento enemigo, y con hacer circular alrededor del golfo grandes escuadrones de caballería con el propósito de privar de agua al enemigo; quizás procuraba atraerse con secretas promesas á las legiones de Octavio. La omnipotente Cleopatra lo mismo le impedía hacer la guerra que concertar la paz. En uno y en otro campamento, en los dos grupos de hombres que dirigían los dos partidos en guerra, las discordias, la desconfianza ó el miedo impedían toda acción ó decisión; de suerte que estos dos inmensos ejércitos habían venido de los dos puntos opuestos del mundo para vigilarse allí mutuamente, en una inercia que es la prueba manifiesta del agotamiento senil á que había llegado el gobierno del triunvirato y el orden de cosas establecido en el año 43 por el triunfo de la revolución popular. En una decena de años se había consumido y dispersado toda la herencia de Clodio y de César. Por otra parte, Octavio veía claro el peligro de una completa inacción que desanimaría á los soldados, los predispondría á dejarse corromper y suscitaría protestas en Ita-

lia. No atreviéndose á obrar, procuró emplear la astucia. Envió agentes á Grecia y á Macedonia para suscitar tumultos y manifestaciones contra Antonio en las poblaciones descontentas por las aplastantes contribuciones de guerra (1) impuestas por su rival y que, en ciertas regiones, desencadenaron terribles hambres (2). La más notable familia del Peloponeso, la de Euricleo que quería vengar á su padre, muerto por Antonio, hasta llegó á equipar un barco para Octavio, mandado por el mismo Euricleo. Habiendo sorprendido y dispersado Ticio y Estatilio á un pequeño cuerpo de la caballería enemiga, Octavio agrandó en Italia esta modesta victoria como si hubiese sido un alto hecho de armas (3). Habiendo caído Agripa de improviso sobre la escuadrilla que guardaba á Léucades, la deshizo (4), dió media vuelta alrededor de la isla, arrojó otro pequeño destacamento que guardaba el cabo Ducato (5), y Octavio escribió entonces á Roma que la flota de Antonio estaba sitiada en Ambracia (6); lo cual sólo era una bravuconada que sonaba á falso, pues esta flota aún estaba intacta y hubiese podido salir en cualquier momento para caer sobre la suya. Es probable que Agripa

---

(1) Dión, L, 13.

(2) Véase Plutarco, *Ant.*, 68 y la interesante inscripción de Epidauro: *C. I. G. P. I.*, I, 932, V, 25-30.

(3) Dión, L, 13.

(4) Id., L, 13; Floro, IV, XI, 5. Orosio, VI, XIX, 7, dice *Corcyram cepit,* pero la confunde con Léucades; en efecto, Corcira no fué tomada por Agripa, sino abandonada por el ejército de Antonio.

(5) Floro, IV, 11, 5.

(6) Aun hay un resto de esta exageración en Floro, IV, XI, 5.

no dejase ningún destamento en Léucades; y si dejó alguno no pudo impedir la llegada de navíos cargados de trigo para Antonio; de otra manera no se explicaría por qué éste no hizo nada para recobrar la isla. En suma, todas estas operaciones de Octavio sólo eran demostraciones y amagos para ocultar á su enemigo y á Italia su debilidad y su miedo.

Pero no se triunfa en un duelo con amagos y sin asestar un solo golpe. El miedo de Octavio hubiese acabado, sin duda, por decidir al enemigo á atacarle, si, por fortuna suya, el defecto inherente á la política de Antonio, la contradicción entre el verdadero objetivo—la consolidación del imperio de Egipto—y el objetivo que alegaba para justificarse—la restauración de la libertad romana—no hubiese introducido el desorden en sus operaciones, y, por una serie de incoherencias absurdas, precipitado una catástrofe tan extraña é imprevista que ni los contemporáneos ni la posteridad han sabido explicarse. Cleopatra se consagró con redoblada energía á disuadir á Antonio de todo proyecto de batalla. Opuesta ya á la guerra por motivos políticos, también se opuso á ella por razones militares. En efecto, puesto que Octavio se obstinaba en permanecer encerrado en su campamento, convendría retirarse hacia Macedonia para obligarle á ponerse en marcha para seguirle, y, por consecuencia, habría que retirarse del mar, que servía de rápida comunicación con el remoto Egipto. La misma Cleopatra tendría que correr los riesgos y aguantar las fatigas de las numerosas marchas y contramarchas que los dos ejércitos harían, como en el año 48, antes de llegar á las manos. Además, la suerte de las batallas siempre es incierta; si An-

tonio sufría una derrota en país tan lejano, Egipto se sublevaría y sus hijos correrían gran peligro.

Entonces, con la tenacidad, la seguridad, la pasión de una mujer ambiciosa é inteligente, de una reina habituada á creerse infalible y á imponer á los demás y al mismo Antonio su voluntad, se esforzó en persuadir al triunviro, muy deprimido ya por la edad y la crápula, en volver al mar para retirarse á Egipto. ¡Sería interesantísimo conocer qué medios empleó para persuadirle! Pero las escasas personas que conocieron todos los detalles de estos días decisivos, no pudieron ó no quisieron referirlos. Sólo el resultado de esos esfuerzos nos es conocido: Cleopatra logró persuadir á su amante. Parece que á principios de Julio ya pensaba Antonio en interrumpir la guerra y volver á Egipto sin dar la batalla. Pero no le era posible manifestar abiertamente su intención de entregar Italia á Octavio, de renunciar á restablecer la República, de traicionar á los senadores romanos, que por seguirle habían abandonado á Italia. La sutil Cleopatra ideó entonces un nuevo artificio: el de dar una batalla naval para disfrazar la retirada. Se embarcaría parte del ejército en la flota, se enviaría el resto á guardar los puntos más importantes de Grecia; saldrían como para librar batalla en el mar, y si el enemigo avanzaba, se daría verdaderamente; luego se harían á la vela para Egipto (1). De esta suerte, la mitad por lo menos del ejército, la que se había embarcado, llegaría seguramente á Egipto; si los contingentes de Oriente y las otras legiones se dispersaban una vez abandonadas, el mal no sería muy grave. Por otra par-

(1) Dión, L, 15.

te—las guerras contra Sexto Pompeyo lo habían demostrado muy bien,—las batallas navales, cuando las fuerzas se contrabalancean, casi nunca se terminan con la derrota definitiva de uno ú otro adversario, pues el pánico y la desbandada se producen más difílmente en el mar. Á principios de Julio, según parece, Antonio propuso á los generales y á los grandes personajes de Oriente librar una batalla en el mar. Pero esta proposición inesperada y extraña causó estupefacción en todo el mundo. Domicio Enobarbo, Delio, Amintas, todos, en fin, se preguntaron con inquietud de dónde venía una idea tan fantástica; el mismo Canidio hizo observar que una victoria naval no podía reducir en ningún caso al enemigo á la impotencia; si se quería terminar en seguida la guerra, era necesario conducir pronto el ejército á Macedonia, arrastrar á Octavio hasta allí y dar la batalla (1). Todos se figuraron al momento que esta proposición inesperada también se la había sugerido Cleopatra á Antonio; las discusiones se hicieron más vivas; si no se adivinó en seguida toda la verdad, se transpiró parte de las verdaderas intenciones de Cleopatra, tan absurda era la proposición; vagamente se adivinó que la reina deseaba esta batalla naval para terminar más pronto y volver á Egipto con Antonio, sin dar solución á las graves dificultades políticas que esta guerra debía de dilucidar en Italia; la discordia entre el partido egipcio y el partido romano se exacerbó nuevamente; entre Cleopatra y los personajes romanos, sobre todo entre Cleopatra y Domicio (2), hubo esce-

(1) Plutarco, *Ant.*, 63.
(2) Dión, L, 13.

nas terribles. Parece que en el curso de estas discusiones, Cleopatra hasta llegó á amenazar á Antonio, si es verdad que en cierto momento sospechó él que deseaba envenenarle; ¡dramático desenlace de la célebre novela de amor (1)! Las cosas llegaron al punto de que el mismo Canidio, que había persuadido á Antonio de que llevase consigo á Cleopatra, le aconsejó ahora que enviase la reina á Egipto por mar, si verdaderamente no se sentía con valor para continuar la guerra, pero que no sacrificase á sus temores el ejército y la victoria de una manera tan ridícula. El grupo de hombres eminentes que rodeaba á Antonio se agitó durante algunos días en una tempestad de discordias, de odios, de terribles calumnias; y Antonio, sintiéndose sospechoso á los demás é impotente para restablecer la paz, se vió obligado á ceder y renunciar á presentar la batalla por mar. Aún hizo más: para tranquilizar á los romanos inquietos, recelosos, desconfiados, envió á Delio y Amintas á Tracia, encargándoles de reclutar caballería (2). Esto parecía demostrar bien que deseaba disputar al enemigo la victoria en el Epiro. Pero las discordias no cesaron por esto; al contrario, se envenenaron durante el mes de Julio, hasta el punto de que Domicio Enobarbo, cansado de la insolencia de Cleopatra, y no fiándose ya de Antonio, que en todas las cosas se dejaba dirigir por esta mujer, subió un día en una barca con el pretexto de dar una vuelta por el golfo, ya que su salud se lo demandaba—padecía de fiebres—y se dirigió al campamento de Octavio. Poco tiempo des-

(1) Plinio, XXI, I, 12.
(2) Dión, L, 13.

pués, y sin duda por un motivo análogo, el rey de Paflagonia hizo lo mismo (1). Irritado por estas traiciones, fatigado por estas discordias interminables, Antonio tuvo que recurrir al terror; y, á la primer sospecha de traición, hizo matar al senador Q. Postumio y á un reyezuelo árabe de nombre Jámblico; pero no tardó en espantarse él mismo de estas violencias; tuvo miedo de que Delio y Amintas ya no volviesen; pensó un instante en seguirles, y luego se contentó con llamarles (2).

Pero con estas oscilaciones é incertidumbres pasaba el tiempo; se había llegado á los primeros días de Agosta y nada se había hecho en ninguno de ambos campamentos. Sólo se había empeñado en el mar una escaramuza de poca importancia; Octavio, informado por Domicio y por otros personajes de que Antonio pensaba atacarle con la flota, reunió todos sus barcos en el puerto de Comaro, y en vano esperó de un día á otro el ataque anunciado. Pero, á principios de Agosto, Cleopatra empezó á dar prisa otra vez á Antonio: á sus demás razones se unía ahora el miedo á la malaria. El campamento de Antonio estaba situado en un paraje malsano, y el calor producía enfermedades; la reina, cansada ya de las molestias de la guerra, impaciente por alejarse lo antes posible de este paraje pestilencial, quería acabar de una vez (3). Es probable que Antonio aún resistiese. Las discordias también habían aumentado los peligros de una gestión tan extraña y atrevida. Pero Cleopatra seguía dando prisa, y parece ser que

(1) Plutarco, *Ant.*, 63; Dión, L, 13.
(2) Dión, L, 13.
(3) Id., L, 15.

con el dinero logró que Canidio volviese á secundar sus proyectos. En fin, desesperando quizás, él también, de poder persuadir á Cleopatra para que le acompañase en una expedición al interior de Grecia, y á los personajes romanos para volver á Egipto, decidió hacer un esfuerzo é imponer á su ejército y á sus aliados el proyecto á que había renunciado dos meses antes. Sin consultar á nadie ahora, el 29 de Agosto dió las primeras instrucciones para la batalla naval (1).

Pero esas instrucciones eran demasiado raras y equívocas; no sólo se daba orden á veintidós mil soldados, es decir, á diez legiones probablemente, de embarcarse en los ciento setenta grandes barcos cuyas tripulaciones estaban completas (2), sino que los pilotos recibieron con estupefacción la orden de desplegar á bordo las grandes velas (3), que eran muy pesadas y embarazosas. ¿Por qué razón prevenir las grandes velas para una batalla que había de empeñarse á algunas millas del golfo? Antonio pretendía que deseaba servirse de ellas para perseguir al enemigo; pero esta explicación pareció insuficiente. Aun causó más sorpresa cuando dió orden de quemar los barcos que no se podían conducir á la batalla y una parte de la flota egipcia (4). ¿No era

---

(1) La batalla de Accio se dió el 2 de Septiembre. Véase Dión, LI, 1; *C. I. L.*, I, págs. 324 y 401; Ephem. Epigr., I, 35 y sig. Plutarco, *Ant.*, 65, dice que la batalla se libró *cinco días* después de darse la orden para que se embarcasen los veintidós mil soldados. Por lo tanto, esta orden se dió el 29 de Agosto.

(2) Plutarco, *Ant.*, 64; Orosio, VI, XIX, 9.

(3) Id., *ibid.*, 64.

(4) Id., *ibid.*, 64; Dión, L, 15.

más prudente conservar estos barcos para sustituir á los que padeciesen en la batalla? Todas estas disposiciones eran absurdas ó inútiles si Antonio sólo aspiraba á dar la batalla por mar. Otra vez asaltó á los espíritus avisados la sospecha de que la batalla naval debía de ocultar la retirada á Egipto y el abandono del partido romano. Antonio, viendo que otra vez se sospechaba de sus intenciones, intentó el 30 de Agosto un ataque con algunas cohortes contra el campamento enemigo, para dar á entender que deseaba combatir. El asalto fué naturalmente rechazado (1); pero no era fácil engañar con tales ardides á gente despierta y recelosa, como Delio y Amintas, cuando en el golfo de Ambracia se multiplicaban los indicios á cada instante. Era necesario transportar el tesoro; pero ¿cómo cargarlo en los sesenta navíos egipcios sin revelar al ejército entero el oculto plan de Cleopatra? Unos fieles esclavos trasladaron, pues, durante la noche el tesoro á los barcos (2). Necesitáronse algunos días para realizar el transporte; por fortuna, el tiempo se había vuelto malo, y una violenta tempestad agitaba el mar (3). Se pudo, pues, esperar sin suscitar sospechas. Pero este nocturno transporte del tesoro no debió pasar completamente inadvertido, y los que ya sentían desconfianzas vieron así confirmadas sus sospechas. El 31 de Agosto, probablemente, llegaron á persuadirse Delio y Amintas de que Antonio quería huir, y previendo que esta locura provocaría una terrible catástrofe, se marcharon

---

(1) Orosio, VI, xix, 8: *tertio post pugnam die.*

(2) Dión, L, 15: νύκτωρ... λαθραίως.

(3) Plutarco, *Ant.*, 65.

ambos en busca de Octavio; Delio, solo (1), Amintas con dos mil caballeros gálatas.

Frementes verterunt bis mille equites
Galli canentes Cæsarem (2).

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 59. Plutarco hace partir á Delio mucho antes, si es verdad, como afirma Dión (L, 23), que Delio informó á Octavio de las últimas resoluciones de Antonio. La afirmación de Dión me parece verosímil, pues el 2 de Septiembre, antes de la batalla, Octavio estaba informado seguramente de las intenciones de Antonio, y el día que siguió á la batalla comunicó ya á los soldados la noticia de la fuga de su rival. Tuvo, pues, que ser informado por algún importante personaje del séquito de Antonio que estaba en condición de adivinar el secreto y que debió escaparse en los últimos días que precedieron á la batalla, cuando el plan estaba definitivamente adoptado. Encontrándose en tales condiciones Delio, nos creemos autorizados á suponer un error en Plutarco y á corregir su texto con el de Dión. M. Bouché-Leclercq *(Histoire des Lagides*, II, pág. 300, n. 3) observa que «el proyecto de huir forzando el bloqueo no se improvisó en vísperas de la batalla, y que Delio era bastante íntimo de los jefes para prever que se adoptaría este partido». Pero la objeción no me parece fundada. El proyecto de retirarse á Egipto por mar se discutió sin duda largo tiempo entre Cleopatra y Antonio, pero se ocultó celosamente, sobre todo á los personajes romanos, por las razones que he expuesto en este capítulo y en el apéndice. Al séquito romano se dijo siempre que el propósito era dar la batalla y aplastar al enemigo por mar. No es, pues, extraño que Delio, mucho tiempo dudoso sobre las verdaderas intenciones de Antonio, se decidiese á huir en el último instante, cuando acabó por convencerse de que Antonio quería abandonar la lucha y desentenderse de los importantes intereses del partido romano. Por otra parte, Dión, L, 23, dice que la deserción de Delio y de algunos otros decidió á Antonio á ejecutar su plan; luego es evidente que debió de figurar entre los últimos.

(2) Plutarco, *Ant.*, 63; Horacio, *Epodos*, 9, 17.

Hasta los soldados estaban descontentos de combatir en el mar; pero no dudaban de nada, y, devotos de Antonio, obedecieron (1).

Entre tanto, Delio y Amintas refirieron en el campamento romano lo que ocurría en el de Antonio (2); explicaron cómo habían llegado á creer que Antonio y Cleopatra se preparaban, no á combatir seriamente, sino á retirarse á Egipto. Es fácil imaginarse la emoción que causaron estas noticias. El enemigo que había desplegado tal fuerza armada, y á quien Octavio tanto temía, ¿estaba á punto de entregarle Italia y la república? ¿Era posible esta retirada inverosímil, si ocultaba una emboscada? Ante noticias tan inauditas y dudas tan graves, Octavio no quiso adoptar una resolución por sí sólo, y reunió un consejo de guerra, probablemente el 1.° de Septiembre. Tímido y prudente como siempre, el hijo de César propuso que se dejase el paso libre á Antonio para mostrar así á los soldados y aliados que huía verdaderamente, y Octavio volvería á Accio para invitar al ejército, desanimado por el abandono del general, á pasar bajo sus estandartes. En estas últimas convulsiones de un mundo agonizante, hasta las cosas más trágicas remataban en parodia; pues en parodia se convertía esta guerra terrible, en la que, después de poner en marcha con tanto ruído ejércitos tan poderosos, ambos adversarios se

(1) Plutarco, *Ant.*, 64.

(2) Dión, L, 23, dice *καρά τε ἄλλων καὶ παρὰ τοῦ Δελλίου*. He supuesto que entre los «otros» también estaba Amintas, por la razón que ya he consignado en mi nota precedente; es decir, que en todo este asunto parece haber obrado de concierto con Delio.

amenazaban de lejos, alejándose uno de otro, y preparándose al fin á volverse las espaldas y á huir cada cual por su lado. Pero Agripa, que era mejor general, no estaba muy seguro de que los soldados abandonasen tan fácilmente sus estandartes, y le pareció más cuerdo oponerse al paso de Antonio y darle la batalla. Puesto que Antonio deseaba marcharse á Egipto no combatiría con mucho encarnizamiento: y como de todas maneras se retiraría después de la batalla, le sería fácil — cualquiera que fuese el resultado de la batalla — publicar muy alto en Italia que habían obtenido una gran victoria y que le habían obligado á huir á Egipto (1). En todo caso, siempre sería preciso intentar quitarle los veintidós mil legionarios que había embarcado en la flota. Ninguna batalla había presentado jamás menos riesgos y más ventajas. Habiendo reconocido la justeza de estas razones, Octavio se sometió al consejo de su lugarteniente y ordenó el 1.° de Septiembre á ocho legiones y á cinco cohortes pretorianas (2) que se embarcásen. Por la tarde se calmó el mar; los preparativos parecían terminados. Todo indicaba que el encuentro se efectuaría al día siguiente. Y, en efecto, en la mañana del 2 de Septiembre Agripa se largó sobre el tranquilo Adriático, se apostó para observar á un kilómetro del canal, y dividió su flota en tres escuadras: el ala izquierda bajo su mando, el centro al mando de Lucio Arruncio, el ala derecha al mando de M. Lurio y de Octavio. Hasta mediodía no empezaron á salir del golfo los grandes barcos de Antonio,

(1) Dión, L, 31.
(2) Orosio, VI, XIX, 8.

formaron en línea y se dividieron en otras tres escuadras; en la izquierda, Sossio hizo cara á Lurio; en el centro Marco Insteyo y un tal Marco Octavio hicieron frente á Arruncio, y en la derecha Antonio y L. Gelio hicieron frente á Agripa. Detrás y en el centro formaron los sesenta navíos de Cleopatra mandados por ella misma. ¿Qué habían convenido Antonio y Cleopatra? Lo ignoramos, pero á juzgar por los hechos, es verosímil que la reina, exasperada por las interminables luchas é impaciente por volver de cualquier manera á Egipto, temiendo que cualquier nuevo incidente impidiese partir á Antonio, persuadió en el último momento á este general de voluntad debilitada á huir con ella apenas se levantase viento Norte, que todos los días sopla por la tarde en este mar. Ella daría la señal haciendo avanzar á su flotilla, aunque la batalla estuviese empeñada; Antonio se trasladaría de su navío á un barco con cinco filas de remeros dispuesto exprofeso y la seguiría; Canidio, que conocía su designio, y á quien se confió el resto de las tropas para conducirlas á Grecia y luego á Asia, daría á la flota que quedaba á retaguardia la orden de seguirles. No se trataba más que de preceder en algunas horas al grueso del ejército. Hasta parece que, para estar más segura, Cleopatra colocó en el barco almirante, cerca de Antonio, á Alejo de Laodicea, con el encargo de vencer sus últimas dudas, si en último instante resistía. Sea de esto lo que quiera, tras un momento de parada, la escuadra izquierda de Antonio avanzó hacia el enemigo impulsada por una ligera brisa; Agripa intentó envolverla con su ala derecha; entonces toda la flota de Antonio se destacó y pronto ambas flotas se empeñaron en todo su frente. Como los de Sexto en

la batalla de Milazzo, los cruceros de Octavio evolucionaron fácilmente en torno de los altos navíos de Antonio, cuyos remos y gobernalles pretendían romper; ligeros escapaban á la granizada de piedras y flechas que las máquinas les lanzaban, á los garfios y harpones con que intentaban encadenarlos ó echarlos á pique. Las flechas, las antorchas, las piedras, volaban por el aire; por todas partes se combatía vigorosamente, mientras que Cleopatra, trémula y ansiosa, contemplaba esta batalla insensata, en la que tantos romanos perecían por salvar su reino de Egipto. Siempre fieles á su general, los soldados de Antonio luchaban con bravura; quizás hubiesen vencido, y en todo caso, es seguro que al atardecer se hubiesen podido retirar al puerto, después de infligir al enemigo tantos daños como hubiesen recibido, cuando súbitamente Cleopatra desplegó las velas al soplar el viento esperado, y pasando atrevida entre las flotas combatientes, se dirigió hacia el Peloponeso. Antonio saltó entonces al barco de cinco órdenes de remos, y la siguió (1).

La estupefacción fué grande entre los combatientes; pero en la flota de Antonio advirtieron muy pocos la fuga del general, y la batalla continuó encarnizada, con daños recíprocos, sin resultado definitivo. Al ponerse el sol los barcos de Antonio volvieron solos al golfo, unos tras otros, y, por consecuencia, algo en desorden. Octavio apenas se dió cuenta de lo que había pasado, y temiendo alguna sorpresa ó fuga en las tinieblas, pasó la noche con su flota en el mar y durmiendo á

(1) Dión, L, 31-35; Plutarco, *Ant.*, 65-68.

bordo de su barco (1). Sólo por la mañana invitó á rendirse á la flota y al ejército de Antonio, diciéndoles que su general se había fugado y que, por consecuencia, ya no tenían razón de combatir (2). Mas, aunque el rumor de la desaparición de Antonio había circulado ya por el campamento, aunque ya no se viese al general, los soldados creyeron que Antonio se habría alejado por poco tiempo y por algún grave motivo; estaban persuadidos de que volvería pronto, y así, no sólo fueron rechazadas las proposiciones de Octavio, sino que Canidio ni siquiera osó publicar las instrucciones que Antonio le había dejado de ordenar á la flota que forzase el paso y de marchar á Egipto. En efecto, si el partido egipcio había dominado en la tienda de Antonio, el partido romano disponía del ejército gracias á los oficiales, y esta discordia entre el brazo y la cabeza produjo súbitamente sus terribles efectos. Canidio no se atrevió á decir que el general había huído á Egipto; temió que la indignación sublevase á los soldados ó que el desánimo les quitase energía, y también que no le creyeran (3). Pasó un día; algunos senadores romanos y ciertos príncipes de Oriente entrevieron la verdad y se dieron á la fuga (4); dos días, tres días pasaron; los soldados no respiraban y Canidio no sabía qué hacer; Octavio, desesperando de arrastrar á los soldados á la protesta, pensó un instante en perseguir á Antonio (5).

---

(1) Suetonio, *Aug.*, 17.
(2) Plutarco, *Ant.*, 68.
(3) Id., *ibid.*, 68.
(4) Dión, LI, 1.
(5) Id., LI, 1.

¡Pero estaba ya tan lejos! Cuando al cabo de cuatro, de cinco, de seis días, no se vió reaparecer á Antonio ni se tuvo noticias de él, empezó á quebrantarse la confianza de los soldados; las deserciones de los grandes personajes romanos y de los príncipes de Oriente con sus contingentes se hicieron más numerosas (1). Sin embargo, los legionarios aún no cedieron; creyeron que Antonio volvería pronto en busca de sus fieles soldados. Pero el rumor de su fuga cada vez se confirmaba y divulgaba más; los contingentes de los aliados partían ahora con precipitación, como derrotados; el séptimo día, no sabiendo ya qué hacer, huyó el mismo Canidio. Esta última sacudida separó al fin á los soldados de Antonio de la causa que tan fielmente habían servido hasta entonces. Parte se dispersó en Macedonia y otra parte se rindió con la flota á Octavio (2). Fué el 9 de Septiembre—no el 2,—y cuando diecinueve legiones, más de diez mil jinetes y la flota se hubieron rendido ó cayeron prisioneros, fué entonces cuando Octavio pudo decir verdaderamente que había ganado la batalla de Accio. La ganó sin combatir. Antonio no sucumbió en este duelo supremo por el valor de su adversario ni por sus faltas de estrategia ó de táctica, sino por las contradicciones insolubles de su política de doble cara: egipcia y monárquica en realidad, republicana y romana en apariencia.

(1) Dión, LI, 1.
(2) Plutarco, *Ant.*, 68; Dión, LI, 1.

X

La caída de Egipto.

Ni Antonio ni Octavio comprendieron al principio la gravedad de lo que había ocurrido en Accio. Habiendo marchado contra su voluntad, como hombre que siente que va á cometer una falta irreparable, Antonio se detuvo con Cleopatra tres días después en el cabo Tenaro donde supo las noticias poco precisas que el rumor público había aportado hasta allí. Según esos rumores, su flota se había perdido, pero su ejército permanecía intacto y dispuesto á dar la batalla. Antonio envió en seguida un mensaje á Canidio para decirle que condujese el ejército á Asia, siguiendo el camino de Macedonia (1); mientras que él se hacía á la mar para dirigirse á Alejandría. Por su parte, Octavio, aun tras la rendición de las legiones enemigas, no osó como César después de Farsalia obtener el inmediato partido de su triunfo lanzándose en persecución del enemigo. ¡Antonio había escapado con tanta frecuencia á terribles peligros; y era todavía tan poderoso y admirado! ¿Podía Octavio considerar como definitiva la victoria de Accio,

(1) Plutarco, *Ant.*, 67.

obtenida de tan singular manera, y casi sin combatir? Por otra parte; demasiadas preocupaciones le retenían en Grecia, y sobre todo la falta de dinero, que le obligaba á contraer préstamos entre sus *tribuni militum*. La rendición de las diecinueve legiones de Antonio le ponía en gran compromiso. ¿Con qué dinero iba á pagarlas cuando ni siquiera tenía para las suyas? Entre tanto, las noticias de la batalla naval, de la rendición del ejército, de la fuga de Antonio—estos tres hechos reunidos hacían creer fácilmente en una extraordinaria victoria obtenida por Octavio—se divulgaban por Europa y por Asia, y cambiaban súbitamente el estado de los ánimos. El efecto se sintió primero en Grecia, como era natural. Todas las ciudades que habían adulado antes á Antonio y á Cleopatra se rindieron sin combatir, excepto Corinto, que fué tomada por Agripa (1); y á pesar de la inevitable contribución que se les impuso, erigieron estatuas á Octavio, le decretaron honores (2), realizaron actos de servilismo espiando, denunciando, deteniendo á los partidarios de Antonio. Pero de aquí resultó una nueva dificultad para Octavio. Antonio y sus amigos no fueron declarados enemigos públicos, y el *imperium* atribuído por la *conjuratio* á Octavio sólo se extendía á los italianos y á sus soldados. ¿Cómo, pues, tratar á los vencidos? Octavio se hubiese inclinado por la moderación y la clemencia; pero, des-

(1) Dión, L, 13: ὕστερον... es decir, tras la batalla de Accio, pues se ve en Plutarco, *Ant.*, 67, que, algunos días después de la batalla, Corinto aún estaba en poder de Antonio.

(2) Véanse las inscripciones que, probablemente, pertenecen á esta época: *C. I. G.* (Bœck), 1.069; 2.282; 2.283, *C. I. L.*, III, 7.255, *C. I. G.* (Gr. Sept.), I, 63; 1.863.

pués de la victoria, el partido vencedor, irritado del peligro que había corrido, y los mismos soldados de Antonio, exasperados por la traición de que se creían víctimas, exigieron el castigo de los que se acusaba de haber querido entregar Italia á la reina de Egipto. Octavio se vió obligado por los odios y rencores de los soldados á realizar una nueva matanza (1); pero contra su voluntad, con alternativas de clemencia y de severidad, que frecuentemente hacían depender la vida ó la muerte de un feliz accidente, de un retraso de algunas horas, de cualquier nadería. Sin embargo, el número de las víctimas parece haber sido considerable: entre ellas figuraba el hijo de Curión, el hijo del amigo de César, á quien por esta razón, se le imputó como un crimen que hubiese seguido á su suegro (2). Entre tanto, la noticia de la victoria pasó de Grecia á Asia; la rica provincia, desguarnecida entonces de soldados y sintiéndose ya en poder de Octavio, también se dispuso á honrarle con decretos y estatuas, y á pedirle protección y socorro; buen número de soberanos asiáticos, que se habían retirado del golfo de Ambracia para volver á sus Estados, procuraban ahora entablar gestiones con el vencedor (3). Así, la noticia se difundió y llegó hasta Alejandría, conducida en la segunda mitad de Octubre por el mismo Canidio (4). Animado por este movimiento

---

(1) El elogio de Veleyo, II, 86: *Victoria clementissima* es algo exagerado. Dión, LI, 2, nos dice que hubo numerosos condenados. El pasaje del *Mon. Anc.* I, 14 (Lat.) donde se alude á estos juicios está mutilado.

(2) Dión, LI, 2.

(3) Id., LI, 1.

(4) Plutarco, *Ant.*, 71.

de los espíritus en su favor, Octavio se decidió á licenciar todos los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio, sin otorgarles ninguna recompensa, y en Octubre y Noviembre encargó á Agripa y Mecenas que condujesen á Italia muchas tropas (1). Pero, excepto esta grave decisión, no adoptó ningún partido definitivo y continuó en Grecia, perdiendo el tiempo en hacerse iniciar en los misterios de Eleusis, sin decidirse á cumplir las promesas que había formulado en el momento de la campaña para la *conjuratio*, ni hacer seriamente la guerra contra Antonio y Cleopatra, ni á ponerse otra vez de acuerdo con Antonio.

Pero las dudas del irresoluto defensor las arrastró muy pronto una fuerza á la que ya no podía resistir: la opinión pública de Italia, en la que la batalla de Accio había producido un cambio súbito y completo. Italia había seguido esta lenta guerra con mal humor, mezcla de amargura y de rabia. ¿Después de tantas decepciones, se podría abrigar alguna esperanza? En vez del restablecimiento de la república, tantas veces prometido, existía el espantoso desorden de dos facciones en guerra, sin apariencia de justificación legal; el prestigio de Roma había decaído tanto, que en Oriente recomenzaban las matanzas de italianos; las condiciones económicas de Italia no eran mejores que las condiciones morales y políticas. Italia había sufrido demasiado con este doble gobierno que, durante diez años, la tenía separada de las provincias más ricas y civilizadas de Asia, y costaba gran trabajo rehacer las fortunas; no

(1) Dión, LI, 3.

sólo había agotado todo el imperio el gobierno de los triunviros, pero también la paciencia de Italia, contrayendo deudas con multitud de gente y pagando muy irregularmente á los soldados, á los arrendatarios y á los proveedores. El Tesoro estaba exhausto. Sin embargo, necesitábanse enormes sumas para reorganizar los servicios públicos, que se habían descuidado abominablemente, y el dinero sólo se prestaba á un tanto muy elevado. Todo el mundo estaba exasperado por tal estado de cosas, pero no se advertía ninguna fuerza social bastante poderosa para ponerle término. También era fácil prever que Italia haría recaer todos sus sordos rencores sobre el rival que sucumbiese, como autor de todo el mal; pero quizás nadie había pensado que, después de Accio, Italia entera se alzaría contra Antonio, que, hasta el día de la batalla, había gozado de simpatías mucho más profundas y generales que su rival. Verdaderamente, Antonio había abusado demasiado de su fortuna y de su poder; con su política oriental había herido con excesivo aturdimiento el orgullo nacional y causado gran perjuicio á los intereses de Italia; si casi nadie había osado quejarse á él, si no era con suma discreción, en tanto que pareció ser el más fuerte, apenas la fortuna empezó á abandonarle le impuso la pena de cuanto había hecho: Italia se revolvió contra él con la exasperación de todos sus sentimientos, buenos y malos, que la crisis espantosa de las guerras civiles había sobreexcitado: la necesidad de odiar á alguien como causa de todos sus males, la prisa servil por adular al vencedor, el deseo sincero de reconstituir la unidad del Imperio, de restablecer la república y el prestigio de Roma en el mundo, de volver á las verdaderas

costumbres latinas, la esperanza de que, recobrando su unidad el poder romano, los tributos de Oriente afluirían de nuevo á Italia, haría posible la abolición de los impuestos del triunvirato, la reorganización de los servicios públicos y el retorno de la antigua prosperidad. Todo el mundo reprodujo entonces con indignación las acusaciones que durante mucho tiempo difundían en vano los amigos de Octavio; se sintió horror de las costumbres y de la conducta de Antonio, considerándolas indignas de un romano; se creyó en todas las calumnias divulgadas por sus enemigos sobre él y sobre Cleopatra, sobre sus relaciones, sobre sus intenciones parricidas. Así, el triunviro poderoso y adulado se convirtió en pocos días en un gran traidor á la causa nacional; el mismo Horacio salió al fin de su reserva, y, en el épodo IX, celebró la victoria de Octavio sobre este capitán de esclavos, quejándose de haber asistido al escándalo increíble de soldados romanos obedeciendo á una reina y á viles eunucos, en tanto que los dos mil gálatas de Amintas habían rechazado tan indigna servidumbre. Se decretó en Roma que Octavio celebraría el triunfo, que se le erigiría un arco de honor en Brindisi y un arco de triunfo en el foro, se decretó que el templo del *Divus Julius* se ornaría con los rostros de los barcos capturados, que cada cinco años se celebrarían juegos en recuerdo de la batalla, que el aniversario del nacimiento de Octavio y el día en que se recibió la noticia de la victoria se harían suplicaciones; que á su entrada en Roma, las vestales, el Senado y el pueblo saldrían á su encuentro; que el aniversario del nacimiento de Antonio se consideraría como día nefasto, y que se prohibiría á todos los miembros de la familia de Anto-

nio que ostentasen el nombre de Marco (1). Pero la opinión pública, desencadenada, no se limitó á decretar honores al vencedor y desquites contra los vencidos. Fué más lejos. La conquista y la anexión de Egipto se reclamaron en todas partes como una satisfacción y una venganza necesarias por el ultraje que Cleopatra había infligido á Roma con sus audaces proyectos de fundar á sus expensas un gran imperio en Oriente. Las dudas, los escrúpulos, los temores que durante tanto tiempo habían detenido la política romana á las puertas de Egipto, fueron en un momento arrebatados por la opinión pública desencadenada. Octavio, que hacía algún tiempo buscaba una ocasión para conquistar definitivamente la popularidad, tras la cual en vano había suspirado hasta entonces, acabó por comprender que había llegado el momento de la conquista de Egipto: el aplastar á Cleopatra y Antonio sería la gran hazaña que haría de él el más envidiado de los romanos, y ya no dudó. Arrastrado por el formidable impulso de la opinión pública, salió de su incertidumbre y, hacia fines del año, se dirigió á Asia para pasar en ella el invierno y preparar la conquista de Egipto.

Con estas dudas Octavio había dado á Antonio el tiempo necesario para reaccionar y reorganizar una defensa. El poder de Antonio parecía un soberbio edificio al que un temblor de tierra cuartea súbitamente, pero

(1) Dión, LI, 19. En este capítulo enumera todos los honores decretados durante los dos años que siguieron á la batalla de Accio. Por el carácter mismo de los honores, me parece que los que enumera como decretados antes de la muerte de Antonio, lo fueron — todos ó casi todos — al recibirse la noticia de la batalla.

que no destruye. El edificio aún estaba en pie. Á pesar de todo, Antonio tenía once legiones, una flota, un tesoro, esperanzas y, sobre todo, tiempo. Si Antonio hubiese podido desplegar la misma energía que tras la derrota de Módena, quizás lograse salvarse todavía. Pero las circunstancias, á las que Antonio tanto tiempo había violentado, comenzaban á vengarse; las contradicciones en que se había aventurado con tan soberbia despreocupación durante los años felices, comenzaban á producir sus funestos efectos. Ya no ejercía sobre los soldados, sobre los oficiales y sobre la corte el prestigio de un procónsul romano ni la autoridad de un rey de Egipto; convertido en un personaje ambiguo, empequeñecido por la edad y por la crápula, ya no podía obrar con vigor; en Alejandría, á su alrededor, Cleopatra, los funcionarios de la corte, los libertos, sus amigos romanos, los oficiales de sus legiones, todos estaban llenos de espanto, inseguros, agitados, irresolutos. Herodes había acudido á Alejandría, había celebrado largas entrevistas con Antonio y le había dado un consejo atroz, pero excelente: el de matar á Cleopatra, anexionar Egipto al imperio de Roma y dar así un mentís á sus enemigos, que le acusaban de traicionar á la república en provecho de la reina de Egipto. Entonces hubiese reconquistado la admiración de Italia; Octavio se vería obligado á suspender la guerra y á suscribir un acuerdo con él (1). Pero Antonio no tuvo el valor de seguir este consejo; permaneció fiel á Cleopatra y se ocupó con ella en defender á Egipto, pero sin responder á ningún plan definitivo, adoptando de un día á otro las disposiciones

(1) Josefo, *A. J.* XV, VI, 6.

más contradictorias, llevando de frente, con prisa febril, tres ó cuatro proyectos á la vez, imaginando los planes más extravagantes é introduciendo así gran desorden en las cosas é inspirando sospechas en los que aún tenían confianza en Antonio y en Cleopatra. Todos, en fin, empezaban á darse cuenta de la extraña conducta de esta pareja. ¿Era rey y reina? ¿Marido y mujer? Para luchar contra la oposición, hecha más viva desde la derrota y para aumentar el tesoro de la guerra, condenaron á muerte á los personajes más ricos y contrarios á Cleopatra; saquearon los templos más ricos y trasladaron el oro y la plata al palacio real; declararon mayores de edad á Cesarión y á Antilo, el hijo de Antonio y de Fulvia, para designarlos reyes y reavivar el sentimiento dinástico del pueblo egipcio, que ahora les parecía imposible acalorar en favor de Antonio y de Cleopatra; pusiéronse á construir barcos en Alejandría y en el mar Rojo, para prepararse á huir con su tesoro—unos dicen que á la India, otros que á España; reclutaron soldados en diferentes regiones y enviaron embajadas á reyes y soberanos para fortificar sus antiguas alianzas (1). Pero no se decidieron á concentrar en Egipto todas sus fuerzas, las cuatro legiones de Cirene y las tres de Siria, que se dejaron donde estaban, por miedo de que estos países también se pasasen al enemigo, y que desapareciese así la última apariencia del grande imperio egipcio, al que no quería renunciar Cleopatra.

Así es que el invierno del año 31 al 30 interrumpió la navegación, sin que la guerra entre Egipto y Roma hubiese comenzado. Marco Licinio Craso, hijo del triun-

(1) Dión, LI, 5-6; Plutarco, *Ant.*, 69.

viro, era uno de los cónsules designados para aquel año. Las grandes fiestas recomenzaron como de ordinario en Alejandría; Cleopatra y la corte procuraron tranquilizar así al pueblo (1). Pero el desánimo era profundo; los esfuerzos febriles de Cleopatra y su actividad incoherente no hacían más que aumentar la confusión. Este estado de cosas se revelaba hasta en los lúgubres caprichos de la frívola juventud de la corte que, como si en medio de estas fiestas tuviese el presentimiento de la próxima caída, había abandonado el nombre de «Sociedad de los Inimitables» por el de los «Asociados de la Muerte» (2). El mismo Antonio sentía celos de actividad, durante los cuales se ocupaba en las fiestas y en los preparativos militares, luego períodos de decadencia y de pereza, durante los cuales se encerraba en lugares solitarios, sin ocuparse en nada (3).

Durante este tiempo Octavio continuaba entre Samos y las ciudades asiáticas de la costa (4) juzgando á los prisioneros, arreglando los negocios de las provincias de Asia, que consideraba ahora como suyas, y preparando la guerra de Egipto para dar satisfacción á Italia. Concedió su perdón á Cayo Sossio, gracias á Lucio Arruncio, que intercedió por él (5). Amintas y Arquelao recibieron la recompensa que habían merecido por haber pasado á tiempo del lado del vencedor; pero los otros principillos que habían sostenido á An-

---

(1) Plutarco, *Ant.*, 71.
(2) Id., *ibid.*, 71.
(3) Id., *ibid.*, 69.
(4) Dión, LI, 4; Suetonio, *Aug.*, 17.
(5) Veleyo, II, 86.

tonio fueron todos desposeídos (1). Italia los consideró como culpables de lesa majestad respecto á Roma, y era preciso que fuesen castigados. Pero, mientras que Octavio adoptaba estas medidas, llegó á Asia—hacia el 1.° de Enero del año 30—un barquito que había osado surcar el mar durante esos meses de invierno en que los marinos solían permanecer en el hogar doméstico, en sus casitas de las ciudades marítimas. ¿Qué urgente necesidad impulsaba á este barco al través del mar desierto y tempestuoso? Conducía cartas de Agripa y de Mecenas advirtiendo á Octavio que los soldados licenciados sin recompensa llenaban á Italia de tumultos y amenazaban con mayores desórdenes si no se les trataba como á sus compañeros de armas licenciados antes que ellos; Agripa no había logrado calmarlos, y era necesario que el mismo Octavio volviese sin tardanza (2). Fué éste, seguramente, el último gran terror de Octavio. El peligro era grandísimo: si Antonio sabía esta noticia, recobraría valor, enviaría agentes á Italia para alistar á los veteranos desesperados. Antonio y Cleopatra disponían del tesoro de los Lagidas, último recurso, pero formidable, ante un ejército amotinado por no pagarle. Sin perder un instante, comprendiendo que el momento era decisivo, Octavio expidió un barco con una carta en la que ordenaba que fuese á Brindisi el mayor número posible de veteranos; y poco después se embarcó él mismo para hacer la travesía de invierno, considerada entonces como uno de los viajes más temerarios. En efecto, naufragó por

(1) Dión, LI, 2.

(2) Suetonio, *Aug.*, 17; Plutarco, *Ant.*, 73; Dión, LI, 4.

dos veces y llegó hacia fines de Enero (1) á Brindisi, donde le esperaba infinito número de senadores, de caballeros, de pobres vergonzantes venidos de todas partes para rendirle homenaje y ayudarle en una empresa que era bastante difícil (2). Pronto comprendió que era preciso ceder y dar tierras y dinero á los veteranos; ¿pero, cómo, si estaba completamente desprovisto de él? No quería ni podía recurrir á nuevas confiscaciones, ahora que á su alrededor tantos antiguos revolucionarios satisfechos se habían hecho conservadores y amigos del orden. Por otra parte, era necesario concluir con rapidez para regresar á Asia antes de que las noticias comenzasen á circular con los barcos, de suerte que los disturbios se hubiesen ya calmado cuando Antonio tuviese conocimiento de ellos. Prometió dinero á todo el mundo; resolvió comprar á los municipios de Italia gran parte de sus propiedades, que constituían lo que llamaríamos hoy bienes comunales, y quitar sus tierras á las ciudades que no habían tomado parte en la *conjuratio* (eran aquéllas en que habían fundado colonias los soldados de Antonio), dando en cambio á los propietarios desposeídos otras tierras en las ciudades casi abandonadas y fuera de Italia, como Dirraquio y Filipos. Los tesoros de los Lagidas debían servir para dar cumplimiento á estas promesas y pagar todas las tierras. Sin embargo, como los soldados habían sido engañados

(1) Dión, LI, 5, nos dice que Antonio fué informado simultáneamente del viaje de Octavio á Italia y de su regreso; esto quiere decir que estuvo de vuelta poco tiempo después de recomenzar la navegación, el 5 de Marzo. Como Octavio estuvo un mes en Italia, tuvo que llegar á Brindisi hacia fines de Enero.

(2) Dión, LI, 4.

con demasiada frecuencia haciéndoseles falaces promesas, quiso exhortarles á tener paciencia, dándoles una prueba de sus honradas intenciones: les distribuyó algún dinero á cuenta tomándolo abundantemente en su fortuna y en la de sus amigos: llegó hasta poner en venta sus tierras de Italia, sin que, por otra parte, nadie se presentase á comprarlas (1).

Luego, á fines de Febrero regresó á Asia, y para llegar más pronto, en vez de costear á Grecia, atravesó el istmo de Corinto, haciendo transportar sus barcos en carros (2). Así logró estar de vuelta en Asia poco tiempo después de reanudarse la navegación y demasiado pronto para que Antonio pudiese sacar sólo un provecho insignificante de las noticias que le llegaron á la vez, ó con escaso intervalo (3). En seguida se ocupó en la guerra de Egipto, estando tan decidido como inseguro su adversario, sintiéndose ahora ayudado y empujado hacia su objetivo por los votos de Italia, por su deseo de conquistar el favor público y por la necesidad. La conquista de Egipto se imponía al presente por razones financieras más aún que por razones políticas. En efecto, era la única manera de impedir la terrible bancarrota de Octavio y de su partido, que hubiese implicado la bancarrota de la república y de media Italia. Octavio sólo había calmado las nuevas protestas de las legiones contrayendo una nueva deuda, más enorme que las anteriores, con las ciudades de Italia, cuyas tierras las tomaban sus agentes prometiendo pagarlas, con

(1) Dión, LI, 4.
(2) Id., LI, 5.
(3) Id., LI, 5.

los veteranos que se resignaban á volver á sus casas con las manos vacías, pero contando formalmente con las promesas de Octavio. Y esta deuda al menos, era preciso pagarla lo antes posible, si no se quería desencadenar sobre Italia una verdadera disolución social. En tales condiciones, si Antonio, vencido á medias, se obstinaba en defender á Cleopatra, á Egipto y sus tesoros contra el general que se acercaba para pagar con éstos las deudas de Italia, estaría seguramente perdido. Por tal razón, el consejo dado por Herodes era bueno. Pero los rumores que circularon en la primavera del año 30 debían causar en Octavio terribles alarmas; decíase que Cleopatra quería salvar sus tesoros enviándolos por el mar Rojo; los había reunido—decíase también—en la gran tumba que se había hecho erigir cerca del templo de Isis para quemarlos todos si Alejandría era tomada (1). Octavio había ordenado á Cornelio Galo que se dirigiese sobre Cirene, y él mismo marchó sobre Siria; pero no bastaba vencer, necesitábase no perder el premio de la victoria, cosa más difícil quizás que vencer á Antonio, quien, en las continuas oscilaciones de la corte de Alejandría nada podía hacer ya de coherente ni vigoroso. En África, las cuatro legiones de Cirene, abandonadas á sí mismas, perdida la confianza en Antonio, y no sintiéndose ya mandadas, se rindieron sin combatir, y Cornelio Galo las incorporó á las suyas y pudo marchar sobre Paretonio y apoderarse de él (2).

---

(1) Dión, LI, 6; Plutarco, *Ant.*, 69.

(2) Dión, LI, 9; Orosio, VI, XIX, 15; Plutarco, *Ant.*, 69. Plutarco equivoca la fecha, pues este hecho tuvo seguramente lugar en el año 30, como puede verse en Dión y en Orosio.

En Asia, Herodes, perdida su confianza en la causa de Antonio, que se obstinaba en no abandonar á Cleopatra, salió al encuentro de Octavio en Rodas, y, con hermosos discursos y grandes presentes en dinero, la oferta de ayudarle y de proveerle de víveres en la próxima guerra, logró conservar su reino (1). Siria también cayó fácilmente en poder de Octavio, pues el gobernador Didio pasó á su servicio, y queriendo demostrar su celo persuadió á los árabes para que quemasen la flota que Cleopatra estaba construyendo en el mar Rojo para transportar sus tesoros (2). Sin embargo, en este mismo momento comenzaron extrañas gestiones. Al saber Antonio que le había traicionado el ejército de Cirene quiso matarse; luego recobró valor y quiso ir á Paretonio para atraerse á sus soldados; pero después de haber enviado embajadas á Octavio para proponerle la paz, le ofreció presentes. Era éste un ardid para ganar tiempo y evitar la guerra antes de volver á Alejandría (3). Entre tanto, Cleopatra también expedía embajadas del mismo género, y Octavio, en vez de responder claramente, envió á uno de sus libertos, Tirsio, con el encargo de hacer comprender á Cleopatra que se había enamorado de ella, y que estaba dispuesto á entregarle Egipto si consentía en hacer sucumbir á Antonio (4). Á pesar de la cólera que contra él se sentía en Italia, Antonio no era uno de esos senadores vulgares que

(1) Josefo, *A. J.*, XV, VI, 6 y sig.

(2) Dión, LI, 7.

(3) Dión, LI, 8; Plutarco, *Ant.*, 72. Los textos respecto á estas embajadas son muy confusos. Según Plutarco se enviaron durante el otoño del año 31, pero esto es poco verosímil.

(4) Plutarco, *Ant.*, 73; Dión, LI, 8.

diariamente se entregaban á los soldados para que los degollasen; sería preferible que desapareciese, como Pompeyo, y sin que Octavio fuese el autor de su muerte. Es probable, pues, que Octavio contase con engañar á Cleopatra, hacerle matar á Antonio y encontrar intactos en Alejandría los tesoros de Egipto; entonces podría erigirse en vengador de Antonio y condenar á muerte á Cleopatra para vengar su crimen. Así, no tardó en empeñarse entre Octavio, Antonio y Cleopatra una lucha de ardides y mentiras para engañarse y traicionarse mutuamente. Mientras que Antonio combatía en Paretonio, donde, en vez de atraerse á los soldados, perdía parte de sus barcos, Cleopatra prestaba oídos á las pérfidas mentiras de Octavio; viendo desquiciarse su imperio, confiaba al menos en conservar á Egipto traicionando á Antonio y entregándose á Octavio. Á su regreso de Paretonio numerosos indicios hicieron sospechar á Antonio el cambio que se había producido en Cleopatra; pero al principio fué bastante hábil para aquietar las aprensiones del incauto romano. Un suceso gravísimo vino algún tiempo después á despertar sus sospechas; llegado á Pelusa, Octavio se apoderó de la ciudad casi sin combatir. Pero también ahora supo tranquilizarle Cleopatra (1), y, como Octavio se acercaba, fingió ayudarle, mediante edictos belicosísimos, á organizar la defensa de Alejandría. Este fué el postrer esfuerzo. La historia y los episodios de la defensa de Alejandría se han referido de una manera tan confusa por los historiadores de la antigüedad, que es imposible saber lo ocurrido; sólo una cosa es cierta, que el 1.° de

(1) Plutarco, *Ant.*, 74.

Agosto debió de librarse una gran batalla cerca de Alejandría; que las tropas y la flota de Antonio le traicionaron en el último instante, obedeciendo, según parece, á órdenes secretas de Cleopatra; que la reina, temiendo la cólera del hombre que había traicionado, se refugió en su tumba, y, en fin, que Antonio se dió la muerte considerando perdida su causa. El mismo día entró Octavio en Alejandría acompañado de su maestro, el alejandrino Dídimo Areo (1). La victoria aún estuvo seguida de una matanza, la última, felizmente, de esta sangrienta historia. Octavio hizo matar á Cesarión, á Antilo, el primogénito de Antonio y de Fulvia, que ya había conocido los honores reales; hizo matar á Canidio, que conocía el secreto de la victoria de Accio, á Casio Parmense, el último de los conjurados que aún vivía, y á Q. Ovinio, el senador que había aceptado el cargo de director de las manufacturas reales de tejidos en Alejandría (2).

Así murió el último y más célebre de los generales de César. La posteridad, siempre implacable con los vencidos, le ha juzgado harto severamente. Á pesar de sus numerosos defectos, no obstante los graves errores que cometió, Marco Antonio tiene el derecho de ser considerado como el verdadero heredero y continuador de César. Conoció los últimos pensamientos del dictador; tuvo en su poder los papeles más importantes, é intentó realizar los proyectos que César concibió hacia el término de su vida, lanzando á Roma contra Oriente y la civilización asiática, y procurando emplear

(1) Orosio, VI, XIX, 16; Dión, LI, 10; Plutarco, *Ant.*, 75-80.
(2) Id., VI, XIX, 20; Plutarco, *Ant.*, 81.

las fuerzas de Italia en fundar una gran monarquía, semejante á la de los sucesores de Alejandro. No es dudoso de que con su temperamento desigual y sensual, su espíritu poderoso, pero inconsecuente, y la incoherencia, que hacía estériles todos sus actos, malogró, en parte, el programa de César. Mas, puesto que la tentativa oriental y monárquica fracasó dos veces, lo mismo con César que con Antonio, sería temerario, por lo menos, el decir que fué esto el resultado de un simple accidente. Si Antonio no era hombre de tan vasta inteligencia como César, tuvo que vencer obstáculos no menos grandes: ya no tenía en frente á una poderosa aristocracia republicana, sino á un obscuro mundo político, sin autoridad, fácil de conducir, incapaz de sacrificarse por la idea republicana, como habían hecho las más grandes familas romanas, desde los idus de Marzo hasta la batalla de Filipos. Y, sin embargo, el temor de una dominación egipcia, explotado por Octavio, espantó á Italia hasta el punto de que en Accio, el adversario de Antonio triunfó casi sin combatir. El fracaso, pues, de César y de Antonio no es solamente imputable á las faltas, á las aventuras, á las debilidades de los hombres que intentaron esta revolución, sino también á que esta empresa no estaba en sazón, y á que la fuerza de un hombre, por grande que fuese, no podía vencer en algunos años las resistencias que se oponían á la realización de este plan. El desastre de la política de Antonio implicó la caída de Egipto. Cleopatra procuró al principio obtener desde su refugio mejores condiciones, amenazando con quemar sus tesoros. Octavio logró que volviese al palacio real, quitándole todos los medios de atentar contra su vida; la tuvo en

prisión y la entretuvo con promesas ambiguas, esperando embarcarla de improviso y conducirla á Roma para su triunfo. Pero Cleopatra desconfió, y si consintió en vivir mientras tuvo esperanzas de salvar algo de su poder, tuvo el valor de darse la muerte cuando se persuadió de que el vencedor la destinaba á su triunfo. Un dia se la encontró en su lecho, adornada con su más suntuoso traje real, dormida para siempre, entre un esclavo muerto y otro agonizante. Jamás se ha sabido como se mató. Dícese que se hizo morder en el brazo por unos áspides venenosos que la enviaron en una cesta de frutas, y esta ha sido la versión más acreditada (1).

Con ella desapareció el último resto del imperio de Alejandro, el antiguo y glorioso reino de los Ptolomeos. Después de Pérgamo, después de Antioquía, Alejandría también caía. La política mundial romana, comenzada al terminar la segunda guerra púnica acababa de obtener su último gran triunfo: al cabo de ciento setenta años la perla egipcia quedaba montada en el anillo mediterráneo. El país no fué tratado duramente; al contrario, el vencedor se consagró á no herir el orgullo nacional, y tuvo en cuenta la tradición dinástica secular á que el pueblo aún permanecía tan afecta; el país de los Faraones no fué reducido á provincia romana. Imitando, pero en forma más razonable, la política de Antonio, mientras anunciaba á Roma que había conquis-

(1) Orosio, VII, XIX, 18; Dión, LI, 11-14; Plutarco, *Ant.*, 82-86.— Los lectores que deseen conocer en todos los detalles la historia de los últimos días de Antonio y de Cleopatra, pueden leer la soberbia narración de M. Bouché-Leclercq, *Histoire des Lagides*, II, páginas 315-344. Estas páginas son una obra maestra de crítica y de narración histórica.

tado á Egipto para ella, Octavio fingió ser él mismo el nuevo rey de Egipto y el sucesor de la extinguida dinastía. Para gobernar al país nombró, no á un propretor, ni á un procónsul, sino á un prefecto, que debía ser su representante y parecerse más á un gobernador asiático que á un procónsul romano (1). El primero fué Cneo Cornelio Galo, el gran amigo de Virgilio. Pero todos los ciudadanos tuvieron que pagar un impuesto del sexto de sus bienes, y, con diferentes pretextos, se arrancaron otras sumas á los ricos; el inmenso tesoro de los Lagidas, la maravillosa colección de objetos de oro y de plata artísticamente trabajados y cincelados; todo el museo formado en dos siglos por los innumerables Cellini de Oriente, se arrojó brutalmente en los hornos para fundirlo todo y transformarlo en monedas (2). De estos tesoros de los Ptolomeos recibieron inmediatamente los oficiales considerables cantidades en recompensa, se pagó á los soldados, y en pocos días amasaron grandes fortunas los que rodeaban á Augusto (3).

> Nunc est bibendum, nunc pede libero
> Pulsanda tellus...

cantaba alegremente Horacio, completamente convertido ahora, y tan lleno de admiración por Octavio, que, para gloria del vencedor, accedió á poner en verso la absurda leyenda de Cleopatra y á mostrar á la reina que

---

(1) Véase *Mon. Anc.*, V, 24 (lat.), donde Augusto dice que habría podido «*Armeniam majorem facere provinciam...*», pero añade, al contrario: *Ægyptum imperio populi romani adjeci.*

(2) Suetonio, *Aug.*, 71.

(3) Dión, LI, 17.

Capitolio
... dementes ruinas
Funus et imperio parabat
Contaminato cum grege turpium
Morbo vivorum...

La batalla de Accio, si no había salvado á Roma y su poder, había salvado al menos su pequeña *villa* de la Sabina, donde en adelante podría escribir en paz sus odas y epístolas. Sin que jamás hubiese estado verdaderamente amenazada de las cadenas egipcias, Italia se eximía de la bancarrota. Así se vió caer un diluvio de honores sobre la cabeza del dichoso vencedor: el aniversario de su nacimiento y el de la toma de Alejandría se declararon días de fiesta; se le decretó un segundo triunfo; se aprobó por juramento todos los actos que realizó hasta esta época; se le concedió el derecho de juzgar todas las causas en apelación y de decidir con su voto cuando hubiese empate de sufragios; se le concederían otros privilegios de los tribunos, sin que sepamos cuáles fuesen; en fin, se acordó que las treinta y cinco tribus le ofrecerían mil libras de oro cada una (1). Extraño celo animaba á Italia; olvidábase todo el pasado de Octavio, y el hijo de César era objeto de general admiración; la victoria le había engrandecido prodigiosamente, como antes á Sila y á César, en esta república aristocrática, envejecida y degenerada por el espíritu mercantil y la política democrática. ¿Quién hubiese osado ahora oponerse al hombre que estaba al frente de todos los ejércitos y que disponía de los tesoros de Cleopatra? Esta popularidad y poder

(1) Dión, LI, 19; *Mon. Anc.*, IV, 25 y siguientes.

permitían á Octavio hacer lo que quisiese, y se aprovechó de ellos para convertirse en el hombre más rico del mundo apoderándose audazmente para él y para sus amigos de la fortuna privada de los reyes de Egipto, que se componía de infinito número de campos cultivados, de plantaciones de palmeras, de criaderos de peces, de minas y rentas consistentes en ciertos impuestos sobre las ceremonias religiosas. El sobrino del usurero de Velletri se apoderó, como sucesor de los Lagidas, de su inmensa fortuna; distribuyó parte entre sus amigos, dando, por ejemplo, una gran propiedad á Mecenas; y para la parte que se reservó, conservó en Egipto al administrador real de los dominios, al Idiólogos; le hizo administrador de los bienes que ahora le pertenecían, colocándole cerca del gobernador y encargándole de enviar todos los años á Roma las rentas de los campos, de las minas, de los impuestos religiosos, que en los últimos tiempos de la monarquía egipcia, y á pesar del desorden de la decadencia de Egipto, aún se elevaban á seis mil talentos, esto es, unos veinticinco millones de francos (1). Después de haber saqueado el tesoro de los Lagidas, la partida de aventureros romanos se lanzó sobre los bienes de la corona, y de la noche á la mañana creáronse otras fortunas. Luego volvió Octavio por el mismo camino que había ido, dando órdenes por todas partes, adoptando medidas, recibiendo homenajes, obrando, en fin, como verdadero soberano del imperio. Dió á Artajerjes, que era ya rey de la Media Atropatena, la pequeña Armenia; á Herodes, Samaria, es decir,

(1) Estrabón, XVII, 1, 12 (797). Véase sobre este punto á Rostowzew, *Filol.*, vol. LVII y sigs., 564 y sigs.

la costa de Siria desde los confines de Egipto hasta Tiro; reconoció á Cleón príncipe de Cumana, en el Ponto; acogió amistosamente á Tirídates, que reclamaba el trono de los partos, queriendo mostrar á Italia que se proponía conducir á buen término la empresa en que Antonio había fracasado (1). Además, hizo reemplazar en los templos de Oriente muchas estatuas erigidas por Antonio y Cleopatra (2), y como algunas ciudades, entre ellas Nicomedia y Pérgamo, solicitaban autorización de elevarle templos como á sus antiguos soberanos, accedió; pero á condición de que se dedicasen á Roma y á él (3).

Así terminó Octavio en Oriente el año 30 y comenzó el 29. En la primavera volvió á Italia, donde hacia fines del año 30, el hijo de Lépido había querido provocar una insurrección. Mecenas no tuvo que esforzarse mucho para reprimirla (4). Italia sentía ahora ardiente admiración por el hombre que volvía al frente de tantos barcos cargados de oro, acompañado por el brillante cortejo de jefes y generales que, habiendo marchado pobres, traían de Egipto los ricos despojos de los Ptolomeos. Cada momento se le decretaban nuevos honores; su nombre iba á figurar en el *carmen saliare;* las sacerdotisas rogarían por él en las oraciones públicas; en todos los banquetes públicos y privados se harían libaciones en su honor (5). Al fin,

(1) Dión, LI, 18; *Mon. Anc.*, V, 54.
(2) *Mon. Anc.*, IV, 49.
(3) Dión, LI, 20.
(4) Veleyo, II, 88.
(5) *Mon. Anc.*, II, 21.

llegó á Italia donde fué acogido con inmenso entusiasmo; para curarse una laringitis, que sin duda contrajo durante la guerra, se detuvo algún tiempo en Atella, donde Virgilio salió á su encuentro, y durante cuatro días le leyó las Geórgicas, que ya estaban terminadas (1) y le manifestó también su deseo de recordar sus altos hechos en un poema (2). Los triunfos consecutivos que se celebraron los días 13, 14 y 15 de Agosto del año 29 (3), fueron solemnísimos, y maravillosas fueron las fiestas dadas en la segunda mitad de Agosto para inaugurar los monumentos que simbolizaban la definitiva victoria de César entre tantas guerras civiles, el templo del *Divus Julius* inaugurado el 18 de Agosto (4), luego la *Curia Julia*, con el santuario de Minerva y el *Ara Victoriæ* en la *Curia Julia* (5). Toda Italia estaba llena de alegría y entusiasmo; este dichoso y postrer superviviente de tantos hombres ilustres como habían luchado para dominar al mundo romano parecía haber adquirido definitivamente la herencia de Alejandro y de Roma. Á su desmesurada grandeza y á la exaltación de algunos amigos suyos parece haber tendido el esfuerzo de dos siglos de guerras y conquistas en el mundo inmenso, devastado, afligido, descorazonado.

---

(1) Donato, pág. 61, *R.*

(2) Virgilio, *Geórg.*, III, 46.

(3) Dión, LI, 21; Livio, Ep. 133; Suetonio, *Aug.*, 22. Las fechas de estos tres días se han obtenido según lo dicho por estos historiadores y las indicaciones dadas por las *Tabulæ barberinianæ* (*C. I. L.*, I, pág. 478) y los *Fasti Antiatini* (*C. I. L.*, X, 6638).

(4) *C. I. L.*, I, pág. 599; Dión, LI, 22.

(5) Dión, LI, 22.

XI

Restablecimiento de la República.

Al contrario, Octavio pensaba ahora en abandonar la política, é imitar, no el ejemplo de César, sino el de Sila (1). Nos lo asegura un escritor antiguo bastante serio, y no encuentro ninguna razón grave para poner en duda su testimonio.

Apenas vuelto á Italia, Octavio se puso á gastar los tesoros de Cleopatra. Con notable actividad anuló todos los créditos del Estado, es decir, no sólo los impuestos atrasados, pero también los créditos privados de los caballeros proscritos en el año 43 y que el Estado había confiscado; en fin, dió un valor legal á la abolición de las deudas, que ya lo tenía en realidad; extinguió todas sus deudas y las de la República (2); co-

---

(1) Suetonio, *Aug.*, 28. *De reddenda republica bis cogitavit: primo post oppressum statim Antonium*... Es este un informe del más alto valor, por dárnoslo Suetonio, historiador escrupulosísimo, y á la vez porque no hay razón para ponerlo en duda. Ha sido un error el desdeñarlo con el pretexto de que estaba en contradicción con la tradición que hace de Octavio el ambicioso fundador de la monarquía absoluta.

(2) Dión, LI, 21.

menzó á pagar á los municipios las tierras compradas el año precedente, y les distribuyó en especies sonantes una suma superior quizás á 300 millones de sestercios (1); distribuyó 400 por cabeza á todos los plebeyos, que se elevaban á más de 250.000 (2); 1.000 á cada uno de los 120.000 veteranos á quienes había dado colonias (3). En este número estaban comprendidos los 6.000 ó 7.000 veteranos de César licenciados después de la batalla de Filipos, los 20.000 legionarios enviados á sus casas tras la guerra de Sicilia, y los 90.000 hombres de las 37 legiones que habían estado con él ó con Antonio recientemente licenciados, habiendo decidido reducir á 23 legiones todo el ejército del imrio (4). Así pudo salvar á Italia de la bancarrota que la amenazó durante tanto tiempo, haciendo circular nuevo dinero y bajando el interés (5). Pero Octavio sabía muy bien que una misión mucho más pesada que la de evitar la bancarrota de la nación iba á incumbir al futuro jefe de la república. Tendría que reorganizar un gobierno capaz de asegurar el orden, la paz, la prospe-

---

(1) *Mon. Anc.*, III, 22. Como Augusto cuenta 600 millones de sestercios para las tierras que compró este año y para las que compró en el año 14, he supuesto que más de la mitad de la suma se gastó en este momento.

(2) *Idem*, III, 8 y sig.

(3) *Idem*, III, 17.

(4) Mommsen, *Res Gestae*, *D. A.*, III, 46-50, cree que, tras la batalla de Accio, Octavio redujo á 18 el número de sus legiones. Pero Robert, *Comptes rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles-Lettres*. 1868, págs. 93 y sig., y Pfitzner, *Geschichte der Romischen Kaiserlegionen*, *Leipzig*, 1881, págs. 14 y sig., me parece haber demostrado que las legiones fueron 23 desde el principio.

(5) Dión, LI, 21; Suetonio, *Aug.*, 41.

ridad en Italia y en las provincias. Las fiestas que se celebraban en su honor, los poderes que se le querían conceder, no significaban otra cosa que la general aspiración de Italia á un gobierno fuerte y sabio, cuyo creador lo encontraba la gente en Octavio. Ahora bien, cualquiera que fuese en este momento la opinión popular en lo tocante á su energía y su genio, ¿sería extraño, absurdo, imposible que Octavio hubiese sentido dudas y hasta miedo ante esta misión? Un historiador que conozca bien al personaje y á la época no dudaría en admitir esto. Si Octavio hubiese sido, como César y como Alejandro, un grande hombre de acción, hubiese podido concebir en este momento las más vastas ambiciones; considerar lo que ya había adquirido en poder, en gloria y en grandeza, sólo como el principio de una carrera destinada á deslumbrar al mundo. Pero Octavio era un «intelectual» que se parecía más á Bruto y á Cicerón que á César: un calculador frío y prudente, que no estaba atormentado por ambiciones desmesuradas, ó por una sed demasiado ardiente de placeres; un trabajador paciente, un cuerdo administrador, cuya fuerza radicaba mucho más en la sutileza, en la lucidez, en la precisión de la inteligencia, que en la grandeza de la imaginación ó en la energía ambiciosa. Su salud se hizo tan precaria, que ni siquiera pudo soportar la fatiga de las fiestas que se dieron para celebrar sus victorias, pues durante ellas cayó enfermo varias veces (1). Precozmente viejo á los treinta y cinco años, enfermizo, nervioso, saciado de riquezas, de gloria, de poder, Octavio veía que le ofrecían un poder que exigía só-

(1) Dión, LI, 22; LIII, 1.

lida salud, gran energía, casi ilimitada confianza en sí mismo.

¿Por qué no había de sentir—un instante al menos—la idea de rechazar ese poder? La misión era terriblemente ruda. Los historiadores modernos pueden simplificarla cuanto quieran diciendo que la república estaba muerta, y que después de Accio, el imperio debía de caer necesariamente bajo la dominación de un solo amo que lo gobernase á su gusto. Pero Octavio, que había de resolverlas, veía las inmensas dificultades de la situación mucho mejor que sus historiadores veinte siglos después. La organización del poder supremo es, sin duda, uno de los más graves problemas que se imponen á todos los gobiernos, pero no es todo el problema, pues el jefe de una república, como el soberano de una monarquía, no pueden gobernar por sí solos sus Estados: necesitan colaboradores, representantes, agentes y funcionarios. Al lado del problema del poder supremo existe el problema de los instrumentos que ha de emplear el gobierno, problema siempre relacionado estrechamente con el primero y que nunca es menos importante. Así, aunque se hubiese concedido á Agripa la dictadura, los plenos poderes, la autoridad y el título de rey, sólo se hubiese resuelto la mitad del terrible problema político que entonces se proponía á Roma. Aún quedaba la cuestión de saber si el imperio se gobernaría, como las monarquías asiáticas de los sucesores de Alejandro, por una burocracia que reclutase á su capricho el jefe del Estado en todas las clases de la sociedad y en todas las naciones, ó si continuaría gobernándose por medio de magistrados republicanos, escogidos en Roma por los comicios y por el Senado

entre los ciudadanos romanos, según las reglas establecidas por las antiguas leyes; ó, en fin, si se haría algo intermedio entresacando de ambos sistemas. El gobierno monárquico no hubiese significado exclusivamente el establecimiento de una dinastía en Roma; hubiese significado también la formación de una burocracia cosmopolita, la carrera gubernamental abierta por el monarca á los hombres inteligentes y enérgicos de todo el imperio, sin distinción de nacionalidad ni de raza, el fin del monopolio político poseído hasta entonces por Roma, por las grandes familias de la aristocracia senatorial y por la muchedumbre más numerosa de los caballeros de la clase media que votaban en los comicios. En los últimos años intentó Julio César introducir en Roma un principio de democracia cosmopolita confiando gran número de cargos á sus servidores y á sus libertos; los triunviros y Sexto Pompeyo habían hecho lo mismo durante las guerras civiles. ¿Pero sería útil y posible ahora seguir fomentando este sistema? ¿Ó convendría volver á la gran tradición romana?

Tal era el problema que se proponía á Roma. Y era tan formidable, que si Octavio no hubiese temblado antes, habría que considerarle loco. El triunvirato, que había sido siempre un gobierno violento y débil, se vió obligado en las horas críticas á aumentar el número de los senadores y de los magistrados, distribuyendo los honores de la nobleza romana entre la clase media de toda Italia: de suerte que, si se había sacrificado en las guerras civiles á parte de la antigua nobleza histórica de Roma, en su lugar se había formado una nueva oligarquía mucho más numerosa de senadores, de excuestores, de expretores, de excónsules, compuesta en gran

parte de gentes obscuras, ignorantes, sin prestigio y sin fortuna, que, para no gozar de la gloria ni de las cualidades de la antigua nobleza, no era menos aficionada que ésta á los privilegios y á los derechos de un rango conquistado de tan inesperada manera. Seguramente que en esta oligarquía de advenedizos se encontraban todos los egoísmos que desde un siglo antes debilitaban á las clases directoras de Roma, desde el celibato hasta el disgusto de los cargos públicos no remunerados. Las personas dispuestas á molestarse por el bien del Estado eran poco numerosas; sobre todo, nadie quería la edilidad, en la que se había de gastar dinero sin ningún beneficio. Pero si la abnegación y el patriotismo eran raros, el deseo de conservar los honores y los provechos del poder era grande y tenaz; de suerte que en el centro de la república había una oligarquía de aluvión producida por la revolución, una bandería numerosísima y muy ramificada de antiguos centuriones transformados en senadores, de la que sería imposible desembarazarse ni servirse de ella para una labor seria, como lo demostraba la tentativa hecha por Octavio á comienzos del año 28 para depurar al Senado eliminando á los miembros más indignos. La medida era necesaria; Octavio que, como cónsul, había ordenado que se hiciese el censo tras cuarenta y dos años de interrupción (1), quiso aprovecharse de esta ocasión y formó una lista de doscientos senadores próximamente; pero para ahorrarles la vergüenza de ser expulsados, les invitó á dimitir espontáneamente, no compareciendo más por el Senado y renunciando á las

(1) Mon. Anc., II, 2.

prerrogativas de su cargo. Todo fué en vano. Sólo sesenta accedieron y ciento cuarenta esperaron que se les expulsase (1). Sin embargo, cada vez que se trataba de un asunto público y dispendioso, el Senado no dejaba de recurrir á Octavio, á quien confió hasta la reparación de ochenta y dos templos de Roma, medio arruinados por la incuria que había imperado durante las guerras civiles (2).

Pero la dificultad que surgiría de los intereses y de las ambiciones egoístas de la oligarquía revolucionaria aún era pequeña en comparación de la que provocaría el movimiento de la opinión pública, cada vez más inclinada en favor de las viejas tradiciones romanas. Este movimiento que exaltaba el orgullo nacional, la fuerza de la raza, la admiración por el pasado, no sólo hacía imposible al gobierno futuro el escoger sus instrumentos fuera de la pequeña oligarquía de los ciudadanos romanos, sino que iba á obligarle á escogerlos con preferencia en los que quedaba de la antigua nobleza. Tras una revolución que había procurado destruir por el hierro y por el fuego á la aristocracia, se observaba en todas las clases—sobre todo en las clases medias é intelectuales—una rápida conversión de los espíritus que los inducía á admirar nuevamente á la nobleza histórica, como la única clase capaz de gobernar bien el imperio. El documento más importante de esta conversión lo tenemos en la gran historia de Roma que un joven de Padua, Tito Livio, comenzaba á escribir por esta época para glorificar entusiásticamente en el gé-

(1) Dión, 52-42; Suetonio, *Aug.*, 35.
(2) Mon. Anc., IV, 17.

nero tradicional de los Anales, vivificado por las gracias y la luz de un poderoso arte, al antiguo gobierno aristocrático, á la antigua diplomacia y á la sabiduría antigua. No quería demostrar solamente que la aristocracia había creado la grandeza de Roma; también deseaba defender con energía la memoria de los jefes que habían sucumbido en la gran lucha contra el partido democrático, y sobre todo á Pompeyo; hasta se le vería formular un severo juicio sobre César (1). Un gran escritor, amigo de Octavio, relacionado con los hombres más eminentes de la oligarquía revolucionaria, no hubiese podido escribir la historia de Roma con tal espíritu á no estar sus ideas muy difundidas en todas las clases que ejercían influencia política, y aún entre los que rodeaban al que iba á convertirse en jefe del Estado. ¿Y qué de más natural que este cambio en la opinión, disgustada por los espantosos desórdenes del mundo romano, alarmada por los síntomas de una creciente debilidad, entre los cuales Accio había sido el más grave? Los historiadores hubiesen comprendido mejor el fin de las guerras civiles y la reforma constitucional que estableció el gobierno de Augusto, si, en lugar de considerarla como una inconcebible locura, hubiesen comprendido mejor la admiración apasionada, casi religiosa, que Italia había sentido siempre por la aristocia de Roma. Sí, el sistema político que Italia se obstinaba en conservar hacía dos siglos, era absurdo. Una pequeña aristocracia concentrada en Roma no podía gobernar bien tan inmenso imperio. Los defectos de

(1) Véase Séneca, *Nat. Quæst.*, V, XVIII, 4.

este sistema eran enormes, y aún se habían hecho más visibles á medida que el imperio se agrandó y que la discordia había desgarrado á la nobleza. Los instrumentos eran demasiado pequeños para la función que habían de realizar, y las guerras civiles aún habían debilitado sus resortes. ¿Por qué, pues, este sistema había durado tanto tiempo, no obstante los vicios, la corrupción, las espantosas discordias de la aristocracia? En los ciento cincuenta años que precedieron á Accio, en medio de este duelo formidable y confuso por la supremacía entablado entre los Estados mediterráneos, Italia había comprendido—y esta fué la causa principal de su éxito—que la buena administración, la paz interior, el orden, la justicia, todos los bienes que con derecho pueden demandarse al Estado en tiempo ordinario, eran cosas secundarias en este momento; que, ante todo, era necesario poseer un gobierno muy fuerte en el terreno diplomático y militar, capaz de defender y fomentar los intereses políticos y económicos de Roma en medio de esta espantosa crisis. Durante más de un siglo, la aristocracia romana había suministrado al imperio los generales, los oficiales, los diplomáticos de que tuvo necesidad, agotando toda su energía intelectual, moral y económica; á pesar de sus errores y de los fracasos parciales había logrado la mejor parte en todas las luchas en que se empeñó; y así pudo conservar el poder, no obstante sus innumerables vicios, su vergonzosa corrupción, sus discordias atroces. Así, poco á poco, el ejército, la política extranjera y la aristocracia se habían convertido en tres cosas inseparables para la masa de Italia, la cual ni siquiera concebía que los altos mandos militares y las grandes magistraturas

del Estado pudieran concederse á un ciudadano que no perteneciesen á la nobleza. Lo que hoy llamamos sentimiento democrático casi se desconocía en Roma; las clases medias y populares, en vez de codiciar las altas posiciones del imperio, siempre han procurado asegurarse mejoras económicas; tan persuadidas estaban de que sólo las grandes familias eran aptas para la política y para la guerra, que ni siquiera concebían que se pudiera colocar al frente del ejército y del Estado al hijo de un campesino ó de un burgués. En efecto, todos los jefes del partido popular fueron nobles de vieja cepa. Aún en la postrera revolución, que había sido la más desastrosa para la nobleza, el partido de César no había reclamado la igualdad democrática, sino tierras y pensiones. Los sucesos se habían precipitado trágicamente; el partido democrático había acabado por sacrificar á parte de la nobleza, y en seguida, falta de suficiente número de grandes familias, había tenido que dar muchos cargos importantes á los libertos, á los plebeyos, á gente obscura. Pero los resultados de esta revolución democrática sólo sirvieron para comunicar nueva fuerza á las ideas, á las tendencias, á las tradiciones antidemocráticas del público.

Después de aplastada la nobleza, comprometióse gravemente la unidad y el poder del imperio, el inmenso sistema de los intereses agrupados alrededor de las provincias. El imperio se había escindido; la protesta había surgido airada en muchas provincias; las guerras exteriores habían sido, en general, poco afortunadas. La aventura democrática intentada por la fuerza en Filipos, el ensayo de una república gobernada por antiguos muleros elevados al consulado terminó en la

audaz tentativa de Cleopatra, en la vergüenza de Accio y en la situación actual, llena de incertidumbres y de peligros. Casi toda España estaba insurreccionada (1): Marco Craso, para defender á Macedonia tuvo que invadir la Mesia y atacar á los bastarnos (2); hasta en Egipto hubo trastornos (3).

Nada de más natural que, en semejante situación, Italia convirtiese sus ojos hacia la gran aristocracia que siempre había salido victoriosa, que había conquistado el imperio y que sabría defenderlo. Tito Livio no hará más que justificar con los documentos históricos la opinión general. Si Octavio, pues, hubiese querido dar los grandes cargos de la república y el gobierno de las provincias á extranjeros y libertos, organizar una burocracia cosmopolita, no sólo hubiese alarmado á la oligarquía revolucionaria, también hubiese herido profundamente á la conciencia pública. Ahora bien, ¿tras los escándalos, los fracasos, los desastres, el largo desorden del triunvirato, Octavio gozaba de la autoridad y del poder necesarios para hacer frente á tantos intereses y á un sentimiento tan difundido, cuando el mismo César no había sido capaz tras la conquista de la Galia y las victorias de la guerra civil? Seguramente que no. Su situación era de las más singulares. La batalla de Accio y la conquista de Egipto le habían granjeado gran admiración y hecho olvidar su pasado; pero no gozaba del terrible prestigio de Sila entre los conservadores, á su

(1) Dión, LI, 20-21.

(2) Id., LI, 21-26.

(3) Véase la inscripción en tres lenguas de Philæ, en *Sitz. Ber. Konig. Preus. Akad.*, 1896, pág. 478.

vuelta de Asia, ni el de César entre el pueblo después de Farsalia; no podía esperar que la conquista fructuosa, pero fácil, de Egipto, fuese bastante compensación de los infinitos males que su partido y el gobierno de los triunviros habían causado á Italia. Un hombre menos prudente y más imaginativo hubiese podido engañarse, pero no Octavio. Por otra parte, el ejemplo de Antonio, descendido tan bruscamente de tan hermosa posición á tan grande abismo por haber herido los intereses y los prejuicios de la oligarquía italiana, tenía que inspirarle saludable terror. Sí, se le elevaba hasta las nubes, como á Antonio algunos años antes, y hubiese podido obtener el poder absoluto; pero el ejemplo del mismo Antonio estaba allí para advertirle que, si le ocurría alguna desgracia—¡y la presente situación contenía tanto de imprevisto!—si algún grave fracaso sobrevenía, el descontento estallaría, la gente se vengaría de él, y los odios de la guerra civil, ahora dormidos, podrían despertarse súbitamente. Cualquiera que fuese su autoridad en la futura reorganización del Estado, tendría que llamar al poder á la aristocracia histórica y servirse de ella para gobernar al imperio, y, en parte, hasta cubrirse con su autoridad ante los ojos del pueblo. Pero una nueva y más grave dificultad surgía en este momento. El golpe asestado á la nobleza por la última revolución había sido duro. Muchas familias habían desaparecido; otras estaban arruinadas; un profundo desánimo se había apoderado de los miembros supervivientes de las que no lo habían perdido todo durante la gran crisis. En su mismo partido, los personajes más eminentes parecían solicitar reposo. Asinio Polión era gran amigo de Octavio, pero se consideraba

como su igual (1), y sólo quería ocuparse en literatura y arte; proponíase escribir una gran historia de las guerras civiles (2). Marco Craso, hijo del riquísimo triunviro, que se había casado con la hija de Metelo Crético, combatía entonces en los Balkanes; ¿pero consentiría él, tan rico, en seguir atormentándose por los negocios del Estado? Quizás se podría contar con Valerio Mesala; pero seguía siendo un ferviente republicano, y ni siquiera ante Octavio recataba su fiel admiración por Bruto. Mecenas parece haber sido bastante indiferente á la cuestión de la monarquía ó de la república, pero deseaba abandonar el ajetreo de la política para gozar de sus grandes riquezas; ni siquiera quería de ninguna manera que le hiciesen senador. Agripa, este hombre lleno de actividad y de recursos, era el único con quien podía contar Octavio.

En suma, el instrumento secular del gobierno, la aristocracia, aún estaba ahora más enmohecida y gastada que al comienzo de la guerra civil; pero también era más necesaria que nunca. Digan lo que quieran los historiadores modernos, Italia todavía no estaba bien madura por esta época para la monarquía; aún necesitaba de su antigua aristocracia, que en un acceso de locura había querido exterminar en el año 43 y en el 42. La nobleza histórica era la armazón de toda su organización militar y de su sistema de política extranjera; destruída la nobleza, una y otra se desquiciarían. En el imperio romano no había un establecimiento de instrucción militar; las familias nobles de Roma eran la es-

(1) Véase Séneca, *De ira*, III, 23.
(2) Horacio, *Od.*, II, 1, 1.

cuela de guerra donde se preparaban los oficiales y los generales; los soldados italianos aún estaban demasiado habituados á no ser mandados más que por los nobles descendientes de históricas familias. Análogamente para los súbitos: el poder de Roma había estado demasiado tiempo personificado por el Senado y por los senadores, para que se sometiese con igual docilidad al gobierno de un oriental nombrado general y encargado de representar la autoridad del nuevo monarca de Roma. Luego, si ante esta dificultad insoluble Octavio tuvo un momento de debilidad y pensó en imitar á Sila, nada hay en esto que se salga del cuadro de la posibilidad humana y nada que pueda deslucir su gloria. ¡Era tan pesada la misión que se le quería imponer! Sin embargo, la situación era entonces harto grave en todo el imperio para que, sin dejar de reservarse sus decisiones definitivas, Octavio no desease al menos proveer á las necesidades más apremiantes de la administración. En efecto, esforzábase en apresurar la fundación de colonias en Italia y fuera de ella; hasta adoptaba la idea de César de establecer colonias en Cartago y en Corinto; procuraba transformar en holgados y pacíficos propietarios á la mayoría de los soldados que habían ido á la guerra con él ó con Antonio, distribuyendo entre 90.000 veteranos los dominios comunales comprados después de Accio, y haciendo á sus propietarios decuriones de los pequeños senados municipales. Los temibles soldados de las guerras civiles instaláronse así en gran número de ciudades, entre las cuales puede citarse, sin duda, Ateste, Brescia, Parma, Tortona, Rímini, Fano, Spello y Pisa, para rematar tranquilamente sus existencias como burgueses satisfechos, gracias á estas

tierras y al botín recogido durante la revolución. Además, era urgente llenar de una ú otra manera las cajas del Estado, que siempre estaban vacías. El mismo Octavio depositó en ellas una gruesa cantidad; pero no aprovechó la ocasión, como fácilmente podía haberlo hecho, para apoderarse de la caja pública, conforme hizo César; no quiso encargarse de administrarla; mas, como tampoco deseaba que el tesoro continuase en poder de los antiguos magistrados, que habían sido tan malos gerentes, adoptó una medida intermedia: dispuso que la administración del Tesoro se confiase á dos *præfecti ærarii saturni*, escogidos cada año por el Senado entre los senadores que ya hubiesen sido pretores (1). Así renunció á la parte más importante del botín de las guerras civiles: el Tesoro del Imperio. Y de renuncia en renuncia, hubiese acabado por restituirlo todo, si hubiese sido posible volver á la vida privada al hombre que, sin combatir, había vencido á Antonio en Accio. Octavio era el personaje más importante, el más poderoso y rico de la república. Muchísima gente tenía necesidad de que continuase al frente de la república: los veteranos que habían recibido tierras, los que habían adquirido bienes de los proscriptos, los magistrados y los senadores electos por los triunviros, todos los que habían tomado parte en la sangrienta tragedia de la revolución, desde Agripa hasta el último y más obscuro de los centuriones; todos veían en su poder la definitiva garantía de la posición conquistada. No es, pues, sorprendente

(1) Dión, LIII, 22; Hirschfeld, *Untersuchungen auf dem Gebiete der röm. Verwaltung*, Berlín, 1876, pág. 10.

que, durante el año 28, sus amigos realizasen grandes esfuerzos para vencer sus dudas y su desánimo. Para esto disponían de buenos argumentos, y á falta de documentos directos podemos adivinarlos sin miedo de engañarnos por el efecto que tuvieron los consejos dados. No era posible—debieron de decirle—restablecer íntegramente la antigua constitución republicana. Esta constitución se sustentaba en dos principios: la elección de varios colegas para cada magistratura y la corta duración de éstas. Mientras la vida había sido sencilla, las costumbres puras, fuerte la aristocracia y vigorosa la tradición, la constitución había funcionado bien, gracias á esos principios. Pero con la disolución de las costumbres y de las antiguas tradiciones, estos principios se habían convertido en la principal causa al espantoso desorden en que la república había estado á punto de sucumbir. La corta duración de las magistraturas en medio de la lucha encarnizada de los partidos, de los intereses, de las ideas, había acabado por destruir enteramente la continuidad del gobierno. El sistema de escoger para cada magistratura varios colegas—dos por lo menos—con poderes idénticos, puso un terrible instrumento de desorden en manos de los partidos que, cada vez que lograban apoderarse de un cargo, se servían del magistrado que habían impuesto, para crear obstáculos al colega electo por sus adversarios. ¿No se desencadenarían nuevamente estas calamidades si se restituía en sus antiguas formas la libertad á la república?

Era necesario establecer al menos una autoridad bastante fuerte para contener á las facciones y á las magistraturas. El mismo Cicerón, cuyos gustos siem-

pre se habían inclinado más hacia los conservadores que hacia los revolucionarios, ¿no había desarrollado en el *De Republica*, la idea que recibió de Polibio y Aristóteles, que en los Estados muy desgarrados por las discordias intestinas, era necesario crear un magistrado supremo y único que estaría sometido á las leyes comunes, y que, por consecuencia, sería republicano, pero que ejercería un poder de más larga duración y de una competencia más amplia que los magistrados ordinarios; y que, por su autoridad personal al mismo tiempo que la que le conferiría la ley podría impedir á cada magistratura é institución que penetrase en el campo reservado por la constitución á los otros poderes, y descuidar sus deberes? ¿Quién, si no es el vencedor de Accio hubiese podido ejercer esa nueva magistratura? Además, había otra consideración que debía pesar grandemente en las decisiones de Octavio. En la crisis económica que entonces atormentaba al imperio, Egipto, que gracias á sus Tesoros había ayudado á evitar la bancarrota de Italia y una nueva revolución, tenía que aparecer como el principal recurso de la República, al menos para los años próximos. La mejor parte de la fortuna de Octavio, de su familia, de muchos de sus ilustres amigos, como Mecenas, consistía ahora en propiedades situadas en Egipto. Pero hubiese sido muy peligroso colocar bajo el gobierno de un procónsul á un pueblo tan orgulloso, tan excitable, cuyo sentimiento monárquico era tan fuerte, y que, desde los orígenes de su historia había sido gobernado por reyes. Parecía necesario seguir inspirando á este pueblo la ilusión de que estaba gobernado por un monarca, aunque este monarca estuviese lejos y residiese en Roma, con tal

de que enviase su ministro á Alejandría. Ahora bien, este monarca sólo podía ser el conquistador de Egipto. Pero, ¿cómo se podría sugerir á Egipto la ilusión de que Octavio era el soberano, si no continuaba al frente de la República? Octavio tuvo que rendirse al fin á estas consideraciones y se decidió á ensayar las ideas del tratado *De Republica,* conservando parte de su autoridad, la menor posible, para que el orden restablecido pudiese continuar. El principal peligro para la paz pública procedía de la división de los mandos militares; en efecto, cada ejército tenía su jefe, colocado bajo la inspección del Senado, que, muelle, intermitente é ineficaz, no había impedido que algunos hábiles y atrevidos generales se sirviesen de los ejércitos para satisfacer sus ambiciones y aun para encender las guerras civiles. Octavio, pues, consintió en tomar el mando de todos los ejércitos, de suerte que los jefes y los soldados estuviesen bajo su dependencia y responsables ante él, pero no quiso tomar este mando supremo de una manera revolucionaria; hizo que el Senado le decretase por diez años el proconsulado de todas las provincias en que, por una causa permanente ó temporal, habia que conservar las tropas. Al principio sólo hubo tres: Siria, que de un momento á otro podía ser invadida por los partos, y la isla de Chipre con ella; la Galia transalpina, cuya frontera era poco segura; en fin, España, que desde hacía algún tiempo estaba insurreccionada. Cuanto á las otras provincias, que eran las más ricas, serían administradas por los magistrados ordinarios de la República, por los procónsules y los propretores nombrados por el Senado como antaño. El Senado recobraría todos sus poderes; los comicios recomen-

zarían á elegir los magistrados y á aprobar las leyes (1).

También en Roma se necesitaba una autoridad para vigilar á los magistrados urbanos, para estimular ó retener al Senado cuando fuese necesario. Octavio aún consintió en desempeñar esta función y aceptó en presentar cada año su candidatura para el consulado, durante los diez años que había de ser procónsul. Sería á la vez cónsul y procónsul. Cuando estuviese en Roma como cónsul, podría administrar las provincias por medio de legados, y, cuando fuese á las provincias como procónsul, gobernar desde lejos como cónsul á Roma y á Italia. Al mismo tiempo, permaneciendo al frente del Estado romano, podría ofrecerse á los egipcios como su rey y como el legítimo heredero de los Ptolomeos, continuando así, en razonable medida, la rara política de Antonio que, á pesar de sus exageraciones, respondía á una necesidad, ya que ejercida por su rival, sobrevivió en parte á su ruína. Esta unión de ambas magistraturas—el consulado y el proconsulado—que, según el antiguo derecho constitucional se excluían, era indudablemente una innovación revolucionaria; sin embargo, no era una innovación sin precedente, pues ya se había hecho la experiencia en el año 52 durante algunos meses, cuando en los espantosos tumultos que siguieron á la muerte de Clodio y á la insurrección de Vercingetórix, Pompeyo fué nombrado cónsul y procónsul á la vez. En todo caso, era esto una revolución mucho menos importante que la fundación de una monarquía, pues dejaba intacta la esencia de la república. Volviase en realidad á una idea acariciada por el partido conservador

(1) Dión, LIII, 12-13.

antes de la guerra civil: se creaba un magistrado nuevo, único, pero republicano, cuyo nuevo nombre era el de *princeps*, palabra y concepto íntimamente latino y republicano, que se ha traducido erróneamente por la palabra *príncipe*, pues este vocablo ha adquirido en nuestra lengua muy distinta significación, mientras que, en realidad, significaba primero, principal, y habría que traducirlo por *presidente.* Octavio puso en práctica el consejo que en vano había dado Cicerón á Antonio el 2 de Septiembre del año 44: *libertate esse parem cæteris, principem dignitate*,—ser el primer magistrado en una república fundada sobre el principio de la igualdad de todos los ciudadanos; y aceptó que se le nombrase por diez años presidente único de la república latina con el mando de todos los ejércitos y con amplios poderes, pero constitucionales, que le asemejan á un presidente de la confederación americana más que á un monarca de Asia.

Cuando Octavio hubo adoptado este partido, Horacio anunció su resolución en la segunda oda del primer libro, donde, para proteger á Roma y poner fin á las guerras civiles, invocó á Apolo, dios de la cultura intelectual; á Venus, diosa de la fecundidad; á Marte, dios de la guerra; á Mercurio, dios del comercio y de la prosperidad material, y en la que, bajo los rasgos juveniles de Mercurio, representó á Octavio, vengador de César, que había desparramado por Italia los tesoros de Cleopatra:

Hic ames dici pater atque princeps.

Los detalles no tardaron en determinarse entre Octavio y los hombres más eminentes del Senado; hacia fines del año 28 el acuerdo estaba ya terminado y reci-

bió su confirmación en una solemne sesión del Senado, el 13 de Enero del año 27 (1). Octavio, que era cónsul por séptima vez, se dirigió al Senado; declaró que renunciaba á todos los poderes extraordinarios que había gozado hasta entonces, y que devolvía al Senado y á los comicios el gobierno de la República: y entonces—ignoramos á propuesta de qué personaje—el Senado le confirió por diez años, á él, que había sido ya cónsul, el gobierno proconsular de Siria, de España y de la Galia (2). Para demostrarle el agradecimiento del Senado y del pueblo, se le confirió el 16 de Enero el título de *Augusto* (3); se tomó á la lengua sacerdotal el término que en los antiguos rituales designaba á los templos consagrados según los ritos (4), para dar carácter á la vez sagrado y latino, religioso y nacional, á la nueva magistratura del *princeps*, que en vano Pompeyo había pretendido ejercer veinticinco años antes, en medio de los motines suscitados por la muerte de Clodio. Cicerón triunfaba: la república era salva; la monarquía no entraba súbitamente en Roma, por una invasión triunfal; aún necesitaba un siglo para infiltrarse poco á poco en las instituciones, en las costumbres, en las ideas, y cambiar la esencia misma de la vida política de Italia. Los historiadores modernos se equivocan cuando se obstinan en considerar esta reforma como una ficción para disfrazar la monarquía con formas republi-

(1) Apropósito de esta fecha, véase *C. I. L.*, I, págs. 312 y 384.

(2) Dión, LIII, 39; *Mon. Anc.*, VI, 13.

(3) *Mon. Anc.*, VI, 16.

(4) Boissier, *La religion romaine d'Auguste aux Antonins*, París, 1892, I, pág. 73.

canas, y creo que también se equivocan cuando consideran la reforma de Octavio como una diarquía, es decir, un reparto del poder entre el Senado y el *princeps*. Al contrario, la reforma de Augusto tendía á reconstituir la unidad del Estado romano que, con gran daño de Italia, casi la había destruído el triunvirato, verdadera diarquía, tras la deposición de Lépido: aspiraba á colocar otra vez todo el Imperio bajo la autoridad del Senado, y al Senado bajo la vigilancia de un presidente moderador, guardián de las instituciones; aspiraba á restablecer, no la forma, sino la esencia de la república, es decir, á conservar en lo posible el gobierno del imperio para la pequeña oligarquía italiana bajo la dirección de la nobleza histórica. La reforma constitucional del año 27 era para la aristocracia un brillante resarcimiento de Filipos, un desquite sin combate, por la fuerza de las cosas, no en virtud de las energías de las familias que escaparon á la revolución, sino á la gloria y á los méritos de sus antepasados. Éstos habían obtenido éxito tan inmenso, que sus repercusiones habían de prolongarse en los siglos, y de ese mismo éxito habían de beneficiarse sus descendientes degenerados, vencidos, proscritos Una vez más, Italia, después de haberla abatido, se arrastraba á los pies de su antigua nobleza, suplicándola que gobernase al Imperio. Y esta explicación no parecerá extraña; sino sencilla y verosímil, si todos los historiadores modernos no participasen de una opinión preconcebida que los induce á conceder proporciones demasiado pequeñas y á la vez harto grandes á la reforma política del año 27 antes de Cristo: demasiado pequeñas cuando la refieren á una comedia representada en el Senado por el vencedor

y por los senadores para engañar á la gente; demasiado grandes, cuando la consideran como el acto que cierra la era republicana é inicia la época de la monarquía romana. Octavio no pensaba de ninguna manera en burlarse de sus contemporáneos, y tampoco creía consumar una revolución cuyas repercusiones se prolongarían hasta lo infinito, hasta nosotros. Sólo deseaba resolver las dificultades de la hora presente por una reforma constitucional que, en su sentir, respondía á las necesidades de una situación pasajera, y que, por consecuencia, únicamente tenía valor para los diez años fijados por el senato-consulto, al cabo de los cuales cambiaría de conducta y de proyectos, si el estado de cosas había cambiado. En efecto, Octavio se había reservado la facultad de dimitir la presidencia antes de estos diez años, si creía poderlo hacer sin peligros para la república (1). ¿Es, pues, sorprendente que dos años y medio después de Accio, el hijo de César se propusiese satisfacer las aspiraciones y los sentimientos republicanos de la clase media y de las altas clases de Italia? Aun si no se quiere tener en cuenta—y esto es una consideración importantísima—los grandes intereses políticos y económicos que inducían á toda Italia á conservar, gracias á las instituciones republicanas, el monopolio fructuoso del gobierno del imperio, conviene tener en cuenta que toda la historia antigua muestra cuán tenaces y profundas eran las ideas y las tradiciones republicanas en las pequeñas repúblicas griegas ó italianas, y cuán difícil fué arrebatarles sus libertades cuando éstas sólo eran ya una apariencia. En Grecia, á pesar de

(1) Véase, Dión, LIII, 13.

todos los males que la afligían, las numerosas republiquitas sólo sucumbían definitivamente bajo la fuerza brutal de los conquistadores extranjeros. Cuanto á la república de Roma, en lugar de someterse al yugo de las monarquías extranjeras, había destruído en cambio todas las monarquías fundadas por Alejandro. ¿Cómo, pues, suponer que un gobierno que había obtenido tan prodigioso éxito pudiera desaparecer de un momento á otro, gracias á un golpe de Estado dado por un solo hombre ó por un pequeño número de hombres? Que se reflexione sobre esto: las tradiciones republicanas de la antigua Roma, que la cultura clásica nos ha conservado, aún son tan poderosas, que comunicaron su impulso á la revolución francesa, á la revolución de 1848 y al movimiento liberal del siglo XIX, y son esas mismas tradiciones las que todavía alimentan el estado de protesta en que hoy se debate el inmenso Imperio de Rusia. ¿Cómo creer que careciesen de fuerza en la época de César y de Augusto, cuando el colosal dominio que la república había conquistado aún estaba allí presente? La tenaz resistencia de las tradiciones republicanas era la necesaria consecuencia de las grandes victorias diplomáticas y militares de Roma durante los dos últimos siglos de la república, desde la batalla de Carras hasta la toma de Alejandría; y no es sorprendente que, inseguro y cansado después de los desastres, de los escándalos, y del descrédito del triunvirato, Octavio considerase que no podía atentar á la esencia sagrada de la república, puesto que hasta la misma Europa moderna debe á estas victorias gran parte de su destino, y sobre todo, el haber estado agitada sin cesar por las grandes ideas de libertad, gracias á las cuales, su historia no ha sido, como

la de Oriente, una serie monótona de tantas monarquías despóticas que han ido brotando de sus propias ruínas.

Así es como con estas tranquilas sesiones del Senado romano se terminó la revolución comenzada ciento seis años antes con el tribunado de Tiberio Graco, y poco á poco, sin que nadie se percatase de ello, comenzó una nueva historia del mundo. Es un momento solemne aquel en que se apacigua la espantosa tormenta que duró todo un siglo. ¡Qué horrible diluvio de sangre había sucedido á las primeras gotas derramadas el año 132 sobre el suelo de Roma por el cónsul Opimio y por los nobles, asustados con las reclamaciones agrarias del joven Graco! Todo el Imperio se vió salpicado, todas las tierras se impregnaron de ella; las familias más ilustres de Roma desaparecieron revueltamente, y como ellas, infinito número de soberanos y de grandes y pequeños Estados, la flor de la población italiana, tantas dinastías reales de Asia, las naciones bárbaras más ignorantes de la Europa continental. Y ahora parecía terminado el diluvio de sangre; los espíritus recobraban confianza; Italia, llena de remordimiento, de esperanza, de alegría, entreveía un porvenir lleno de paz y de gloria y se proponía merecerlo mediante todas las virtudes que tanto había descuidado. Una extraña fermentación de aspiraciones diversas agitaba la nación, y sus dos grandes poetas no dejaron de sentirla y de expresarla. Virgilio, que había terminado las *Geórgicas*, volvía á la idea que ya había acariciado al comenzar su carrera literaria, de componer un gran poema nacional á la manera de Ennio, pero sirviéndose de su arte refinado por el estudio de las obras maestras griegas. Horacio, que

era estilista y crítico antes que poeta lírico, se había opuesto hasta entonces al movimiento tradicionalista y nacionalista, cuyas contradicciones observaba, y aunque en el segundo libro de las *Sátiras* se hubiese puesto á ensalzar como todo el mundo la moral nueva, se interrumpió en medio de su propaganda, como para burlarse de sí mismo. Así, en el segundo épodo, presentó al usurero Alfio, que hace un gran elogio de la vida rústica, pero que al fin se precipita para estrangular á sus deudores, y en la séptima sátira del segundo libro parece que se había deleitado en destruir lo que dijo en las precedentes, haciendo que le borrase uno de sus esclavos en la fiesta de las Saturnales. «Ensalzas los tiempos antiguos, pero si pudieras revivirlos, te desesperarías... Haces el elogio del campo, y cuando te encuentras en él, te das prisa en volver á la ciudad... Dices que no te gusta el fastidio de las invitaciones y de las ceremonias, y si tienes que comer en casa de Mecenas, ¡qué gritos, qué reproches, qué impaciencia! Pronto, traedme óleo para perfumarme; despachad en seguida, perezosos, ¿qué estáis haciendo?» Pero también él fué arrastrado por la corriente, y se puso á componer una serie de odas heróicas y cívicas, en las que, con una rica variedad de metros griegos todavía no empleados en latín, exteriorizó este espíritu nuevo que animaba á Italia. Tan pronto celebraba la grandeza de los tiempos antiguos, preconizaba la necesidad de la reforma moral y la esperanza de nuevas hazañas guerreras y de una nueva gloria militar; como recomendaba á los romanos que fuesen religiosos, ó les advertía que la paz sólo volvería con las puras y familiares costumbres; una veces combatía la educación frívola y mundana de las muje-

res, que á tantas matronas de nobles familias arruinadas inducía á prostituirse á ricos mercaderes, y otras veces invocaba el recuerdo de los jóvenes de antaño, tan duramente criados, y lanzaba una mirada entristecida sobre las generaciones que se sucedían, y que cada vez resultaban peor:

Aetas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

Pero, mientras que tan bella poesía cívica enriquecía la literatura romana, el poder se reunía íntegramente en manos de una pequeña oligarquía servil, compuesta de obscuros advenedizos y de supervivientes de la antigua aristocracia romana, que sólo deseaban gozar tranquilamente de su grandeza, para lo cual, estaban dispuestos á ofrecer todos los poderes y todos los honores á su jefe, á este nieto de un usurero de Velletri, viejo ya á los treinta y seis años, débil, dudoso, enfermizo, que rechazaba el imperio del mundo, la herencia de Roma y de Alejandro, que la Fortuna acababa de reunir. El que triunfó definitivamente en una de las más terribles luchas que la historia nos ha conservado, y en la que sucumbieron tan grandes generales, era el hombre menos dotado de virtudes militares que tuvo la historia de Roma; el mando de los ejércitos que habían conquistado el más grande imperio que jamás se ha visto, iba á radicar en manos de un valetudinario que no osaba ir por el sol con la cabeza descubierta, que no quería montar á caballo por miedo de fatigarse, y que se hacía transportar en litera al campo de bata-

lla (1). Pero estas aparentes contradicciones ocultaban una profunda necesidad de las cosas. Como siempre ocurre, los revolucionarios bien hartos se hicieron conservadores cuando se trató de devorar en paz el botín que se distribuyeron durante las guerras civiles. Se dice y se repite que Augusto fué el heredero y continuador de César, que erigió su obra sobre las fundaciones comenzadas por César. Es esta una afirmación arbitraria, que no está confirmada por los hechos. Á partir de la restauración del año 27, Augusto se esforzó sin interrupción, durante cuarenta y un años, en aplicar el programa regenerador político y social expuesto por Cicerón en el *De Officiis;* siguió una política conservadora, que es antítesis de la de César; moderó el lujo, honró la religión, las costumbres, las ideas tradicionales; depuró en lo posible la administración eliminando de ella á los extranjeros y á los hombres nuevos; restringió la oligarquía de los ciudadanos romanos; luchó en la religión, en el Estado, en la vida, contra el cosmopolitismo y las influencias orientales, en favor de la idea estrechamente nacional; disminuyó en el Estado los gastos improductivos del lujo exterior, y empleó en obras útiles al progreso material, político y moral del Imperio, los capitales acumulados; en fin, procuró reconstituir la aristocracia conservadora, íntimamente romana, que César había combatido con rudeza y á la que él mismo había asestado el golpe de gracia. Ya en el año 28, Octavio se puso á reconstituir, haciendo donativos, la fortuna de las familias senatoriales arruinadas, para darles parte del esplendor y del poder

(1) Suetonio, *Aug.*, 82 y 83.

que habían perdido y para ponerlas en estado de ayudarle en la gobernación de la República (1).

La revolución había terminado verdaderamente. Una gran reacción conservadora se realizaba en los espíritus. Era el triunfo de Cicerón, la derrota de César, cuyo hijo iba á ser el continuador de su nombre, la antítesis en realidad. Luego de haber sido el instrumento fatal de la última destrucción de la aristocracia romana, después de haberla pateado y aniquilado con las proscripciones, en la batalla de Filipos, en aguas de Sicilia, el hombre que había firmado la sentencia de muerte de Cicerón, trabajaba en rehacer lo que había destruído. Esto es lo que suele ocurrir á los hombres políticos en las vicisitudes de la historia. Pero Augusto tenía que advertir pronto, que, si el bien y el mal se compensan en casi todas partes, hay un caso en que ocurre de otro modo y que da razón en definitiva á las doctrinas pesimistas de la vida: que si es fácil al hombre destruir, le es difícil el crear. Un bosque que ha crecido durante un siglo, arde en un día. Un hombre que ha empleado veinte años en llegar á su desarrollo, perece en un instante. Con los edictos de proscripción y con los juicios sumarísimos había sido fácil sacrificar, empobrecer, dispersar lo que quedaba de la antigua nobleza; pero ahora en que Augusto la necesitaba para que le ayudase en la gobernación del inmenso Imperio, sería difícil comunicar á los hombres la riqueza, la confianza, la fuerza, el celo cívico necesarios para llenar la misión. En la grandeza de Octavio existía una contradicción que, desenvolviéndose paulatinamente, debía pro-

(1) Dión, LIII, 2.

ducir males infinitos. Las desilusiones, las amarguras, la estéril labor de la restauración, que sólo á medias podía triunfar, llenarán la segunda vida de Octavio que va á comenzar, y serán el trágico desquite de su prodigiosa fortuna, la lenta y terrible expiación de su juventud manchada de sangre y de crímenes.

Entre las reformas aprobadas al mismo tiempo que la restauración de la república, había dos singularmente importantes y que debían de facilitar la reconstitución del gobierno aristocrático. Una rebajaba la edad legal para las magistraturas y permitía á los jóvenes comenzar temprano su carrera política (1). La otra fijaba sueldos para todos los gobernadores y magistrados en relación con la importancia del cargo (2). Ambas reformas eran necesarias. El número de familias aristo-

---

(1) No poseemos ningún texto que nos lo afirme; pero se puede deducir de Dión, el cual dice (LIII, 28), que en el año 24 antes de Cristo, Tiberio recibió del Senado autorización para solicitar las magistraturas cinco años antes de la edad prescrita por la ley, y que al momento fué nombrado cuestor. En el año 24, Tiberio tenía dieciocho años. Como había solicitado la cuestura cinco años antes de la edad legal, resulta que le bastó tener veintitrés para proponer su candidatura. Es notorio que en la época de Cicerón se necesitaba mucha más edad. Por lo demás, ya veremos en el próximo volumen, que los cónsules de treinta, treinta y dos, treinta y cinco años, son numerosos en la época de Augusto. Se ha necesitado, pues, que en cierto momento se reformase las *leges annales* en vigor durante la época de César, según las cuales no se podía ser cónsul hasta contar de cuarenta á cincuenta años. He supuesto que este momento fué el de la gran reforma constitucional; sin embargo, no sería imposible que la reforma se hiciese en la época del triunvirato, para que los triunviros pudiesen dar las magistraturas á quien quisiesen, sin límites de clase ni edad.

(2) Dión, LIII, 15.

cráticas había disminuído demasiado para que fuese posible cubrir con nobles de las grandes familias todos los cargos importantes, á menos de utilizar á todos los jóvenes, como ya se había hecho durante la gran época del gobierno aristocrático. Probablemente también se esperaba que los magistrados jóvenes comunicasen nuevo vigor á la agotada república. Además, desde la ruína en que habían caído gran número de familias nobles, muchas personas no hubiesen podido, por más que lo deseasen, aceptar gratuitamente cargos que de ordinario imponían considerables gastos. Pero de estas dos reformas igualmente necesarias, si la primera implicaba un retorno á las grandes tradiciones de la república oligárquica, la otra estaba en contradicción con el ejercicio gratis de las funciones, principio esencial de la constitución aristocrática que se quería restablecer; y estas dos reformas han contribuído, en realidad, á destruir la esencia del antiguo gobierno romano. Una vez pagado, el magistrado republicano se transformaría poco á poco en funcionario monárquico; y queriendo rejuvenecer á la república se acabaría por crear el privilegio de las carreras dinásticas. Pero la transformación ha sido mucho más lenta y complicada de lo que se supone. La describiremos en los siguientes volúmenes, y en ellos, luego de salir de esta tempestuosa historia de guerras y de revoluciones, estudiaremos el tranquilo florecimiento del Imperio y también los comienzos de la enfermedad de que había de morir.

FIN DEL CUARTO VOLUMEN

APÉNDICE

La batalla de Accio. (1)

«El combate, largo tiempo dudoso — escribe Dión Casio (2) — terminó de esta manera: Cleopatra, cuyo barco, anclado á retaguardia de los combatientes, estaba batido por las olas, no soportó la espera de un suceso que tanto tardaba en decidirse; devorada por una impaciencia femenina digna de una egipcia, así como por la inquietud que tanto tiempo la tenía suspensa y por una ansiedad que constantemente se renovaba en uno y en otro sentido, Cleopatra se dió á la fuga é hizo la señal para que la siguiesen sus súbditos. Á esta orden, los egipcios desplegaron incontinenti sus velas y se largaron favorecidos por la brisa que empezaba á soplar. Antonio, creyendo que no era una orden de Cleopatra, sino el temor resultante de una derrota, lo que les impulsaba á huir, siguió detrás. Pero el desaliento y la turbación se apoderaron del resto de los soldados...»

Plutarco refiere á su vez (3):

«El combate aun estaba dudoso y la victoria insegura, cuando súbitamente los sesenta barcos de Cleopatra, desplegando las velas para emprender la retirada, se dieron á la fuga al través de las ga-

---

(1) Este estudio apareció en la *Revue de Paris*, el 15 de Marzo de 1906, con el título: *Antonio y Cleopatra.*

(2) L, 33.

(3) *Vida de Antonio*, cap. LXXIII.

leras que combatían: como estaban colocados detrás de los grandes barcos de Antonio, los pusieron en desorden al pasar entre sus líneas. Los enemigos, que los seguían con la mirada, viéronlos con gran sorpresa hacer rumbo para el Peloponeso, impulsados por un viento propicio. Fué entonces cuando Antonio, lejos de revelar la prudencia de un general, el valor ó siquiera el más ordinario buen sentido, confirmó lo que alguien ha dicho en son de chanza: que el alma de un hombre enamorado vive en un cuerpo extraño. Arrastrado por una mujer, como si le hubiese enlazado y obligado á seguir todos sus movimientos, apenas vió al barco de Cleopatra desplegar sus velas, cuando, olvidando, abandonando, traicionando á los que combatían y morían por él, subió á una galera con cinco órdenes de remos, y sin otros compañeros que Alejandro de Siria y Escelio, fué en seguimiento de una mujer que se perdía y que pronto le perdería á él».

Tal es, en los dos historiadores antiguos, el relato de la batalla que puso término á las grandes guerras civiles de Roma: relato extraño y novelesco, que encanta á los poetas y entorpece á los historiadores. Sin duda la locura y el absurdo desempeñan un gran papel en las épocas de disolución social; pero ¿estamos autorizados por esta simple consideración á admitir que, en la tempestuosa historia de los últimos tiempos de la República, haya podido un general perder una batalla que había de ser decisiva en esta lucha inmensa, sólo por seguir á su amante?

Lo extraño del caso parece demasiado grande, aun para una época de disolución. Recientemente, el almirante francés Jurien de la Gravière (1) y un profesor alemán, Kromayer (2), han demostrado, sustentándose en el relato de Plutarco y de Dión, que la fuga estaba premeditada por la reina de Egipto y por el triunviro. Antonio, pues, sabía al empezar la batalla que Cleopatra partiría y se comprometió á seguirla. La observación es importante, pues destruye la leyenda de la impaciencia «femenina y digna de una egipcia» de que Cleopa-

(1) J. de la Gravière. *La Marine des Ptolémées et la marine des Romains*, París, 1885, págs. 70-80.

(2) En un estudio publicado en el vol. 34.º de *Hermes*.

tra se sintió cogida en medio del combate. Todavía hay que explicar por qué Antonio y Cleopatra se concertaron para la fuga. El almirante Jurien de la Gravière, que ha estudiado esta campaña desde el punto de vista militar, ha visto en ella la ejecución de un plan estratégico sugerido á Antonio por la peligrosa situación de su ejército y de su flota. Cleopatra había persuadido á Antonio para que trasladase la guerra á Asia; y la pretendida fuga sólo sería así un movimiento de retirada para arrastrar al enemigo á un campo de batalla más favorable.

Pero, dos objeciones surgen. Ante todo, no está demostrado que las condiciones del ejército y de la flota de Antonio fuesen tan desastrosas como el sabio almirante supone. Y además, ¿por qué Antonio y Cleopatra se pusieron en salvo antes de terminar la batalla? ¿La idea de Antonio era verdaderamente — como él supone — «de atravesar la línea enemiga, si ésta quería obstruirle el camino»? Antonio tenía entonces que haber lanzado contra la flota de Octavio toda su flota, y no solamente la escuadra egipcia de Cleopatra. Estos ligeros barcos no podían romper la fuerte línea enemiga; sólo podían deslizarse entre las trirremes y salvarse gracias á su rapidez, lo que se parece mucho más á una fuga que á un ataque.

Los relatos de ambos historiadores sólo contienen una leyenda. Pretendieron simplificar con una novela de amor una historia complicadísima, en la que actuó una de las fuerzas más obscuras y terribles de la vida social. Esta fuerza es la contradicción, que se impone como una necesidad política en las épocas en que las fuerzas sociales luchan entre sí, sin que ninguna triunfe definitivamente. Todas las combinaciones políticas deben de reposar entonces en una conciliación pa cial y temporal de lo que es irreconciliable por naturaleza, y esta conciliación se convierte en una ley de la políti a, pero en una ley de muerte al mismo tiempo que de vida. Al principio es una condición del éxito; al remate, es también una causa de ruína inevitable. Soberbias creaciones de espíritu audaces é ingeniosos, ó vulgares recursos de políticos de baja estofa, estas combinaciones se parecen á grandes torres cuarteadas, en las que la grieta originaria está destinada á ensancharse paulatinamente, á pesar del esfuerzo de los hombres, y hasta el momento en que han de desplomarse. La batalla de Accio sólo fué el desplome final de una política que empezó

por una contradicción. Entre el principio y la catástrofe se desarrolla la parte más interesante de la vida de Antonio, y hay que resumirla brevemente para comprénder su extraño destino:

Valeroso, pero poco inteligente; buen soldado, pero general mediocre; hombre de Estado poco serio, crapuloso, entregado á todos los excesos: así es como la historia ha juzgado á Antonio. Incurrió en el gran entuerto de ser vencido, y la posteridad ha sido severa con él. Sin embargo, César parece que formuló sobre él muy distinto juicio. Joven todavía, repara en su persona; le estimula, le exalta en las últimas campañas galas; le hace luchar á su lado en los empeños difíciles de la guerra civil. Después de Farsalia, instalado en Italia como vicedictador ó *magister equitum*, Antonio no se distinguió por una administración muy brillante, pues en el 47 dejó estallar en Roma una especie de revolución social, que reprimió en seguida con exagerada violencia. No obstante, es lícito dudar que cualquier otro — excepto César — hubiese logrado dominar mejor tan difícil situación. El mismo César, que empezó enojándose con él, lo reconoció así, reconciliándose con Antonio, nombrándole cónsul y colmando de honores á su familia.

Admitido otra vez entre los íntimos amigos de César, Antonio se convirtió en su confidente durante los ocho últimos meses que vivió el dictador; estuvo al corriente de todos sus proyectos; después del asesinato, en la noche del 15 ó 16 de Marzo, pudo apoderarse de todos sus papeles, cuya importancia fué el único, probablemente, en conocer. En las luchas políticas y las guerras civiles que siguieron á la muerte de César, Antonio cometió sin duda muchas faltas, pero salió victorioso de todas estas luchas, y hasta dió prueba en múltiples ocasiones de notable energía. Ni siquiera tiene que compartir con Octavio el mérito de haber ganado las dos batallas de Filipos: él, y sólo él, derrotó á Casio en la primera y á Bruto en la segunda. Los mismos historiadores antiguos, tan severos con él, admiten que hasta la batalla de Filipos había sido un hombre serio, y que sólo empezó á cambiar después de conocer á Cleopatra en Tarso, durante el invierno del 41-40: encuentro fatal. Plutarco escribe el prólogo de la famosa novela de amor.

«Cleopatra navegaba (1) tranquilamente por el *Cidno* en un navío cuya popa era de oro, las velas de púrpura, los timones de plata, y el movimiento de los remos seguía la cadencia de las flautas, que se acordaban con las liras y las zampoñas. Ella misma, magníficamente ataviada, y tal como se pinta á la diosa Venus, iba tendida bajo un pabellón bordado de oro, niños vestidos como los artistas pintan á los Amores, la rodeaban refrescándola con abanicos; sus mujeres, admirablemente bellas, vestidas de Gracias y Nereidas, iban en el gobernalle unas, al cuidado del cordaje otras. Ambas orillas del río estaban embalsamadas con el olor de los perfumes que se quemaban en el barco, y cubiertas de inmensa muchedumbre que acompañaba á Cleopatra y acudía de todos los extremos de la ciudad para gozar del extraordinario espectáculo. Habiéndose precipitado á su encuentro el pueblo que estaba en la plaza, Antonio se quedó solo en el tribunal donde daba audiencia, y circuló el rumor de que era Venus quien, para dicha de Asia, venía disfrazada en busca de Baco. Antonio la invitó en seguida á comer; pero, en vista del deseo manifestado por ella de recibirle en su casa, Antonio acudió á la invitación para mostrarle su complacencia y urbanidad. Encontró preparativos cuya magnificencia no puede describirse; pero nada le sorprendió tanto como el inmenso número de antorchas que vió encendidas por todas partes, y que, suspensas del techo ó arrimadas á los muros, formaban una admirable simetría de figuras cuadradas y circulares...»

El triunviro se enamora de la hermosa reina de Egipto y la sigue á Alejandría; con ella pasa alegremente el invierno del año 40, y, dominado por este amor insensato, comete toda suerte de locuras.

Sin embargo, no es difícil demostrar que el estallido «del rayo» á la vista de Cleopatra sólo se ha producido en la imaginación de los historiadores antiguos. Antonio no era hombre que rechazase ningún regalo que Cleopatra quisiera hacerle; pero en el año 41 permaneció pocos meses en Alejandría. Á comienzos del año 40, á la primera noticia de que un ejército parto marchaba sobre Siria, abandonó á Si-

---

(1) Plutarco, *Vida de Antonio*, cap. XXVII.

ria y á Egipto y, durante los tres años siguientes, no sólo dejó de ver á Cleopatra, pero, muy lejos de pensar en sus amores, se ocupó con admirable energía de su gran proyecto de conquistar á Persia.

Se ha repetido mil veces, y aún se repite, que Augusto fué el heredero de César en la historia del mundo, y que concluyó ó ejecutó lo que su padre adoptivo comenzó ó proyectó. Es esto, á mi entender, un gravísimo error que ha impedido comprender bien á los dos rivales de la última guerra civil, Octavio y Antonio. Si el verdadero heredero de una política es el que persigue la realización de sus planes, el espíritu de César siguió actuando por medio de Antonio y no de Octavio. En los dos últimos años de su vida, César, preocupado con la grave situación política y económica que la guerra civil había creado, esperó encontrar la solución de todas las dificultades en la conquista de Persia.

Esta gran guerra tenía que dar á su gobierno la fuerza moral de que carecía por sus orígenes revolucionarios, y suministrarle también los tesoros necesarios para ocurrir á la terrible crisis económica en que el Imperio se debatía. Á principios del año 44, cuando Bruto le mató, César trabajaba con gran energía, no en reorganizar el Imperio ó en fundar la monarquía, sino en preparar la guerra contra los partos, cuyos planos trazados por el dictador se llevó Antonio á su casa la tarde misma del 15 de Marzo. Así, pues, otros habían de heredar el nombre y la fortuna de César; pero Antonio se apoderó de la última grande idea del muerto. Absorto durante dos años en la lucha con los conjurados, no pudo realizarla en seguida; pero á medida de que la situación, ya muy difícil en vida de César, empeoró tras su muerte, se persuadió de que no podría dominarla por el prestigio y el oro, si no lograba conquistar á Persia.

Las fuerzas de disolución que César aún pudo contener, aunque con trabajo, desencadenáronse en todo el Imperio. Las leyes, las tradiciones, las instituciones, perdieron casi todo su prestigio: hasta los antiguos dioses envejecieron en sus templos ruinosos; sólo quedaba una fuerza organizada: los grandes ejércitos de saqueadores reclutados para la guerra civil. Era evidente que si un hombre, un partido ó alguna institución no reconquistaban un poco de prestigio sobre las masas, el inmenso desorden conduciría á la catástrofe. Antonio contaba con reconquistar ese prestigio en la campaña contra Persia: esta esperanza es un brillante testimonio de su energía. ¿Es posible

no ver más que á un libertino, locamente enamorado de una egipcia en este hombre que osó erguirse para tan alta hazaña? Cuando hubiese podido usurpar, como Octavio, el más alto puesto con menudos engaños y mezquinas violencias, prefirió conquistarlo con una gran empresa, llena de peligros.

Durante dos años, Antonio reunió dinero, concentró legiones en Asia, retocó el mapa político de Oriente para crearse firmes sostenes entre los reyes y reyezuelos del Asia Menor. Adoptó todas las posiciones necesarias para invadir á Persia siguiendo el camino indicado por César, el de Armenia. Aún hizo algo más extraordinario, al menos para un enamorado de Cleopatra: se casó con Octavia, hermana de Octavio, para que no le entorpeciesen las dificultades de la política interior durante su campaña.

Desde el año 40 al 37, sería difícil descubrir la menor traza de una influencia de Cleopatra sobre Antonio. Sin duda no hay que creer que todas las relaciones entre Antonio y la corte de Egipto quedaron interrumpidas. Por ejemplo, Plutarco nos dice (1) que Antonio conservaba á su lado un adivino egipcio, que procuraba alejarle de Octavio y de Octavia mediante horóscopos más ó menos ingeniosos. ¿Hay que reconocer en este adivino á un agente de Cleopatra? No es imposible. También es probable que este agente no fuese solo, y que la correspondencia entre el triunviro y la reina continuase. Pero Cleopatra aún no desempeña el primer papel en la vida ni en la política de Antonio, que sólo piensa entonces en realizar el programa de César. Es hacia fines del año 37 cuando un inesperado golpe teatral interpone á Cleopatra en su vida. En la primavera del año 37, Antonio se ve obligado por las intrigas de Octavia á volver con su flota á las costas de la Italia meridional, y en Tarento pierde muchos meses en interminables negociaciones con su cuñado. Terminadas estas negociaciones hacia fines de Agosto, puede volver á Siria, pero desde Corfú, envía á Octavia camino de Italia, expide á Fonteyo Capitón para Alejandría, y luego se dirige á Antioquía, donde Cleopatra no tarda en incorporársele.

Y es en Antioquía, á principios del año 36, donde ocurre una cosa que Shakespeare, al pintarnos con tan risueños colores esta

(1) Capítulo XXXIV.

pareja de enamorados, no se ha figurado. Estos amantes que «gastaban reinos en besos» se casan como dos buenos burgueses. Á M. Letronne corresponde el mérito de haber aclarado con ayuda de las monedas este punto que ha quedado obscuro en los escritores. Mediante este casamiento con la reina, Antonio se convirtió en rey de Egipto á primeros del año 36.

¿Por qué Antonio y Cleopatra concibieron la idea de casarse? ¿Cuál es la significación de este acto singular? ¿Qué negociaciones lo precedieron? No es verosímil que este casamiento se decidiese de la noche á la mañana: la completa ausencia de informes sobre los preparativos sólo prueba que se acordó en secreto. Por otra parte, en este casamiento hay otras muchas cosas extrañas. Antonio no repudia á Octavia, de suerte que, después del año 36, se encuentra con dos mujeres. Celebra sus nupcias, no en Alejandría, capital de su futuro reino, sino en Antioquía. Revela notorio cuidado en ocultar su acto lo mejor posible. No adopta el título de rey de Egipto; pone en las monedas egipcias su retrato, pero sólo se denomina αὐτοκράτωρ — traducción griega de la palabra latina *imperator* — y triunviro. En fin, apenas realizado el casamiento abandona á su mujer y parte para Persia.

Es evidente que Antonio ha debido de tener motivos muy serios para hacer tantas cosas raras, motivos que á falta de documentos, hay que intentar establecer con ayuda de una hipótesis. Sabemos— es Dión quien nos lo dice y toda la historia de esta época lo confirma—que el gobierno de Cleopatra era muy poco popular en Egipto, y que tenía mucho que temer de una de esas revoluciones palatinas tan frecuentes en la historia de los últimos Ptolomeos. No sería imposible que, con ayuda de Antonio y de sus legiones, Cleopatra quisiese poner su poder al abrigo de las conspiraciones cortesanas, y que el año 40 le invitase á ir á Alejandría para proponerle el enlace que se celebró el 36.

Pero Antonio ve entonces toda la rareza del proyecto y, aunque saboreando los medios de persuasión empleados por la reina, deja que le razonen sin dejarse convencer. Además, los trastornos le llaman pronto á Italia, y su gran proyecto contra Persia le absorve íntegramente. Pero Cleopatra no se desarma: coloca espías y agentes cerca de Antonio, sostiene correspondencia con él, aprovecha las

circunstancias propicias de renovar su proposición. Al fin triunfa, gracias á la guerra de Persia.

Antonio, que trabajaba con ardor en preparar la campaña, tenía que luchar con una dificultad gravísima: la crisis económica provocada por las últimas guerras civiles. Una especie de bancarrota universal había hecho desaparecer en todo el Imperio los metales preciosos, destruído el crédito público y privado, anulado el valor de de casi todas las riquezas. Antonio carecía de dinero, como lo demuestra las monedas que acuñó durante este período, y que casi todas están forradas. Al contrario, Egipto era riquísimo, y la familia real poseía el único gran tesoro de metales preciosos que Roma aún no hubiese saqueado en el mundo mediterráneo.

Como hubiese sido muy peligroso penetrar en Persia con dieciséis legiones sin tener dinero para pagarles el sueldo con regularidad, no es inverosímil que Antonio pensase que los tesoros de los Ptolomeos valían bien un casamiento. Sin duda aceptó las proposiciones de Cleopatra para obtener de la rica egipcia con qué subvenir á la mayor parte de los gastos de su conquista. Pero, piensen de esto lo que quieran los historiadores modernos, las tradiciones republicanas aún eran muy fuertes en Italia. Antonio sabía que el casamiento con una reina no pertenecía al número de los recursos políticos de que podía servirse un representante de Roma; en Italia todos le hubiesen llamado loco y criminal, si mostrase intención de convertirse en rey de Egipto. Por eso quiso ocultar la verdadera intención de su acto no repudiando á Octavia, celebrando su casamiento en una ciudad de Siria, no adoptando en las monedas el título de rey de Egipto.

El casamiento de Antonio se me revela como la conclusión de una alianza entre él y Egipto; y es al mismo tiempo la contradicción inicial de la política oriental de Antonio. Éste se convertía en rey de Egipto, pero lo disimulaba; de esta realeza inconfesada quería servirse para hacer con el dinero egipcio una guerra, de la que, como magistrado romano, obtendría toda la gloria y recabaría todo el provecho.

La campaña de Persia comenzó en la primavera del año 36; y fué seguida con ansiedad en Italia por Octavio y por su partido. Durante el verano, Octavio y sus amigos ofrecieron en público grandes sacrificios á los dioses por el éxito de la guerra; pero deseaban en secreto que el ejército de Antonio sucumbiese como el de Craso. Victorioso Antonio sería dueño de la situación: Octavio sólo podría desempeñar en adelante un papel secundario.

Estos votos patrióticos sólo á medias se cumplieron. Más afortunado que Craso, Antonio escapó al desastre que los partos le habían preparado; pero no logró conquistar á Persia. Luego de haber sitiado largo tiempo á la capital de Media, tuvo que emprender la retirada sin haber podido pisar el territorio pártico. El único relato claro que poseemos de esta guerra—el de Plutarco—es muy breve, y no permite decidir si el mismo César se engañó sobre el poder de los partos ó si Antonio ejecutó mal su plan.

Como siempre ocurre, los contemporáneos sólo vieron el fracaso, y no tardaron en filosofar sobre sus causas. Si Octavio llegó á ser Augusto, mucho más lo debió á los partos que á su genio. La retirada de Persia fué para Antonio lo que la retirada de Rusia para Napoleón: el comienzo de su eclipse. Su prestigio en Oriente padeció de tal manera, que durante el invierno del año 36 al 35, Sexto Pompeyo, arrojado de Sicilia, logró organizar una insurrección en el Asia Menor y entablar negociaciones con los reyes de Armenia, del Ponto y de los partos. Antonio dió fácilmente cuenta de él; pero comprendió que no podría restablecer su prestigio, si no compensaba este primer fracaso con un brillante desquite. Desgraciadamente, la contradicción inicial de su política comenzaba ahora á amplificarse y á comprometer la solidez de su situación.

Al principio, Octavio no pareció quererse aprovechar de este fracaso; al contrario, se mostró animado de las mejores intenciones; hasta envió soldados para cubrir las bajas de la guerra. Pero en vez de á un general experto, encargó á Octavia, su hermana, la esposa de Antonio de conducir las tropas. Por este medio, muy diestramente escogido, Octavio procuró que Antonio declarase francamente cuál era su verdadera mujer, confesando su realeza declarándose por Cleopatra, ó rompiendo su alianza con Egipto si acogía á Octavia como su mujer legítima en este Oriente que ya le consideraba como esposo de la egipcia. La cuestión era tanto más embarazosa por lo

mismo de que Cleopatra aumentaba en este momento sus exigencias. En efecto, Plutarco (capítulo LVI), nos dice:

Comprendiendo Cleopatra que Octavia venía á disputarle el corazón de Antonio... fingió sentir por éste la más violenta pasión, y afectó atenuar su cuerpo tomando poco alimento. Siempre que él iba á visitarla la encontraba con la mirada atónita, y cuando se retiraba tenía los ojos bajos de languidez. Atenta á parecer llorosa, se apresuraba á enjugar y á ocultar las lágrimas para disimularlas á Antonio; sobre todo, apelaba á estos recursos cuando le veía dispuesto á salir de Siria para incorporarse al rey de los medos (capítulo LVII). Los aduladores, que se mostraban celosos por servirla, lanzaban contra Antonio los más vivos reproches: tratábanle de corazón duro é insensible; le acusaban de dejar morir de tristeza á una mujer que sólo por él respiraba... Antonio, enternecido ó agobiado por estos discursos, y temiendo que Cleopatra renunciase efectivamente á la vida, regresó inmediatamente á Alejandría y retrasó hasta la primavera la expedición de Media, aunque supiese que las sediciones agitaban á los partos».

Muchos de estos detalles eran verosímiles. Las mujeres no hubiesen desempeñado ni desempeñarían tan gran papel en la política, si sus lágrimas y sonrisas no hubiesen tenido con harta frecuencia el misterioso poder de reforzar — y á veces de reemplazar — los argumentos calculados, aun cerca de los hombres de Estado.

Por otra parte, Antonio pasaba por ser un hombre que se dejaba dominar fácilmente por las mujeres: no es extraño que Cleopatra, fina, inteligente, hábil, que sin cesar adquiría ascendiente sobre él, se sirviese de tales medios. Pero, entre estos detalles novelescos, el relato de Plutarco también nos muestra que la reina procuraba explotar en su provecho el fracaso de la primera expedición á Persia. La partida para Media se relacionaba con los proyectos de una segunda campaña contra los partos, que Antonio había preparado. Fingiendo oponerse á esta marcha y á la nueva guerra, así como mostrándose celosa de Octavia, Cleopatra inducía á Antonio á declarar oficialmente su casamiento con ella y á romper con Roma.

Cleopatra se contentó en el año 36 con un casamiento casi clandestino, por no haber podido obtener otra cosa entonces; pero era

demasiado inteligente para no adivinar que, apenas conquistada Persia, Antonio rompería esta alianza y se reconciliaría con Octavia á expensas de Egipto, si no había aceptado previamente la posición oficial de rey de Egipto, y si no se había divorciado de con Octavia.

El momento era favorable para los designios de Cleopatra. De su enlace habían nacido varios hijos. Después de su primer fracaso, Antonio ya no podía tener absoluta confianza en los planes de César. La fundación de una nueva dinastía en Egipto podía compensar como gran empresa, á la conquista de Persia. El espíritu de Antonio empezó á flotar entre estos dos proyectos: tan pronto volvía á la gran idea cesariana de conquistar á Persia para convertirse en jefe de la República romana, como soñaba en fundar, con una nueva dinastía, un nuevo y grande Imperio egipcio. No es posible que la autoridad real de que disponía en Egipto, las riquezas y el lujo de los Ptolomeos de que gozaba en la corte, dejasen de despreciar mucho en su espíritu el valor de la supremacía en Roma, por la que tanto había luchado. ¿Qué era esta supremacía al lado del reino de los Ptolomeos, agrandado con el Imperio persa?

Antonio, pues, se veía cada vez más cogido en la red de sus contradicciones italo-egipcias. De un lado aumentaban las exigencias de Cleopatra; de otro, Antonio comenzaba á dudar entre dos políticas. Al principio quiso ser rey Egipto y al mismo tiempo magistrado romano para conquistar á Persia. Ahora, la contradicción se extiende de los medios al fin: quiere fundar un Imperio egipcio y conquistar á Persia. Decide la nueva campaña contra los partos para el año 33; pero la hace preceder durante el otoño del año 34 de un acto más grave: las «donaciones de Alejandría» que eran las mayores concesiones que pudo hacer á las exigencias de la reina y á la política egipcia. Plutarco habla así (cap. LXIV):

«Luego de haber llenado el gimnasio con una muchedumbre inmensa y hecho erigir sobre un tribunal de plata dos tronos de oro, uno para él mismo y otro para Cleopatra, la declaró reina de Egipto, de Chipre, de África y de Celesiria, y le asoció á Cesarión, que pasaba por hijo del primer César. En seguida confirió el título de rey de reyes á los hijos que había tenido de esta reina, y dió á Alejandro la Armenia, Media y el reino de los partos cuando hubiese realizado su conquista; Ptolomeo, su segundo hijo, obtuvo á Fenicia,

Siria y Cilicia. Presentó á los dos al pueblo: Alejandro iba vestido con una túnica médica, y ostentaba en la cabeza la tiara y el gorro puntiagudo que se llama cidaris, ornamento de los reyes medos y armenios; Ptolomeo llevaba una larga capa, babuchas y un gorro rodeado con una diadema, traje de los sucesores de Alejandro... Desde este día, Cleopatra sólo apareció ya en público vestida con la túnica consagrada á Isis, y dió sus audiencias al pueblo con el nombre de la nueva Isis».

En esta narración hay algunos errores de detalle; pero el fondo es exacto. Antonio formó un gran Imperio egipcio á expensas del Imperio romano y lo repartió entre Cleopatra y sus hijos. Ni siquiera osó declarar su matrimonio y tomar abiertamente el título de rey de Egipto, pero ahora consintió en enviar copia oficial de las «donaciones de Alejandría» al Senado romano, para que la República reconociese al nuevo Estado.

Es posible que Antonio considerase al principio estas concesiones como un arreglo provisional para vencer la oposición de Cleopatra á la segunda guerra de Persia; que, después de la guerra, esperase reducir las pretensiones de la reina y hacer que el Senado aprobase por el momento sus donaciones como un acto proconsular. Frecuentemente los procónsules solían añadir territorios á los Estados clientes y protegidos, aun reduciendo la extensión de las provincias romanas. Pero Antonio se engañó ahora. En el decurso del año 33, mientras que Antonio activaba en Armenia los preparativos de la segunda campaña, en Roma estallaba una viva agitación contra las «donaciones de Alejandría». Italia no se equivocó sobre su significación; desconfiando ya por las extrañas relaciones de Antonio con Cleopatra, por los rumores que circulaban sobre su loca pasión, por su conducta tan poco clara con Octavia, la gente se indignó con la grandeza de las concesiones, y el descontento popular estalló con tal fuerza, que los senadores encargados de comunicar oficialmente al Senado el acto de Antonio, no osaron hacerlo. La agitación aún aumentó cuando Octavio, para acrecentar su popularidad y al mismo tiempo para oponer obstáculos á la nueva guerra contra Persia, emprendió una viva campaña contra la política oriental de Antonio, excluyendo á éste, pero atacando con violencia á Cleopatra y á Cesarión.

La reina de Egipto no tardó en convertirse para Roma é Italia en objeto del más vivo odio. Indiferente y desdeñoso al principio, Antonio advirtió pronto que esta agitación podría crearle una situación muy peligrosa. Si el acto que había realizado en Alejandría con tanta solemnidad, ante todo Oriente, acto que era la base de toda su política oriental, aún no lo desautorizaba Roma, sólo era porque inspiraba demasiado temor. ¿Pero ocurriría lo mismo tras un fracaso en su segunda campaña de Persia? El nuevo Imperio egipcio tendría que ser su refugio en caso de que los asuntos de Persia tomasen mal cariz; si Roma se negaba desde ahora á reconocer este Imperio, era imposible esperar que lo reconociese después de una derrota en Persia. Una vez más: la contradicción inicial de su política contrariaba sus cálculos. En la segunda mitad del año 33, se convenció de que tenía que interrumpir los preparativos de la guerra de Persia, acabar ante todo con las intrigas de Octavio y la agitación contra su política egipcia, y conseguir que Roma reconociese lo que había hecho en Alejandría.

Creo que sólo con consideraciones de esta especie puede explicarse por qué, en la segunda mitad del año 33, Antonio suspendió de súbito los preparativos de la guerra pártica, y condujo precipitadamente su ejército á orillas del mar Egeo, mandó á Efeso los reyes y reyezuelos del Asia Menor é invitó á Cleopatra para que se le incorporase. Su idea consistía en hacer una gran manifestación militar para impresionar al Senado, al partido de Octavio, á Italia entera y terminar el debate sobre las donaciones de Alejandría.

Pero en este momento decisivo, por un nuevo efecto de las íntimas contradicciones de su política, Antonio no osó declarar en sus negociaciones con el Senado que deseaba sobre todo la validez de las donaciones de Alejandría; dijo que deseaba libertar á la República de la tiranía de Octavio y restablecer la constitución republicana.

Así, cuando la lucha se acentuó y á principios del año 32 se llegó á una ruptura, los ciudadanos eminentes formaron todos al lado de Antonio, y marcharon en tropel á Efeso. Á pesar de todos sus defec-

tos, Antonio, que era un noble de antigua familia, un general notable, un orador distinguido, y que tenía entonces cerca de cincuenta años, inspiraba más confianza que el joven Octavio, que lo debía todo al nombre de César, y que hasta entonces sólo se había distinguido por una ambición sin piedad y sin escrúpulos. Si la opinión pública había censurado las donaciones de Alejandría, refería éstas á Cleopatra mucho más que á Antonio, y habían bastado algunas declaraciones republicanas para devolver al triunviro las simpatías de las clases superiores. Nadie creía que Antonio pudiese sacrificar jamás los intereses de Roma á los de Egipto. Sin duda los que acudían de Italia en busca de Antonio y habían presenciado el vivo movimiento de la opinión pública contra su política egipcia, estaban bien persuadidos de que Antonio había incurrido en graves errores, y que necesitaba romper con esta política y con Cleopatra. La reina de Egipto era demasiado odiada en Italia para que se necesitase tranquilizar á la opinión con una ostensible ruptura. Pero todo el mundo, teniendo confianza en el tacto del triunviro, pensaba que reconocería la necesidad de este acto.

Así, pues, los «emigrados» debieron de quedar algo sorprendidos cuando encontraron en Efeso á Cleopatra, no confundida entre la muchedumbre de los reyes y reyezuelos asiáticos, sino en primera fila, al lado siempre de Antonio, aconsejándole, ordenando á todos, hasta á los senadores romanos, bastante complacientes para obedecerla. Cleopatra había procurado siempre captarse amigos y partidarios entre los que rodeaban á Antonio, empleando un medio omnipontente: el dinero. Sabemos que había nombrado á cierto obscuro senador, un tal Cayo Ovinio, jefe de los talleres reales; podemos suponer que este caso no fué aislado. Efeso estaba llena de romanos que reconocían en Cleopatra á su soberana señora, y que se rebajaban—¡vergüenza suprema tratándose de verdaderos quírites!—hasta llamarla su «reina».

Sin embargo, los emigrados creyeron al principio que Antonio sólo toleraba este escandaloso desorden porque la distancia de Italia le impedía apreciarlo en su justo peligro. Entre ellos había un hombre muy notable: L. Domicio Enobarbo. Habiendo agrupado á su alrededor los romanos más conspicuos que formaban el séquito de Antonio y eran contrarios á su política egipcia, Domicio procuró persuadirle de que era necesario enviar á Cleopatra á Egipto.

Despedir á Cleopatra era quitar á los adversarios la única arma emible de que disponían, era atajar todas las calumnias, hacer inquebrantable la posición de Antonio, tranquilizando el espíritu público. Pero, á pesar de su autoridad personal, de la evidente cordura de sus consejos y del calor de su celo, Domicio encontró una invencible resistencia. Cleopatra había previsto que Antonio caería bajo la influencia del partido contrario á la política egipcia si se alejaba de él; que este partido gestionaba con Octavio una reconciliación á expensas de ella; que se revocarían las donaciones de Alejandría para no ofrecer á los adversarios este grave motivo de acusación. No sólo quería permanecer en su puesto; también quería arrancar á Antonio, para hacer imposible toda reconciliación, el divorcio con Octavia.

La lucha fué encarnizada. Domicio pareció vencer por un momento. Antonio había enviado ya á Cleopatra la orden de volver á su reino. Pero también ahora recurrió Cleopatra al mágico poder del dinero. Entre los que rodeaban á Antonio encontró un jefe que gozaba de toda su confianza: Canidio. Le captó con fuertes sumas, y en el último instante logró vencer. Así fué sostenida entre los íntimos de Antonio por un partido capitaneado por Canidio, y en lucha con el partido de Roma que tenía por jefe á Domicio Enobarbo. Era esta una nueva consecuencia de la contradicción inicial. Los dos partidos lucharon furiosamente sobre el punto que implicaba sus diferentes concepciones: el divorcio de Octavia.

El partido de Cleopatra quería consolidar el Imperio egipcio apretando los lazos entre la reina de Egipto y el triunviro; quiso, pues, el divorcio, que debía provocar una ruptura decisiva entre los dos triunviros. El partido de Roma quería una reconciliación entre Octavio y Antonio, y se opuso con todas sus fuerzas á un acto que significaba la guerra, pues Octavio comprendería que la influencia de Cleopatra era decisiva, y, temiendo una guerra como último resultado de esta influencia, no dejaría de aprovecharse de la ocasión, la mejor para él.

Antonio dudó mucho tiempo. Al fin, en la primavera del año 32, convocó en Grecia á todos sus amigos y les sometió la cuestión. El debate fué muy animado. Pero también ahora venció el partido de Cleopatra. Antonio envió á Roma las cartas de divorcio, y como si temiese que la impresión causada por este acto en los soldados fue-

se muy mala, pronunció en seguida un discurso, prometiendo restablecer la constitución republicana dos meses después de la victoria.

El divorcio provocó la guerra. El partido de Octavio comenzó contra Antonio una furiosa campaña de calumnias; le acusó de querer hacer á Cleopatra reina de Roma; difundió el rumor de que se había vuelto loco; obligó al Senado á declararle la guerra, y, en la segunda mitad del año 32, movilizó la flota y el ejército. Por su parte, Antonio transportó á Grecia su flota, un ejército de diecinueve legiones y á los reyes y reyezuelos de Asia con sus tropas. En la primavera del año 31, ambos ejércitos acamparon frente á frente á orillas del golfo de Accio; las dos flotas anclaron á la vista, la de Antonio en el golfo de Accio, la de Octavio en el golfo poco distante de Comaros. Pero el choque terrible, que el mundo entero temía; el choque que había de aniquilar á uno de los dos ejércitos, se hizo esperar mucho tiempo. Ambos adversarios pasaron la primavera y parte del estío en una inercia casi completa, limitándose á empeñar escaramuzas de tan poca importancia, que los historiadores antiguos no han podido dar ninguna precisión á su relato.

Esa inercia parece haber sido más grande por parte del que se esperaba una ofensiva vigorosa. Antonio disponía de fuerzas superiores; como general, gozaba de mayor prestigio; él era quien había provocado la guerra. ¿Por qué no imitaba el hermoso ejemplo de su maestro César, que siempre había procurado acabar lo antes posible las guerras civiles? En Filipos había sabido tomar la ofensiva con ene gía digna de César. ¿Qué misteriosa fuerza paralizaba ahora su voluntad y su audacia?

Los meses pasaban; Octavio espiaba en vano esta inmovilidad misteriosa de Antonio, y temía alguna emboscada. Antonio no atacaba. Un día, hacia fines del mes de Agosto, dos jefes del partido de Antonio, Delio y Domicio Enobarbo, se marcharon al campamento de Octavio, declarando que habían abandonado á su antiguo amo. Comunicaron un raro informe: Antonio se disponía á retirarse á Egipto con su ejército, sin librar una verdadera batalla; simularía dar una batalla por mar para cohonestar su retirada; pero estaba resuelto á marcharse á Egipto con Cleopatra.

Dión es quien nos relata este hecho en extremo importante. Dícenos en alguna parte (L, 23) que Octavio «fué informado por Delio y por otros de las intenciones del enemigo»; y en otra parte (L, 31),

«que tuvo el propósito de dejar salir libremente al enemigo, para caer sobre su retaguardia mientras huyese; gracias á la rapidez de sus barcos esperaba alcanzar á su presa, y mostrando á todos que Antonio procuraba huir, inducir sin necesidad del combate á los soldados de su rival á pasar bajo sus órdenes». Dión añade que Octavio fué «disuadido por Agripa, que temía quedar distanciado por unos adversarios prestos á hacer uso de sus velas».

Esta discusión entre Agripa y Octavio hubiese carecido de sentido, si Delio no advierte á Octavio de que Antonio no tenía intención de atacarle, que sólo deseaba retirarse, como han demostrado, por otra parte, el almirante Jurien de la Gravière y M. Kromayer.

Pero, ¿por qué Antonio quería retirarse sin combatir, cuando disponía de una flota y un ejército más poderosos que los de su adversario?

Dión, que no ha comprendido nada en la historia de esta campaña, y que ha mezclado en su relato los hechos más importantes y los detalles más nimios, nos hace saber que la idea de esta retirada pertenecía á Cleopatra (L, 15): «Tras muy diferentes opiniones aceptó la de Cleopatra, conforme á la cual se establecerían guarniciones en las plazas más expuestas, mientras que el resto del ejército se dirigiría á Egipto con ella y con Antonio».

Como Cleopatra el año precedente había empujado con toda su energía á Antonio hacia la guerra, este informe parece increíble desde luego; nos sería imposible considerarlo como verdadero, si no llegásemos á explicarnos de una manera satisfactoria este cambio. La cuestión, pues, consiste en saber por qué Cleopatra se hizo contraria á la continuación de las hostilidades en el decurso del año 31.

Cleopatra había exigido el divorcio de Octavia para comprometer de tal manera á Antonio en la cuestión egipcia, que le fuese imposible revocar las donaciones de Alejandría. Pero, conseguido esto, ¿no tenía interés Cleopatra en que continuase la guerra? Jamás conviene olvidar que su política, esta especie de imperialismo femenino que había podido crear entre la general disolución del mundo antiguo, re-

posaba en combinaciones tan peregrinas, que Cleopatra había de temer hasta las sombras. Si los Imperios formados por las armas se desmoronan tan fácilmente, el Imperio egipcio, que ella había fundado con el poder de sus encantos, y que se sustentaba en su unión personal con Antonio, debía parecerle de extremada fragilidad. Esta guerra podría destruirlo, cualquiera que fuese su desenlace. Era evidente que el Imperio egipcio se desmoronaría con el poder de Antonio, si éste resultaba vencido. Pero si Antonio lograba batir á Octavio, se convertiría en árbitro del Imperio; ya no tendría necesidad de la alianza egipcia; se vería obligado á volver á Italia y á Roma. ¿Podría resistir á la presión de su séquito romano—en el que Cleopatra tenía tan pocos amigos desinteresados—al entusiasmo de los soldados, á las apelaciones de Italia y del Senado? La derrota era la ruína de Antonio; pero la victoria era el triunfo del partido romano. Cleopatra tenía razón de temer la victoria tanto como la derrota.

En cambio, si podía persuadir á Antonio para que se retirase á Egipto con su ejército sin dar la batalla, Octavio no se atrevería á atacarles allí, donde podrían disponer de treinta legiones; Antonio adoptaría oficialmente el título de rey de Egipto y fundaría la nueva dinastía, abandonando Italia y las provincias de Europa á Octavio, al Senado ó á quien las quisiese.

Nada demuestra mejor la extrema disolución en que la conquista romana había sumido al mundo antiguo, como ver llegar á una mujer á este punto de audacia, y pensando dividir por algunas sonrisas y caricias el Imperio romano, hurtándole las más hermosas provincias é incorporándolas á Egipto bajo una nueva dinastía. El destino del Imperio, que Roma había creado en dos siglos de luchas, parecía estar ahora en manos de una mujer. Sin embargo, un obstáculo se oponía á la realización de este proyecto. El partido romano tenía absoluta necesidad de que Antonio se reconciliase con Octavio ó de que le aniquilase. El programa de Cleopatra: ni paz ni guerra, era desastroso para este partido. Domicio y sus amigos tenían en Italia sus bienes y sus familias; querían vivir y desempeñar un papel en la república de sus antepasados; si se allanaban á vivir algunos años en las provincias, era para volver á Italia más ricos é influyentes. Ahora bien, si Antonio entregaba Italia á Octavio, ¿en qué situación se encontrarían ellos después de haber reñido con éste por defender al primero? Veríanse reducidos á implorar el perdón de Octavio para

volver á Italia ó vivir en la corte de Alejandría, entre la turba de eunucos y de cortesanos, como Ovinio, jefe de los talleres reales.

Esta dificultad nos explica los puntos más obscuros de la campaña. Sobre todo, nos explica las querellas entre Antonio y Cleopatra, que debieron ser vivísimas en ciertos momentos, si, como Plinio dice, Antonio llegó á temer que ella le envenenase. Este detalle se compagina mal con el idilio de amor que han imaginado los escritores antiguos; pero concierta muy bien con la lucha de intereses políticos que hemos descrito. Retirarse á Egipto era para Antonio traicionar á sus amigos romanos, abandonar por siempre á Italia, ir á desempeñar en Oriente el papel público de sucesor de Alejandro. Aunque viviendo por espacio de veinte años entre revoluciones, Antonio aún era demasiado romano para no dudar ante este proyecto, como ante un crimen ó una locura. Las legiones se componían de italianos á las órdenes de oficiales italianos; ¿sería posible, aunque se les hiciese las más brillantes promesas, coducirlas á Egipto para formar el ejército de una monarquía oriental?

Sería interesantísimo saber de qué medios se sirvió Cleopatra para vencer las dudas de Antonio. La lucha fué larga y dura; pero es probable que la reina de Egipto no hubiese triunfado si Antonio no se hubiese debilitado con la edad, las fatigas, las luchas y la crápula. Gastado él también por la terrible política de su época, agotado por los trabajos y los placeres, enervado por las dificultades inherentes á la contradicción inicial de su política, acabó por perder el contacto con la realidad y se dejó arrastrar por los hábiles sofismas de Cleopatra en un mundo quimérico, en el que parecían desvanecerse las más graves dificultades.

Aun cuando Antonio estuviese decidido á retirarse á Egipto, no osó declarar su intención—como hubiese parecido natural—á los nobles romanos, á los jefes de las legiones, á sus íntimos amigos: temía á la tempestad de protestas y á las discusiones que este proyecto suscitaría. Por su parte, Cleopatra también debía de temer el momento en que el proyecto de retirada se conociese oficialmente, pues el partido romano haría desesperados esfuerzos para disuadir á Antonio, y ella tendría que sostener una última lucha, la más terrible de todas probablemente.

La idea del combate naval para disfrazar la retirada, nació de esta preocupación. Dión nos dice (L, 15), que «para no asustar á sus alia-

dos, Antonio y Cleopatra decidieron no partir en sigilo ni abiertamente, como si se diesen á la fuga, sino como personas dispuestas á combatir y también á forzar el paso, si se oponían obstáculos á su partida». Este importante texto resulta bien claro: para atajar las discusiones y recriminaciones que el proyecto de retirada á Egipto suscitaría, Antonio y Cleopatra acordaron tener secreto su plan, revelándolo solamente cuando ya hubiesen partido para colocar al ejército y á los oficiales ante un hecho consumado. Así esperaban vencer todas las dudas y arrastrar en su seguimiento á esta masa de hombres.

Á pesar del secreto, la peregrina idea de dar una batalla naval, y ciertas disposiciones adoptadas por Antonio antes del combate, ó los rumores que circularon, despertaron sospechas entre los espíritus más clarividentes. Delio y Domicio comprendieron que Antonio iba á traicionar su causa y la causa romana, y le abandonaron. Estas deserciones eran una grave advertencia para Antonio; pero no lo comprendió. Dominado por Cleopatra, parece que sólo se confesó á Canidio, encargándole de revelar su marcha al ejército y de conducirlo á Egipto; y, el 2 de Septiembre del año 31, partió en medio de la batalla: Cleopatra se llevó á Egipto al triunviro en su flotilla de rojas velas, para hacer de él el rey y sucesor de los Ptolomeos.

Conviene, pues, borrar á Accio del número de las grandes batallas navales. Este simulacro de batalla, empeñado para solapar una de las más curiosas intrigas de la política, no decidió nada. Plutarco nos dice que por la tarde los barcos de Antonio volvieron al golfo en buen estado, y que, durante siete días, Octavio intentó en vano de persuadir á la flota y á los ejércitos para rendirse, diciéndoles que Antonio se había retirado á Egipto. Los soldados no le creyeron; decían que Antonio se había ausentado por alguna razón grave y que no tardaría en volver; mostraban tan cándida confianza en su general, formaban todavía un ejército tan fuerte y adicto, que Canidio no se atrevió á revelarles la verdad.

Pero esta profunda adhesión sólo sirvió para hacer más lenta la

conversión que se operó en la masa de los soldados. Antonio y Cleopatra no habían previsto esta formidable explosión del sentimiento nacional, y este error fué la verdadera causa de su ruína. Á los ojos de estos italianos groseros é ignorantes, pero afectos á las grandes tradiciones de su patria, la fuga con la reina transformó al glorioso general en un traidor. Un movimiento irresistible de indignación y de furor incitó á las legiones á pasarse del lado de Octavio. El alzamiento de la opinión pública aún fué más violento en Italia. Se confundió en el mismo odio á Antonio y á Cleopatra; se pidió un castigo para los dos amantes: su muerte, la conquista de Egipto; se admiró por oposición á Octavio, y se le consideró como un hombre providencial.

El prudente Octavio, que inquieto, dubitativo, asombrado, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos, había contemplado durante mucho tiempo cómo el poder de Antonio se cuarteaba, se desmoronaba, cubría con sus ruínas á Oriente, se convirtió desde este día en el glorioso salvador del Capitolio. Tardó algún tiempo en darse cuenta de ello, pues inmediatamente después de Accio, ni él, ni Agripa, ni ninguno de sus amigos había adivinado la verdadera importancia del acontecimiento. Pero esta admirable modestia duró poco. Octavio conocía mejor que nadie el procedimiento—uno de los más universalmente seguidos por los partidos y por los hombres políticos para engañar á las masas—y que consiste en aumentar las dificultades para realzar el mérito del partido ó de los hombres que las han resuelto. Si á Octavio y á sus amigos les había costado tanto trabajo comprender los sucesos en que habían desempeñado un papel, es natural que los contemporáneos, meros espectadores distanciados, no comprendiesen nada. Los vencedores se aprovecharon de esta ignorancia para crear paulatinamente, con ayuda de los escritores, que siempre son cómplices de estos entuertos históricos, la leyenda heróica de la batalla y de sus tres personajes: Cleopatra, que quiere conquistar á Roma, anegar á Italia con una oleada de orientales y rebajar á los soberbios senadores al papel infame de eunucos; Antonio, engreído por sus caricias, loco por sus mágicos filtros, que pone su ejército y su prestigio al servicio de estas ambiciones criminales; Octavio que se yergue arrogante, audaz, heróico, contra la formidable coalición y salva á Roma de la esclavitud oriental.

Pero la verdad era mucho más modesta. Octavio no había hecho

más que asistir, testigo inactivo, á la primera gran catástrofe provocada entre el orientalismo y las antiguas tradiciones itálicas. Desde este punto de vista, la importancia de la guerra parece inmensa. Pero, por grande que fuese su genio, Octavio no podía comprenderla. En el momento de regresar á Italia, rico con los despojos de Egipto, seguramente no se figuraba que esta lucha iba á recomenzar con distintas formas en todo el Imperio, y que llenaría de tragedias y de catástrofes su causa y su familia durante los largos años que había de vivir en la cúspide de la grandeza humana como *princeps*, presidente, primer ciudadano de la gran república pacificada.

TABLA DE MATERIAS

I

HACIA ORIENTE

III

EL DESASTRE DE SCILLA

Páginas

IV

LAS GEÓRGICAS

V

EL CASAMIENTO DE CLEOPATRA

VI

LA CAMPAÑA DE PERSIA

Páginas

VII

ANTONIO Y CLEOPATRA

VIII

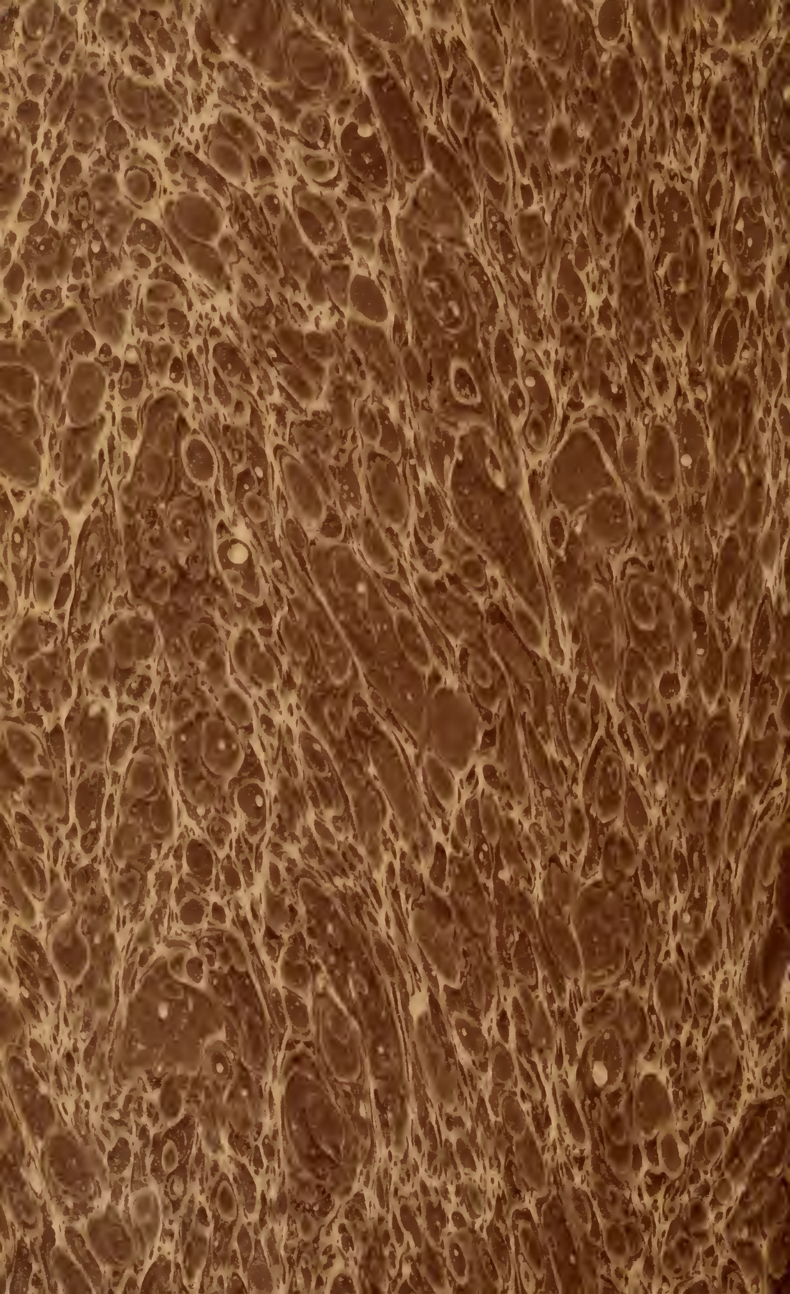
NUEVO IMPERIO EGIPCIO

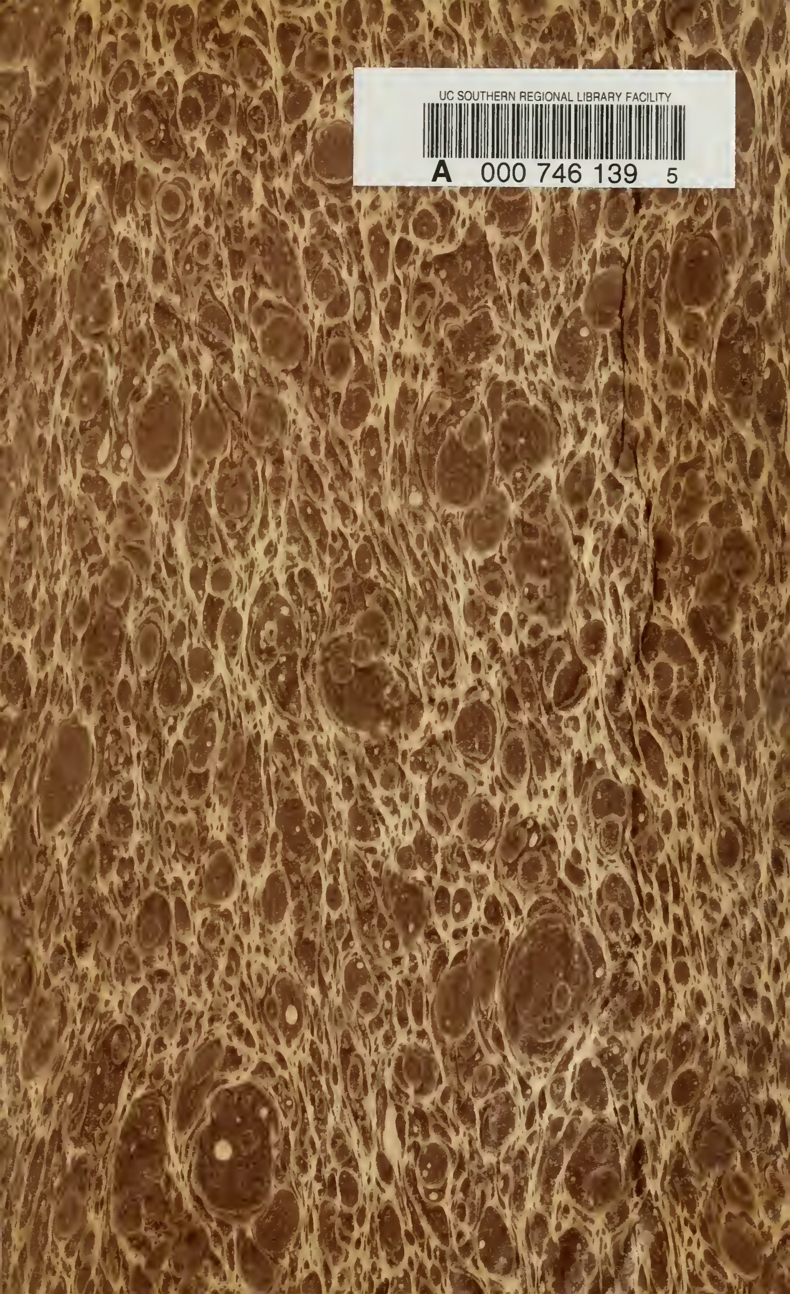
Páginas

XI

RESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA

APÉNDICE





UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 746 139 5

